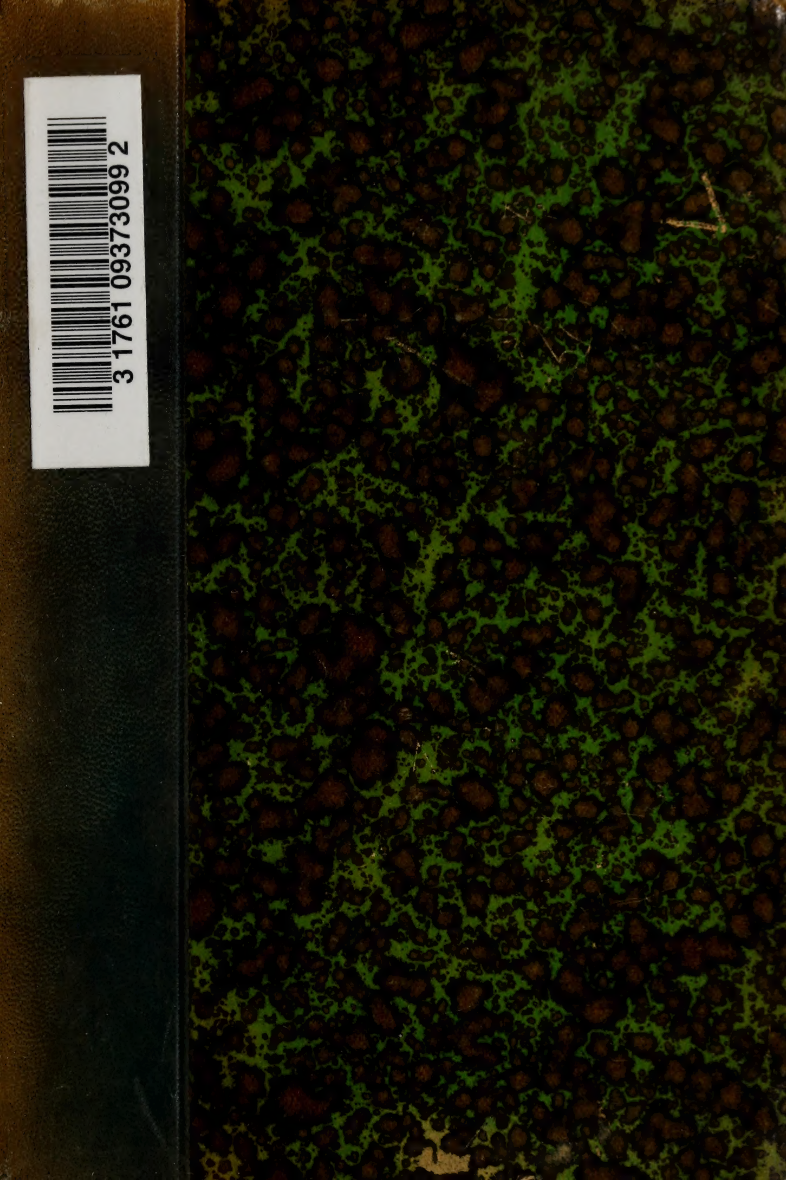
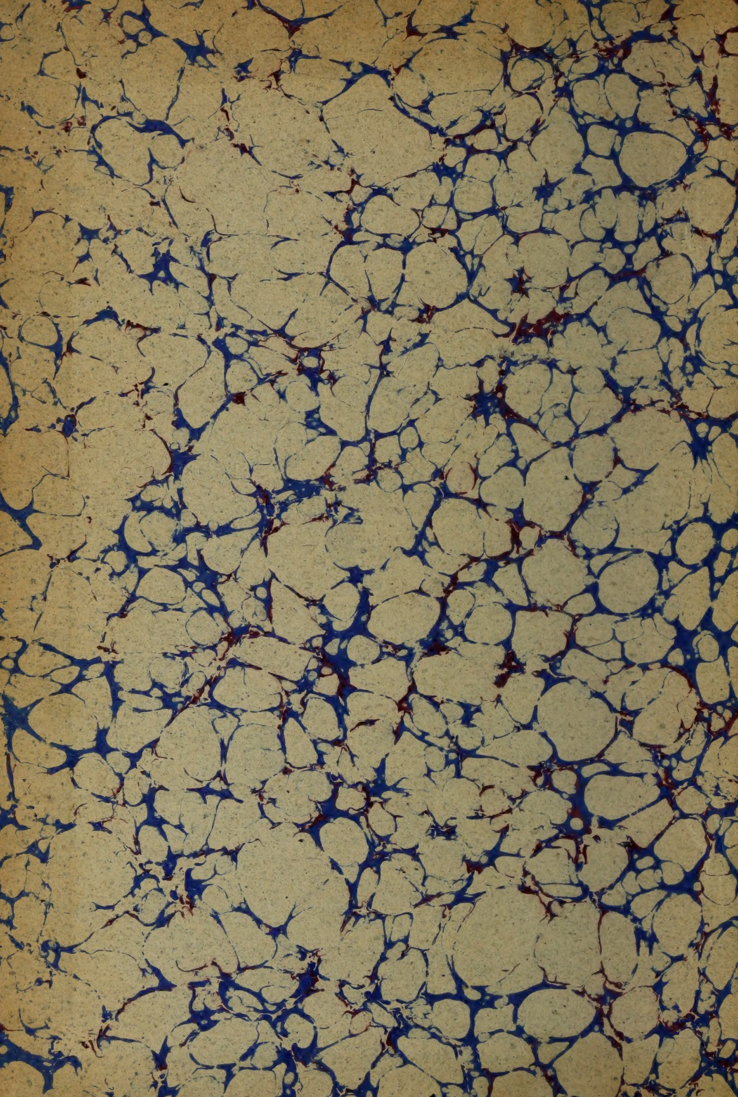
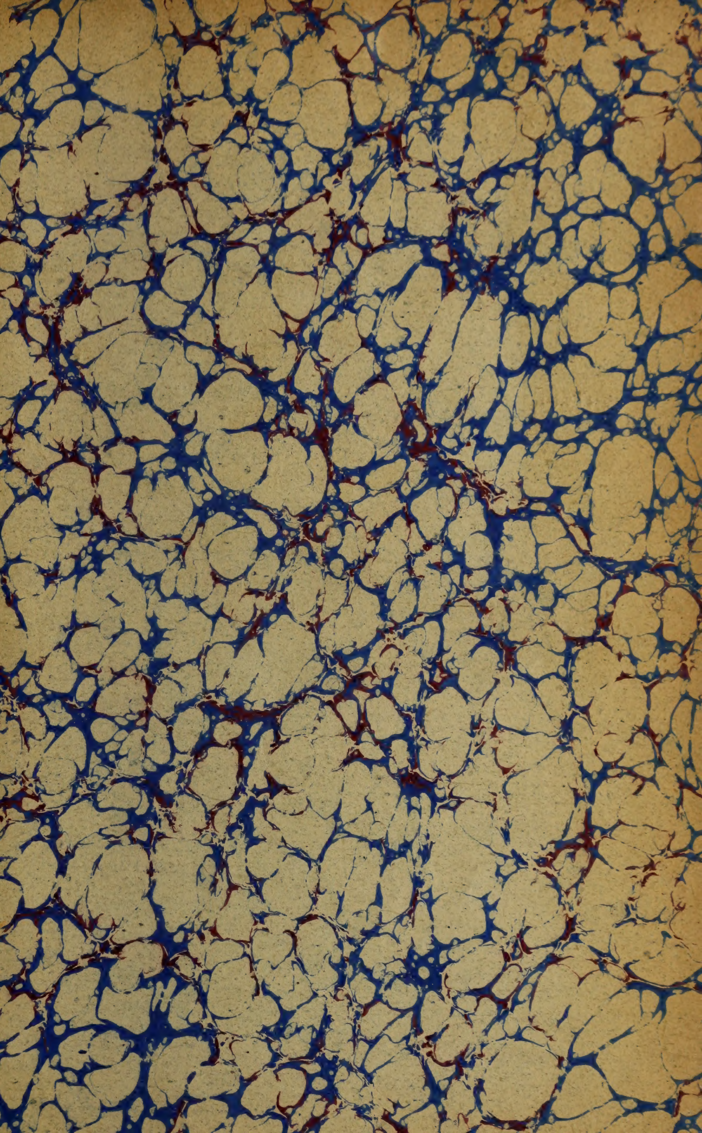

3 1761 09373099 2





JUAN VALERA

CUENTOS

Parsondes.—El pájaro verde.
El Bermejino prehistórico.—El espejo.
El pescadorcito Urashima.—El hechicero.
La muñequita.—La buena fama.



OBRAS COMPLETAS

TOMO XIV

CUENTO



CUENTO

Para formar en el día el verdadero concepto de lo que por cuento debe entenderse, importa proceder por exclusión. Cuento, en general, es la narración de lo sucedido ó de lo que se supone sucedido. De aquí que en las edades primitivas fuese cuento ó pudiera llamarse cuento cuanto se contaba. Vocablos de diversos idiomas dan testimonio de esta verdad. *Hablar* es lo mismo que *fabular* ó que contar fábulas ó cuentos. *Fabular* en latín, μυθεομαι en griego, *sagen* en alemán, *tell* en inglés; por donde *fabula,* μῦθος, *sagen* ó *tale* equivale á cuento.

¿Cómo esta significación general del vocablo, ó más bien de la idea misma, *cuento,* ha venido á reducirse ó á restringirse?

En las primeras edades del mundo los hombres no escribían; conservaban recuerdo de los hechos por tradición oral; y, si la memoria faltaba, la ima-

ginación, fecundísima entonces, suplía espléndidamente la falta.

El origen del Universo y la vida de los dioses y de los héroes deificados fueron los más antiguos cuentos, que dejaron de ser cuentos cuando los hombres les dieron crédito y fe y los aceptaron como dogmas de su religión. Cuando no los aceptaron siguieron siendo cuentos; y cuando los desecharon volvieron á ser cuentos de nuevo.

El inmenso cúmulo de tradiciones y narraciones, aun prescindiendo ya de lo que cada religión aceptó como dogma, vino á formar una materia épica difusa. Entre algunos pueblos de superior inteligencia pronto se formaron idiomas hermosos y surgió la poesía, sujetándose la palabra á ciertas leyes rítmicas, así para darle mayor hermosura como para que con mayor facilidad quedase grabada en la memoria. Vinieron entonces los poetas; recogieron de aquellos *decires* y tradiciones los que más realzaban la gloria ó el bien de la nación de cada uno de ellos, y nacieron los cantos épicos y hasta las epopeyas grandes, que eran á modo de enciclopedias donde se encerraban los conocimientos y noticias de las cosas todas, divinas y humanas, según entonces se entendían ó se imaginaban.

Lo que entró como elemento en la epopeya dejó de ser cuento, y siguió siendo cuento lo que no

entró ó lo que, arrancado ó desglosado de la epopeya y tal vez desfigurado é incompleto, volvió á ser referido por el vulgo.

Más tarde, inventada ya la escritura, y en verso no, sino en prosa, los hombres quisieron conservar la noticia de los sucesos pasados; del origen y fundación de las ciudades, repúblicas y monarquías; de sus guerras, enemistades y alianzas, instituciones, comercio y adelantos, así como de los personajes que más en todo esto habían figurado. Así nació la Historia: y todo aquello que de los dichos y narraciones tradicionales se aceptó como verdad, según la crítica de entonces, y se incluyó en la Historia, dejó de ser cuento, y continuó sin ser cuento hasta que una crítica más alta, más sutil y aguda, ó más descontentadiza, lo expulsó de la Historia por falso ó por no bien probado y verificado, y volvió á ser cuento otra vez.

Debe inferirse de aquí que el cuento vulgar primitivo es como el desecho de la historia religiosa, de la historia profana y de la poesía épica de las diversas naciones, y á veces es también el fundamento y el germen de historias y de epopeyas.

Asimismo se infiere que el cuento fué ficción involuntaria en un principio. No es probable que en un principio nadie se pusiese adrede á imaginar cuentos para divertir. La fantasía de los hombres, su admiración, su gratitud, su terror, á veces ro-

deaban de circunstancias asombrosas á los personajes que por su valor, sus bríos, su virtud ó sus vicios, habían dominado á sus semejantes y les habían hecho mucho mal ó mucho bien.

Lo más verosímil es que la invención de cuentos con plena conciencia de que se inventaban, tuvo origen más tarde en el deseo de dar una lección moral, ó de inculcar, por estilo animado, reglas juiciosas de conducta en la vida. Así, pues, si el cuento primitivo fué el místico y heroico, el que siguió inmediatamente, ya con plena conciencia de que el inventor le inventaba, es el cuento moral, la fábula, el apólogo, la parábola y la conseja.

Todos los cuentos primitivos aparecen contados de viva voz y no escritos; no forman parte de la Literatura. En las edades remotas no bien el cuento se escribe cuando deja de ser cuento: se convierte en dogma religioso ó en historia. Sin duda los primeros cuentos escritos como tales cuentos, ó sea tenidos por ficción por el que los escribía y aun por los lectores como no fuesen muy cándidos, fueron los cuentos que servían para dar una lección moral, religiosa ó política; pero, como en este caso el fin era lo que importaba, la acción se reducía ó se precipitaba y la narración era, más que cuento, símbolo, alegoría, apólogo ó lo que vulgarmente se llama *fábula,* como las de Esopo.

Habiendo sido todo cuento al empezar las lite-

raturas, y empezando el ingenio por componer cuentos, bien puede afirmarse que el cuento fué el último género literario que vino á escribirse. Hubo libros religiosos, códigos, poesías líricas, epopeyas, anales y crónicas, y hasta obras de filosofía y de ciencias experimentales, antes de que apareciesen libros de cuentos.

Y aun, si bien se considera, y salvando pocas excepciones, antes del cuento escrito, existente por sí solo, no incluído como ejemplo en tratados de moral ó de filosofía, apareció otro linaje de composiciones que se funda en el cuento, pero que no es el cuento: apareció la novela. La novela es también narración de hechos fingidos, pero con la pretensión de estar más de acuerdo con la realidad y de ser fruto de la observación y del estudio de los sitios, de la naturaleza, de las costumbres y usos de diversos países y de los caracteres de los hombres. Todo esto se observaba entonces más que con tenacidad y escepticismo, con poderosa y crédula fantasía, por donde, aun en las primitivas novelas, prevalece lo maravilloso fantástico sobre lo real, y, salvo la mayor extensión y reposo con que la novela está escrita, la novela se parece al cuento hasta confundirse con él.

Lo poco común que era comunicarse los hombres de unas naciones con los de otras; las noticias vagas sobre geografía y lo peligroso de las pere-

grinaciones por mar y por tierra, dieron origen á multitud de historias que fueron cuentos ó novelas. Gigantes enormes y descomedidos, ogros que vivían de carne humana, pigmeos que combatían contra las grullas, arimaspes y cíclopes de un solo ojo, faunos y sátiros y centauros, repúblicas y reinos que no se sabe dónde están ó que se han hundido en el seno de los mares, todo esto fué apareciendo y dando asunto á mil relaciones orales, muchas de las cuales se escribieron después. Tal vez se escribieron como historia y no fueron cuentos sino cuando la crítica les arrojó de la historia; tal vez volvieron á ser historia y á dejar de ser cuentos cuando otra crítica posterior y mejor informada los aceptó como hechos reales, ó en su literal sentido, ó con amplia y racional interpretación. De todos modos, el cuento meramente cuento fué, si lo primero que se inventó, lo último que se escribió.

La historia literaria de los pueblos más importantes, historia literaria que ha sido más estudiada y nos es mejor conocida, viene á confirmar esta teoría con los hechos.

Grecia tuvo cuentos no escritos desde el origen de su civilización. Tuvo cuentos milesios, cipriotas, de Efeso y de Sibaris; tuvo cuentos de varios géneros y de diversas regiones; pero tuvo epopeya y poesía lírica é historiadores como Tucídides, y

oradores como Demóstenes, y filósofos como Aristóteles, y hasta tuvo novelistas, ya que la *Ciropedia* de Xenofonte, por ejemplo, debe ser considerada como novela, antes de que apareciesen los cuentos escritos en griego.

Los cuentos, casi nunca inventados por el que los escribe, sino tomados de la tradición ó de boca del vulgo, apenas hay memoria de que se hallasen entre los griegos, hasta los tiempos de César y de Augusto. Partenio de Nicea, que se dice fué maestro de Virgilio, casi puede pasar por el primer compilador de cuentos. Bajo el título de *Aventuras de amor,* reunió treinta y seis. Pero aun así, debemos notar que los primeros cuentos, escritos como tales cuentos, no fueron aún los cuentos míticos y maravillosos de que hemos hablado, sino más bien fueron *sucedidos,* anécdotas, hechos de sujetos particulares que no registra la historia y que el narrador quiere dar á conocer y que sigan conservándose en la memoria de los hombres.

De la misma época y de género parecido son los cuentos de Corón, uno de los cuales, transmigrando y peregrinando de unos países á otros, y no en el libro de Corón, que se ha perdido, y del que sólo se sabe por Focio, ha tenido la honra de ser imitado y realzado en toda la gracia de su estilo por nuestro inimitable Cervantes. El cuento de Corón es el juicio de Sancho Panza sobre el deudor

que afirma haber entregado al acreedor su dinero, después de entregarle un bastón en cuya cavidad estaban escondidas las monedas de oro, importe de la deuda.

El ilustre Plutarco escribió y coleccionó también muchos cuentos. Sus vidas de mujeres célebres tienen á veces el carácter de cuentos y tal vez en alguna de sus vidas paralelas de héroes griegos y romanos pueda igualmente tildarse mucho de cuento; pero donde la condición está más clara es en los *Acontecimientos trágicos causados por el amor.*

Ya en estos más antiguos narradores se notan varias especies de cuentos. Son dos principales: el cuento de maravilla, encantos y cosas sobrenaturales, el cuento de amor y el cuento de hechos ó dichos agudos, con frecuencia brevísimo y que suele reducirse á un epigrama en acción: á lo que familiarmente se llama en español *chascarrillo.* Los cuentos que más han quedado como tales cuentos son los de hadas, asombros y prodigios. Los *chascarrillos,* si tienen un valor histórico, son anécdotas; y cuando no, se inventan nuevos cada día y circulan de boca en boca ó bien se reúnen en colecciones, como, por ejemplo, una muy abundante publicada en España por Monlau.

Los cuentos de amor, sobre todo cuando no hay en ellos elemento sobrenatural, son novelas en compendio, novelas en germen, y, á menudo, des-

de la antigüedad clásica hasta nuestros días, suelen ser sobrado alegres ó dígase muy obscenos. Así muchos cuentos milesios y de Sibaris; así los cuentos de Bocaccio y de otros autores italianos; los franceses de la Reina de Navarra, y los puestos en verso por Lafontaine y por Castí.

Escritores ingeniosos, tomando poco de la tradición, han inventado ó semi-inventado cuentos, tal vez con el deseo de divertir, tal vez, además, con un fin filosófico ó político, de enseñanza ó de propaganda. Los más bellos ejemplos de esta clase de cuentos, salvo la poco sana intención de su doctrina, los ha dado, en nuestro sentir, Voltaire en sus novelas cortas en prosa, como, v. g. *El escarmentado, Micromegas, La Princesa de Babilonia, El toro blanco* y otros.

Por lo general, con todo, puede afirmarse que los cuentos más lindos, escritos por autores de fama, se fundan en tradición oral, han peregrinado mucho, han ido de boca en boca por todos los países, y el autor que los ha escrito sólo ha puesto en ellos el estilo, dándoles, si el estilo es gracioso y perfecto, su redacción y forma definitiva. De este género son *El asno* de Lucio de Patrás; la historia de Psiquis y Cupido que ingiere Apuleyo en su famosa novela; *La matrona de efeso* insertada por Petronio en el *Satiricón; El jocondo* y *El perro precioso* que forman dos episodios

del *Orlando* de Ariosto; y más modernamente los cuentos de Perrault, de Madame d' Aulnoy y de Madame Prince de Beaumont en Francia, de Musäus y el canónigo Schmidt en Alemania, y de Andersen en Dinamarca.

Los árabes inventaron muchos cuentos y quizá tomaron más en la India y en la Persia, y los comunicaron á los europeos ó bien por medio de comerciantes cristianos y de guerreros cruzados, ó bien á causa de sus invasiones y larga permanencia en España y Sicilia. La divulgación y comunicaciones de estos cuentos asiáticos tal vez se nota, por escrito, antes que en ninguna otra literatura en la española, de lo que dan testimonio los cuentos de *El Conde Lucanor* escritos por el Infante Don Juan Manuel en el siglo XIV. Más tarde nadie ha divulgado más y mejor en Europa los cuentos asiáticos que los franceses: Galand con *Las mil y una noches*, cuentos árabes, y Petit de la Croix con *Los mil y un días*, cuentos persas.

Los cuentos de todo género y de todo origen han seguido y siguen escribiéndose en Europa, á pesar de la afición á la novela. Muchos de los mejores novelistas escriben cuentos, ora inventados del todo, ora tomados del cuento oral y vulgar y exornado por ellos. Zola, Nodier, Daudet, Gautier son autores de cuentos en Francia; Bulwer en Inglaterra; en España Bremón, Valera y Carlos Coello.

Entiéndase que citamos algunos nombres y hechos y no apuramos el asunto, que es muy vasto.

El cuento, no considerado ya como un género de literatura, como obra escrita, sino como narración oral y vulgar, ha sido profundamente estudiado en estos últimos tiempos, por ser ramo de la filología comparativa y de la etnografía. En cada nación y hasta en cada provincia ha habido coleccionadores pacientes que han ido recogiendo los cuentos de la boca del vulgo, reuniéndolos y publicándolos en libros. Hay así cuentos alemanes, ingleses, irlandeses, griegos, turcos, rusos, húngaros, etc. En suma, no hay país que no tenga su coleción ó colecciones de cuentos. Por dondequiera, tomando el vocablo y acaso la idea de los ingleses, se han fundado sociedades de *folk-lore* ó de mitología, poesía y filosofía instintiva de la plebe, dedicándose los socios á estudiar, reunir y publicar todos los productos de estas aptitudes de los hombres rudos é indoctos, ó los documentos que en la memoria guardan del saber y del ingenio de otros siglos. En España abundan estas sociedades y algunos de sus individuos son muy activos. Gracias á ellos tenemos colecciones de coplas, refranes, enigmas, sentencias y cuentos.

Acontece casi siempre que cada cuento vulgar, y más aun mientras más antiguo es, se halla en todos los países con más ó menos variantes, pero

el mismo en el fondo. ¿Quién sabe cómo el cuento ha pasado de unos pueblos en otros? Tal vez lo inventaron en la India: tal vez es un *mito* de los arios primitivos, antes de que saliesen del centro del Asia y dejasen las faldas del Cáucaso indiano para extenderse por toda la tierra. Lo sobrenatural del cuento varía y la acción persiste. El dios indio se transforma en Grecia en dios helénico; en la Edad Media cristiana en bruja, santo ó demonio, y en peri ó hada entre los orientales.

De esta suerte el asunto que sirve de argumento al drama *Sacuntala* de Calidasa está en el cuento español de Doña Guiomar. La *apsara*, convertida en hechicera, maldice á la joven, diciendo: „permita el cielo que el que te lleva te olvide“ y el príncipe, á pesar de su sincero y grande amor, viene á olvidarla y sólo la recuerda cuando se deshace el encanto. Es cuento pagano lo del mancebo que pone su anillo en la estatua de Venus; la diosa cierra los dedos y ya no es posible sacar el anillo. El mancebo queda desposado con Venus y ya con ninguna mujer mortal puede casarse. Este cuento, que da argumento á una novelita de Próspero Mérimée, está contado en *Las cantigas* del Rey Sabio como un milagro de la Santísima Virgen.

Los tres burladores, que hacen ó fingen hacer al Rey un traje de una tela que no ve el tonto, y dejan al Rey desnudo, y nadie, ni el propio Rey, se

atreve á decir que no ve el traje á fin de que por tonto no le tengan, es cuento que pasa en Andersen por un cuento popular dinamarqués, y lo será sin duda, pero este cuento viene ya contado, y con no menos gracia, en *El Conde Lucanor*, salvo que no era el tonto, sino el hijo de p... quien no podía ver la tela; y así es que el Rey, los ministros, los cortesanos, todos los sujetos de importancia, aseguran que ven el traje, y es necesario que un miserable negro, á quien nada importaba la legitimidad de su nacimiento, diga que el Rey va en cueros, para que todos lo repitan y se manifieste el engaño.

Los amores de Psíquis y Cupido se refieren por el vulgo de España sin que se digan los nombres de los amantes y sin que el narrador sepa que la historia que narra la escribió Apuleyo y la pintó admirablemente Rafael de Urbino.

Los viajes maravillosos y las *utopias* ó tierras y pueblos extraños aparecen muy semejantes á veces en todas las lenguas y en la boca del vulgo. Apenas hay país que no tenga su cuento parecido al de *Simbad el marino*. Todavía venden los buhoneros y los ciegos, en los campos y lugares de España, los viajes del Infante D. Pedro de Portugal *por las siete partidas del mundo*.

La idea fundamental de alguien que se duerme ó se deleita ó se extasía, piensa haber estado así

breve tiempo, vuelve en sí y halla que han pasado muchos años ó muchos siglos, se repite en mil narraciones, desde el sueño de Epiménides hasta el cuento japonés del pescadorcito y la tortuga. Como leyenda cristiana aparece la misma idea en vidas de varios santos y padres del yermo. Nada en este género más bonito que una leyenda italiana, escrita en el siglo XIV.

El poeta yankee Longfellow ha puesto en verso una historia de este orden, como la española de San Amaro, publicada en el siglo XVI.

El *Jocondo* de Ariosto es en substancia el primer cuento ó cuento-introducción de *Las mil y una noches*, y sin duda Ariosto le oyó y no le leyó, pues en su tiempo no corrían en lengua ninguna de Europa los citados cuentos árabes.

Lo del sabio viejo y desengañado que hace pacto con el demonio para remozarse, ser rico y enamorar á las mujeres, corre de boca en boca y de mil modos y por todas partes antes de fijarse en *El mágico prodigioso* de Calderón y en el *Fausto* de Goethe. Antes había dado asunto á un poema de la Emperatriz de Constantinopla, Atenais, á un drama de la monja Hroswita, á un milagro de Gonzalo Berceo, á una cántiga del Rey D. Alonso y á otros varios decires y escritos en verso y en prosa.

De amores sobrenaturales de hombres y muje-

res con dioses, genios, hadas, sílfides, ondinas, gnomos, diablos, sátiros y duendes hay un mar de cuentos en todos los países, y esto hasta el punto que con frecuencia ha vuelto el cuento á ser historia y á ser tenido por verdad, de varios modos. El Padre Sinistrari d' Ameno escribió un libro donde da por cierta la existencia de los duendes ó genios y sus amores con hombres y mujeres, de los que refiere muchos casos divertidísimos.

En la aparición de los difuntos, ó mejor dicho, de sus almas, se han fundado también muchos cuentos, en cuya posibilidad vuelve también á creerse merced al espiritismo.

Toda esta transmisión, constante vida y ubicuidad de los cuentos ha excitado á los eruditos á escribir su historia, como una parte de la historia de la Filología y de las creencias, supersticiones ó presentimientos y vagas noticias de lo maravilloso, que ha tenido el entendimiento humano en su marcha progresiva.

El asunto es tan vasto, aun concretándolo y precisándolo bien, que Max Müller, por ejemplo, sólo para escribir la historia de los viajes, apariciones en diversos países y modificaciones que ha ido teniendo el cuento ó fábula de la lechera, puesta en verso por Lafontaine en Francia y por Samaniego entre nosotros, ha empleado medio tomo de lectura, y no cansada sino amenísima. Nosotros,

debiendo ceñirnos á la estrechez que consiente esta obra (1), que tanto debe abarcar, creemos haber dicho ya lo que basta para dar idea de la importancia y valer de los cuentos.

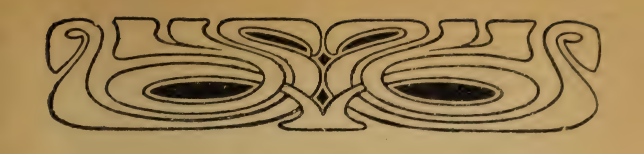
Como género de literatura, el cuento es de los que más se eximen de reglas y preceptos. Conviene, sí, que el estilo sea sencillo y llano; que tenga el narrador candidez ó que acierte á fingirla; que sea puro y castizo en la lengua que escribe, y, sobre todo, que interese ó que divierta y que si refiere cosas increíbles y hasta absurdas, no lo parezcan, por la buena maña, hechizo y primor con que las refiera.

---

(1) *Diccionario enciclopédico hispano-americano.*



PARSONDES



PARSONDES

Aunque se ame y se respete la virtud, no se debe creer que sea tan vocinglera y tan espantadiza como la de ciertos censores del día. Si hubiéramos de escribir á gusto de ellos, si hubiéramos de tomar su rigidez por valedera y no fingida, y si hubiéramos de ajustar á ella nuestros escritos, tal vez ni las *Agonías del tránsito de la muerte,* de Venegas, ni los *Gritos del infierno*, del padre Boneta, serían edificantes modelos que imitar.

Por desgracia, la rigidez es sólo aparente. La rigidez no tiene otro resultado que el de exasperar los ánimos, haciéndoles dudar y burlarse, aunque sólo sea en sueños, de la hipocresía farisaica que ahora se usa.

Véase, si no, el sueño que ha tenido un amigo nuestro, y que trasladamos aquí íntegro, cuando no para recreo, para instrucción de los lectores.

Nuestro amigo soñó lo que sigue:

—Más de dos mil seiscientos años há, era yo en

Susa un sátrapa muy querido del gran Rey Arteo, y el más rígido, grave y moral de todos los sátrapas. El santo varón Parsondes había sido mi maestro, y me había comunicado todo lo comunicable de la ciencia y de la virtud del primer Zoroastro.

Siete años hacía ya que Parsondes, después de iluminar el mundo con su doctrina, y de formar varios discípulos dignos de él, había desaparecido, sin que le volviese á ver nadie, ni vivo ni muerto. Los buenos creyentes daban, pues, por seguro que Parsondes había subido á la región de la luz increada, cerca de Ahura-Mazda, donde brillaba casi tanto como los Amschaspandes y los Izeds, y donde eclipsaba á su propio *feruer* con beatíficos resplandores. Allí militaba aún en el ejército de los espíritus luminosos contra el príncipe de las tinieblas Ahrimanes, cuya soberbia había humillado en esta vida terrenal, y cuyo imperio contribuía poderosamente á destruir en la otra vida, procurando que se realizase la santa esperanza del triunfo definitivo del bien sobre el mal. Los sectarios de la religión de Ahura-Mazda creían, pues, á puño cerrado que Parsondes debía contarse en el número de los veinte ó treinta grandes profetas, precursores y continuadores de Zoroastro hasta la consumación de los siglos. Aunque en Susa y en todo el imperio de los medos, con los reinos tributarios, había hombres de otras varias religiones y creencias, todos

respetaban y casi divinizaban igualmente á Parsondes, si bien por diversos estilos. Unos decían que había encontrado la flecha de Abaris y se había ido por el aire, montado en ella; otros, que se había elevado al empíreo en el trono flotante de Salomón ó en un carro de fuego; otros, que el dragón Musaros, que en la antigüedad más remota civilizó á los asirios, y que tenía cuerpo de pez, cabeza de hombre y piernas de mujer, se le había llevado consigo á su palacio submarino, en el fondo del golfo pérsico. En resolución, aunque por distinta manera, todos convenían en que Parsondes, el virtuoso y el sabio, estaba viviendo con los dioses. En las plazas públicas de Susa se veneraba su imagen, coronada la cabeza de una mitra con quince cuernos, en razón de las quince virtudes capitales que resplandecieron en él, y vestido el cuerpo de un ropaje talar lleno de otros símbolos más extraños aún en nuestros días, aunque entonces no lo fuesen.

Entre tanto, las malas costumbres, el lujo, la disipación, los galanteos y las fiestas dispendiosas iban en aumento desde la muerte ó desaparición de Parsondes, el cual, mientras vivió entre nosotros, no hizo más que condenar aquellos abusos.

El Rey de Babilonia, Nanar, tributario de mi augusto amo Arteo, Rey de Media, había roto todo freno y corría desbocado por el camino de los de-

leites. Nosotros acusábamos á Nanar, como Parsondes le había acusado antes; pero nuestra voz, menos autorizada que la suya, no tocaba el corazón de Arteo, ni le decidía á destronar á Nanar, y á poner otro Rey más morigerado en Babilonia. Nanar era más descreído y libertino que Sardanápalo, y en Babilonia no se adoraba ya á otro dios que al interés y á Mílita, ó como si dijéramos, á Venus. En vano mis camaradas y yo predicábamos contra la corrupción. El vulgo y la nobleza se nos reían en las narices. Nosotros nos vengábamos con hablar de la santa vida de Parsondes y con ponerla en contraposición de la vida que ellos llevaban.

Así iban las cosas, cuando una mañanita Arteo me hizo llamar muy temprano á su presencia.

—Hay esperanzas, me dijo, de que Parsondes viva aún; pero si ha muerto, es menester vengarle y castigar á su matador, que no puede ser otro que el Rey Nanar.

—Tu sabiduría, señor, le contesté, es como la luz, que lo penetra y descubre todo. Vences al cocodrilo en prudencia y al lince en perspicacia; pero ¿cómo has sabido que Parsondes puede vivir aún, y que, si ha muerto, Nanar ha sido su asesino? ¿No han asegurado los magos que Parsondes está en el cielo? ¿No han descubierto los astrólogos en la bóveda azul una estrella, antes nunca vista, y

no han reconocido en esa estrella el alma de Parsondes?

—Así es la verdad, replicó el Rey; pero yo he llegado á averiguar, por revelación de algunos caballeros babilonios descontentos de Nanar, que éste, furioso de lo que Parsondes clamaba contra él, envió siete años há emisarios por todas partes para que ocultamente le prendiesen y llevasen á su alcázar; y allí debe estar Parsondes, ó muerto, ó padeciendo tormentos horribles.

—¡Ah, señor! exclamé yo al punto, postrándome á los pies del Rey; justo es vengar una maldad tan espantosa. Permite que yo sea el instrumento de tu venganza, y que salve á mi querido maestro del cautiverio en que, si no ha muerto, se halla.

El Rey me dijo que con ese fin me había llamado, y que al instante me preparase á partir con el acompañamiento debido, y órdenes terminantes suyas para que Nanar me respondiese con su vida de la del santo varón, ó le pusiese en libertad.

Aquel mismo día, que era uno de los más calurosos del estío, salí de Susa en un magnífico carro tirado por cuatro caballos árabes. Un hábil cochero iba dirigiéndole, y dos esclavos etiopes me acompañaban también en el carro, haciendo aire el uno con un abanico de plumas de avestruz, y sosteniendo el otro, sobre rico varal de marfil, prolijamente labrado, el ancho parasol de seda.

Cuatrocientos jinetes, todos con aljabas, arcos y flechas, vestidos de malla y cubierta la cabeza con sendos capacetes de bronce, nielado de refulgentes colores, me seguían y me daban mayor autoridad y decoro. Seis batidores, montados en rayadas y velocísimas cebras, iban delante de mí, á fin de anunciarme en las diversas poblaciones. Las vituallas y refrescos que traíamos para suplir las faltas del camino, venían sobre los lomos de veinte poderosos elefantes.

Por no pecar de prolijo, no refiero aquí menudamente los sucesos de mi viaje. Baste saber que el décimo día descubrimos á lo lejos los muros ingentes de Babilonia, obra de Nabucodonosor y de Nitocris. Tenían treinta varas de espesor; circundaban la ciudad, formando una zona de veintidós leguas de bojeo, y se elevaban, por la parte más baja, ciento veinte varas sobre la tierra: tanto como los campanarios de las catedrales de ahora. Un copete de verdura coronaba los muros. Eran los jardines pensiles. Sobre los muros y sobre los jardines descollaban algunos edificios, como los palacios reales, el templo de Belo y la famosa torre de Nemrod, que constaba de ocho pisos, de más de doscientas varas de alto el primero. Desde la cima de esta torre, que parecía tocar la bóveda celeste, presumían tratar los sabios antiguos con los dioses, secretas inteligencias ó genios que mue-

ven los astros. Aunque tan distantes aún, y de un modo confuso, creíamos ya percibir las colosales figuras esculpidas y pintadas en las paredes exteriores de palacios y templos; aquellos toros con cabeza de hombre y aquellos hombres con cabeza de león, aquellos próceres y aquellos guerreros, ceñidos los riñones de talabartes, de que se enamoraron Oala y Oliba. El sol reflejaba desde Oriente sobre los gigantescos edificios y sobre las cien puertas enormes de la ciudad, que eran de bronce dorado. El resplandor que despedían deslumbraba los ojos. El Eufrates y el Tigris, serpenteando y heridos también por los rayos del sol que rielaba en sus ondas, se asemejaban á dos cintas de oro en fusión que formaban un lazo.

Los batidores se habían adelantado á anunciar mi llegada. De repente vimos levantarse en la extensa y fértil llanura, entre las huertas, jardines y verdes sotos, por donde estaba abierto el camino, una nubecilla blanca que se iba agrandando. Luego vimos una mancha obscura que se movía hacia nosotros. Poco después llegó á todo correr uno de mis batidores á decirme que Nanar se acercaba á recibirme con numerosa comitiva. En esto la mancha obscura se había agrandado en extremo, y empezamos á oir distintamente el son de los instrumentos músicos, el relinchar de los caballos y el resonar de las armas. Notamos, por último, el

resplandor del oro y de la plata, el lujo de las vestiduras y la magnificencia de los que á recibirnos venían.

Hice entonces que el cochero aguijase los caballos, y pronto estuve cerca del Rey Nanar, que venía en un soberbio palanquín de bambú, sándalo y nácar, sostenido por doce gallardos mancebos. El Rey bajó del palanquín y yo del carro, y nos saludamos y abrazamos con mutua cordialidad.

La túnica del Rey era de tisú de oro, bordada de seda de mil colores. En el bordado se representaban todas las flores del campo, y todos los pájaros del aire, y todas las estrellas del éter. Llevaba el Rey una tiara no menos estupenda, ajorcas y brazaletes, y por zarcillos dos redondas perlas, del tamaño cada una de un huevo de perdiz.

Su cabellera le caía en bucles perfumados sobre la espalda y la barba formaba menudísimos rizos, artística y simétricamente ordenados. Su vestido y su persona despedían delicada fragancia. Á pesar de mi severidad, no pude menos de admirarme de la finura del Rey Nanar, y confesé allá en mis adentros, que era la persona más *comm'il faut* que había yo tratado en mi vida.

El Rey me alojó en su alcázar, me dió fiestas espléndidas, y me distrajo de tal suerte, que casi me hizo olvidar el objeto de mi misión. Ya teníamos

un concierto, ya un baile, ya una cena por el estilo de la que dió Baltasar muchos años después. Yo no me atrevía á preguntar al Rey qué había hecho de Parsondes. Yo no comprendía que un señor tan excelente, que agasajaba y regalaba á los huéspedes con aquella elegancia y cortesanía, hubiese dado muerte ó tuviese en duro cautiverio á mi querido maestro.

Por último, una noche me armé de toda mi austeridad y resolución, y dije á Nanar, en nombre del Rey mi amo, que en el momento mismo iba á decir dónde estaba el virtuoso Parsondes, si no quería perder el reino y la vida. Nanar, en vez de contestarme, hizo venir al punto á todas las bayaderas y cantatrices que había en el alcázar: se entiende que fuera del recinto, harén ó como quiera llamarse, reservado á sus mujeres. Las tales sacerdotisas de Mílita pasaban de novecientas, y eran de lo más bello y habilidoso que á duras penas pudiera encontrarse en toda el Asia. Las muchachas llegaron bailando, cantando y tocando flautas, crótalos y salterios, que era cosa de gusto el verlas y el oirlas. Yo me quedé absorto. Nanar me dijo, y aquí fué mayor mi estupefacción:

—Ahí tienes al santo Parsondes en medio de esas mujeres. Parsondes, ven acá y saluda á tu antiguo discípulo.

Salió entonces del centro de aquella turba fe-

menina uno que, á no ser por la barba, hubiera podido confundirse con las mujeres. Traía pintadas las cejas de negro, de azul los párpados, á fin de que brillasen más los ojos, y las mejillas cubiertas de colorete. Estaba todo perfumado, su traje era casi tan rico como el del Rey, su andar afeminado y lánguido; de sus orejas pendían zarcillos primorosos; de su garganta un collar de perlas; ceñía su frente una guirnalda de flores. Era el mismo Parsondes, que me echó los brazos al cuello.

—Yo soy, me dijo, muy otro del que antes era. Vuélvete, si quieres, á Susa; pero no digas que vivo aún, para que no se escandalicen los magos, y para que sigan teniendo un ejemplo reciente de santidad á que recurrir. Nanar se vengó de mi ruda y desaliñada virtud, haciéndome prisionero y mandando que me enjabonasen y fregasen con un estropajo. Después han seguido lavándome y perfumándome dos veces al día, regalándome á pedir de boca, y obligándome á estar en compañía de todas estas alegres señoritas, donde he acabado por olvidarme de Zoroastro y de mis austeras predicaciones, y por convencerme de que en esta vida se ha de procurar pasarlo lo mejor posible, sin ocuparse en la vida de los otros. Cuidados ajenos matan al asno, y nadie lo es más que quien se mezcla en censurar los vicios de los otros,

cuando sólo le ha faltado la ocasión para caer en ellos, ó cuando, si en ellos no ha caído, se lo debe á su ignorancia, mal gusto y rustiqueza.

Las manos me puse en los oídos para no oir semejantes blasfemias en boca de aquel sabio admirable. Desesperado y rabioso estaba yo de verle convertido en *bon vivant*, con sus puntas y collar de bribón desvergonzado; mas para evitar habladurías escandalosas, determiné aconsejar al colegio de los magos que siguiese sosteniendo que Parsondes había subido al empíreo, y que siguiese venerando su imagen, sin descubrir nunca, antes negando rotundamente, que Parsondes vivía con las bailarinas de Babilonia, en el alcázar de Nanar.

En esto desperté de mi sueño y me volví á encontrar en mi pobre casita de esta corte.

—Creo, añadía nuestro amigo al terminar su cuento, que con menos riqueza y á menos costa pueden los Nanares del día seducir á los Parsondes que zahieren su inmoralidad y sus vicios, movidos no de la caridad, sino de la envidia. Los que no estén seguros de la propia virtud y entereza de ánimo han de ser, pues, más indulgentes con los Nanares. ¡Desdichado aquel que hace alarde de virtud sin tenerla probadísima!

¡Dichoso aquel que la practica y calla!

Madrid 1859.

EL PÁJARO VERDE



EL PÁJARO VERDE

I.

Hubo, en época muy remota de ésta en que vivimos, un poderoso Rey, amado con extremo de sus vasallos y poseedor de un fertilísimo, dilatado y populoso reino allá en las regiones de Oriente. Tenía este Rey inmensos tesoros y daba fiestas espléndidas. Asistían en su corte las más gentiles damas y los más discretos y valientes caballeros que entonces había en el mundo. Su ejército era numeroso y aguerrido. Sus naves recorrían como en triunfo el Océano. Los parques y jardines, donde solía cazar y holgarse, eran maravillosos por su grandeza y frondosidad y por la copia de alimañas y de aves que en ellos se alimentaban y vivían.

Pero ¿qué diremos de sus palacios y de lo que en sus palacios se encerraba, cuya magnificencia excede á toda ponderación? Allí muebles riquísimos, tronos de oro y de plata y vajillas de porcelana, que era entonces menos común que ahora;

allí enanos, gigantes, bufones y otros monstruos para solaz y entretenimiento de S. M.; allí cocineros y reposteros profundos y eminentes, que cuidaban de su alimento corporal, y allí no menos profundos y eminentes filósofos, poetas y jurisconsultos, que cuidaban de dar pasto á su espíritu, que concurrían á su consejo privado, que decidían las cuestiones más árduas de derecho, que aguzaban y ejercitaban el ingenio con charadas y logogrifos, y que cantaban las glorias de la dinastía en colosales epopeyas.

Los vasallos de este Rey le llamaban con razón *el Venturoso*. Todo iba de bien en mejor durante su reinado. Su vida había sido un tejido de felicidades, cuya brillantez empañaba solamente con negra sombra de dolor la temprana muerte de la señora Reina, persona muy cabal y hermosa, á quien S. M. había querido con todo su corazón. Imagínate, lector, lo que la lloraría, y más habiendo sido él, por el mismo acendrado cariño que la tenía, causa inocente de su muerte.

Cuentan las historias de aquel país que ya llevaba el Rey siete años de matrimonio sin lograr sucesión, aunque vehementemente la deseaba, cuando ocurrieron unas guerras en país vecino. El Rey partió con sus tropas; pero antes se despidió de la señora Reina con mucho afecto. Ésta, dándole un abrazo, le dijo al oído: No se lo

digas á nadie para que no se rían si mis esperanzas no se logran, pero me parece que estoy en cinta.

La alegría del Rey con esta nueva no tuvo límites, y como todo le sale bien al que está alegre, él triunfó de sus enemigos en la guerra, mató por su propia mano á tres ó cuatro reyes que le habían hecho no sabemos qué mala pasada, asoló ciudades, hizo cautivos, y volvió cargado de botín y de gloria á la hermosa capital de su monarquía.

Habían pasado en esto algunos meses; así es que, al atravesar el Rey con gran pompa la ciudad, entre las aclamaciones y el aplauso de la multitud y el repiqueteo de las campanas, la Reina estaba pariendo, y parió con felicidad y facilidad, á pesar del ruido y agitación y aunque era primeriza.

¡Qué gusto tan pasmoso no tendría S. M. cuando, al entrar en la real cámara, el comadrón mayor del reino le presentó á una hermosa Princesa que acababa de nacer! El Rey dió un beso á su hija, y se dirigió lleno de júbilo, de amor y de satisfacción, al cuarto de la señora Reina, que estaba en la cama tan colorada, tan fresca y tan bonita como una rosa de Mayo.

—¡Esposa mía!—exclamó el Rey, y la estrechó entre su brazos. Pero el Rey era tan robusto y era tan viva la efusión de su ternura, que sin más ni menos ahogó sin querer á la Reina. Entonces fue-

ron los gritos, la desesperación y el llamarse á sí propio animal, con otras elocuentes muestras de doloroso sentimiento. Mas no por esto resucitó la Reina, la cual, aunque muerta, estaba divina. Una sonrisa de inefable deleite se diría que aun vagaba sobre sus labios. Por ellos, sin duda, había volado el alma envuelta en un suspiro de amor, y orgullosa de haber sabido inspirar cariño bastante para producir aquel abrazo. ¡Qué mujer verdaderamente enamorada no envidiará la suerte de esta reina!

El Rey probó el mucho cariño que le tenía, no sólo en vida de ella, sino después de su muerte. Hizo voto de viudez y de castidad perpetuas, y supo cumplirle. Mandó componer á los poetas una corona fúnebre, que aun dicen que se tiene en aquel reino como la más preciosa joya de la literatura nacional. La corte estuvo tres años de luto. Del mausoleo que se levantó á la Reina sólo fué posteriormente el de Caria un mezquino remedo.

Pero como, según dice el refrán, no hay mal que dure cien años, el Rey, al cabo de un par de años, sacudió la melancolía, y se creyó tan venturoso ó más venturoso que antes. La Reina se le aparecía en sueños, y le decía que estaba gozando de Dios, y la Princesita crecía y se desarrollaba que era un contento.

Al cumplir la Princesita los quince años, era, por su hermosura, entendimiento y buen trato, la

admiración de cuantos la miraban y el asombro de cuantos la oían. El Rey la hizo jurar heredera del trono, y trató luego de casarla.

Más de quinientos correos de gabinete, caballeros en sendas cebras de posta, salieron á la vez de la capital del reino con despachos para otras tantas cortes, invitando á todos los Príncipes á que viniesen á pretender la mano de la Princesa, la cual había de escoger entre ellos al que más le gustase.

La fama de su portentosa hermosura había recorrido ya el mundo todo; de suerte que, apenas fueron llegando los correos á las diferentes cortes, no había Príncipe, por ruín y para poco que fuese, que no se decidiera á ir á la capital del *Rey Venturoso*, á competir en justas, torneos y ejercicios de ingenio por la mano de la Princesa. Cada cual pedía al Rey su padre armas, caballos, su bendición y algún dinero, con lo cual, al frente de una brillante comitiva, se ponía en camino.

Era de ver cómo iban llegando á la corte de la Princesita todos estos altos señores. Eran de ver los saraos que había entonces en los palacios reales. Eran de admirar, por último, los enigmas que los Príncipes se proponían para mostrar la respectiva agudeza; los versos que escribían; las serenatas que daban; los combates del arco, del pugilato y de la lucha, y las carreras de carros y de caba-

llos, en que procuraba cada cual salir vencedor de los otros y ganarse el amor de la pretendida novia.

Pero ésta, que á pesar de su modestia y discreción, estaba dotada, sin poderlo remediar, de una índole arisca, descontentadiza y desamorada, abrumaba á los Príncipes con su desdén, y de ninguno de ellos se le importaba un ardite. Sus discreciones le parecían frialdades, simplezas sus enigmas, arrogancia sus rendimientos y vanidad ó codicia de sus riquezas el amor que le mostraban. Apenas se dignaba mirar sus ejercicios caballerescos, ni oir sus serenatas, ni sonreir agradecida á sus versos de amor. Los magníficos regalos, que cada cual le había traído de su tierra, estaban arrinconados en un zaquizamí del regio alcázar.

La indiferencia de la Princesa era glacial para todos los pretendientes. Sólo uno, el hijo del Kan de Tartaria, había logrado salvarse de su indiferencia para incurrir en su odio. Este Príncipe adolecía de una fealdad sublime. Sus ojos eran oblícuos, las mejillas y la barba salientes, crespo y enmarañado el pelo, rechoncho y pequeño el cuerpo, aunque de titánica pujanza, y el genio intranquilo, mofador y orgulloso. Ni las personas más inofensivas estaban libres de sus burlas, siendo principal blanco de ellas el Ministro de Negocios Extranjeros del *Rey Venturoso*, cuya gravedad, entono y cortas luces, así como lo detestablemente

que hablaba el *sanscrito*, lengua diplomática de entonces, se prestaban algo al escarnio y á los chistes.

Así andaban las cosas, y las fiestas de la corte eran más brillantes cada día. Los Príncipes, sin embargo, se desesperaban de no ser queridos; el *Rey Venturoso* rabiaba al ver que su hija no acababa de decidirse, y ésta continuaba erre que erre en no hacer caso de ninguno, salvo del Príncipe tártaro, de quien sus pullas y declarado aborrecimiento vengaba con usura al famoso Ministro de su padre.

II.

Aconteció, pues, que la Princesa, en una hermosa mañana de primavera, estaba en su tocador. La doncella favorita peinaba sus dorados, largos y suavísimos cabellos. Las puertas de un balcón, que daba al jardín, estaban abiertas para dejar entrar el vientecillo fresco y con él el aroma de las flores.

Parecía la Princesa melancólica y pensativa y no dirigía ni una sola palabra á su sierva.

Ésta tenía ya entre sus manos el cordón con que se disponía á enlazar la áurea crencha de su ama, cuando á deshora entró por el balcón un preciosísimo pájaro, cuyas plumas parecían de esmeralda, y cuya gracia en el vuelo dejó absortas á la señora y á su sirvienta. El pájaro, lanzándose rápidamen-

te sobre esta última, le arrebató de las manos el cordón, y volvió á salir volando de aquella estancia.

Todo fué tan instantáneo, que la Princesa apenas tuvo tiempo de ver al pájaro; pero su atrevimiento y su hermosura le causaron la más extraña impresión.

Pocos días después, la Princesa, para distraer sus melancolías, tejía una danza con sus doncellas, en presencia de los Príncipes. Estaban todos en los jardines y la miraban embelesados. De pronto sintió la Princesa que se le desataba una liga, y, suspendiendo el baile, se dirigió con disimulo á un bosquecillo cercano para atársela de nuevo. Descubierta tenía ya S. A. la bien torneada pierna, había estirado ya la blanca media de seda y se preparaba á sujetarla con la liga que tenía en la mano, cuando oyó un ruido de alas, y vió venir hacia ella el pájaro verde, que le arrebató la liga en el ebúrneo pico y desapareció al punto. La Princesa dió un grito y cayó desmayada.

Acudieron los pretendientes y su padre. Ella volvió en sí, y lo primero que dijo fué: —¡Que me busquen el pájaro verde... que me le traigan vivo... que no le maten... yo quiero poseer vivo el pájaro verde!

Mas en balde le buscaron los Príncipes. En balde, á pesar de lo mandado por la Princesa de que

no se pensase en matar el pájaro verde, se soltaron contra él neblíes, sacres, gerifaltes y hasta águilas caudales, domesticadas y adiestradas en la cetrería. El pájaro verde no pareció ni vivo ni muerto.

El deseo no cumplido de poseerle atormentaba á la Princesa y acrecentaba su mal humor. Aquella noche no pudo dormir. Lo mejor que pensaba de los Príncipes era que no valían para nada.

Apenas vino el día, se alzó del lecho, y en ligeras ropas de levantar, sin corsé ni miriñaque, más hermosa é interesante en aquel *deshabillé,* pálida y ojerosa, se dirigió con su doncella favorita á lo más frondoso del bosque que estaba á la espalda de palacio, y donde se alzaba el sepulcro de su madre. Allí se puso á llorar y á lamentar su suerte.— ¿De qué me sirven, decía, todas mis riquezas, si las desprecio; todos los Príncipes del mundo, si no los amo; de qué mi reino, si no te tengo á tí, madre mía, y de qué todos mis primores y joyas, si no poseo el hermoso pájaro verde?

Con esto, y como para consolarse algo, desenlazó el cordón de su vestido y saçó del pecho un rico guardapelo, donde guardaba un rizo de su madre, que se puso á besar. Mas apenas empezó á besarle, cuando acudió más rápido que nunca el pájaro verde, tocó con su ebúrneo pico los labios de la Princesa y arrebató el guardapelo, que durante tantos años había reposado contra su corazón, y en

tan oculto y deseado lugar había permanecido. El robador desapareció en seguida, remontando el vuelo y perdiéndose en las nubes.

Esta vez no se desmayó la Princesa; antes bien se paró muy colorada y dijo á la doncella: —Mírame, mírame los labios; ese pájaro insolente me los ha herido, porque me arden.

La doncella los miró y no notó picadura ninguna; pero indudablemente el pájaro había puesto en ellos algo de ponzoña, porque el traidor no volvió á aparecer en adelante, y la Princesa fué desmejorándose por grados, hasta caer enferma de mucho peligro. Una fiebre singular la consumía, y casi no hablaba sino para decir: —Que no le maten... que me le traigan vivo... yo quiero poseerle.

Los médicos estaban de acuerdo en que la única medicina para curar á la Princesa, era traerle vivo el pájaro verde. Mas ¿dónde hallarle? Inútil fué que le buscasen los más hábiles cazadores. Inútil que se ofreciesen sumas enormes á quien le trajera.

El *Rey Venturoso* reunió un gran congreso de sabios á fin de que averiguasen, so pena de incurrir en su justa indignación, quién era y dónde vivía el pájaro verde, cuyo recuerdo atormentaba á su hija.

Cuarenta días y cuarenta noches estuvieron los sabios reunidos, sin cesar de meditar y disertar sino para dormir un poco y alimentarse. Pronun-

ciaron muy doctos y elocuentes discursos, pero nada averiguaron.—Señor, dijeron al cabo todos ellos al Rey, postrándose humildemente á sus pies é hiriendo el polvo con las respetables frentes, somos unos mentecatos; haz que nos ahorquen; nuestra ciencia es una mentira: ignoramos quién sea el pájaro verde, y sólo nos atrevemos á sospechar si será acaso el ave fénix del Arabia.

—Levantaos, contestó el Rey con notable magnanimidad; yo os perdono y os agradezco la indicación sobre el ave fénix. Sin tardanza saldrán siete de vosotros con ricos presentes para la Reina de Sabá, y con todos los recursos de que yo puedo disponer para cazar pájaros vivos. El fénix debe de tener su nido en el país sabeo, y de allí habéis de traérmele, si no queréis que mi cólera regia os castigue aunque tratéis de evitarla escondiéndoos en las entrañas de la tierra.

En efecto, salieron para el Arabia siete sabios de los más versados en lingüística, y entre ellos el Ministro de Negocios Extranjeros, sobre lo cual tuvo mucho que reir el Príncipe tártaro.

Este Príncipe envió también cartas á su padre, que era el más famoso encantador de aquella edad, consultándole sobre el caso del pájaro verde.

La Princesa, en el ínterin, seguía muy mal de salud y lloraba tan abundantes lágrimas, que diariamente empapaba en ellas más de cincuenta pañue-

los. Las lavanderas de palacio estaban con esto muy afanadas, y como entonces ni la persona más poderosa tenía tanta ropa blanca como ahora se usa, no hacían más que ir á lavar al río.

III.

Una de estas lavanderas, que era, valiéndonos de cierta expresión á la moda, una *pollita muy simpática,* volvía un día, al anochecer, de lavar en el río los lacrimosos pañuelos de la Princesa.

En medio del camino, y muy distante aún de las puertas de la ciudad, se sintió algo cansada y se sentó al pie de un árbol. Sacó del bolsillo una naranja, y ya iba á mondarla para comérsela, cuando se le escapó de las manos y empezó á rodar por aquella cuesta abajo con singular ligereza. La muchachuela corrió en pos de su naranja, pero mientras más corría más la naranja se adelantaba, sin que jamás se parase y sin que ella llegase á alcanzarla en la carrera, si bien no la perdía de vista. Cansada de correr, y sospechando, aunque poco experimentada en las cosas del mundo, que aquella naranja tan corredora no era del todo natural, la pobre se detenía á veces y pensaba en desistir de su empeño, pero la naranja al punto se detenía también, como si ya hubiese cesado en su movimiento y convidase á su dueño á que de nuevo la

cogiese. Llegaba ella á tocarla con la mano, y la naranja se le deslizaba otra vez y continuaba su camino.

Embelesada estaba la lavanderilla en tan inaudita persecución, cuando notó al fin que se hallaba en un bosque intrincado, y que la noche se le venía encima, obscura como boca de lobo. Entonces tuvo miedo, y rompió en desconsoladísimo llanto. La obscuridad creció rápidamente, y ya no le permitió ni ver la naranja, ni orientarse, ni dar con el camino para volverse atrás.

Iba, pues, vagando á la ventura, afligidísima y muerta de hambre y cansancio, cuando columbró no muy lejos unas brillantes lucecitas. Imaginó ser las de la ciudad; dió gracias á Dios, y enderezó sus pasos hacia aquellas luces. Pero ¡cuán grande no sería su sorpresa al encontrarse, á poco trecho y sin salir del intrincado bosque, á las puertas de un suntuosísimo palacio, que parecía un ascua de oro por lo que brillaba, y en cuya comparación pasaría por una pobre choza el espléndido alcázar del *Rey Venturoso!*

No había guardia, ni portero, ni criados que impidiesen la entrada, y la chica, que no era corta, y que además sentía el estímulo de la curiosidad y el deseo de albergarse y de comer algo, traspasó los umbrales, subió por una ancha y lujosa escalera de bruñido jaspe, y empezó á discurrir por los

más ricos y elegantes salones que imaginarse pueden, aunque siempre sin ver á nadie. Los salones estaban, sin embargo, profusamente iluminados por mil lámparas de oro, cuyo perfumado aceite difundía suavísima fragancia. Los primorosos objetos que en los salones había eran para espantar por su riqueza y exquisito gusto, no ya á la lavanderilla, que poco de esto había disfrutado, sino á la mismísima reina Victoria, que hubiera confesado la relativa inferioridad de la industria inglesa, y hubiera dado patentes y medallas á los inventores y fabricantes de todos aquellos artículos.

La lavandera los admiró á su sabor, y admirándolos se fué poco á poco hacia un sitio de donde salía un rico olorcillo de viandas muy suculento y delicioso. De esta suerte llegó á la cocina, pero ni jefe, ni sota-cocineros, ni pinches, ni fregatrices había en ella; todo estaba desierto, como el resto del palacio. Ardían, no obstante, el fogón, el horno y las hornillas, y en ellos estaban al fuego infinito número de peroles, cacerolas y otras vasijas. Levantó nuestra aventurera la cubierta de una cacerola y vió en ella unas anguilas; levantó otra y vió una cabeza de jabalí desosada y rellena de pechugas de faisanes y de trufas; en resolución, vió los manjares más exquisitos que se presentan en las mesas de los reyes, emperadores y papas; y hasta vió algunos platos, al lado de los cuales los impe-

riales, papales y regios serían tan groseros como al lado de éstos un potaje de judías ó un gazpacho.

Animada la chica con lo que veía y olía, se armó de un cuchillo y de un trinchante, y se lanzó con resolución sobre la cabeza de jabalí. Mas apenas hubo llegado á ella recibió en sus manos un golpe, dado al parecer por otra poderosa é invisible, y oyó una voz que le decía, tan de cerca que sintió la agitación del aire y el aliento caliente y vivo de las palabras:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

Se dirigió entonces á unas truchas salmonadas, creyéndolas manjar menos principesco y que le dejarían comer, pero la mano invisible vino de nuevo á castigar su atrevimiento, y la voz misteriosa á repetirle:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

Tentó, por último, mejor fortuna en tercero, cuarto y quinto plato, pero siempre le aconteció lo propio: así tuvo con harta pena que resignarse á ayunar, y se salió despechada de la cocina.

Volvió luego á recorrer los salones, donde reinaba siempre la misma misteriosa soledad y donde el más profundo silencio parecía tener su morada, y llegó á una alcoba lindísima en la cual sólo dos ó tres luces, encerradas y amortecidas en vasos de alabastro, derramaban una claridad indecisa y vo-

luptuosa, que estaba convidando al reposo y al sueño. Había en esta alcoba una cama tan cómoda y mullida, que nuestra lavandera, que estaba cansadísima, no pudo resistir á la tentación de tenderse en ella y descansar. Iba á poner en ejecución su propósito, y ya se había sentado y se disponía á tenderse, cuando en la parte misma de su cuerpo con que acababa de tocar la cama, sintió una dolorosa picadura, como si con un alfiler de á ochavo la punzasen, y oyó de nuevo una voz que decía:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

No hay que decir que la lavanderilla se asustó y afligió con esto, resignándose á no dormir, como á no comer se había resignado, y para distraer el hambre y el sueño, se puso á registrar cuantos objetos había en la alcoba, llevando su curiosidad hasta levantar las colgaduras y los tapices.

Detrás de uno de éstos descubrió nuestra heroína una primorosa puertecilla secreta de sándalo con embutidos de nácar. La empujó suavemente, y, cediendo la puerta, se encontró en una escalera de caracol, de mármol blanco. Por ella bajó sin detenerse á uno como invernáculo, donde crecían las plantas y las flores más aromáticas y extrañas, y en cuyo centro había una taza inmensa, hecha, al parecer, de un solo, limpio y diáfano topacio. Se levantaba del medio de la taza un surtidor tan gi-

gantesco como el que hay ahora en la *Puerta del Sol,* pero con la diferencia de que el agua del de la *Puerta del Sol* es natural y ordinaria, y la de éste era agua de olor, y tenía además en sí misma todos los colores del iris y luz propia, lo cual, como ya calculará el lector, le daba un aspecto sumamente agradable. Hasta el murmullo que hacía esta agua al caer tenía algo más musical y acordado que el que producen otras, y se diría que aquel surtidor cantaba alguna de las más enamoradas canciones de Mozart ó de Bellini.

Absorta estaba la lavandera mirando aquellas bellezas y gozando de aquella armonía, cuando oyó un grande estrépito y vió abrirse una ventana de cristales. La lavandera se escondió precipitadamente detrás de una masa de verdura, á fin de no ser vista y poder ver á las personas ó seres, que sin duda se acercaban.

Éstos eran tres pájaros rarísimos y lindísimos, uno de ellos todo verde, y brillante como una esmeralda. En él creyó ver la lavandera, con notable contento, al que era causa, según todo el mundo aseguraba, de la pertinaz dolencia de la *Princesa Venturosa.* Los otros dos pájaros no eran, ni con mucho, tan bellos; pero tampoco carecían de mérito singular. Los tres venían con muy ligero vuelo, y los tres se abatieron sobre la taza de topacio y se zambulleron en ella.

Á poco rato vió la lavandera que del seno diáfano del agua salían tres mancebos tan lindos, bien formados y blancos, que parecían estatuas peregrinas hechas por mano maestra, con mármol teñido de rosas. La chica, que en honor de la verdad se debe decir que jamás había visto hombres desnudos, y que de ver á su padre, á sus hermanos y á otros amigos, vestidos y mal vestidos, no podía deducir hasta dónde era capaz de elevarse la hermosura humana masculina, se figuró que miraba á tres genios inmortales ó á tres ángeles del cielo. Así es que, sin ruborizarse, los siguió mirando con bastante complacencia, como objetos santos y nada pecaminosos. Pero los tres salieron al punto del agua, y pronto se vistieron de elegantes ropas.

Uno de ellos, el más hermoso de los tres, llevaba sobre la cabeza una diadema de esmeraldas, y era acatado de los otros como señor soberano. Si desnudo le pareció á la lavanderilla un ángel ó un genio por la hermosura, ya vestido la deslumbró con su majestad, y le pareció el emperador del mundo y el príncipe más adorable de la tierra.

Aquellos señores se dirigieron en seguida al comedor y se sentaron en una espléndida mesa, donde había tres cubiertos preparados. Una música sumisa é invisible les hizo salva al llegar y les regaló los oídos mientras comían. Criados, invisibles también, iban trayendo los platos y sirviendo admira-

blemente la mesa. Todo esto lo veía y notaba la lavanderilla, que, sin ser vista ni oída, había seguido á aquellos señores, y estaba escondida en el comedor detrás de un cortinaje.

Desde allí pudo oir algo de la conversación, y comprender que el más hermoso de los mancebos era el Príncipe heredero del grande Imperio de la China, y los otros dos, el uno su secretario y el otro su escudero más querido; los cuales estaban encantados y transformados en pájaros durante todo el día, y sólo por la noche recobraban su ser natural, previo el baño de la fuente.

Notó, asimismo, la curiosa lavandera que el Príncipe de las esmeraldas apenas comía, aunque sus familiares le rogaban que comiese, y que se mostraba melancólico y arrobado, exhalando á veces de lo más hondo del hermosísimo pecho un ardiente suspiro.

IV.

Refieren las crónicas que vamos extractando que, terminado ya aquel opíparo y poco alegre festín, el Príncipe de las esmeraldas, volviendo en sí como de algún sueño, alzó la voz y dijo:

—Secretario, tráeme la cajita de mis entretenimientos.

El secretario se levantó de la mesa y volvió de allí á poco con la cajita más preciosa que han vis-

to ojos mortales. Aquélla en que encerró Alejandro la *Iliada* era, en comparación de ésta, más chapucera y pobre que una caja de turrón de Jijona.

El Príncipe tomó la cajita en sus manos, la abrió y estuvo largo rato contemplando con ojos amorosos lo que había en el fondo de ella. Metió luego la mano en la cajita y sacó un cordón. Le besó apasionadamente, derramó sobre él lágrimas de ternura y prorrumpió en estas palabras:

¡Ay cordoncito de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Colocó de nuevo el cordón en la cajita, y sacó de ella una liga bordada y muy limpia. La besó, la acarició también y exclamó al besarla:

¡Ay linda liga de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Sacó, por último, un precioso guardapelo, y si mucho había besado cordón y liga, más le besó y más le acarició aún, diciendo con acento tristísimo, que partía los corazones y hasta las peñas:

¡Ay guardapelo de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Á poco el Príncipe y los dos familiares se retiraron á sus alcobas, y la lavanderilla no se atrevió á

seguirlos. Viéndose sola en el comedor, se acercó á la mesa, donde aun estaban casi intactos los ricos manjares, los confites, las frutas y los generosos y chispeantes vinos; pero el recuerdo de la voz misteriosa y de la mano invisible la detenían, y la obligaban á contentarse con mirar y oler.

Para gozar de este incompleto deleite, se acercó tanto á los manjares, que vino á ponerse entre la mesa y la silla del Príncipe. Entonces sintió, no ya una, sino dos manos invisibles que le caían sobre los hombros oprimiéndola. La voz misteriosa le dijo:

—Siéntate y come.

En efecto, se halló sentada en la misma silla del Príncipe; y, ya autorizada por la voz, se puso á comer con un apetito extraordinario, que la novedad y lo exquisito de la comida hacían mayor aún, y comiendo se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó, era muy de día. Abrió los ojos, y se encontró en medio del campo, tendida al pie del árbol donde había querido comerse la naranja. Allí estaba la ropa que había traído del río, y hasta la naranja corredora estaba allí también.

—¿Si habrá sido todo un sueño? dijo para sí la lavanderilla. Quisiera volver al palacio del Príncipe de la China para cerciorarme de que aquellas magnificencias son reales y no soñadas.

Diciendo esto, tiró al suelo la naranja para ver si le mostraba nuevamente el camino; pero la naranja rodaba un poco, y luego se detenía en cualquier hoyo ó tropiezo, ó cuando el impulso con que se movía dejaba de ser eficaz. En suma, la naranja hacía lo que hacen de ordinario, en idénticas circunstancias, todas las naranjas naturales. Su conducta no tenía nada de extraño ni de maravilloso.

Despechada entonces la muchacha, partió la naranja y vió que por dentro era como las demás. Se la comió, y le supo á lo mismo que cuantas naranjas había comido antes.

Ya apenas dudó de que había soñado.—Ningún objeto tengo, añadió, con que convencerme á mí propia de la realidad de lo que he visto: mas iré á ver á la Princesa y se lo contaré todo, por lo que pueda importarle.

V.

Mientras acontecían, en sueño ó en realidad, los poco ordinarios sucesos que quedan referidos, la *Princesa Venturosa*, fatigada de tanto llorar, estaba durmiendo tranquilamente; y aunque eran ya las ocho de la mañana, hora en que todo el mundo solía estar levantado y aun almorzado en aquella época, la Princesita, sin dar acuerdo de su persona, seguía en la cama.

Muy interesante juzgó, sin duda, su doncella favorita las nuevas que le traía, cuando se atrevió á despertarla. Entró en su alcoba, abrió la ventana y exclamó con alborozo:

—Señora, señora, despertad y alegraos, que ya hay quien os traiga nuevas del pájaro verde.

La Princesa se despertó, se restregó los ojos, se incorporó y dijo:

—¿Han vuelto los siete sabios que fueron al país sabeo?

—Nada de eso, contestó la doncella; quien trae las nuevas es una de las lavanderillas que lavan los lacrimosos pañuelos de V. A.

—Pues hazla entrar al momento.

Entró la lavanderilla, que estaba ya detrás de una puerta aguardando este permiso, y empezó á referir con gran puntualidad y despejo cuanto le había pasado.

Al oir la aparición del pájaro verde, la Princesa se llenó de júbilo, y al escuchar su salida del agua convertido en hermoso Príncipe, se puso encendida como la grana, una celestial y amorosa sonrisa vagó sobre sus labios, y sus ojos se cerraron blandamente como para reconcentrarse ella en sí misma y ver al Príncipe con los ojos del alma. Por último, al saber la mucha estima, veneración y afecto que el Príncipe le tenía, y el amor y cuidado con que guardaba las tres prendas robadas en

la preciosa cajita de sus entretenimientos, la Princesita, á pesar de su modestia, no pudo contenerse, abrazó y besó á la lavanderilla y á la doncella, é hizo otros extremos no menos disculpables, inocentes y delicados.

—Ahora sí, decía, que puedo llamarme propiamente la *Princesa Venturosa.* Este capricho de poseer el pájaro verde no era capricho, era amor. Era y es un amor que, por oculto y no acostumbrado camino, ha penetrado en mi corazón. No he visto al Príncipe, y creo que es hermoso. No le he hablado, y presumo que es discreto. No sé de los sucesos de su vida sino que está encantado y que me tiene encantada, y doy por cierto que es valiente, generoso y leal.

—Señora, dijo la lavanderilla, yo puedo asegurar á V. A. que el Príncipe, si mi visión no es un sueño vano, parece un pino de oro, y tiene una cara tan bondadosa y dulce que da gloria verla. El secretario no es mal mozo tampoco; pero al que yo, no sé por qué, le he tomado afición, es al escudero.

—Tú te casarás con el escudero, replicó la Princesa. Mi doncella, si gusta, se casará con el secretario, y ambas seréis mandarinas y damas de mi corte. Tu sueño no ha sido sueño, sino realidad. El corazón me lo dice. Lo que importa ahora es desencantar á los tres pájaros mancebos.

—¿Y cómo podremos desencantarlos? dijo la doncella favorita.

—Yo misma, contestó la Princesa, iré al palacio en que viven y allí veremos. Tú me guiarás, lavanderilla.

Ésta, que no había terminado su narración, la terminó entonces, é hizo ver que no podía servir de guía.

La Princesa la escuchó con mucha atención, estuvo meditando un rato, y dijo luego á la doncella:

—Ve á mi biblioteca y tráeme el libro de *Los Reyes contemporáneos* y el *Almanaque astronómico*.

Venidos que fueron estos volúmenes, hojeó la Princesa el de *Los Reyes*, y leyó en alta voz los siguientes renglones:

„El mismo día en que murió el Emperador chinesco, su único hijo, que debía heredarle, desapareció de la corte y de todo el Imperio. Sus súbditos, creyéndole muerto, han tenido que someterse al Kan de Tartaria.“

—¿Qué deducís de eso, señora? dijo la doncella.

—¿Qué he de deducir, respondió la *Princesa Venturosa*, sino que el Kan de Tartaria es quien tiene encantado á mi Príncipe para usurparle la corona? He ahí por qué aborrezco yo tanto al Príncipe tártaro. Ahora me lo explico todo.

—Pero no basta explicarlo; menester es remediarlo, dijo la lavandera.

—De ello trato, añadió la Princesa, y para ello conviene que al instante se manden hombres armados, que inspiren la mayor confianza, á todos los caminos y encrucijadas por donde puedan venir los correos que envió el Príncipe tártaro al Rey su padre, para consultarle sobre el caso del pájaro verde. Las cartas que trajeren les serán arrebatadas y se me entregarán. Si los mensajeros se resisten, serán muertos; si ceden, serán aprisionados é incomunicados, á fin de que nadie sepa lo que acontece. Ni el Rey mi padre ha de saberlo. Todo lo dispondremos entre las tres con el mayor sigilo. Aquí tenéis dinero bastante para comprar el silencio, la fidelidad y la energía de los hombres que han de ejecutar mi proyecto.

Y efectivamente, la Princesa, que ya se había levantado y estaba de bata y en babuchas, sacó de un escaparate dos grandes bolsas llenas de oro, y se las dió á sus confidentas.

Éstas partieron sin tardanza á poner en ejecución lo convenido, y la *Princesa Venturosa* se quedó estudiando profundamente el *Almanaque astronómico.*

VI.

Cinco días habían pasado desde el momento en que tuvo lugar la escena anterior. La Princesa no había llorado en todo ese tiempo, causando no

poco asombro y placer al Rey su padre. La Princesa había estado hasta jovial y bromista, dando leves esperanzas á los Príncipes pretendientes de que al fin se decidiría por uno de ellos, porque los pretendientes se las prometen siempre felices.

Nadie había sospechado la causa de tan repentina mudanza y de tan inesperado alivio en la Princesa.

Sólo el Príncipe tártaro, que era diabólicamente sagaz, recelaba, aunque de una manera muy vaga, que la Princesa había recibido alguna noticia del pájaro verde. Tenía, además, el Príncipe tártaro el misterioso presentimiento de una gran desgracia, y había adivinado por el arte mágica, que su padre le enseñara, que en el pájaro verde debía mirar un enemigo. Calculando, además, como sabedor del camino y del tiempo que en él debe emplearse, que aquel día debían llegar los mensajeros que envió á su padre, y ansioso de saber lo que respondía éste á la consulta que le hizo, montó á caballo al amanecer, y con cuarenta de los suyos, todos bien armados, salió en busca de los mensajeros referidos.

Mas aunque el Príncipe tártaro salió con gran secreto, la *Princesa Venturosa,* que tenía espías, y estaba, como vulgarmente se dice, con la barba sobre el hombro, supo al instante su partida, y llamó á consejo á la lavanderilla y á la doncella.

Luego que las tuvo presentes, les dijo muy angustiada:

—Mi situación es terrible. Tres veces he ido inútilmente á tirar la naranja debajo del árbol, desde donde la tiró la lavanderilla; pero la naranja no ha querido guiarme al alcázar de mi amante. Ni le he visto, ni he podido averiguar el modo de desencantarle. Sólo he averiguado, por el *Almanaque astronómico*, que la noche en que la lavanderilla le vió, era el equinoccio de primavera. Acaso no sea posible volver á verle hasta el próximo equinoccio de la misma estación, y ya para entonces el Príncipe tártaro me le habrá muerto. El Príncipe le matará en cuanto reciba la carta de su padre, y ya ha salido á buscarla con cuarenta de los suyos.

—No os aflijáis, hermosa Princesa, dijo la doncella favorita; tres partidas de cien hombres están esperando á los mensajeros en diferentes puntos para arrebatarles la carta y traérosla. Los trescientos son briosos, llevan armas de finísimo temple, y no se dejarán vencer por el Príncipe tártaro á pesar de sus artes mágicas.

—Sin embargo, yo soy de opinión, añadió la lavandera, de que se envíen más hombres contra el Príncipe tártaro. Aunque éste, á la verdad, sólo lleva cuarenta consigo, todos ellos, según se dice, tienen corazas y flechas encantadas, que á cada uno le hacen valer por diez.

El prudente consejo de la lavandera fué adoptado en seguida. La Princesa hizo venir secretamente á su estancia al más bizarro y entendido general de su padre. Le contó todo lo que pasaba, le confió sus penas y le pidió su apoyo. Éste se le otorgó, y reuniendo apresuradamente un numeroso escuadrón de soldados, salió de la capital decidido á morir en la demanda ó traer á la Princesa la carta del Kan de Tartaria y al hijo del Kan, vivo ó muerto.

Después de la partida del general, la Princesa juzgó conveniente informar al *Rey Venturoso* de cuanto había acontecido. El Rey se puso fuera de sí. Dijo que toda la historia del pájaro verde era un sueño ridículo de su hija y de la lavandera, y se lamentó de que fundada su hija en un sueño enviase á tantos asesinos contra un Príncipe ilustre, faltando á las leyes de la hospitalidad, al derecho de gentes y á todos los preceptos morales.

—¡Ay hija! exclamaba, tú has echado un sangriento borrón sobre mi claro nombre, si esto no se remedia.

La Princesa se acongojó también, y se arrepintió de lo que había hecho. Á pesar de su vehemente amor al Príncipe de la China, prefería ya dejarle eternamente encantado á que por su amor se derramase una sola gota de sangre.

Así es que se enviaron despachos al general para que no empeñase una batalla; pero todo fué in-

útil. El general había ido tan veloz, que no hubo medio de alcanzarle. Entonces aun no había telégrafos, y los despachos no pudieron entregarse. Cuando llegaron los correos donde estaba el general, vieron venir huyendo á todos los soldados del Rey y los imitaron. Los cuarenta de la escolta tártara, que eran otros tantos genios, corrían en su persecución transformados en espantosos vestiglos, que arrojaban fuego por la boca.

Sólo el general, cuya bizarría, serenidad y destreza en las armas rayaba en lo sobrehumano, permaneció impávido en medio de aquel terror harto disculpable. El general se fué hacia el Príncipe, único enemigo no fantástico con quien podía habérselas, y empezó á reñir con él la más brava y descomunal pelea. Pero las armas del Príncipe tártaro estaban encantadas, y el general no podía herirle. Conociendo entonces que era imposible acabar con él si no recurría á una estratagema, se apartó un buen trecho de su contrario, se desató rápidamente una larga y fuerte faja de seda que le ceñía el talle, hizo con ella, sin ser notado, un lazo escurridizo, y revolviendo sobre el Príncipe con inaudita velocidad, le echó al cuello el lazo, y siguió con su caballo á todo correr, haciendo caer al Príncipe y arrastrándole en la carrera.

De esta suerte ahogó el general al Príncipe tártaro. No bien murió, los genios desaparecieron, y

los soldados del *Rey Venturoso* se rehicieron y reunieron á su jefe. Éste esperó con ellos á los enviados que traían la carta del Kan de Tartaria, y que no se hicieron esperar mucho tiempo.

Al anochecer de aquel mismo día volvió á entrar el general en el palacio del *Rey Venturoso* con la carta del Kan de Tartaria entre las manos. Haciendo un gentil y respetuoso saludo se la entregó á la Princesa.

Rompió ésta el sello y se puso á leer, pero inútilmente: no entendió una palabra. Al *Rey Venturoso* le sucedió lo mismo. Llamaron á todos los empleados en la interpretación de lenguas, que no descifraron tampoco aquella escritura. Los individuos de las doce reales academias vinieron luego y no se mostraron más hábiles.

Los siete sabios, tan profundos en lingüística, que acababan de llegar sin el ave fénix, y que *por ende* estaban condenados á morir, acudieron también; mas, aunque se les prometió el perdón si leían aquella carta, no acertaron á leerla, ni pudieron decir en qué lengua estaba escrita.

El *Rey Venturoso* se creyó entonces el más desventurado de todos los Reyes; se lamentó de haber sido cómplice de un crimen inútil, y temió la venganza del poderoso Kan de Tartaria. Aquella noche no pudo pegar los ojos hasta muy tarde.

Su dolor fué, con todo, mucho más desespera-

do, cuando al despertarse al otro día muy de mañana supo que la Princesa había desaparecido, dejándole escritas las siguientes palabras:

„Padre, ni me busques, ni pretendas averiguar á dónde voy, si no quieres verme muerta. Bástete saber que vivo y que estoy bien de salud, aunque no volverás á verme hasta que tenga descifrada la carta misteriosa del Kan y desencantado á mi querido Príncipe. Adiós.“

VII.

La *Princesa Venturosa* había ido con sus dos amigas, á pie y en romería, á visitar á un santo ermitaño que vivía en las soledades y asperezas de unas montañas altísimas que á corta distancia de la capital se parecían.

Aunque la Princesa y sus amigas hubiesen querido ir caballeras hasta la ermita, no hubiera sido posible. El camino era más propio de cabras que de camellos, elefantes, caballos, mulos y asnos, que, con perdón sea dicho, eran los cuadrúpedos en que se solía cabalgar en aquel reino. Por esto y por devoción fué la Princesa á pie y sin otra comitiva que sus dos confidentas.

El ermitaño que iban á visitar era un varón muy penitente y estaba en olor de santidad. El vulgo pretendía también que el ermitaño era inmortal, y no dejaba de tener razonables fundamentos para

esta pretensión. En toda la comarca no había memoria de cuándo fué el ermitaño á establecerse en lo recóndito de aquella sierra, en la cual raras veces se dejaba ver de ojos humanos.

La Princesa y sus amigas, atraídas por la fama de su virtud y de su ciencia, anduvieron buscándole siete dias por aquellos vericuetos y andurriales. Durante el día caminaban en su busca entre breñas y malezas. Por la noche se guarecían en las concavidades de los peñascos. Nadie había que las guiase, así por lo fragoso del sitio, ni de los cabrerizos frecuentado, como por el temor que inspiraba la maldición del ermitaño, pronto á echarla á quien invadía su dominio temporal, ó á quien le perturbaba en sus oraciones. Ya se entiende que este ermitaño, tan maldiciente, era pagano. Á pesar de la natural bondad de su alma, su religión sombría y terrible le obligaba á maldecir y á lanzar anatemas. Pero las tres amigas, imaginando, como por inspiración, que sólo el ermitaño podía descifrarles la carta, se decidieron á arrostrar sus maldiciones y le buscaron, según queda dicho, por espacio de siete días.

En la noche del séptimo iban ya las tres peregrinas á guarecerse en una caverna para reposar, cuando descubrieron al ermitaño mismo, orando en el fondo. Una lámpara iluminaba con luz incierta y melancólica aquel misterioso retiro.

Las tres temblaron de ser maldecidas, y casi se arrepintieron de haber ido hasta allí. Pero el ermitaño, cuya barba era más blanca que la nieve, cuya piel estaba más arrugada que una pasa y cuyo cuerpo se asemejaba á un consunto esqueleto, echó sobre ellas una mirada penetrante con unos ojos, aunque hundidos, relucientes como dos ascuas, y dijo con voz entera, alegre y suave:

—Gracias al cielo que al fin estáis aquí. Cien años há que os espero. Deseaba la muerte, y no podía morir hasta cumplir con vosotras un deber que me ha impuesto el rey de los genios. Yo soy el único sabio que habla aún y entiende la lengua riquísima que se hablaba en Babel antes de la confusión. Cada palabra de esta lengua es un conjuro eficaz que fuerza y mueve á las potestades infernales á servir á quien le pronuncia. Las palabras de esta lengua tienen la virtud de atar y desatar todos los lazos y leyes que unen y gobiernan las cosas naturales. La cábala no es sino un remedo groserísimo de esta lengua incomunicable y fecunda. Dialectos pobrísimos é imperfectísimos de ella son los más hermosos y completos idiomas del día. La ciencia de ahora, mentira y charlatanería, en comparación de la ciencia que aquella lengua llevaba en sí misma. Cada nombre de esta lengua contiene en sus letras la esencia de la cosa nombrada y sus ocultas calidades. Las cosas todas, al oirse lla-

mar por su verdadero nombre, obedecen á quien las llama. Era tal el poder del linaje humano cuando poseía esta lengua, que pretendió escalar el cielo, y lo hubiera indudablemente conseguido, si el cielo no hubiese dispuesto que la lengua primitiva se olvidase.

Sólo tres sabios bien intencionados, de los cuales han muerto ya dos, guardaron en la memoria aquel idioma. Le guardaron asimismo, por especial privilegio de los diablos, Nembrot y sus descendientes. El último de éstos murió, una semana há, por disposición tuya, ¡oh *Princesa Venturosa!* y ya no queda en el mundo sino una sola persona que pueda descifrarte la carta del Kan de Tartaria. Esa persona soy yo: y para hacerte ese servicio, el rey de los genios ha conservado siglos mi vida.

—Pues aquí tienes la carta, ¡oh venerable y profundo sabio! dijo la Princesa, poniendo en manos del ermitaño el misterioso escrito.

—Al punto voy á descifrártela, contestó el ermitaño, y se caló los espejuelos, y se acercó á la lámpara para leer. Más de dos horas estuvo leyendo en alta voz en la lengua en que la carta estaba escrita. Á cada palabra que pronunciaba, el universo se conmovía, las estrellas se cubrían de mortal palidez, la luna temblaba en el cielo, como tiembla su imagen entre las olas del Océano, y la Princesa y sus amigas tenían que cerrar los ojos y que ta-

parse los oídos para no ver los espectros que se mostraban, y para no oir las voces portentosas, terribles ó dolientes, que partían de las entrañas mismas de la conturbada naturaleza.

Acabada la lectura, se quitó el ermitaño los espejuelos, y dijo con voz reposada:

—No es justo, ni conveniente, ni posible ¡oh, *Princesa Venturosa!* que sepas todo lo que en esta abominable carta se encierra. No es justo ni conveniente, porque hay en ella tremebundos y endemoniados misterios. No es posible, porque en cuantas lenguas humanas se hablan en el día son estos misterios inefables, inenarrables y hasta inexplicables. El linaje humano por medio de su incompleta y enfermiza razón llegará á conocer, cuando pasen millares de años, algunos accidentes de las cosas; pero siempre ignorará la substancia que yo conozco, que conoce el Kan de Tartaria y que han conocido los sabios primitivos que se valieron, para sus *elucubraciones*, de esta lengua perfectísima é intransmisible ya por nuestros pecados.

—Pues estamos frescas, dijo la lavanderilla; si, después de lo que hemos pasado para encontraros y siendo vos el único que podéis traducir esa enmarañada carta, salís ahora con que no queréis traducirla.

—Ni quiero ni debo, replicó el vetusto y secular ermitaño; pero sí os diré lo que la carta contie-

ne de interés para vosotras, y os lo diré en brevísimas palabras, sin pararme en dibujos, porque los momentos de mi vida están contados y mi muerte se acerca.

El Príncipe de la China es por sus virtudes, talento y hermosura, el favorito del rey de los genios, el cual le ha salvado mil veces de las asechanzas que el Kan de Tartaria ponía contra su vida. Viendo el Kan que le era imposible matarle, determinó valerse de un encanto para tenerle lejos de sus súbditos y reinar en lugar suyo en el celeste imperio. Bien hubiera querido el Kan que este encanto fuera indestructible y eterno, mas no pudo lograrlo á pesar de sus maravillosos conocimientos en la magia. El rey de los genios se opuso á su mal deseo, y si bien no pudo hacer completamente ineficaces sus encantamentos y conjuros, supo despojarlos de gran parte de su malicia.

Al Príncipe, aunque convertido en pájaro, se le dió facultad para recobrar por la noche su verdadera figura. Tuvo también el Príncipe un palacio donde vivir y ser tratado con todo el miramiento, honores y regalo debidos á su augusta categoría. Se acordó, por último, su desencanto, si se cumplían las siguientes condiciones, que el Kan, así por la mala opinión que tiene de las mujeres, como por lo pervertida y viciosa que está la raza humana en general, juzgó imposible de cumplir.

Fué la primera condición, ya cumplida, que una mujer de veinte años, discreta, briosa y apasionada y de la más baja clase del pueblo, viese á los tres mancebos encantados, que son los más hermosos que hay en el mundo, salir desnudos del baño, y que la limpieza y castidad de su alma fuesen tales que no se turbasen ni empañasen con el más ligero estímulo de liviandad. Esta prueba había de hacerse en el equinoccio de primavera, cuando la naturaleza toda excita al amor. La mujer debía sentirle por la hermosura y admirarla vivamente; pero de un modo espiritual y santísimo.

Fué la segunda condición, ya cumplida también, que el Príncipe, sin poder mostrarse sino tres instantes, y esto bajo la forma de pájaro verde, inspirase un amor tan vehemente y casto como invencible á una Princesa de su clase.

La tercera condición, que ahora se está acabando de cumplir, fué que la Princesa se apoderase de esta carta, y que yo la interpretara.

La cuarta y última condición, en cuyo cumplimiento habéis de intervenir las tres doncellas que me estáis oyendo, es como sigue. Sólo me quedan dos minutos de vida, mas antes de morir os pondré en el palacio del Príncipe al lado de la taza de topacio. Allí irán los pájaros y se zambullirán, y se transformarán en hermosísimos mancebos. Vosotras tres los veréis; mas habéis de conservar, vién-

dolos, toda la castidad de vuestros pensamientos y toda la virginidad de vuestras almas, amando, empero, cada una á uno de los tres, con un amor santo é inocente. La Princesa ama ya al Principe de la China y la lavanderilla al escudero, y ambas han mostrado la inocencia de su amor: ahora falta que la doncella favorita de la Princesa se enamore del secretario por idéntico estilo. Cuando los tres mancebos encantados vayan al comedor, los seguiréis sin ser vistas, y allí permaneceréis hasta que el Príncipe pida la cajita de sus entretenimientos y diga, besando el cordoncito:

¡Ay cordoncito de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

La Princesa entonces, y vosotras con la Princesa, os mostraréis al punto, y cada una dará un tierno beso en la mejilla izquierda al objeto de su amor. El encanto quedará deshecho en el acto, el Kan de Tartaria morirá de repente, y el Príncipe de la China, no sólo poseerá el celeste imperio, sino que heredará asimismo todos los kanatos, reinos y provincias, que por derecho propio posee aquel encantador endiablado.

Apenas el ermitaño acabó de decir estas palabras, hizo una mueca muy rara, entreabrió la boca, estiró las piernas y se quedó muerto.

La Princesa y sus amigas se encontraron de sú-

bito detrás de una masa de verdura, al lado de la taza de topacio.

Todo se cumplió como el ermitaño había dicho. Las tres estaban enamoradas; las tres eran castísimas é inocentes. Ni siquiera en el punto comprometido de dar el regalado y apretado beso sintieron más que una profunda conmoción toda mística y pura.

Así es que inmediatamente quedaron desencantados los tres mancebos. La China y la Tartaria fueron dichosas bajo el cetro del Príncipe. La Princesa y sus amigas lo fueron más aún casadas con aquellos hombres tan lindos. El *Rey Venturoso* abdicó, y se fué á vivir á la corte de su yerno, que estaba en Pekín. El general que mató al Príncipe Tártaro obtuvo todas las condecoraciones de China, el título de primer mandarín y una pensión de miles de miles para él y sus herederos.

Se cuenta, por último, que la *Princesa Venturosa* y el ya Emperador de China vivieron largos y felices años y tuvieron media docena de chiquillos á cual más hermosos. La lavanderilla y la doncella, con sus respectivos maridos, siguieron siempre gozando del favor de SS. MM. y siendo los señores más principales de toda aquella tierra.

Madrid, 1860.



EL BERMEJINO PREHISTÓRICO



EL BERMEJINO PREHISTÓRICO

Ó LAS SALAMANDRAS AZULES.

I.

Siempre he sido aficionado á las ciencias. Cuando mozo, tenía yo otras mil aficiones; pero como ya soy viejo, la afición científica prevalece y triunfa en mi alma. Por desgracia ó por fortuna, me sucede algo de muy singular. Las ciencias me gustan en razón inversa de las verdades que van demostrando con exactitud. Así es que apenas me interesan las ciencias exactas, y las inexactas me enamoran. De aquí mi inclinación á la filosofía.

No es la verdad lo que me seduce, sino el esfuerzo de discurso, de sutileza y de imaginación que se emplea en descubrir la verdad, aunque no se descubra. Una vez la verdad descubierta, bien demostrada y patente, suele dejarme frío. Así, un mancebo galante, cuando va por la calle en pos de una mujer, cuyo andar airoso y cuyo talle le entusiasma, y luego se adelanta, la mira el rostro, y

ve que es vieja, ó tuerta, ó tiene hocico de mona.

El hombre además sería un mueble si conociera la verdad, aunque la verdad fuese bonita. Se aquietaría en su posesión y goce y se volvería tonto. Mejor es, pues, que sepamos pocas cosas. Lo que importa es saber lo bastante para que aparezca ó se columbre el misterio, y nunca lo bastante para que se explique ó se aclare. De esta suerte se excita la curiosidad, se aviva la fantasía y se inventan teorías, dogmas y otras ingeniosidades, que nos entretienen y consuelan durante nuestra existencia terrestre; de todo lo cual careceríamos, siendo mil veces más infelices, si de puro rudos no se nos presentase el misterio, ó si de puro hábiles llegásemos á desentrañar su hondo y verdadero significado.

Entre estas ciencias inexactas, que tanto me deleitan, hay una, muy en moda ahora, que es objeto de mi predilección. Hablo de la prehistoria.

Yo, sin saber si hago bien, divido en dos partes esta ciencia. Una, que me atrevería á llamar prehistoria geológica, está fundada en el descubrimiento de calaveras, canillas, flechas y lanzas, pucheretes y otros cacharros, que suponen los sabios que son de una edad remotísima, que llaman de piedra. Esta prehistoria me divierte menos, y tiene, á mi ver, muchísimos menos lances que otra prehistoria que llamaremos filológica, fundada en el

estudio de los primitivos idiomas y en los documentos que en ellos se conservan escritos. Esta es la prehistoria que á mí me hace más gracia.

¡Qué variedad de opiniones! ¡Qué agudas conjeturas! ¡Con qué arte se disponen y ordenan los hechos conocidos para que se adapten al sistema que forja cada sabio! Ya toda la civilización nace de Egipto; ya de los acadíes en el centro del Asia; ya viene de la India; ya de un continente que llaman Lemuria, hundido en el seno del mar, al Sur, entre Africa y Asia; ya de otro continente, que hubo entre Europa y América, y que se llamó la Atlántida.

Sobre el idioma primitivo, así como sobre la primitiva civilización, se sigue disputando. Hasta se disputa sobre si fué uno ó fueron varios los idiomas: esto es, sobre si los hombres empezaron á dispersarse por el mundo *alalos,* ó digamos, sin habla aún y en manadas, y luego fueron inventando diversos idiomas en diversos puntos, ó sobre si antes de la dispersión hablaban ya todos una sola lengua.

Mi prurito de curiosear me induce á leer cuantos libros nuevos van saliendo sobre esta materia, que no son pocos; y mientras más desatinados son, miradas las cosas por el vulgo de los timoratos, más me divierten los tales libros.

En estos últimos días los libros que he leído van

en contra de los arios, de los egipcios, de los semitas y de otras naciones y castas, que antes pasaban por las civilizadoras en grado superior. Si los libros antiguos han sostenido que la civilización, como la luz solar, se difundió de Oriente hacia Occidente, estos nuevos libros afirman que se difundió en sentido inverso, de Occidente hacia Oriente. Todo el saber de los magos de Irán y de Caldea, de los brahmanes de las orillas del Ganges, de los sacerdotes de Isis y Osiris, de los iniciados en Samotracia y de los pueblos de Fenicia y Frigia, no vale un pito, comparado al saber de ciertos galos primitivos, cuyo centro de luz estuvo en un París prehistórico.

Los galos y sus bardos y druidas, poetas y sacerdotes, lo enseñaron todo, pero su misma ciencia era ya reflejo confuso y recuerdo no completo de la ciencia que poseyeron, en el centro del país fértil y hermoso que hoy se llama Francia, antes de la venida de los celtas, otros hombres más primitivos y excelentes que llamaremos hiperbóreos ó protoscitas.

Pero ¿qué lengua hablaban estos protoscitas ó hiperbóreos, cuyo centro y foco civilizador fué un París de hace seis ó siete mil años lo menos? Hablaban la lengua euskara, vulgo vascuence. ¿De dónde habían venido? Habían venido de la Atlántida, que se hundió. ¿Qué conocimientos tenían?

Tenían todos los conocimientos que hoy poseemos y muchos más que se han ofuscado por medio de fábulas y de otras niñerías. Así, pues, los arimaspes, que tenían un ojo solo y miraban al cielo, eran los astrónomos de entonces, que ya conocían el telescopio; y la flecha en que Abaris iba cabalgando de un extremo á otro de la tierra, era el globo aerostático ó un artificio para volar con dirección y brújula, etc., etc., etc. Ya se entiende que la época de los arimaspes y la de Abaris son de decadencia para la civilización hiperbórea.

Confieso que todo este sistema me encantó. No es mi propósito exponerle aquí. Paso volando sobre él y voy á mi asunto.

Digo, no obstante, que me encantó por dos razones. Es la primera lo mucho que Francia me agrada. ¿Cuánto más natural es que el germen de la civilización europea haya nacido y florecido desde antiguo en aquel feraz y riquísimo jardín, en aquel suelo privilegiado, que no en la Mesopotamia ó en las orillas del Nilo? Y es la segunda razón la de que tengo amigos guipuzcoanos que habrán de alegrarse mucho si se prueba bien que su lengua y su casta fueron el instrumento de que se valió la Providencia para acabar con la barbarie, iluminar el mundo y adoctrinar á las demás naciones.

¡Cuánto se holgará de esto si vive aún, como

deseo, mi docto y querido amigo D. Joaquín de Irizar y Moya, que ha escrito obras tan notables sobre la lengua vascuence, echando la zancadilla á los Erros, Larramendis y Astarloas! Algo aprovechará él de las flamantes invenciones para dar más vigor á su sistema, arreglándole de suerte que se ajuste y cuadre con la más perfecta ortodoxia católica. Sea como sea, para mí es evidente que antes de que penetraran en España los celtas, los fenicios, los griegos y otras gentes hubo en España un pueblo civilizado, que llamaremos los iberos. Este pueblo se extendía por toda nuestra Península, y aun tenía colonias en Cerdeña, en Italia y en otras partes, como Guillermo Humbolt lo ha demostrado. Eran vascos y hablaban la lengua euskara. La nación y estado más culto é ilustre entre ellos fué la república de los turdetanos, quienes, según testimonio de Estrabón, tuvieron letras y leyes y lindos poemas en verso que contaban seis mil años de antigüedad. Ahora bien, los alfabetos celtibérico y turdetano, que ha reconstruído y publica don Luis José Velázquez, son muy modernos en comparación de la fecha anteriormente citada. Dichos alfabetos son un trasunto del fenicio ó del griego, y debe suponerse, por lo tanto, que antes de la venida á España de griegos y de fenicios los turdetanos tuvieron alfabeto propio, con el cual escribieron sus poemas y demás obras.

Á mi ver el Sr. D. Manuel de Góngora y Martínez ha tenido la gloria de descubrir este alfabeto. Véanse las inscripciones que copia en sus *Antigüedades prehistóricas de Andalucía,* de la *Cueva de los letreros* y de otras cuevas y escondites, algunos de los cuales se hallan cerca del lugar de Villabermeja, lugar que yo he tratado de hacer famoso, así como á su más conspicuo habitante el Sr. D. Juan Fresco.

Á corta distancia de Villabermeja hay un sitio, que apellidan el Laderón, donde cada día se descubren vestigios y reliquias de una antiquísima y floreciente ciudad.

El erudito y sagaz anticuario D. Aureliano Fernández Guerra prueba que allí estuvo Favencia en tiempo de los romanos, ciudad que desde época muy anterior se llamaba Vesci.

D. Juan Fresco, excitada su curiosidad y estimulada su actividad infatigable, desde que el Sr. Góngora, publicando en 1868 sus *Antigüedades,* le puso sobre la pista, se ha dado á buscar letreros en *Cuevas escritas* y en otros monumentos que hay cerca de Vesci, y los ha hallado y reunido en mucha copia.

Émulo de Champollion Figeac, Anquetil Duperron, Burnouf, Grotefend, Oppert y Lassen, mi referido amigo D. Juan Fresco cree haber descifrado estos garrapatos ibéricos primitivos, como aquellos

otros sabios los hieroglíficos, la escritura cuneiforme y demás reconditeces.

Yo no intento abogar aquí por el descubrimiento de mi tocayo y paisano y demostrar que es evidente. Esto ya lo hará él en su día. Yo voy á limitarme á referir una historia que D. Juan Fresco dice haber leído en ciertas inscripciones semejantes á las de la *Cueva de los letreros*. Entendidas las letras, parece que lo demás es llano, pues el idioma ibero primitivo es casi el vascuence de ahora.

Me pesa de no dar aquí la traducción exacta del texto original. D. Juan Fresco no ha querido comunicármela. Haré, pues, la narración con las pausas, explicaciones y comentarios intercalados que él la ha hecho. De otro modo no se comprendería.

La historia es relativamente moderna; pues, según mi amigo, todavía han de descubrirse leyendas é historias en lengua proto-ibérica, más antiguas y venerables que el poema egipcio de Pentaur sobre una hazaña de Sesostris ó Ransés II, y que los poemas hallados por nuestro conocido el diplomático Sr. Layard en la biblioteca de Asurbanipal en Nínive: poemas ya arcaicos ocho siglos antes de Cristo, y traducidos los más de la lengua sagrada de los acadíes, entonces tan muerta como el latín ahora entre nosotros.

Y esto no debe maravillarnos, porque según Roisel, en *Los Atlantes*, toda cultura viene de és-

tos, antes de que la hubiera en Caldea, en Asiria, en Egipto ó en punto alguno de Oriente.

Es una lástima que no tengamos aún documentos del siglo de oro ó de los siglos de oro de la literatura atlántica parisina, de hará unos ocho mil años, ni de la emanación bética de aquella cultura, implantada á orillas del Guadalquivir por los turdetanos.

El documento hallado, descifrado, explicado y comentado por D. Juan Fresco, es de época relativamente fresca: como si dijéramos de ayer de mañana. Ya la cultura ibérica indígena había decaído, y España se veía llena de colonias fenicias y aun griegas. Los de Zazinto, habían ya fundado á Sagunto, y hacía más de un siglo que habían fundado los tirios á Málaga, Abdera, Hispalis y Gades. Era por los años de 1000, antes de nuestra era vulgar, sobre poco más ó menos.

II.

Vesci era una ciudad inportante de la confederación de los túrdulos. En el tiempo á que nos referimos, los vescianos tenían ya la misma calidad que á sus descendientes del día les ha valido el dictado de bermejinos: casi todos eran rubios como unas candelas. Descollaba entre todos, así por lo rubio como por lo buen mozo y gallardo, el ele-

gante y noble mancebo Mutileder. Disparaba la honda con habilidad extraordinaria y mataba á pedradas los aviones que pasaban volando; montaba bien á caballo; guiaba como pocos un carro de guerra; sabía de memoria los mejores versos turdetanos y los componía también muy regulares; con un garrote en la poderosa diestra era un hombre tremendo; con las mujeres era más dulce que una arropía y más sin hiel que una paloma; corría como un gamo; luchaba á brazo partido como los osos, y poseía otra multitud de prendas que le hacían recomendable. Casi se puede asegurar que su único defecto era el de ser pobre.

Mutileder, huérfano de padre y madre, no tenía predios urbanos y rústicos; vivía como de caridad en casa de unos tíos suyos, y en Vesci no sabía en qué emplearse para ganarse la vida. Era un señor, como vulgarmente se dice, sin oficio ni beneficio.

Frisaba ya en los veinticuatro años, y harto de aquella vida, y ansiando ver mundo, pidió la bendición á sus tíos, quienes se la dieron acompañada de algún dinero, y tomando además armas y caballos, salió de Vesci á buscar aventuras y modo de mejorar de condición.

Como Mutileder tenía tan hermosa presencia, y era además simpático y alegre, por todas partes iba agradando mucho. Los sujetos de suposición y campanillas le convidaban á bailes y fiestas, y las

damas más graciosas y encopetadas le ponían ojos amorosos; pero él era bueno, pudibundo é inocentón, y nada útil sacaba de todo esto. El dinero que le dieron sus tíos se iba consumiendo, y no acudía nuevo dinero á reemplazarle.

Así, deteniéndose en diferentes poblaciones, como, por ejemplo, en Igabron; pasando luego el Síngilis, hoy Genil; entrando en la tierra de los turdetanos, y parando también en Ventipo, llegó á un lugar de los bástulos que se llamaba entonces Aratispi, y que yo sospecho que ha de ser la Alora de nuestros tiempos, tan famosa por sus *juegos llanos*. Allí tenía Mutileder una prima, que era un sol de belleza, con diez y ocho años de edad, y más rubia que él, si cabe. Esta prima se llamaba Echeloría. Su padre, viudo y muy rico, la idolatraba.

Mutileder y Echeloría eran de casta ibera purísima, sin mezcla alguna de celtas ni de fenicios. Sus familias, ó mejor diré, su familia, pues era una misma la de ambos, se jactaba, no sin fundamento, de descender de los primitivos atlantes, que habían emigrado muchos siglos hacía, cuando se hundió en el mar la Atlántida, y que, yendo unos por mar siempre, habían llevado á Egipto la cultura, mucho antes de la civilizadora expedición de Osiris, mientras que otros, conocidos después con el nombre de hiperbóreos, desembarcando en Francia,

habían difundido la luz y fundado florecientes Estados, caminando hacia Oriente hasta más allá de las montañas Rifeas, é influyendo, por último, en el despertar á la vida política y culta de los arios y de los semitas.

En suma, Echeloría y Mutileder eran dos personas ilustres y dignas de serlo por su mérito.

Apenas se vieron, se amaron... ¿Qué digo se amaron? Se enamoraron perdidamente el uno de la otra y el otro de la una.

El padre de Echeloría, que no tenía nada de lerdo, notó en seguida el amor de la muchacha y procuró acabar con él, porque el primito no poseía otro patrimonio que su apasionado corazón; pero Echeloría estaba prendada de veras, y el padre, que en el fondo era un bendito, se avino y se resignó al cabo á que Mutileder aspirase á ser su yerno.

Ambos amantes se juraron eterna fidelidad. „Antes morir que ser de otro,“ dijo ella. „Antes morir que ser de otra,“ respondió el. Y esta promesa se hizo repetidas veces y se solemnizó y corroboró con los juramentos más terribles.

Después de esto, ¿qué remedio había sino casar cuanto antes á los primos novios? Así lo resolvió el padre, y se empezaron á hacer los preparativos para la boda, que debía verificarse en el próximo otoño.

Era ya el fin de la primavera, y en aquellas eda-

des antiquísimas sucedía lo propio que ahora, que á la primavera seguía el verano.

Aratispi era lugar más bonito que lo es Alora al presente. En torno había, como hay aún, fértiles huertas y frondosos y siempre verdes bosques de naranjos y limoneros; pero los cerros que limitaban aquel valle amenísimo, en vez de estar pelados, como ahora, estaban cubiertos de encinas, alcornoques, algarrobos, castaños y otros árboles, entre cuyos troncos y á cuya sombra crecían brezos, helechos, tomillo, mejorana, mastranzo y otras plantas y hierbas olorosas.

Era tal entonces la generosidad de aquel suelo, que las palmas enanas, que hoy suelen cubrirle y que apenas sirven para más que para hacer escobas y esportillas, se alzaban á grande altura, mientras que las crestas más empinadas de los montes, calvas ahora, se veían cubiertas de una verde diadema de abetos, de pinos y de cipreses.

Á pesar de todo, fuerza es confesar, que en verano hacía entonces en Aratispi un calor de todos los demonios.

Echelória quiso, con razón, tomar algunos baños de mar, y su padre la llevó á un puerto muy bonito, cerca de Málaga, que D. Juan Fresco y yo calculamos que debió de ser Churriana.

Naturalmente, Mutileder fué á Churriana también, acompañando á su futura.

Los primos estaban como dos tortolitas, arrullándose siempre. Mientras más miraba él á Echeloría, más linda y angelical la encontraba y más melifluo se ponía con ella. Y mientras más miraba Echeloría á Mutileder, mayor número de perfecciones y de excelencias hallaba en él.

Pues no digamos nada, porque sería cuento de nunca acabar, de la mutua admiración que nacía en ambas almas al considerar el talento ó la habilidad del objeto de su amor. Cada pedrada que tiraba Mutileder mataba un pajarillo y partía el corazón de Echeloría, á fuerza de entusiasmo. Y Echeloría, por su parte, á más de encantar á Mutileder con los cantares que sabía entonar, le había hecho una honda de pita, tan llena de sutiles y primorosas labores, que él se quedaba horas enteras embobado contemplando la honda.

Los dos enamorados gozaban de la más completa libertad y se iban solos de paseo por aquellos vericuetos y andurriales; ya por la orilla del resonante mar; ya por los encinares y olivares que vestían aquellos alcores; ya por los vergeles, sotos y alamedas del valle, regado por un riachuelo cristalino. Pero uno y otro eran tan como Dios manda, que á pesar de lo mucho que se querían no se propasaron nunca á otra cosa sino á estrecharse afectuosamente las manos, y una ó dos veces á lo más á consentir ella en recibir un casto

beso en la tersa y cándida frente, y á lograr él estamparle.

La suma virtud y exquisita delicadeza de estos primos lo ponía todo en reserva para el día dichoso en que la religión y las leyes consagrasen su unión indisoluble.

Entre tanto se decían doscientas mil ternuras á cada momento. „Tu nombre es un sello que he puesto sobre mi corazón", exclamaba Echeloría. „Mi corazón es tuyo para siempre: antes dejará de latir que de amarte á tí sola", contestaba Mutileder.

En estos coloquios se pasaban las horas, y de continuo estaban juntos ambos amantes, menos cuando Echeloría se retiraba á dormir al lado de su anciana nodriza y en estancia muy resguardada, ó bien cuando iba á la playa á bañarse; pues entonces, á fin de evitar el qué dirán y las murmuraciones, Mutileder no se bañaba con ella, tal vez por no usarse aún trajes de baño, tan complicados y encubridores de las formas como los que se llevan ahora en Biarritz y en otros sitios.

III.

Málaga era ciudad fenicia de mucho comercio. Casi competía con Cádiz. Su puerto estaba lleno de naves tirias, pelasgas, griegas y etruscas. En sus

tiendas se vendían mil primores traídos de lejanos países: telas de lana, teñidas de púrpura en Tiro; joyas de oro, hechas en Menfis, en Sais y en otras ciudades egipcias; piedras preciosas y tejidos de algodón del Indostán; alfombras de Persia, y hasta sedería del casi ignorado país de los Seras.

Echeloría fué á Málaga varias veces con su padre y con su novio, á recorrer dichas tiendas y á comprar galas para el suspirado día del casamiento.

Hallábase á la sazón en Málaga uno de los más audaces y sabios marinos que había entonces en el mundo: el célebre Adherbal.

Acababa de hacer una navegación felicísima, y su nave se parecía, anclada en el puerto, cargada de estaño, ámbar, hierro, pieles de armiños y de castores, y otros objetos de valor que él había ido á buscar á las costas de Francia, Inglaterra y otras regiones del Norte de Europa, á donde sólo los fenicios se aventuraban á llegar en aquella época.

Adherbal pensaba volver pronto á Tiro; pero antes debía tomar en Málaga cobre, vino, azogue y oro en polvo de las arenas de nuestros ríos, dejando allí en cambio parte de su cargamento.

Paseando un día por el muelle vió Adherbal á Echeloría, y al verla juró por Melcart y por Astoret, como si dijéramos, por Hércules y por Venus, que jamás había visto criatura más linda y salada.

Ganas tuvo de llegarse de súbito á la muchacha y de soltarle el pavo, esto es, de decirle sin ceremonia sus atrevidos pensamientos: pero Mutileder iba al lado de ella, mirando receloso á todas partes, con la barba sobre el hombro, en actitud desconfiada y hostil, y blandiendo un enorme y fiero garrote.

La prudencia refrenó los ímpetus del marino fenicio. Bastaba ver de refilón á Mutileder para hacerse cargo de que era capaz de deslomar á cualquiera de un garrotazo, si llegaba á descomponerse un poco con la hermosa y cándida Echeloría.

Adherbal, como queda dicho, era prudente pero era obstinado también, emprendedor y ladino. Echeloría no produjo en él una impresión fugaz y ligera, sino profunda y durable. Así fué que determinó averiguar quién era y dónde vivía, y lo consiguió con discreción y recato.

Dos ó tres veces fué después á caballo á Churriana con disimulo y volvió á ver á la niña, quedando cautivo de su singular donaire.

Por último, por medio de personas listas del país, se informó de la vida de Echeloría; supo que iba á casarse con Mutileder, y no quedó pormenor de que no llegase á tener cabal noticia.

Con estos elementos formó Adherbal un plan diabólico, el cual le salió bien, como por desgracia salen bien casi todos los planes diabólicos.

Una mañana muy temprano levó anclas su nave y zarpó del puerto de Málaga, después de despedirse él para Tiro. Fuera ya la nave del puerto, se quedó muy cerca de la costa, hacia el Oeste, dando bordeadas como para ganar mejor viento. Así transcurrieron algunas horas, hasta que llegó aquélla en que la gentil Echeloría bajaba á bañarse en la mar. Entonces saltó Adherbal en una lancha ligerísima con ocho remeros pujantes y otros dos hombres de la tripulación, grandes nadadores y buzos, y de los más ágiles y devotos á su persona. Con la lancha se acercó cautelosamente, ocultándose en las sinuosidades de la costa y al abrigo de las peñas y montecillos, hasta que llegó cerca del lugar donde Echeloría se bañaba, creyéndose segura y con el más completo descuido. Los nadadores se echaron entonces al agua; zambulleron; surgieron de improviso donde Echeloría estaba bañándose; se apoderaron de ella á pesar de sus gritos, que pronto terminaron en desmayo causado por el susto, y en aquella disposición, hermosa é interesante como una ondina, se la llevaron á la lancha, donde Adherbal la recibió en sus brazos, y luego la condujo á bordo de su nave. Ésta desplegó al punto todas sus velas, y aprovechándose de un viento fresco de Poniente, que acababa de levantarse, no corría, sino que volaba sobre las ondas azules del Mediterráneo.

Varias muchachas, que se bañaban con Echelo-ría, huyeron con espanto de aquella zalagarda, y, saltando en tierra, alarmaron con sus gemidos y sollozos á la nodriza que estaba en éxtasis y de nada se había percatado. En cambio, apenas se enteró de lo ocurrido, se extremó en hacer muestras de su dolor. Allí fué el mesarse las venerables canas, el revolcarse por el suelo y el dar tan formidables chillidos, que Mutileder, aunque estaba lejos, acudió al sitio oyéndolos. El infeliz amante supo entonces toda la enormidad de su infortunio, mas demasiado tarde por desgracia. La nave del raptor se percibía aún, pero lejos, y navegando con tal rapidez que pronto iba á perderse detrás de la comba que forma el mar, marcando una curva de azul profundo en el cielo más claro.

El furor de Mutileder fué indescriptible, aunque á nada conducía. Ni siquiera supo á punto fijo el infeliz amante quién había sido el raptor, por más que sospechase de aquel marino que en Málaga había puesto en Echeloría los lascivos y codiciosos ojos.

Estos raptos de mujeres eran frecuentísimos en aquellas edades heroicas, y habían dado ya y debían seguir dando ocasión á no pocos disturbios y guerras. Los fenicios habían robado á Io, hija de Inaco; los griegos habían robado á Europa de Fenicia, á Medea de Colcos y á Ariadna de Creta; y

por último, un Príncipe frigio había robado á la bella Helena, mujer del Rey de Esparta, Menelao, motivando así una lucha larga y mortífera, y al cabo la destrucción de Troya.

D. Juan Fresco explica, á mi ver, de un modo satisfactorio estos raptos de mujeres. Supone que la mujer, por lo mismo que su belleza es tan delicada, no se cría naturalmente. Lo único que se cría es la hembra del hombre. La verdadera mujer es producto artificial, que resulta de grande esmero y cuidado y de exquisito y alambicado cultivo. De aquí la rareza entonces de la verdadera mujer y el mágico y portentoso efecto que producía en el alma de guerreros bárbaros y briosos, avezados á ver hembras solamente.

Cuando los hombres se recobraban de su pasmo volvían á hacer á la mujer de peor condición que al esclavo más humilde; pero, en ocasiones, una mujer bien lavada, cuidada y compuesta, infundía amor ferviente, frenético entusiasmo y cierta adoración como si fuese algo divino. De aquí las patrañas ó *mitos* de las hadas y encantadoras como Circe y Calipso, que convertían á los hombres en bestias; la *ginecocracia,* esto es, el imperio de la mujer, establecido en muchas partes, como en el país de las Amazonas y en la Arabia Feliz; y el omnímodo influjo, ora funesto, ora útil, que ejercieron algunas damas en los varones más crudos

y valerosos, como Onfale en Hércules, Dalila en Sansón, Betzabé en David, Egeria en Numa y Judit en Holofernes. De aquí, por último, que ganasen tanto crédito las sibilas, las pitonisas y las druidisas; todo ello, sin duda, porque cuidaban más de sus personas, y lograban pulir y descubrir la escondida hermosura, invisible por lo general en la hembra por falta de pulimento y aseo.

Además, el entender la hermosura y el afanarse por lograrla hacían hermosa á la mujer. Hoy, mucho de esta cualidad, domeñada ya la naturaleza rebelde, suele transmitirse por herencia; pero en los tiempos heroicos, la hermosura era como inspirada creación que la mujer artista realizaba en su propio cuerpo, á fuerza de esmerarse. Todavía, cinco siglos después de la época en que ocurre nuestra historia, asombran el estudio, la prolijidad y los preparativos minuciosos de que se valían las mujeres para presentarse de una manera digna. Á fin de agradar al Rey Asuero, que buscaba reina, después de repudiada Vastí, se pasaban las chicas un año entero frotándose con linimentos y pomadas, sahumándose, lavándose, perfilándose y acicalándose. En el día, con una hora de preparación bastaría para presentar ante el sibarita más refinado á la más ruda de las campesinas: prueba irrefragable de que lo adquirido por parte y educación se transmite de madres á hijas. Verdad es que, en

cambio, la naturaleza es menos dúctil ahora, y la hotentota, aunque se friegue y se adobe más que las que iban á presentarse á Asuero, hotentota permanece; de donde, sin duda, el refrán que dice: „Aunque la mona se vista de seda mona se queda.“

Dejemos, no obstante, refranes y digresiones á un lado, y prosigamos nuestro cuento.

Echeloría, por naturaleza y por arte, por herencia y por conquista, era un primor. Y Mutileder, que con razón la adoraba, no la lloró perdida, con femenil amargura, sino que, agitando su garrote y haciendo crujir la honda con chasquidos estruendosos, juró buscar á su amada, librarla del raptor, y vengarse de éste descalabrándole de una buena pedrada ó moliéndole á palos.

Cuenta la historia que Mutileder, en el instante de hacer aquel juramento, estaba tan hermoso que no podia ser más. Sus ojos azules, dulces de ordinario, lanzaban centellas luminosas; su afilada y recta nariz, hinchada por la cólera, mostraba muy dilatadas las ventanillas; las cejas, frunciéndose en el centro, daban mayor majestad á su frente; la boca entreabierta dejaba ver unos dientes blancos, iguales y firmes, y sana frescura y vivo color de carmín en encías y lengua. Su cabeza, echada atrás con arrogancia, y destocada, lucía copiosa y rubia cabellera, que flotaba en rizos graciosos á merced de la brisa; sus piernas y sus brazos desnudos

contraída entonces la musculatura por la energía de la actitud, daban envidia á los de Hércules mancebo. Todo en Mutileder era beldad, elegancia, brío y donosura. Su voz, alterada por la pasión, penetraba en los corazones, aunque sus palabras no se entendiesen.

En aquel instante ¡oh fuerza del destino! acertó á pasar por allí la graciosa y distinguida Chemed, que en fenicio significa ***belleza***, la viuda más coqueta y caprichosa que había en Málaga. Su marido la había dejado joven y con muchos bienes de fortuna. Ella seguía con la casa de comercio de su marido, bajo la razón insocial de la *viuda Chemed.* En aquella ocasión volvía de solazarse de una quinta que tenía en Churriana.

Seis atezados etiopes la llevaban en silla de mano, y dos escuderos, una dueña y cuatro pajecillos egipcios la acompañaban también para más autoridad y decoro.

Chemed oyó á Mutileder, le miró y se maravilló; volvió á mirarle y se quedó más maravillada. Entonces dijo para sí: „Divinos cielos, ¿qué es lo que miro? ¿Será éste dios ó será mortal? ¿Resplandecería más Adonis cuando Astoret se prendó de él?"

Pero, prosiguiendo su soliloquio de preguntas, Chemed prosiguió también su camino, sin interrogar al mancebo, que parecía estar furioso, y sin

atreverse siquiera á pararse y á bajar de la silla de manos, en medio de gente extraña, cuya lengua no entendía, porque hablaban el ibero, que, como ya queda dicho, era lo que se llama hoy el vascuence. Si Chemed hubiera sabido que Mutileder hablaba corrientemente el fenicio, como en efecto le hablaba, sin duda que se hubiera detenido; pero no sabiéndolo ni sospechándolo, Chemed pasó de largo.

IV.

Luego que Mutileder echó sapos y culebras por la boca y se desahogó cuanto pudo, acudió á dar á su presunto suegro la mala noticia del rapto, y á consolarle, si cabía consuelo en tamaño dolor.

Para evitar prolijidad no se ponen aquí las lamentaciones que hicieron ambos á dúo. Lo que importa saber es que Mutileder y su suegro, después de maduro examen, reconocieron que era inútil quejarse del rapto á las autoridades de Málaga, las cuales no les harían caso, ó si les hacían caso, nada podrían contra un marino tan mimado en Tiro, como Adherbal lo era. Á cualquiera exhorto, que los sufetes ó jueces de Málaga enviasen contra Adherbal, era evidente que los sufetes tirios habían de dar carpetazo, haciendo la vista gorda. No había más recurso que resignarse y aguantar-

se, ó tomar la venganza y la satisfacción por la propia mano. Esto último fué lo que decidió Mutileder con varonil energía.

Se despidió de su presunto suegro, y sin pensar en recursos pecuniarios ni en nada que lo valiese, se fué á Málaga á tomar lenguas, á cerciorarse de que era Adherbal el raptor, como ya lo sospechaba, y á buscar modo de irse á Tiro en la primera nave que para Tiro saliese, á fin de arrancar á Echeloría del cautiverio ó secuestro en que estaba y de hacer en Adherbal un ejemplar y justo castigo.

En medio de todo, Mutileder sentía cierto consuelo. Pensaba en que Echeloría había jurado serle fiel ó morir, y daba por seguro que moriría antes que faltar á su promesa. Él mismo había hecho igual juramento, y se sentía con la suficiente firmeza para cumplirle.

Con estas ideas en la mente y con el bizarro propósito de irse á Tiro cuanto antes, recorrió Mutileder las calles de Málaga hasta que empezó á anochecer. Todas las noticias que adquirió le confirmaron en que era Adherbal el raptor de Echeloría. En lo que no adelantó mucho fué en concertarse con algún patrón de buque que saliese pronto y le llevase para Fenicia.

Llegó la noche como queda apuntado, y ya Mutileder se retiraba á su posada, cuando sintió que

le tiraban suavemente de la capa por detrás. Volvió el rostro, y vió á un pajecillo egipcio que le dijo:

—Señor Mutileder, sígame vuestra merced, que hay persona que desea hablarle sobre asuntos que le interesan.

—¿Y quién puede ser esa persona?, contestó él. Yo, en Málaga, no conozco á nadie.

Entonces replicó el pajecillo:

—Aunque vuestra merced no conozca á esta persona, esta persona le conoce. Hoy, de mañana, pasó junto al lugar del rapto protervo, y oyó y vió á vuestra merced cuando de él se lamentaba. La persona es compasiva y excelente, y se enterneció. Ha tomado informes sobre todo lo ocurrido, y su enternecimiento se ha hecho mayor. Desea remediar el mal de vuestra merced, con quien le importa conferenciar en seguida. ¿Quiere vuestra merced seguirme?

Mutileder no halló motivo razonable para decir que no, y siguió al pajecillo.

Siguiéndole por calles y callejuelas, que atravesaron rápidamente, llegó nuestro héroe protobermejino á una puertecilla falsa y cerrada, en el extremo de un callejón sin salida.

El paje aplicó una llave á la cerradura, le dió dos vueltas y la puerta se abrió sin ruido. Entró el paje, y le siguió Mutileder.

Cerró el paje la puerta de nuevo, y quedaron él y nuestro amigo en la más completa obscuridad. El paje asió de la mano á Mutileder, y le guió por las tinieblas. Al cabo de poco tiempo vieron luz y una linterna que estaba en el suelo. La tomó el paje, y ya con ella, alumbró á Mutileder, y mostrándole el camino, le dijo que le siguiera. Subieron ambos por una estrecha y larga escalera de caracol, llegaron luego á otra puertecilla, la abrió el paje, levantó un tapiz que había detrás, y él y Mutileder penetraron en una sala espaciosa y bien iluminada.

El paje entonces se escabulló sin saber cómo, y Mutileder se encontró frente á frente de una anciana y venerable dueña, la cual, con voz melíflua, le dijo:

—Sígueme, hermoso.

Y Mutileder la siguió, algo ruborizado del intempestivo requiebro.

No refiero aquí, porque estoy de prisa, y no debo ni puedo pararme en dibujos, los primores estupendos, las alhajas rarísimas, los lindos objetos de arte y los cómodos asientos y divanes que había en varias salas por donde iban pasando la dueña y nuestro héroe, que atortolado la seguía. Baste saber que allí se veía reunido de cuanto había podido inventar el lujo asiático de entonces y de cuanto la activa solicitud de los navegantes fenicios

había podido traer de todas las comarcas á que solían ellos aportar, desde las bocas del Indio hasta las bocas del Rhin, puntos extremos de sus *periplos* ó navegaciones.

Lo que sí diré es que si una sala era lujosa otra lo era más, y que el primor iba en aumento conforme se pasaban salas. Maravilloso silencio y sosiego apacible reinaban en todas ellas. No se veía ni un alma. Soledad y dulce misterio. Rica y leve fragancia de perfumes sabeos impregnaba el tibio ambiente.

—¿Qué será esto?, decía Mutileder para su coleto. ¿Dónde me llevará esta buena señora?

Y la admiración y la duda se pintaban en su candoroso y bello semblante.

Por último, la dueña tocó á una puerta, que no estaba abierta como las demás que habían dado paso de un salón á otro salón, sino que estaba cerrada.

La dueña la abrió un poco, lo sufiente para que cupiese por ella una persona; empujó á Mutileder, le hizo entrar, y, quedándose fuera, cerró otra vez la puerta, dejándole solo.

Mutileder, que venía de salones donde había mucha luz, nada veía al principio, é imaginó que el salón en que acababa de entrar estaba á obscuras, pero sus pupilas se dilataron muy pronto, y notó que una luz velada y dulce iluminaba aque-

lla estancia, difundiéndose desde el seno de tres lámparas de alabastro.

Aún no había tenido vagar para ver todo lo que le circundaba, cuando oyó Mutileder una voz blanda y argentina, que parecía salir de una garganta humana nueva y de una boca fresca, colorada y sana, porque todo esto se conoce en la voz, la cual le decía:

—Perdóname, amigo, que te haya hecho venir hasta aquí, deseosa de hablarte.

Dirigió Mutileder la vista hacia el punto de donde la voz procedía, y vió recostada lánguidamente en un ancho sofá á una dama morena y majestuosa como una emperatriz, vestida de blanca y flotante vestidura, con una cabellera abundante, lustrosa y negra como la endrina, y con unos ojos que parecían dos soles de luto, así por el fuego y los rayos que despedían, como por su obscuro color y por el color, no menos obscuro, de las cejas, de las largas y rizadas pestañas, y aun de los párpados suaves, cuyas sombras acrecentaban el resplandor fulmíneo de los referidos ojos. En los brazos desnudos, casi junto al hombro, tenía la dama brazaletes de oro de prolija y costosa labor; sobre el pecho y en las orejas, collar y zarcillos de esmeraldas, y sendas ajorcas, por el estilo de los brazaletes, en las gargantas de sus pequeños pies, calzados por coturnos de seda roja. Lazos de idéntica

seda adornaban la falda y el corpiño y ceñían el airoso talle. Sobre el negrísimo cabello lucía, prendido con gracia, un ramo de flores de granado.

En todo esto reparó en conjunto Mutileder pero sin analizar, como nosotros, porque estaba algo cortado y sin saber lo que le sucedía. La cosa no era para menos; sobre todo, tratándose de un mozuelo que, si bien despejado y audaz, carecía de experiencia y jamás se había visto en lances de aquel género.

Absorto, mudo, con la boca abierta, estaba Mutileder, cuando la dama se levantó y mostró de pie su gallarda estatura, esbelta y cimbreante como las palmas de Tadmor; y vino á él, y tomándole la mano, en la que él sintió como una conmoción eléctrica, le llevó á sí y le dijo:

—Siéntate. ¿Qué te asusta?

Y Mutileder se sentó, al lado de la dama, en un taburete bajito.

Luego que Mutileder se hubo serenado, oyó á la dama con la debida atención, y le respondió con concierto.

Ella le dijo que se llamaba Chemed, que era viuda y rica y natural de Tiro, que había sabido su dolor, que se interesaba por él, á causa de una súbita é irresistible simpatía, y que anhelaba dar consuelo y remedio á sus males.

Aunque Chemed lo había averiguado todo, qui-

so que Mutileder le refiriese su historia. Mutileder la refirió con elocuencia. Al hablar de Echeloría, aunque era hombre recio, se le saltaron las lágrimas. Con las lágrimas sobre sus mejillas y velando sus ojos azules, estaba el muchacho lo más bonito que puede imaginarse. Chemed no se hartaba de mirarle; pero ¡con qué miradas! Vamos, no es posible explicar cómo eran.

Chemed tenía cerca de treinta y cinco años. Mutileder no había conocido á su madre. No sabía lo que era la amistad y el cariño de la mujer.

—¡Pobrecito mío! exclamaba Chemed. ¡Pícaro Adherbal! No paga con la vida el mal que te ha hecho. Haces bien en querer vengarte y salvar á Echeloría de las garras de ese monstruo. Mira, Mutileder: dentro de cuatro días debo yo salir para Tiro, donde tengo que arreglar mis asuntos, muy desordenados desde que mi marido murió. Tú vendrás en mi compañía. Considérame como á tu amiga más leal.

Y sencillamente Chemed tomaba la mano del inocente mozo, y la estrechaba entre las suyas y la retenía en cautividad, equilibrando el calor superior que había en las de ella con el calor que él tenía en su mano.

Todavía se puso más interesante y bonito Mutileder cuando habló con efusión del eterno amor y de la fidelidad que él y Echeloría se habían ju-

rado. Chemed celebraba todo esto, y lo hallaba muy á su gusto.

—Sí, hijo mío, decía á Mutileder, así debe ser. Dichosa Echeloría, que encontró en tí un modelo de amantes. No suelen ser como tú los demás hombres, sino volubles y perjuros. Todas mis riquezas, toda mi posición daría yo si hubiese encontrado un amante tan resuelto y fino como tú.

En suma, esta conversación siguió largo rato, y yo tengo notas y apuntes que me ha suministrado D. Juan Fresco y que me harían muy fácil referirla con todos sus pormenores; pero, como mi historia tiene que ir en un *Almanaque* sin excitar á nadie á que los haga, y no puede extenderse mucho, sino ser á modo de breve compendio, me limitaré á lo más esencial, deslizándome algunas veces, con rapidez y como quien patina, en aquellos pasajes que más se presten á ello por lo resbaladizos.

V.

Cuatro días después de la conferencia primera entre Chemed y Mutileder, salían ambos de Málaga para Tiro en una magnífica nave. Mutileder iba en calidad de secretario privado de la dama para llevarle la correspondencia en lengua ibérica.

La amistad de ambos era íntima, y Mutileder, siempre que se veía en presencia de Chemed, es-

taba contento y como orgulloso de tener tan elegante y discreta amiga. Chemed tenía además mucho chiste y felicísimas ocurrencias: decía mil graciosos disparates, y Mutileder se regocijaba y reía sin poderlo remediar; pero, cuando estaba sólo, amarga melancolía se apoderaba de su alma, pensamientos crueles le atormentaban, y algo parecido á remordimientos le arañaba el corazón, como si fueran las uñas de un gato, ó digamos mejor, de un tigre.

Mutileder hablaba entre dientes, lanzaba desconsolados suspiros, manoteaba y hasta se golpeaba y pellizcaba sin compasión, y solía exclamar:

—¡Qué diablura! ¡Qué diablura!

En presencia de Chemed, ó se olvidaba de su dolor, ó le refrenaba y disimulaba. Ésta, á no dudarlo, era la diablura á que su exclamación aludía.

Mutileder había tenido ya tiempo para meditar y reflexionar y hacer severo examen de conciencia, y no se absolvía, sino que se condenaba por débil, perjuro y desleal, en grado superlativo.

Á veces quería disculparse consigo mismo, y no lo lograba.

—Yo, decía, sigo amando á Echeloría, y Chemed no obsta para ello. Voy á buscar á Echeloría, á libertarla y á vengarla, y Chemed me ayuda en mi empresa. El cariño de Chemed tiene algo de maternal. ¡Es tan buena conmigo! ¡Es tan alegre y

chistosa! ¡Qué tonterías tan saladas se le ocurren! ¿Cómo no he de reirme al oirlas? ¿He de estar siempre llorando? No: no es menester llorar; no es menester negarse á todo consuelo, como una bestia feroz, para demostrar que es uno fiel y consecuente. Ya veremos cuando me encuentre con Adherbal si amo á Echeloría ó si no la amo.

Estas y otras sutilezas y quintas esencias alambicaba, fraguaba y se representaba Mutileder para justificarse; pero, como hemos dicho, no lo lograba nunca.

De aquí su pena cuando estaba solo: y no sé de dónde, el olvido de su pena cuando de Chemed estaba acompañado. ¡Contradicciones inexplicables, raras antinomias de los corazones de los mortales!

De esta suerte, en soliloquios románticos, acerbos y dignos de Hamlet, siempre que estaba sin Chemed; y en coloquios amenos, en pláticas tiernas y en juegos y risas, cuando Chemed aparecía, vivió Mutileder; y así se pasó el tiempo, caminó la nave, se detuvo en varios puntos de Africa y en algunas islas del archipiélago de Grecia, y llegó al fin á Tiro, capital entonces de Fenicia desde la ruina de Sidón, cuando los filisteos, rubios descendientes de Jafet, vinieron de Creta por mar, mientras que del lado del desierto de Arabia entraban los israelitas en la tierra de Canaán y lo lleva-

ban todo á sangre y fuego. Tiro había hecho después renacer el poder cananeo ó fenicio y estaba en toda su gloria y florecimiento. Sobre el trono de Tiro resplandecía el Rey Hiram, amigo de Salomón, hijo de David. Israelitas y fenicios eran estrechos y felices aliados.

Muy largo sería de escribir aquí la grandeza de Tiro. Dejémoslo para mejor ocasión. Lo que importa, es decir que Mutileder buscó á Adherbal en seguida, y no le halló. Pronto supo con rabia que el infatigable marino, sin reposar casi, se había encargado del mando de la flota, que Hiram y Salomón expedían con frecuencia á la India, desde el puerto de Aziongaber en el mar Rojo. Tres días antes de la llegada de Mutileder y de Chemed, Adherbal se había puesto en marcha para tomar el mando referido.

Adherbal debía pasar por Jerusalén. Mutileder no pensó más que en perseguirle y alcanzarle, antes de que se embarcara para tan larga navegación, de la que sabe Dios cuándo volvería.

Temiendo que le faltasen las fuerzas y el valor para despedirse de Chemed, Mutileder preparó su viaje con el mayor sigilo, aprovechando la salida de una caravana; y, montado en un ligero dromedario, salió para Jerusalén, cuando Chemed menos lo sospechaba.

Chemed lo supo y lo lloró al leer una carta que

él escribió antes de partir y que entregó á Chemed una persona de toda confianza. La carta decía como sigue:

„Mi querida Chemed: Yo soy el más débil y el más malvado de los hombres. Debí huir de tí desde el primer momento y no entregarte nunca un corazón que no te pertenecía, que era de otra mujer y que jamás podía ser tuyo. Todo el afecto, toda la ternura que te he dado, ha sido falsía, perjurio é infamia. Y no porque yo fingiese esa ternura y ese afecto, que, al contrario, brotaban á borbotones, con toda sinceridad y con vehemente efusión, del fondo de mi pecho, sino porque, al consagrártelos, faltaba á la fe jurada, rompía el sello de la fidelidad que había puesto Echeloría sobre mi alma, y me rebajaba hasta la vileza. De aquí mi lucha interior; de aquí mis contradicciones y extravagancias. Á veces reía yo, jugaba y me deleitaba contigo; pero, cuando más contento estaba, surgía como espectro, como aterrador fantasma, de las profundidades de mi ser, el mismo amor ultrajado, el cual me azotaba rudamente con el azote de los remordimientos. Otros amantes, mientras más aman, se hacen más dignos del amor, porque el amor hermosea y sublima los espíritus; pero yo, amándote, me degradaba en vez de elevarme, porque pisoteaba juramentos y promesas; y no amándote, me degradaba también, porque recibía de tí

inmensos é inestimables tesoros de cariño que no acertaba á pagar. Si olvidaba á Echeloría para amarte, era yo un perjuro; y si no te amaba para seguir amando á Echeloría, un falso, un estafador y un ingrato. Situación tan horrible y poco digna no podía durar. El cielo ha estado benigno conmigo, aunque no lo merezco, proporcionándome ocasión de dejarte con razonable motivo, sin que puedas tú tildarme de galán sin entrañas. Adherbal no está en Tiro. Mi deber es perseguirle. La ofensa que me ha hecho no puede quedar impune. Tú misma me tendrías por vil y cobarde si yo no me vengara. No extrañes, pues, que te deje para cumplir con esta obligación. Adiós, adiós para siempre, ¡oh generosa y dulce amiga!«

Tal era la carta que escribió Mutileder, en buen fenicio, sin ninguna falta de gramática ni de ortografía. Chemed la leyó con lágrimas en los ojos y haciendo otros mil extremos de amoroso sentimiento.

Mutileder, entre tanto, caballero en su dromedario y lleno de impaciencia, iba trotando y galopando hacia Jerusalén. Harto de la pausa con que la caravana marchaba, tomó un guía, poseedor de otro dromedario tan ligero como el suyo, y se adelantó al resto de sus compañeros de viaje. Así llegó en pocas jornadas á la ciudad que casi había creado David, y que Salomón acababa de fortificar

y hermosear con admirables monumentos. La había ceñido de altas torres almenadas y de fuertes y gruesos muros; había edificado, sobre gigantescos y firmes sillares, en la cumbre del monte Moria, donde fué el sacrificio de Abraham, el maravilloso y único templo del Dios único, y había coronado las alturas de Sión con inexpugnable ciudadela y con alcázar suntuoso.

Dilatando Salomón sus conquistas al Sur del mar Muerto; domeñando á los hijos de Edom, de Amalec y de Madián, y enseñoreándose de Elath y de Aziongaber, abrió puertos para comerciar con el Hadramauth y el Yemen, con el alto Egipto, con la Nubia y con las Indias orientales. Cortando luego las corpulentas hayas y los pinos y cedros seculares del Líbano; haciéndolos llevar en hombros de los más robustos varones de las naciones vencidas, como de los *refaim*, por ejemplo, raza descomedida de gigantes, que casi ladraban en vez de hablar; y trabando entre sí los leños con arte y maestría, hizo formar Salomón flotantes castillos que resistiesen el ímpetu de los huracanes y el furor de las olas. En medio del desierto, Salomón había fundado á Tadmor, célebre después con el nombre de Palmira, en un oasis lleno de palmas, á fin de que fuese emporio riquísimo y lugar de reposo de las caravanas que iban desde las orillas del Jordán á las del Eufrates y del Tigris; á Da-

masco, á Nínive y á Babilonia. Estaba, por último, interesado Salomón en el comercio de los fenicios con Tarsis ó Iberia, patria de Mutileder, y aun de más allá, hacia el Occidente y Norte del mundo; bastante más allá, porque las naves tirias llegaban hasta el Báltico. Por todo lo cual refluía sobre Jerusalén cuanto Dios crió de bienes temporales. La plata era tan común, que se miraba con desprecio. Todo se fabricaba de oro purísimo, hasta los trastos de cocina. De Arabia venían perfumes; de Egipto, telas de lino, caballos y carros; esclavos negros y marfil, de Nubia; y especierías, y madera de sándalo, y perlas, y diamantes, y papagayos y jimios y pavos reales, y telas de algodón y de seda, de allá de la desembocadura del Indo. Oro venía de todas partes, ya de Tíbar, ya de Ofir; ámbar y estaño, del Norte de Europa; cobre y hierro, de España. De esta suerte abundaba todo en Jerusalén. La fama del Rey volaba por el mundo, porque el Rey excedió á los demás Reyes, habidos y por haber, en ciencia y en riqueza, y no había persona de buen gusto que no desease ver su cara, y sobre todo los hijos de Israel, á quienes las naciones extranjeras respetaban y temían, por donde vivieron ellos tranquilos y venturosos, á la sombra de sus parras y de sus higueras, desde Dan hasta Beersebá, durante todos los días de aquel reinado.

Pues, como íbamos diciendo, á esta espléndida

ciudad de Jerusalén llegó nuestro bermejino prehistórico, acompañado de su guía, pero más confiado en su fiero garrote y en la primorosa honda que le había regalado Echeloría, y con la cual, según suele decirse, no se le cocía el pan hasta que vengase á su primer amor, descalabrando al raptor injusto de una violenta y certera pedrada.

Preocupado con estos pensamientos de venganza, y como hombre que va á su negocio y que no viaja á lo *touriste,* Mutileder no quiso visitar las curiosidades de Jerusalén ni enterarse de nada de lo que allí sucedía, á no ser el paradero de Adherbal.

Imagine el pío lector qué desesperación no sería la de Mutileder cuando en seguida supo de buena tinta que Adherbal, viendo que urgía darse á la vela y llegar pronto al Oceano para no desperdiciar la monzón, favorable entonces á los que iban á la India, había salido en posta, con dromedarios que de trecho en trecho estaban ya preparados y escalonados en el camino, á fin de verse cuanto antes en el puerto de Aziongaber, orillas del mar Bermejo.

Imposible de toda imposibilidad era ya que Mutileder llegase á donde estaba el marino fenicio, quien se sustraía así á su venganza. Tiempo había de pasar, pampanitos había de haber, antes de que dicho marino se pusiese á tiro de su honda ó al alcance de su garrote.

Creyó entonces Mutileder que Adherbal se había llevado consigo á Echeloría para que fuese ornamento principal de la nave capitana, desde donde había de mandar la flota, y su rabia rayó en tal extremo, que pateó, juró, bufó, blasfemó, y hasta hubo de arrancarse á tirones algunos de los rizos hermosos y rubios que coronaban su cabeza.

En medio de todo, fué grande su consolación cuando logró saber que el pícaro y cortesano marino, rastrero adulador de príncipes, había hecho presente á Salomón de la preciosa Echeloría.

VI.

¿Cómo resistir aquí á la tentación de encarecer lo mucho que D. Juan Fresco se ensoberbece y ufana, y lo orondo que se pone, y lo por bien pagado que se da de haberse pelado las cejas descifrando y leyendo las inscripciones y papiros manuscritos de donde está sacada esta historia? Por ella consta que un bermejino, pues al cabo bermejino era Mutileder, ya que Vesci era la Villabermeja de entonces, rivaliza con Salomón y viene á hacer el brillante y extraordinario papel que verá el que siguiere leyendo.

Mutileder no se amilanó al saber que Echeloría estaba en el harén salomónico; antes dispuso quedarse en Jerusalén, espiar ocasión oportuna, y, no

bien se presentase, asirla por el copete, arrebatando á la linda moza de entre las manos del Rey Sabio. No por eso pensó en hacer el más leve daño á Salomón. Mutileder era muy monárquico, y el Rey, por ser Rey y por su ciencia infusa y demás virtudes, le infundía respeto. Salomón, además, no tenía culpa ninguna ni había ofendido á Mutileder. Había aceptado el presente que le habían traído, y había dado prueba de buen gusto al aceptarle y guardarle.

Á veces Mutileder concebía cierta halagüeña esperanza. Imaginaba que Echeloría había de llorar por él y había de decir á Salomón, con todo miramiento y finura, que no le amaba porque amaba á otro; y daba por cierto que Salomón, que era benigno con las mujeres, y tan galante y condescendiente que las consentía tener ídolos de la tierra de cada una de ellas, no debía de ser feroz con Echeloría, sino que, no bien supiese que su ídolo era Mutileder, había de ceder en sus pretensiones. Mutileder llegaba á columbrar como probable que el Rey le hiciera buscar para entregarle á la muchacha, y hasta que quizá se allanase á ser padrino de la boda.

La entereza, constancia y resistencia de Echeloría habían de mover á todo esto, y á más, el ánimo generoso de Salomón. ¿Qué le importaba á este gran Rey una mujer más ó menos, cuando tenía

en su harén setecientas reinas, ochocientas concubinas é infinito número de princesas? Así, pues, lo natural era que, viendo Salomón á Echeloría enamorada de otro, afligida y llorosa, y rechazándole por estilo arisco y montaraz, había de mostrarse desprendido.

Al hacer esta suposición, muy plausible, Mutileder se ponía colorado de vergüenza. Se presentaba en su imaginación lo bien que se portaba Echeloría, huraña como un gato y firme como una roca; veía el desprendimiento regio y la nobilísima conducta de Salomón, y se consideraba indigno, y quería, al recordar sus infidelidades con Chemed, que se abriese la tierra y le tragase.

Estos remordimientos, esta compunción y este sonrojo por la culpa, tenían, sin embargo, bastante de sabroso y de dulce. ¡Ay, cuán pronto se trocó todo ello en amargura cuando oyó Mutileder lo que en Jerusalén se decía de público en calles y plazas!

Para saber lo que se decía, conviene tomar las cosas de atrás y entrar en algunas explicaciones.

El palacio de Salomón era inmenso, y la sociedad en él muy amena. Multitud de poetas y de tocadores de arpas, tímpanos y salterios, le regocijaban de continuo. Allí había diestras bailarinas, artistas ingeniosos que hacían muebles elegantes y otras obras de extremado primor, y los mejores co-

cineros que entonces se conocían. Aquello era, en grado superlativo, en elevación á la quinta potencia, perpetua boda de Camacho. Salomón y sus mujeres y servidumbre devoraban cada día treinta bueyes cebados, cien ovejas y multitud de ciervos, búfalos, gacelas y aves. Y no se crea que porque comiesen poco pan. El consumo diario de harina empleada en hacer pan, tortas, bollos y pasta *frolla* ó *flora*, era de noventa coros, ó sea cuarenta y cinco cahices, de doce fanegas se entiende.

Así es que, en el palacio de Salomón, hasta el último pinche se regalaba á pedir de boca y estaba gordo y lucio.

Las mujeres, tanto por naturaleza cuanto por los afeites que usaban, parecían celestiales y de variadísimo mérito. En aquella época no llevaban nombres puestos á la ventura, sino nombres significativos de sus más egregias cualidades, por donde sólo con mentarlas se puede colegir lo que valían. Entonces no se llamaba Doña Sol una fea, ni Blanca una negra, ni Dolores una regocijada, ni Rosa la que olía mal ó era áspera como cardo ajonjero.

Las favoritas de Salomón lo habían sido y llevaban los nombres que llevaban porque lo merecían. La hija del Faraón, que fué, á no dudarlo, Meneftá II, se llamaba Uom-anhet, esto es, Destroza-corazones. Ella inspiró á Salomón el primer amor,

profundo y suave. Salomón era muy muchacho cuando se casó con ella, y ella le trajo en dote á Gezer y doce mil caballos para la remonta de su caballería. Después amó Salomón con locura á Anahid, Lucero de la mañana, hija del Rey de Armenia. Se refiere que, repudiada ésta, hubo de volver á su patria, donde tuvo un hijo de Salomón, de quien procede el famoso Abagaro, á quien Cristo escribió una carta y envió su esfigie. Después amó Salomón con no menor locura á Leliti, la Noche, princesa de Etiopía. Luego amó apasionadamente á Vahar, á quien trajeron de la India las primeras naves tirio-hebreas que fueron por allí. Esta Vahar, ó dígase Primavera, era de la familia de los Sakias, Reyes de Kapilavastu, y, por consiguiente, parienta del ilustre Sakiamuni, que había de ser Budha, y fundar una religión en que creyese cerca de la mitad del humano linaje.

Por último, pasión más durable que todas había concebido, alimentado y guardado Salomón por la Sulamita, en cuya balanza dejó compuestas las poesías amatorias más bellas que habían sonado hasta entonces en lengua humana.

Pero Salomón, en medio de tantos deleites y triunfos, estaba hastiado. Nada le satisfacía. Todo era para él vanidad de vanidades y aflicción de espíritu. Ni siquiera tenía el goce del amor propio y del orgullo, porque sostenía que su grandeza se

debía al acaso y no á su carácter ni á su entendimiento y prudencia. Salomón había recapacitado y había visto que, debajo del sol, ni la carrera era de los ligeros, ni la guerra era de los fuertes, ni el bienestar de los listos, ni de los prudentes la riqueza, ni de los elocuentes el favor, sino que todo era caprichoso resultado de la ciega fortuna.

Y hallándose su alma en tan doloroso estado, fué cuando Adherbal le presentó á Echeloría.

El pueblo de Jerusalén afirmaba que Salomón la había conocido y la había amado. Y que la había hallado rosa de Sarón y lirio de los valles. Y que había comparado su cabeza rubia, por la majestad, con el Carmelo; y el olor de sus vestidos al olor del almizcle y al de las silvestres flores que crecen en el Líbano.

La ternura de Salomón por Echeloría se aseguraba que excedía á la de Jacob por Raquel y á la de Isaac por Rebeca. Se daba por cierto que la amaba mil veces más que había amado á las otras mujeres; que sentía por ella todo género de afecto; que con el espíritu puro la estimaba y quería, como su padre David había estimado y querido á Jonatás, muerto en las alturas de Gelboé por los filisteos; y que de un modo tempestuoso la idolatraba, como el Príncipe de Siquen había idolatrado á Dina.

Todos estos rumores llegaban cada vez con más

consistencia á los oídos de Mutileder y le iban dando mucho que sentir y no poco que sospechar: le iban dando, permítaseme lo vulgar de la frase en gracia de lo gráfico, muy mala espina.

¿Cómo era posible que Echeloría resistiese á tantas seducciones? ¿Cómo había de entenderse el amor de Salomón, si la muchacha, en vez de estar amable, estuviese zahareña y cogotuda?

En vista de estas y de otras reflexiones, y de no pocos indicios y pruebas que vinieron después, el pobre Mutileder tuvo al fin que abrir los ojos, y que reconocer que Echeloría se había dejado querer, y hasta que pagaba á Salomón su cariño queriéndole, y siendo infiel y perjura á su Mutileder y á los juramentos hechos en Aratispi y en Churriana.

Por falta de elocuencia dejo de pintar aquí el furor de Mutileder cuando de esto se hubo cerciorado. Ni Otelo ni el Tetrarca estuvieron después más celosos y furiosos.

Pero nuestro bermejino no se limitaba á lamentos estériles. Siempre tomaba resoluciones y procuraba darles cima. La que ahora tomó fué la de matar á puñaladas á Echeloría y matarse él á renglón seguido con el propio puñal. Lo difícil era ver á Echeloría para matarla.

Chemed, ocupada en Tiro con sus asuntos, se había consolado de la ausencia de Mutileder; pero

le conservaba buena amistad, y le había enviado cartas de recomendación para Adoniram, que era el mayordomo de Salomón, y para otros personajes de la corte. Con estas cartas y con su hermoso rostro, gentil presencia y gallardo cuerpo, que más que nada le recomendaban, Mutileder pretendió y consiguió sin dificultad entrar en la guardia personal del Rey.

Componíase dicha guardia de sujetos de no poco fuste; de señores y hasta de príncipes de las dinastías destronadas, cuyos reinos se habían anexionado Salomón y su padre, y de cuyos bienes habían ido incautándose. Allí había heteos, amorreos y jebuseos; caballeros de la casa de Abinadab, Rey de Kiriath-Yarín; dos sobrinitos de Og, Rey de Basán, á quienes apenas apuntaba el bozo y tenían ocho codos de estatura; varios nietos de Hamnón, Rey de los amonitas; y *para complemento de hermosura*, como dice Ezequiel, hablando de los pigmeos de Tiro, una pequeña tropa de idénticos pigmeos, que no se levantaban un codo de la tierra, pero que eran certeros y terribles disparando ponzoñosos dardos.

Encubriendo siempre en los abismos obscuros del alma su terrible propósito de matar á Echelería y de matarse él, Mutileder se ingenió de suerte que se ganó la voluntad de sus jefes inmediatos y hasta del General Benaya, tan ágil para cortar ca-

bezas, según lo demostró á principios de aquel reinado, enviando al otro mundo, á fin de cimentar bien el trono, á Adonia, hermano mayor del Rey, y á otros personajes.

Con este favor, pronto subió Mutileder á capitán de una compañía de filisteos, rubios casi tanto como él, y que formaban parte de la guardia real.

Lo que no pudo conseguir fué ver á Echeloría. Lo que no pudo inspirar fué la absoluta é indispensable confianza para llegar á ser uno de aquellos sesenta valientes, los más probados y selectos, que rodeaban el tálamo de Salomón por la noche (algo parecido á nuestros Monteros de Espinosa), y que andaban siempre con la espada sobre el muslo, por temor de los duendes y vestiglos; que eran traviesos, traían revuelto el alcázar, y no hubieran dejado, sin la citada precaución, un instante de sosiego á las reinas y demás señoras.

¿Quién sabe si la misma gentileza de Mutileder sería óbice para que entrase él en el número de los sesenta, no hiciera el diablo que inquietase á las damas en vez de aquietarlas? Lo cierto es que su gentileza ya mencionada, su discreción, despejo y buen trato se hicieron notorios en Jerusalén, y que las damas le ponían en las nubes. Hasta un no sé qué de torvo, de melancólico y de trágicamente distraído que había en su lindo semblante, le hacía más grato á las damas.

Así las cosas, cuando ocurrió una novedad grandísima, que contribuyó á glorificar el reinado de Salomón más todavía.

VII.

Además de los libros que conocemos, Salomón escribió otros muchos que se han perdido. Compuso tres mil parábolas y mil y cinco cantares, y disertó sobre árboles y plantas, desde el cedro hasta el hisopo que nace en la pared, y sobre aves, cuadrúpedos, reptiles y peces. Quiere decir que supo muchas cosas que después se olvidaron: unas han vuelto á descubrirse; otras quizá no se descubran nunca de nuevo. Así, por ejemplo, parece que atraía por medio de pinchos de metal los rayos y las centellas; que entendía la lengua de los pájaros; que conocía la fuerza oculta de la palabra humana y obraba por ella mil prodigios; que los genios le obedecían, y que era sabedor de todas las doctrinas mágicas de Enoch y de las que Abraham había aprendido en su patria, Ur de los caldeos, y de las que estudió Moisés en los colegios sacerdotales de las orillas del Nilo.

Sea de esto lo que se quiera, no puede negarse que su fama de sabio se extendió por todas partes.

La Reina de Sabá, cuyo nombre, según hemos llegado á averiguar, era Guadé, que en el idioma hymiárico, hablado entonces en su reino, equivale

á *Amor* ó *Amistad*, oyó hablar de Salomón y quiso probarle con preguntas y acertijos.

Embarcóse, pues, esta augusta señora en Adén, que era el mejor puerto de sus Estados, y con próspero viento, navegando por el mar Bermejo, aportó á Aziongaber, y desde allí, por Sela, Beersebá y otras poblaciones, llegó hasta Hebrón, donde el Rey Sabio salió á recibirla con mucha cortesía y aparato.

No entro aquí en descripciones del viaje de esta Reina, de la pompa con que venía, de su entrada en Jerusalén, acompañada ya de Salomón, que la hospedó en su palacio, y de las fiestas que hubo con este motivo. Sería muy largo contar todo esto. Contentémonos con decir que los regalos que dió la Reina á Salomón fueron magníficos, y no inferiores los que de Salomón recibió ella; que ella se quedó pasmada del lujo que gastaba Salomón; y que, como Salomón le adivinó de tenazón todos sus más enmarañados acertijos, ella se quedó doblemente pasmada de su sabiduría.

Salomón, que era fino y discreto, creyó que el mayor obsequio que podía hacer á Guadé, mientras morase en su alcázar, y siendo ella de un moreno muy subido de punto, era darle para guardia de su persona á los filisteos que mandaba Mutileder, todos rubios, blancos y sonrosados. En efecto, los filisteos la impresionaron agradablemente;

pero Mutileder, su capitán, le pareció una divinidad y no un hombre cualquiera.

Era Guadé tan hermosa como las noches serenas del estío, sus ojos brillaban como carbunclos, y en oposición á su rostro, algo tostado, relucían como perlas sus dientes blanquísimos. Sabía mucho. Era un Salomón con faldas. Pronto con sus miradas fulmíneas derritió la triple placa de bronce que el empeño de ser consecuente había puesto en torno del corazón de Mutileder. Y Mutileder y Guadé se amaron, á pesar de Chemed y de Echelería.

Guadé, á quien importaba desengañar por completo á Mutileder, el cual le había contado toda su historia, menos su plan de tragedia; Guadé, que hablaba en toda confianza con Salomón y sabía los secretos del harén, reveló y probó á su joven amigo que Echelería amaba á Salomón con delirio.

Esto indujo más á Mutileder á amar con delirio también á Guadé, no sólo porque ella se lo merecía, sino para no ser menos y tomar represalias y desquite.

Y sin embargo, y aquí entra lo más patético de mi cuento, si bien era cierto que Echelería y Mutileder estaban enamorados el uno de su Reina y de su Rey la otra, ambos sentían, en medio de la embriaguez del nuevo amor, pesar tremendo, tor-

cedor horrible en la conciencia y pasión de ánimo, que amenazaban matarlos.

Las mismas imaginaciones, las mismas ideas acudían al alma de los dos, aunque no se veían ni se hablaban. Se sentían rebajados y humillados. Eran juguetes de la casualidad. La voluntad de ellos carecía de firmeza. ¿Había sido ensueño infantil el amor que se tuvieron? ¿Había sido burla ridícula el juramento que se hicieron repetidas veces? Ó no había sido santa y hermosa aquella primera pasión, y entonces lo más poético de la vida de ambos se desvanecía, ó si la pasión había sido santa y hermosa, ellos habían sido sacrílegos é infames, profanándola y hollándola.

Mutileder desistió ya de matar á Echeloría y de matarse; pero aquel dolor oculto iba á matar á los dos. Y mientras más notaban ambos que el amor que tenían á Salomón y á Guadé era su encanto y su delicia, más culpados y viles se juzgaban y más ganas tenían de morirse, porque el sonrojo y la humillación destrozaban sus pechos, no bien dejaban de embargarlos y cautivarlos el frenesí y el vivo deleite que nacen de los coloquios y caricias en el amor bien correspondido.

Salomón advirtió el mal de Echeloría, y Guadé advirtió el mal de Mutileder. Conferenciaron sobre ello. Se lo contaron todo. Buscaron remedio y no pudieron hallarle. ¿Qué hierba, qué elixir, qué

talismán sería poderoso contra tan rara dolencia, que designaron con el nombre de *dolencia de los dos amores?*

Presintieron los reyes que iban á perecer sus dulces amigos, y se desconsolaron. Todo era cavilar en balde qué habían de hacer para salvarlos. Llegaron hasta á ser tan generosos que proyectaron ceder él á Echeloría y ella á Mutileder para que se casasen. Pero luego consideraron que esto sería peor. Al verse, se avergonzarían de verse; no dejarían de amar de otro modo á Salomón y á Guadé; no podrían amarse entre sí del mismo amor que los amaban, y morirían más pronto y más desesperadamente.

El lance no tenía otra solución que la más lúgubre, á no ocurrir algo con visos de milagro, como ocurrió en efecto.

VIII.

Años atrás, en los últimos del reinado de David, había venido á Jerusalén un príncipe hiperbóreo, á quien de fama conocen sin duda mis lectores. Hablo del sapientísimo Abaris, que caminaba montado en una flecha. Si era la aguja de marear aplicada á la navegación aérea ó algo por el mismo orden, no acertaré yo á decirlo en este momento. Lo que hace al caso es saber que Abaris viajaba con facilidad prodigiosa.

David estaba viejísimo, y los sabios de Israel resolvieron que, para aliviar sus dolencias y hacer menos crueles los postreros años de su vida, era menester casarle con una jovencita bella é inocente, la flor de las doce tribus. Eligieron para esto los sabios á Abisag de Sunam, de quien, por una maldita coincidencia, Abaris, muy joven entonces, andaba perdidamente enamorado.

Abaris hizo esfuerzos inauditos para disuadir á Abisag de sacrificarse á aquel viejo; pero ella, teniéndolo á mucha honra, y creyendo que cumplía con un deber en ser útil al Rey Profeta, desdeñó á Abaris y se unió con el Rey.

Abaris montó en su flecha y se fué de Jerusalén hecho un veneno. Á fin de vengarse del desdén de Abisag, ya que no en ella, en otras mujeres, se convirtió en seductor desaforado, en el D. Juan Tenorio ó Lovelace de aquel siglo. Los medios de que disponía eran enormes. Era guapísimo, ágil y divertido en la conversación; y desde que, siglos antes, había venido su compatriota Olén á civilizar á tracios y pelasgos, no se había visto hiperbóreo de más doctrina en el Mediodía de Europa. Con esto, con su astucia, con sus chistes y con su atrevimiento, Abaris iba por todas partes haciendo estragos en los corazones femeninos.

Entre tanto, murió David, subió Salomón al trono, y Abisag quedó en palacio como una de las

reinas viudas, aunque en realidad no se podía decir que hubiese sido esposa del Santo Rey.

Sabido es, no obstante, que Salomón quería que la tuviesen por tal y que asimismo viviese ella consagrada sólo á la memoria de David, cuyo último suspiro había recogido. Por esto se enfadó tanto Salomón cuando Adonia se atrevió á pedirle por mujer á Abisag. Y habiéndole perdonado que conspirase contra él, no le perdonó aquella insolencia, é hizo que Benaya le matase sin que pudiera valerle el haberse asido al cuerno del altar, en el templo mismo.

Abaris, que tuvo noticia de todo esto, y que aun estaba enojado contra Abisag, tardó en volver á Jerusalén; pero volvió al cabo y precisamente en los días en que Salomón y la Reina de Sabá andaban más afligidos con la dolencia de Echeloría y de Mutileder.

Ignorábase qué proyectos traía Abaris, pero Salomón le recibió bien, porque Salomón apreciaba mucho la ciencia. Además, como Abaris era hombre de mundo, lo que se llama un rodaballo muy corrido, Salomón le puso al corriente de todo, á ver si él hallaba remedio para aquel mal.

Abaris aseguró que curaría á los dos jóvenes iberos; pero que, en cambio, deseaba que Salomón le prometiese que había de otorgarle un don que intentaba pedirle. Salomón se lo prometió.

Pasaron después tres días, durante los cuales Abaris pareció como que estaba estudiando. Al terminar los tres días, fué Abaris al regio alcázar, hizo que Salomón le presentase á Echeloría, y, no bien la hubo visto, Abaris dió un grito y se echó en los brazos de la joven, exclamando:

—¡Gracias, gracias, benignos cielos: al fin he hallado á mi hija!

Explicó entonces Abaris que él había estado en Aratispi; que allí había tenido amores con la madre de Echeloría, y que Echeloría era el fruto de dichos amores. Añadió luego que como entonces era él tan peregrino seductor, había tenido también amores en Vesci con la madre de Mutileder; y por lo tanto, Mutileder era su hijo. En prueba de esto dió no pocos datos y razones, y la más sorprendente fué la de afirmar que ambos jóvenes iberos estaban sellados por él, en la espalda, desde el día en que nacieron, con una salamandra azul.

Con la alegría que produjo tan fausto descubrimiento, se prescindió de la etiqueta de palacio. Vino Guadé y trajo consigo á Mutileder. Desnudaron las espaldas de ambos jóvenes y se vieron estampadas en ellas las salamandras. No cabía duda: eran hijos de Abaris, y por consiguiente, hermanos.

Todo se aclaraba y se justificaba así. El amor que se habían tenido era fraternal: nacido de la

fuerza del parentesco. En vez de afligirse de haber sido ella robada por Adherbal y enamorada luego de Salomón, y él de sus infidelidades con Chemed y con Guadé, dieron gracias á los propicios hados que de aquella manera y por tan ocultos caminos los habían salvado de un crimen feísimo, que tal le hubieran cometido si llegan á casarse.

Se disiparon, pues, las melancolías de Echeloría y de Mutileder; se abrazaron fraternalmente y más contentos que unas pascuas, y se encontraron muy á gusto de ser ella favorita de Salomón y él Príncipe consorte en el reino sabeo, para donde se fué con su Guadé, cuatro días después de saber que era hijo de Abaris y de haber descubierto que tenía una salamandra azul en la espalda.

Echeloría se quedó en Jerusalén, ya sin remordimientos y muy alegre.

Abaris fué á ver á Salomón y á pedirle el don que había prometido otorgarle; pero, como era hombre de mundo y precavido, llevaba preparada la flecha debajo del manto filosófico, poniéndose cerca del balcón abierto para hacer su petición, no fuera caso que Salomón se enfadase y tuviese él que salir volando, antes de que Benaya le hiciese pasar á mejor vida.

La petición no era otra que la mano de Abisag.

Salomón estaba de tan buen talante con la radical curación de Echeloría, que en seguida consin-

tió en que Abisag se casara. Además, Abisag iba ya pasando de la juventud á la edad madura, y como la mayoría de las solteras algo pasadas, estaba tan jaquecosa, que Salomón no la podía aguantar, y se alegró de salir de ella.

Todos, pues, fueron felices.

Salomón tuvo una curiosidad y quiso que Abaris con el mayor sigilo la satisficiese.

—¿Hay algo de verdad, le dijo, en lo que afirmas de que eres padre de Echeloría y de Mutileder?

—En mi vida estuve en Iberia, contestó riendo Abaris. Confiesa que mi remedio ha sido ingenioso y eficaz. Sin él no se hubieran curado los chicos y hubieran sido capaces de morirse. Para hacer más verosímil la historia, puse yo mismo por arte mágica en las espaldas de ambos las salamandras. Todo ha sido lo que allá en los tiempos venideros, dentro de cerca de tres mil años, llamarán los sabios y pulidos un *mito,* y los ignorantes y rudos un *camelo* ó una *filfa.*

Madrid, 1879.

DOS CUENTOS JAPONESES



DOS CUENTOS JAPONESES

Mi cuñado el Excmo. Sr. D. José Delavat, siendo Ministro de España en el Japón, tuvo la buena idea de enviarme de allí, por el correo, un lindo y curioso presente. Consiste en doce tomitos, impresos en un papel tan raro, que más parece tela que papel, y con multitud de preciosas pinturas intercaladas en el texto. Lo pintado es mucho más que lo escrito, y está pintado con grande originalidad y gracia.

Si lo escrito estuviese en japonés, yo me quedaría con la gana de entenderlo, porque no sé palabra de la lengua ó lenguas que se hablan ó escriben en el Japón. Sólo sé que los japoneses tienen muchos libros, y que algunos de ellos, novelas sobre todo, están ya traducidos en varias lenguas europeas, y particularmente en inglés, francés y alemán. Por dicha, los doce tomitos ó cuadernitos que poseo, aunque impresos y pintados en Tokio, están en lengua inglesa, y son cuentos para niños,

á fin de que los niños del Japón aprendan el inglés. Parece que estos cuentos, enteramente populares, están tomados palabra por palabra, de boca de las niñeras japonesas; y debe de ser así porque la candidez de la narración lo deja ver á las claras.

Me han agradado tanto estos cuentos que no sé resistirme á la tentación de poner un par de ellos en castellano. Elijo los dos que me parecen más interesantes: uno porque se diferencia mucho de casi todos los cuentos vulgares europeos; y otro por lo mucho que se asemeja á ciertas leyendas cristianas; como la de San Amaro, la de otro santo, referida por el Padre Arbiol en sus *Desengaños místicos,* y la que ha puesto en verso el poeta americano Longfellow en su *Golden Legend.* Sin más introducción allá van los cuentos.

EL ESPEJO DE MATSUYAMA

Mucho tiempo há vivían dos jóvenes esposos en lugar muy apartado y rústico. Tenían una hija y ambos la amaban de todo corazón. No diré los nombres de marido y mujer, que ya cayeron en olvido, pero diré que el sitio en que vivían se llamaba Matsuyama, en la provincia de Echigo.

Hubo de acontecer, cuando la niña era aún muy pequeñita, que el padre se vió obligado á ir á la gran ciudad, capital del Imperio. Como era tan lejos, ni la madre ni la niña podían acompañarle, y él se fué solo, despidiéndose de ellas y prometiendo traerles, á la vuelta, muy lindos regalos.

La madre no había ido nunca más allá de la cercana aldea, y así no podía desechar cierto temor al considerar que su marido emprendía tan largo viaje; pero al mismo tiempo sentía orgullosa satisfacción de que fuese él, por todos aquellos contornos, el primer hombre que iba á la rica ciudad, donde el rey y los magnates habitaban, y donde había que ver tantos primores y maravillas.

En fin, cuando supo la mujer que volvía su marido, vistió á la niña de gala, lo mejor que pudo, y ella se vistió un precioso traje azul que sabía que á él le gustaba en extremo.

No atino á encarecer el contento de esta buena mujer cuando vió al marido volver á casa sano y salvo. La chiquitina daba palmadas y sonreía con deleite al ver los juguetes que su padre le trajo. Y él no se hartaba de contar las cosas extraordinarias que había visto, durante la peregrinación, y en la capital misma.

—Á tí—dijo á su mujer—te he traído un objeto de extraño mérito; se llama espejo. Mírale y dime qué ves dentro.

Le dió entonces una cajita chata, de madera blanca, donde, cuando la abrió ella, encontró un disco de metal. Por un lado era blanco como plata mate, con adornos en realce de pájaros y flores, y por el otro, brillante y pulido como cristal. Allí miró la joven esposa con placer y asombro, porque desde su profundidad vió que la miraba, con labios entreabiertos y ojos animados, un rostro que alegre sonreía.

—¿Qué ves?—preguntó el marido, encantado del pasmo de ella y muy ufano de mostrar que había aprendido algo durante su ausencia.

—Veo á una linda moza, que me mira y que mueve los labios como si hablase, y que lleva ¡caso extraño! un vestido azul, exactamente como el mío.

—Tonta, es tu propia cara la que ves;—le replicó el marido, muy satisfecho de saber algo que su

mujer no sabía. — Ese redondel de metal se llama espejo. En la ciudad cada persona tiene uno, por más que nosotros, aquí en el campo, no los hayamos visto hasta hoy.

Encantada la mujer con el presente, pasó algunos días mirándose á cada momento, porque como ya dije, era la primera vez que había visto un espejo, y por consiguiente, la imagen de su linda cara. Consideró, con todo, que tan prodigiosa alhaja tenía sobrado precio para usada de diario, y la guardó en su cajita y la ocultó con cuidado entre sus más estimados tesoros.

Pasaron años, y marido y mujer vivían aún muy dichosos. El hechizo de su vida era la niña, que iba creciendo y era el vivo retrato de su madre, y tan cariñosa y buena que todos la amaban. Pensando la madre en su propia pasajera vanidad, al verse tan bonita, conservó escondido el espejo, recelando que su uso pudiera engreir á la niña. Como no hablaba nunca del espejo, el padre le olvidó del todo. De esta suerte se crió la muchacha tan sencilla y candorosa como había sido su madre, ignorando su propia hermosura, y que la reflejaba el espejo.

Pero llegó un día en que sobrevino tremendo infortunio para esta familia hasta entonces tan dichosa. La excelente y amorosa madre cayó enferma, y aunque la hija la cuidó con tierno afecto y

solícito desvelo, se fué empeorando cada vez más, hasta que no quedó esperanza, sino la muerte.

Cuando conoció ella que pronto debía abandonar á su marido y á su hija, se puso muy triste, afligiéndose por los que dejaba en la tierra y sobre todo por la niña.

La llamó, pues, y le dijo:

—Querida hija mía, ya ves que estoy muy enferma y que pronto voy á morir y á dejaros solos á tí y á tu amado padre. Cuando yo desaparezca, prométeme que mirarás en el espejo, todos los días, al despertar y al acostarte. En él me verás y conocerás que estoy siempre velando por tí.

Dichas estas palabras, le mostró el sitio donde estaba oculto el espejo. La niña prometió con lágrimas lo que su madre pedía, y ésta, tranquila y resignada, expiró á poco.

En adelante, la obediente y virtuosa niña jamás olvidó el precepto materno, y cada mañana y cada tarde tomaba el espejo del lugar en que estaba oculto, y miraba en él, por largo rato é intensamente. Allí veía la cara de su perdida madre, brillante y sonriendo. No estaba pálida y enferma como en sus últimos días, sino hermosa y joven. Á ella confiaba de noche sus disgustos y penas del día, y en ella, al despertar, buscaba aliento y cariño para cumplir con sus deberes.

De esta manera vivió la niña, como vigilada por

su madre, procurando complacerla en todo como cuando vivía, y cuidando siempre de no hacer cosa alguna que pudiera afligirla ó enojarla. Su más puro contento era mirar en el espejo y poder decir:

—Madre, hoy he sido como tú quieres que yo sea.

Advirtió el padre, al cabo, que la niña miraba sin falta en el espejo, cada mañana y cada noche, y parecía que conversaba con él. Entonces le preguntó la causa de tan extraña conducta.

La niña constestó:

—Padre, yo miro todos los días en el espejo para ver á mi querida madre y hablar con ella.

Le refirió además el deseo de su madre moribunda y que ella nunca había dejado de cumplirle.

Enternecido por tanta sencillez y tan fiel y amorosa obediencia, vertió él lágrimas de piedad y de afecto, y nunca tuvo corazón para descubrir á su hija que la imagen que veía en el espejo era el trasunto de su propia dulce figura, que el poderoso y blando lazo del amor filial hacía cada vez más semejante á la de su difunta madre.

Madrid, 1887.

EL PESCADORCITO URASHIMA

Vivía muchísimo tiempo hace, en la costa del mar del Japón, un pescadorcito llamado Urashima, amable muchacho, y muy listo con la caña y el anzuelo.

Cierto día salió á pescar en su barca; pero en vez de coger un pez, ¿qué piensas que cogió? Pues bien, cogió una grande tortuga con una concha muy recia y una cara vieja, arrugada y fea, y un rabillo muy raro. Bueno será que sepas una cosa, que sin duda no sabes, y es que las tortugas viven mil años: al menos las japonesas los viven.

Urashima, que no lo ignoraba, dijo para sí:

—Un pez me sabrá tan bien para la comida y quizás mejor que la tortuga. ¿Para qué he de matar á este pobrecito animal y privarle de que viva aún novecientos noventa y nueve años? No, no quiero ser tan cruel. Seguro estoy de que mi madre aprobará lo que hago.

Y en efecto, echó la tortuga de nuevo en la mar.

Poco después aconteció que Urashima se quedó dormido en su barca. Era tiempo muy caluroso de verano, cuando casi nadie se resiste al medio día á echar una siesta.

Apenas se durmió, salió del seno de las olas una hermosa dama que entró en la barca y dijo:

—Yo soy la hija del dios del mar y vivo con mi padre en el Palacio del Dragón, allende los mares. No fué tortuga la que pescaste poco há y tan generosamente pusiste de nuevo en el agua en vez de matarla. Era yo misma, enviada por mi padre, el dios del mar, para ver si tu eras bueno ó malo. Ahora, como ya sabemos que eres bueno, un excelente muchacho, que repugna toda crueldad, he venido para llevarte conmigo. Si quieres, nos casaremos y viviremos felizmente juntos, más de mil años, en el Palacio del Dragón, allende los mares azules.

Tomó entonces Urashima un remo y la Princesa marina otro; y remaron, remaron, hasta arribar por último al Palacio del Dragón, donde el dios de la mar vivía é imperaba, como rey, sobre todos los dragones, tortugas y peces. ¡Oh, que sitio tan ameno era aquel! Los muros del Palacio eran de coral; los árboles tenían esmeraldas por hojas, y rubíes por fruta; las escamas de los peces eran plata, y las colas de los dragones, oro. Piensa en todo lo más bonito, primoroso y luciente que viste en tu vida, pónlo junto, y tal vez concebirás entonces lo que el palacio parecía. Y todo ello pertenecía á Urashima. Y ¿cómo no, si era el yerno del dios de la mar y el marido de la adorable Princesa?

Allí vivieron dichosos más de tres años, paseando todos los días por entre aquellos árboles con hojas de esmeraldas y frutas de rubíes.

Pero una mañana dijo Urashima á su mujer:

—Muy contento y satisfecho estoy aquí. Necesio, no obstante, volver á mi casa y ver á mi padre, á mi madre, á mis hermanos y á mis hermanas. Déjame ir por poco tiempo y pronto volveré.

—No gusto de que te vayas, contestó ella. Mucho temo que te suceda algo terrible: pero vete, pues así lo deseas y no se puede evitar. Toma, con todo, esta caja, y cuida mucho de no abrirla. Si la abres, no lograrás nunca volver á verme.

Prometió Urashima tener mucho cuidado con la caja y no abrirla por nada del mundo. Luego entró en su barca, navegó mucho, y al fin desembarcó en la costa de su país natal.

Pero ¿qué había ocurrido durante su ausencia? ¿Dónde estaba la choza de su padre? ¿Qué había sido de la aldea en que solía vivir? Las montañas, por cierto, estaban allí como antes: pero los árboles habían sido cortados. El arroyuelo, que corría junto á la choza de su padre, seguía corriendo; pero ya no iban allí mujeres á lavar la ropa como antes. Portentoso era que todo hubiese cambiado de tal suerte en sólo tres años.

Acertó entonces á pasar un hombre por allí cerca y Urashima le preguntó:

—¿Puedes decirme, te ruego, dónde está la choza de Urashima, que se hallaba aquí antes?

El hombre contestó:

—¿Urashima? ¿cómo preguntas por él, si hace cuatrocientos años que desapareció pescando? Su padre, su madre, sus hermanos, los nietos de sus hermanos, ha siglos que murieron. Esa es una historia muy antigua. Loco debes de estar cuando buscas aún la tal choza. Hace centenares de años que era escombros.

De súbito acudió á la mente de Urashima la idea de que el Palacio del Dragón, allende los mares, con sus muros de coral y su fruta de rubíes, y sus dragones con colas de oro, había de ser parte del país de las hadas, donde un día es más largo que un año en este mundo, y que sus tres años, en compañía de la Princesa, habían sido cuatrocientos. De nada le valía, pues, permanecer ya en su tierra, donde todos sus parientes y amigos habían muerto, y donde hasta su propia aldea había desaparecido.

Con gran precipitación y atolondramiento pensó entonces Urashima en volverse con su mujer, allende los mares. Pero ¿cuál era el rumbo que debía seguir? ¿quién se le marcaría?

—Tal vez, caviló él, si abro la caja que ella me dió, descubra el secreto y el camino que busco.

Así desobedeció las órdenes que le había dado

la Princesa, ó bien no las recordó en aquel momento, por lo trastornado que estaba.

Como quiera que fuese, Urashima abrió la caja. Y ¿qué piensas que salió de allí? Salió una nube blanca que se fué flotando sobre la mar. Gritaba él en balde á la nube que se parase. Entonces recordó con tristeza lo que su mujer le había dicho de que, después de haber abierto la caja, no habría ya medio de que volviese él al palacio del dios de la mar.

Pronto ya no pudo Urashima ni gritar, ni correr, hacia la playa, en pos de la nube.

De repente, sus cabellos se pusieron blancos como la nieve, su rostro se cubrió de arrugas, y sus espaldas se encorvaron como las de un hombre decrépito. Después le faltó el aliento. Y al fin cayó muerto en la playa.

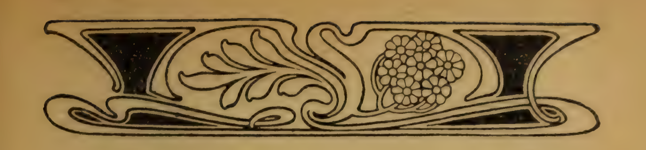
¡Pobre Urashima! Murió por atolondrado y desobediente. Si hubiera hecho lo que le mandó la Princesa, hubiese vivido aún más de mil años.

Dime: ¿no te agradaría ir á ver el Palacio del Dragón, allende los mares, donde el dios vive y reina como soberano sobre dragones, tortugas y peces, donde los árboles tienen esmeraldas por hojas y rubíes por fruta, y donde las escamas son plata y las colas oro?

Madrid, 1887.



EL HECHICERO



EL HECHICERO

El castillo estaba en la cumbre del cerro; y, aunque en lo exterior parecía semiarruinado, se decía que en lo interior tenía aún muy elegante y cómoda vivienda, si bien poco espaciosa.

Nadie se atrevía á vivir allí, sin duda por el terror que causaba lo que del castillo se refería.

Hacía siglos que había vivido en él un tirano cruel, el poderoso Hechicero. Con sus malas artes había logrado prolongar su vida mucho más allá del término que suele conceder la naturaleza á los seres humanos.

Se aseguraba algo más singular todavía. Se aseguraba que el Hechicero no había muerto, sino que sólo había cambiado la condición de su vida, de paladina y clara que era antes, en tenebrosa, oculta y apenas ó rara vez perceptible. Pero ¡ay de quien acertaba á verle vagando por la selva, ó repentinamente descubría su rostro, iluminado por un rayo de luna, ó, sin verle, oía su canto allá á lo

lejos, en el silencio de la noche! Á quien tal cosa ocurría, ora se le desconcertaba el juicio, ora solían sobrevenirle otras mil trágicas desventuras. Así es que, en veinte ó treinta leguas á la redonda, era frase hecha el afirmar que habían visto ú oido al Hechicero todo el que andaba melancólico y desmedrado, toda muchacha ojerosa, distraída y triste, todo el que moría temprano y todo el que se daba ó buscaba la muerte.

Con tan perversa fama, que persistía y se dilataba, en época en que eran los hombres más crédulos que hoy, nadie osaba habitar en el castillo. En torno de él reinaban soledad y desierto.

Á su espalda estaba la serranía, con hondos valles, retorcidas cañadas y angostos desfiladeros, y con varios altos montes, cubiertos de densa arboleda, delante de los cuales el cerro del castillo parecía estar como en avanzada.

Por ningún lado, en un radio de dos leguas, se descubría habitación humana, exceptuando una modesta alquería, en el término casi del pinar, dando vista á la fachada principal del castillo, al pie del mismo cerro.

Era dueño de la alquería, y habitaba en ella desde hacía doce años, un matrimonio, en buena edad aún, procedente de la más cercana aldea.

El marido había pasado años peregrinando, comerciando ó militando, según se aseguraba, allá

en las Indias. Lo cierto es que había vuelto con algunos bienes de fortuna.

Muy por cima del prestigio que suele dar la riqueza (y como riqueza eran considerados su desahogo y holgura en el humilde lugar donde había nacido), resplandecían varias buenas prendas en este hombre, á quien, por suponer que había estado en las Indias, llamaban el Indiano. Tenía muy arrogante figura, era joven aún, fuerte y diestro en todos los ejercicios corporales, y parecía valiente y discreto.

Casi todas las mozas solteras del lugar le desearon para marido. Así es que él pudo elegir, y eligió á la que pasaba y era sin duda más linda, tomándola por mujer, con no pequeña envidia y hasta con acerbo dolor de algunos otros pretendientes.

El Indiano, no bien se casó, se fué á vivir con su mujer á la alquería que poco antes de casarse había comprado.

Allí poseía, criaba ó se procuraba con leve fatiga cuanto hay que apetecer para campesino regalo y sano deleite. Un claro arroyo, cuyas aguas, más frescas y abundantes en verano por la derretida nieve, en varias acequias se repartían, regaba la huerta, donde se daban flores y hortaliza. En la ladera, almendros, cerezos y otros árboles frutales. Y en las orillas del arroyo y de las acequias, mas-

tranzos, violetas y mil hierbas olorosas. Había colmenas, donde las industriosas abejas fabricaban cera y miel perfumada por el romero y el tomillo que en los circunstantes cerros nacían. El corral, lejos de la casa, estaba lleno de gallinas y de pavos; en el tinado se guarecían tres lucias vacas que daban muy sabrosa leche; en la caballeriza, dos hermosos caballos, y en apartada pocilga, una pequeña piara de cerdos, que ya se cebaban con habas, ya con las ricas bellotas de un encinar contiguo. Había, además, algunas hazas sembradas de trigo, garbanzos y judías; y, por último, allá en la hondonada un frondoso sotillo, poblado de álamos negros y de mimbreras, hacia cuyo centro iba precipitándose el arroyo y formando, ya espumantes cascadas, ya serenos remansos.

Como el Indiano era excelente cazador, liebres, perdices, patos silvestres y hasta reses mayores no faltaban en su mesa.

Así vivían, como he dicho, hacía más de doce años, marido y mujer, en santa paz y bienandanza, alegrándoles aquella soledad una preciosa y única hija que habían tenido y que rayaba en los once años.

No consta de las historias que hemos consultado, cuál fuese el nombre de esta niña; pero, á fin de facilitar nuestra narración, la llamaremos Silveria.

Bien puede asegurarse, sin exageración alguna, que Silveria era una joya; un primor de muchacha. Se había criado al aire libre, pero ni los ardores del sol ni las otras inclemencias del cielo habían podido ofender nunca la delicadeza de su lozana y aun infantil hermosura. Como por encanto, se mantenía limpia y espléndida la sonrosada blancura de su tez. Sus ojos eran azules como el cielo, y sus cabellos dorados como las espigas en Agosto.

Acaso, cuando éramos niños, nos consintieron y mimaron mucho nuestros padres. De todos modos, ¿quién no ha conocido niños consentidos y mimados? Y sin embargo, á nadie le será fácil concebir y encarecer lo bastante el consentimiento y el mimo de que Silveria era objeto. La madre, por dulce apatía y debilidad de carácter la dejaba hacer cuanto se le antojaba; y el padre, que era imperioso, como idolatraba á su hija y se enorgullecía de que se le pareciese en lo resuelta y determinada, y en la valerosa decisión con que ella procuraba siempre lograr su gusto y cumplir su real voluntad, lejos de refrenarla, solía, sin premeditar ni reflexionar, darle alas y aliento para todo. Así es que, cuando el padre se iba, y se iba á menudo, ya de caza, ya á otras excursiones, se diría que por estilo tácito transmitía á la chica todo su imperio. Parecía, pues, Silveria una pequeña reina absoluta, una emperatriz disfrazada de zagala. Por fortuna,

era tan generoso y noble el temple natural de su ánimo, que ni su absolutismo menoscababa el cariño y el respeto que á su madre tenía, ni la amplia libertad de que gozaba le valía nunca para propósito que no fuese bueno.

No había en la alquería más servidumbre que la anciana nodriza de la señora, cocinera y ama de llaves á la vez; su hija, ya más que granada, la cual, aunque muy simple, trabajaba mucho y lavaba y planchaba bien; y el viejo marido de la nodriza, que hacía de gañán, porquerizo y vaquero.

Silveria, como se había criado en aquel rústico apartamiento, sin hablar apenas sino con su gente y con sus padres, era dechado singular de candorosa inocencia. Se había formado de la naturaleza muy alegre y poético concepto, y en vez de recelar ó desconfiar de algo, á todo se atrevía y de nada desconfiaba. Cuanto era natural imaginaba ella que existía para su regalo y que se deshacía para obsequiarla. ¿Cómo, pues, había de ser lo sobrenatural menos complaciente y benigno? Por eso, sin darse exacta cuenta de tal discurso, y más bien por instinto, Silveria no se asustaba ni de la obscuridad nocturna, ni de las sombras y del silencio del bosque, ni de los vagos y misteriosos ruidos que forman el agua al correr y el viento al agitar el follaje. El mismo Hechicero, de quien había

oído referir mil horrores, en lugar de causarle pavor, le infundía deseo de encontrarse con él y de conocerle y tratarle. Á ella se le figuraba que era calumniado y que no podía ser perverso como decían.

Contaba su madre que el Hechicero no la atormentaba ya; pero que durante los primeros años de su matrimonio y de su estancia en la alquería, la había atormentado no poco. Tal vez, de noche, ella había oído su voz entonando melancólicos cantares; tal vez había llegado hasta su oído el son triste y mágico de su melodioso violín; tal vez ella le había entrevisto, al incierto resplandor de las estrellas, cuando atravesaba la selva y llegaba á un claro, donde no había encinas, pinos ni abetos. Entonces decía la madre que la sangre se le helaba con el susto; que sentía pena, como la que deben causar los remordimientos, considerando delito el ver ó el oir; y que cerraba ventanas y puertas para que el Hechicero no viniese á buscarla.

Silveria no comprendía lo que contaba su madre, ó lo comprendía al revés; ni en el canto ni en el sonido del violín acertaba á distinguir nada de espantable ni de pecaminoso; y lo único que la apenaba era que aquella música, á su ver tan infundadamente medrosa, no sonase ya nunca, ó, al menos, no llegase á su oído.

Sin el menor recelo, y ligera como una corza,

solía, pues, Silveria salir de su casa, donde su madre andaba distraída y empleada en faenas domésticas, y recorría, saltando y brincando, todas aquellas cercanías. De lo que más gustaba era de ir al pie del castillo, que no estaba lejos, y cuyas almenas y torres y aun la fachada principal, con sus grandes ventanas ojivales, descollando sobre la masa de verdura, se divisaban bien desde el mismo cuarto en que ella dormía.

Delante del castillo había un ancho estanque de agua limpia y pura, porque el abundante arroyo que regaba la huerta, entrando y saliendo, renovaba el agua de continuo. En aquel estanque el castillo se miraba con gusto como en un espejo.

Iluminando fantásticamente su fondo y prestándole apariencias de profundidad infinita, se retrataba también en él la divina amplitud de los cielos.

Por todo alrededor había, además de las encinas y robles de la selva, sauces, higueras, granados y acacias y muy viciosa lozanía de otras plantas y hierbas.

En una fresca mañana de Abril, Silveria vagaba por aquel lugar solitario y oculto, cogiendo lirios, violetas y rosas, que florecían en abundancia y llenaban el ambiente con su perfume.

Á deshoras oyó inesperado estrépito y fué á ocultarse entre unas matas. Entonces vió llegar á caballo á un hombre, que bajó de él y le ató á una

rama por la rienda. El hombre estaba en lo mejor de su edad: vestía de negro, y bajo su sombrero con plumas y de ala ancha se descubría muy bello rostro. Era gentil su apostura. Á su andar airoso resonaban las doradas espuelas.

El aspecto del forastero no era ciertamente para atemorizar á nadie; de suerte que Silveria, que ya de por sí no pecaba de tímida, salió de su escondite, y marchando hacia el recién llegado, le dijo:

—Buenos días tenga su merced.

Sorprendido el forastero de la repentina aparición, exclamó:

—¿Quién eres tú, chiquilla?

—Soy Silveria—contestó;—soy la hija del Indiano. Vivo á pocos pasos de aquí. Si no lo estorbase la arboleda, se vería desde aquí mi casa. Y el señor caballero, ¿es por ventura, el encantador de quien tanto se habla?

—No, hija, yo no soy el encantador, pero ando en su busca. Y tú, dime, ¿qué hacías por aquí?

—Pues, ¿qué había yo de hacer?... Nada.... coger flores. Aquí las hay á manta... ¡y tan bonitas! ¡Mire, mire cuántas he cogido! Y extendiendo los brazos y desplegando el delantal, le enseñaba las flores que en él tenía.

—Tome su merced las que quiera.

—Gracias—dijo el caballero.

Y tomando del delantal dos lirios de los que te-

nían más largo el cabo, se quitó el sombrero, puso en él los lirios al lado de las plumas y volvió á cubrirse.

Tal vez notó la chica, mientras él estaba descubierto, que su cabellera era negra y rizada en bucles, blanca y serena la frente, y los ojos dulces y tristes.

Ello es que, cobrando mayor confianza, habló así Silveria:

—Aunque me moteje de sobrado curiosa, ¿quiere su merced decirme qué diantre ha venido á hacer por estos andurriales?

Cayeron en gracia al caballero el imperioso desenfado y el infantil despejo de Silveria, y le respondió sonriendo.

—Hija mía, yo he comprado este castillo, y vengo á vivir en él. Mis criados van á llegar con el equipaje. Por la impaciencia de ver el castillo me he adelantado á trote largo.

—¡Ay! Y yo que nunca le he visto, porque está cerrado con llave... Déjeme su merced que le vea.

—Pues qué, ¿no tienes miedo?

—¿Y de qué?

—Entonces puedes venir conmigo. Aquí están las llaves; abriremos y entraremos, y lo veremos todo.

Dicho y hecho. Aquel joven señor abrió la puerta, y, acompañado de Silveria, recorrió lo interior del castillo.

Luego que subieron la elegante escalera, vieron en el piso principal salas muy bien amuebladas, aunque todo cubierto de telarañas y de polvo.

Desde la ventana del centro, que estaba sobre la puerta y en la mejor sala, ambos se extasiaron al contemplar la magnífica vista. Allí se oteaban ríos y arroyos, risueñas llanuras, cortijos y aldeas distantes, y, como límite más remoto, montañas azules, cuyos picos se dibujaban ó se esfumaban en el más nítido azul del aire, diáfano, sin nubes y dorado entonces por el sol. En torno se veían, como mar de verdura, las apiñadas copas de los árboles que circundaban el castillo, y, no muy lejos, á la salida del bosque, la pequeña alquería de Silveria.

—Allí vivo yo—dijo al forastero, mostrándole la alquería con el pequeñuelo y afilado dedo índice.

Miró el forastero la alquería, y, antes de que dijese palabra, exclamó Silveria:

—Vaya si soy disparatada; de fijo que van á dar las nueve... hora de almorzar. Mi padre va á chillar y á rabiar si me echa de menos. Adiós, adiós.

Y salió escapada, y bajó la escalera dando brincos.

No quiso él perseguirla ni detenerla, pero le gritó desde lo alto.

—Muchacha, ten cuidado, no te vayas á caer. Vuelve por aquí cuando quieras.

—Ya volveré, si no incomodo—contestó;—y luego, mirando él de nuevo por la ventana, vió á la chica salir corriendo del castillo, cruzar por la orilla del estanque y perderse de vista bajo la enramada, donde estaba la senda más corta que á su casa conducía.

Más de una semana pasó Silveria sin volver al castillo, aunque sentía muchas ganas de volver, estimulada por el afán de saber lo que allí pasaba.

Ella había esperado que el forastero hubiese venido á visitar á sus padres, como á sus únicos vecinos, ó haberle encontrado á caballo ó á pie, en los paseos de ella por el campo. Pero estas esperanzas le salieron vanas. Sin duda el joven señor había buscado la más completa soledad, en la cual de tal modo se complacía, que se pasaba el tiempo encerrado en su nueva mansión, invisible para todos.

Silveria, al cabo, no supo resistir á su deseo de volver á verle. Recordó que le agradaban las flores, y cogiendo muchas de las más lindas y fragantes que había entonces en su huerta, hizo un ramillete y se fué con él al castillo.

Á la puerta había un viejo criado.

—Traigo estas flores para el señor—le dijo Silveria.

El viejo criado echó mano á las flores para llevárselas.

—Tate, tate, atrevido—dijo la muchacha riendo;—yo misma he de llevar las flores. Anuncie á su amo que Silveria está aquí.

Riendo á su vez el viejo de la despótica desenvoltura de la muchacha, se fué á cumplir su mandato.

Ella le siguió hasta el pie de la escalera, y como desde allí sintiera pasos en lo alto, el viejo gritó:

—Señor, aquí está Silveria.

—Que suba, que suba—respondió el señor al punto.

No fué menester más. Silveria dió un ligero empujón al viejo, que estaba delante de ella atajándole el paso, subió los escalones de dos en dos, hizo una graciosa reverencia al forastero, que ya la aguardaba arriba, y le presentó el ramillete.

El le tomó, diciendo mil gracias, y besó en la frente á Silveria. Luego añadió, dirigiéndose al criado, que acababa de subir:

—Juan, toma estas flores... con cuidado, no se deshojen. Ponlas en un vaso con agua. Trae bizcochos, confites y vino dulce moscatel para agasajar á mi huéspeda.

Después entraron en el salón donde Silveria lo halló todo más bonito. Ya no había telarañas ni polvo. Los muebles parecían mejores; las telas tenían más vivo color, y las maderas, lustre, bruñidas con la limpieza.

Junto á la ventana principal había un bufete, con recado de escribir, y muchos libros y papeles. Silveria, arrellenada en un sillón, se comía un bizcocho de los que Juan le presentaba en una bandeja de plata.

—Está muy rico—dijo;—y se comió dos más. Probó luego el vino, paladeándole con gran reposo, y se bebió casi todo un vaso de agua.

Cuando se fué el criado y Silveria se quedó sola con el amo, contestó con sencilla naturalidad á varias preguntas que éste le hizo. Juzgándose así autorizada á preguntar también, sometió al forastero á un chistoso interrogatorio:

—¿Cómo se llama su merced?—le preguntó.

—Me llamo Ricardo, para servirte.

—Para servir á Dios—repuso ella.—Y dígame su merced, ¿en qué emplea su tiempo, encerrado aquí todito el día y sin ver á nadie?

—En escribir.

—¿Y qué escribe?

—Comedias, novelas... soy poeta.

—Vamos, ya entiendo... tramoyas y líos de enredo divertido para entretener á la gente ociosa.

—Así es, hija mía.

—Oiga, señor, ¿y cómo se arregla su merced á fin de inventar tanta maraña, sacándola de la cabeza? Difícil ha de ser el oficio. ¿Quién se le enseñó?

—El Hechicero, de quien tantas cosas has oído.

—¿Y dónde y cómo le vió su merced?

—Le ví hace años. Le perdí luego, y me temo que no he de volver á hallarle nunca.

Silveria no comprendió nada de esto, y se lo confesó al forastero con inocente franqueza.

—Con el tiempo lo comprenderás—le dijo él;—eres muy niña todavía.

Y como no le dió más explicaciones, ella se sintió lastimada y picada en el fondo de su alma, de que él, no sólo la creyese ignorante, sino por lo pronto, y Dios sabía hasta cuándo, incapaz de aprender, indigna de que se le revelase misterio alguno.

Y en su sentir había allí misterio. Á la verdad, la idea inmediata y distinta que ella se formaba del oficio de Ricardo, era la de que inventaba embustes ingeniosos é inofensivos que pudiesen servir de diversión apacible. Pero Silveria cavilaba mucho y su pensamiento iba deprisa y volaba al cavilar, imaginando cosas hermosamente confusas, ya que ella no atinaba entonces á expresarlas con palabras, ni podía siquiera ordenarlas en su cabeza para percibirlas mejor. Sólo vagamente, discurriendo ella en cierta penumbra intelectual, notaba que las ficciones del poeta no eran mero remedo de lo que todos vemos y oímos, sino que penetraban en su honda significación, revelando no poco de lo invisible y de lo inaudito, y haciendo patentes mil te-

soros que esconde naturaleza en su seno. Pero ¿quién prestaba al poeta la llave para abrir el arca en que esos tesoros se custodian? ¿Quién le daba la cifra para interpretar el sentido encubierto de lo que dicen los seres? ¿De qué habla el viento cuando susurra entre las hojas? ¿Qué murmura el arroyo? ¿De qué cantan los pajarillos? ¿Qué cuentan, qué declaran los astros cuando nos iluminan con su luz? De seguro había de haber un ángel, un duende, un genio, un espíritu familiar que nos acudiese en todo esto. Ricardo había de estar en relación con él, había de saber evocaciones á que él obedeciese, conjuros que le sujetasen á su mandado.

Tales ensueños, y otros mil, enteramente inefables, surgían en la imaginación de Silveria, y aguijoneaban su curiosidad.

Ricardo, no obstante, había dicho que era muy niña para entender en otros asuntos al parecer de menor importancia. ¿Cómo, pues, había ella de considerarse apta para iniciarse é instruirse en algo, á su ver, más recóndito y obscuro?

Silveria era modesta y prudente, á pesar de su desenfado y de su audacia, y no insistió en preguntar.

Para su consolación y sosiego, puso en lo inexplicado extraño deleite, y buscó y halló en lo desconocido inagotable venero de suposiciones fantásticas, que la divertían y embelesaban.

Sus visitas á Ricardo no fueron en lo sucesivo muy frecuentes. Silveria era orgullosa, y no quería estar de más ni ser importuna ó cansada; pero Ricardo la trataba bien, como á una chiquilla despejada, mimada y graciosa, y ella siguió visitándole de vez en cuando, trayéndole flores y comiéndole sus bizcochos.

Alentada por él, que le dijo que le mirase como á su hermano mayor, Silveria acabó por tutearle.

Cuando, á sus solas, pensaba en Ricardo, á veces le tenía grande envidia por el trato íntimo en que se figuraba que había de estar con los genios del aire ó con otros seres é inteligencias sobrehumanas; á veces le tenía muchísima lástima al contemplar el aislamiento y abandono en que él vivía, sin padre ni madre que le cuidasen y mimasen como á ella la cuidaban y mimaban.

De esta suerte, fueron pasando días y días hasta que llegó el invierno con sus escarchas y hielos.

La Nochebuena quiso el Indiano obsequiar á su hija, y le compró y le trajo de la menos distante ciudad un precioso Nacimiento. Jerusalén con el templo de Salomón y el palacio de Herodes, todo de cartón pintado, estaba en lo más alto, sobre muchos peñascos, de cartón también; pedacitos de vidrio imitaban ríos y arroyos; la estrella que guiaba á los Reyes Magos aparecia atada á un alambre, y el portal de Belén figuraba en primer término.

Más de cuarenta muñequitos de barro animaban el paisaje. Herodes conversaba con la Reina, asomados ambos á un balcón; Melchor, Gaspar y Baltasar iban á caballo, trotando por una vereda y guiados por la estrella maravillosa; el Niño Jesús se veía en el portal con la Virgen, San José, el buey y la mulita; pastores y zagalas se prosternaban adorando al Niño; otros cuidaban de las ovejas ó de una manada de pavos; y seis ó siete ángeles, vistosísimos y con alas desplegadas, al parecer de oro, anunciaban la Buena Nueva al mundo tocando sendas trompetas.

Iluminado todo esto por dos docenas lo menos de cerillas, tomaba un aspecto deslumbrador; semejaba un ascua de oro.

En extremo se holgó Silveria al ver encendido su Nacimiento. Hubo en la alquería fiesta familiar. La nodriza tocó la zambomba, y amos y criados cantaron villancicos, y patriarcal y primitivamente cenaron juntos sopa de almendras, besugo, potaje de lentejas, y para postres castañas cocidas, olorosos peros y otras frutas bien conservadas desde el otoño.

Terminada la fiesta, todos se recogieron á dormir, mucho antes de media noche; pero Silveria se sentía harto desvelada, y mil ensueños y fantasías tenían alerta y alborotaban su espíritu.

Sola en su cuarto, abrió las maderas de la ven-

tana y se puso á mirar el cielo y los campos solitarios y silenciosos. Ni la más ligera ráfaga de viento movía las ramas. El aire, sin nubes, consentía que la luna bañase con su pálido fulgor los montes y las copas de los árboles. Misteriosa obscuridad prevalecía donde éstos proyectaban su sombra. Alguna nieve, en el ramaje y extendida por el suelo, relucía cual bruñida plata, y al quebrarse en ella los rayos de la luna, ya lanzaban destellos diamantinos, ya formaban iris fugaces.

Silveria contempló todo lo dicho, pero miró también el castillo, que sobresalía entre los árboles, y vió luz al través de los vidrios de la ventana principal. La lámpara ardía aún sobre el bufete, y su amigo sin duda estaba escribiendo ó leyendo.

Ella tuvo entonces muy grande compasión de la soledad de su amigo; y, al pensar en que ella se había divertido tanto, mientras él había estado tan solo, se le saltaron las lágrimas. Allá en sus adentros, ponderó y encareció además la magnificencia y primor de su Nacimiento, y se afligió sobremanera de que Ricardo no le hubiese visto. Se sintió dominada por un irresistible deseo de lucir ante su amigo aquella maravilla artística de que era poseedora, gracias á la generosidad de su padre, y sin premeditarlo nada, tomó la resolución más atrevida.

Se abrigó lo mejor que pudo, bajó la escalera de puntillas, se apoderó de la llave de la puerta, abrió y volvió á cerrar, y se encontró al raso, con bastante frío, y llevando en las manos el Nacimiento, apagado, que, por dicha, si bien tenía alguna balumba, pesaba muy poco.

Como era robusta y agil, en menos de diez minutos se plantó en la puerta del castillo, cargada con magos, ángeles, Niño Dios, ovejas, pavos, Jerusalén y pastores.

Depositando su carga en el suelo, dió dos aldabonazos, y pronto oyó la voz del viejo Juan, diciendo:

—¿Quién llama?

—Gente de paz, ¡ábreme, hombre!

Juan conoció la voz, y abrió, todo espantado, y santiguándose y persignándose.

—¡Ave María purísima! ¿Qué ha sucedido? Muchacha, ¿te has vuelto loca?

—No seas tonto—replicó ella.—Yo estoy en mi juicio. Vengo á que vea tu amo esta preciosidad. Vamos á encender á escape.

Y valiéndose de la luz que Juan traía, encendió sin detenerse las candelas todas.

—Cállate: no digas que estoy aquí. Voy á sorprender á tu amo. Y cargando de nuevo con el Nacimiento, ya todo refulgente, subió Silveria la escalera.

El poeta, con los codos sobre la mesa, y absorto en sus meditaciones, no había sentido nada.

Silveria entró, se acercó á él sin hacer ruido, y cuando estuvo á cortísima distancia, recordó lo que el ángel principal llevaba escrito en un cartoncillo, pendiente de la trompeta, y con voz argentina y melodiosa, lo dijo como saludo:

—¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Maravillado el poeta, se puso de pie de un salto, y la muchacha, adelantándose rápidamente, colocó sobre la mesa la luminosa y sencilla representación del sagrado misterio.

—¡Vamos!—exclamó—confiesa que es muy bonito.

Ricardo lo miró todo, por un breve instante, sin decir palabra. Luego miró á Silveria y dijo:

—¡Ya lo creo... es un prodigio!

Y asiendo á la chica por la cintura con ambas manos, la levantó á pulso en el aire, la chilló, la brincó y le dió en las frescas mejillas media docena de besos sonoros.

En seguida la reprendió suave y paternalmente por el audaz desatino de haberse escapado de su casa, viniéndose sola á media noche por entre los pinos. Ella le oyó compungida, pero no arrepentida.

No por eso dejó él de mirar de nuevo el Naci-

miento, celebrándole mucho. Después apagó á soplos todas las candelas, se puso la capa y el sombrero, hizo que Juan le acompañase, cargado con el Nacimiento, y, tomando á Silveria de la diestra, y en su izquierda una linterna encendida, llevó á la chica á casa de sus padres, donde la hizo entrar, donde Juan dejó el Nacimiento y de donde no se retiró hasta que Silveria quedó dentro y echó la llave.

Pasó tiempo, y las visitas de Silveria y sus coloquios con el poeta no se hicieron más frecuentes. Harto notaba ella, apesadumbrada, aunque sin enojo, que él le hablaba siempre de niñerías, que no se dignaba leerle nada de sus obras, y que no llegaba nunca á explicarle los arcanos procedimientos de su arte.

Pero Silveria, que tenía mucho orgullo, culpaba de todo á sus cortos años, y se afligía poco, porque era confiada, jovial y alegre, y no se afligía sino con sobrado motivo.

Jamás hablaba el poeta de sus escritos, contentándose con saber, por Juan, que en la capital del reino eran cada vez más celebrados, proporcionando á su autor envidiable fama.

Ricardo se ausentaba con frecuencia: iba á la capital, pasaba allí algunos meses y volvía á su retiro.

Apenas volvía, acudía Silveria á verle, y él la en-

contraba tan niña, tan graciosa y tan inocente como la había dejado.

Aconteció, no obstante, que en una de esas excursiones, Ricardo tardaba mucho en volver. Silveria preguntaba á Juan, que había quedado guardando el castillo, cuándo volvería su amo, y, por las respuestas que de Juan recibía, calculaba que iba el poeta á tardar mucho, que acaso ya no volvería jamás.

Así transcurrieron, no dos ó tres meses, como en otras ausencias, sino más de cinco años; pero Silveria distaba infinito de olvidar al poeta. Siempre le tenía presente en la memoria, y aun le veía en sueños. Y si bien le causaba amarga tristeza la desesperanza de volver á verle en realidad, la energía sana y la noble serenidad de su espíritu se sobreponían á todas las penas. Por Juan sabía además, y esto la consolaba, que Ricardo estaba bien de salud y que alcanzaba brillantes triunfos allá en remotos paises.

Ella también triunfaba, á su modo, en aquel apartado retiro en que vivía. Gloriosa transformación y vernal desenvolvimiento hubo en todo su ser. Estaba otra, aunque más bella. Creció hasta ser casi tan alta como su padre; su cabeza parecía, en proporción del resto del cuerpo, más pequeñita y mejor plantada sobre el gracioso cuello, cuyo elegante contorno quedaba descubierto por la cabe-

llera rubia, no caída ya en trenzas sobre la espalda, sino recogida en rodete; los ricillos ensortijados, que flotaban sueltos por detrás, hacían el cuello más lindo aún, como si vertiesen, sobre apretada leche teñida con fresas, lluvia de oro en hilos y de canela en polvo; la majestad gallarda de su ademán y de sus pasos indicaba la salud y el brío de sus miembros todos; la armonía divina de sus formas se revelaba al través de la ceñida vestidura, y, agitándose su firme pecho, se levantaba en curva suave.

En resolución, Silveria era ya una hermosísima mujer; pero tan inocente y pura como cuando niña.

La madre, al ver á Silveria en edad tan sazonada y florida, excitó al Indiano á salir de aquella soledad y á irse á vivir en la aldea ó en población mayor y más rica, á fin de hallar un buen novio con quien la chica se casase; pero el Indiano se oponía siempre á tal proyecto y le condenaba como profanación abominable. Aunque valiéndose de términos más rudos, él razonaba de esta suerte. Algo dormía aún en Silveria, y era cruel romper bruscamente su sueño de ángel; era impío, sin aguardar á que ella misma bajase del cielo á cumplir su misión, lanzarla de repente en la tierra, por grandes que fuesen las venturas con que la tierra le brindara.

Convenía, por otra parte, que aquella rosa temprana desplegase sus pétalos con todo reposo y no

diese precipitadamente el aroma y la miel de su cáliz. El Indiano alegaba, por último, que no era de temer que su hija perdiese la ocasión. Por su simpar belleza podía aspirar á enlazarse con un príncipe; y como, además, el Indiano había administrado bien su caudal, había ahorrado bastante y podía dotar á Silveria con generosa esplendidez; siempre que se lo propusiese acudirían los novios á bandadas como los gorriones al trigo.

No se sabe si los razonamientos del Indiano convencieron ó no á su mujer; pero ella hubo de someterse, según tenía de costumbre.

Silveria continuó, pues, selvática y casi retraída de toda convivencia y trato de gentes, como paloma torcaz, como escondida flor del desierto.

En una tarde apacible del mes de Mayo subió Silveria al castillo á ver al anciano Juan, que allí vivía solo.

Extraordinarios fueron su júbilo y su sorpresa cuando supo que la noche anterior, sin previo aviso, había llegado Ricardo después de cinco años de ausente.

Como cuando ella tenía once, con igual sencillez, si bien con mayor ímpetu, apartó Silveria al criado, corrió por la escalera arriba, y, conmovida, jadeante y bañadas las mejillas en encendido carmín, se lanzó en la sala, donde, por dicha, se encontraba el poeta.

Recordando entonces, de súbito, el saludo angélico de la noche de Navidad, le repitió, diciendo:

—¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Pasmado, mudo, extático se quedó él, como si una portentosa deidad hubiera llegado á visitarle.

—¿Qué... no me reconoces?—añadió ella.

Y se arrojó cariñosamente en sus brazos.

El la apartó de sí blandamente, con honrado temor, y con una admiración y un asombro que Silveria no comprendía.

—¿No eres ya mi hermano?—le dijo melancólicamente.

Entonces le contempló por breve espacio, y creyó advertir que una nube de tristeza velaba su faz; pero halló su faz aun más hermosa que en los antiguos días.

Ricardo tomó con afecto en sus manos las manos de ella, y le habló de cosas que ella escuchó con entreabierta boca y con ojos que, por el interés y el espanto con que le miraba y le oía, parecían más dulces y más luminosos y grandes.

Silveria no entendió bien todo el sentido de lo que él decía; pero percibió que se lamentaba de que era muy desventurado, de que ya no podía hacer dichosa á mujer alguna, de que su corazón estaba marchito, y de que, si bien el Hechicero podía volverle aún toda su juvenil lozanía, le había

buscado en vano en sus largas peregrinaciones y no había podido hallarle.

En extremo afligieron á Silveria tan dolorosas confesiones. Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y se deslizaron por sus frescas mejillas.

Ansiando luego consolar al poeta, y con el mismo candor, con el mismo abandono purísimo con que ella acariciaba á su madre, se acercó á él y empezó á hacerle caricias.

En aquel punto, y con disgusto idéntico al que siente quien recela que alguien trata de impulsarle á cometer un crimen, Ricardo rechazó violentamente á Silveria, exclamando:

—¡No me toques! ¡No me beses! ¡Vete pronto de aquí!

La gentil moza, sin penetrar el motivo de aquellos aparentes y generosos desdenes, se consideró profundamente agraviada.

No se quejó; no rogó; no lloró. Su soberbia cegó la fuente del llanto y ahogó los ruegos y las quejas; pero huyó, volando como lastimada paloma, escapando como cierva herida por empozoñada flecha clavada en las entrañas.

En hondo estupor había caído el poeta al notar el efecto desastroso del desvío que acababa de mostrar por un irreflexivo primer movimiento.

Apenas volvió en sí, fuerza es confesar que desechó todos los escrúpulos y se arrepintió y hasta

se avergonzó de su conducta. Se rió de sí mismo con risa nerviosa y se calificó de imbécil.

Á fin de enmendar la que ya juzgaba falta, salió corriendo en pos de Silveria, pero era tarde.

¿Cómo descubrir sus huellas? ¿Cómo reconocer el sendero por donde había huído? El bosque era espesísimo y dilatado. Ricardo vagaba por aquel laberinto; llamaba á voces á Silveria, y el eco sólo le respondía.

Pronto llegó la noche, sin luna y con nubes que ocultaban la luz de las estrellas. Completa obscuridad reinaba en el bosque. Tal vez rompía su solemne silencio el silbar de las lechuzas ó el tenue gemido del viento manso que agitaba por momentos las hojas.

En los giros y rodeos, que iba dando como loco, vino á parar el poeta cerca de la alquería.

Alegres presentimientos y gratos planes le volvieron de súbito la serenidad.

„Silveria, pensaba él, no se habrá ido á otra parte. Debe de hallarse en su casa. Entraré allí; informaré de todo á los padres, y, delante de ellos pediré perdón á Silveria, asegurándole que, lejos de desdeñarla, soy suyo para siempre."

En la alquería ignoraban aún la vuelta del poeta.

Con singular asombro recibieron el Indiano y su mujer á un hombre á quien sólo de oídas cono-

cían y de quien apenas habían oído hablar en más de cinco años.

Pero todo era allí consternación y alboroto. El ndiano acababa de llegar de una larga excursión, y su mujer le había dicho, llorando y sollozando, que Silveria no había vuelto: que Silveria no parecía.

Sin más explicaciones, porque no lo consintió la zozobra con que estaban, todos salieron de nuevo al campo á buscar á Silveria.

Inútilmente anduvieron buscándola hasta el amanecer. El día los sorprendió rendidos y desesperados.

La madre imaginaba que el Hechicero le había robado á su hija; el Indiano que se la habían comido los lobos; los criados que se la había tragado la tierra.

Sospechando que se hubiera podido caer en los estanques, revolvieron las aguas y sondearon el fondo sin dar con ella ni muerta ni viva.

Durante todo aquel día, sin reposar apenas, los amos y los dos criados hicieron pesquisas y como un ojeo por varios puntos del bosque, que se extendía leguas.

Á las poblaciones más cercanas enviaron avisos de la fuga, con las señas de la fugitiva; ¡pero nada valió! Y aunque entonces no había telégrafos, ni teléfonos, y ó no había policía ó andaba menos

lista que ahora, se empleó tanta diligencia en buscar á Silveria, que al persistir su desparición, adquiría visos y vislumbres de milagrosa ó dígase de fuera del orden natural y ordinario.

Retrocedamos ya al tiempo, en que nos hemos adelantado, y volvamos á cuando huyó Silveria, juzgándose agraviada.

Delirante de rabia y despecho, corrió primero, sin parar y sin saber por dónde, internándose en un agreste é intrincado laberinto, por el cual no había ido jamás, y donde no había sendas ni rastro de pies humanos, sino abundancia de brezos, helechos, jaras y otras plantas, que entre los árboles crecían, formando enmarañados matorrales.

Se detuvo un rato, reflexionó y reconoció que se había perdido.

La asaltó grandísimo temor, figurándose el horrible pesar que iba á dar á sus padres si no volvía pronto á su casa.

Pugnó por volver, buscó el camino, se dirigió, ya por un lado, ya por otro; pero á cada paso se desorientaba más y se veía en más desconocido terreno.

La esquividad de aquellos sitios se hizo pronto más temerosa y solemne. Obscurísima noche sorprendió en ellos á Silveria.

Por fortuna, Silveria no sabía lo que era miedo. Á pesar de su dolor y de su enojo, gustaba cierto

sublime deleite al sentirse circundada de tinieblas y de misterio en medio de lo inexplorado. Quizá el Hechicero iba á aparecérsele allí de repente.

Ideas y sentimientos muy distintos surgieron en su alma. La ira contra el poeta se trocó en piedad. Le creyó enfermo del corazón; le perdonó; disculpó su desvío.

El Hechicero había causado aquel mal, y era menester que el Hechicero le trajese remedio.

Entonces improvisó Silveria una atrevida evocación, un imperioso conjuro, y dijo en alta voz y con valentía:

—¡Acude, acude, Hechicero, para consolar y sanar á mi poeta y hacerle dichoso!

La voz se desvaneció en las tinieblas, sin respuesta ni eco, restaurándose el silencio. La creación entera dormía ó estaba muda y sorda.

Nuestra heroína siguió marchando á la ventura, si bien con lentitud. Sus pupilas se habían dilatado y casi veía en la obscuridad. Iba, pues, salvando dificultades y tropiezos, cruzando por entre malezas y riscos, y subiendo y bajando cuestas, porque el suelo era cada vez más agrio y quebrado.

Al fin empezó á alborear.

La fatiga de Silveria era inmensa. No podía tenerse de pie. Logró, no obstante, encaramarse en un peñón, donde se consideró defendida de la hu-

medad, y, confiando en la protección de los cielos, buscó reposo y pronto se quedó dormida.

Sus ensueños no fueron lúgubres. Acaso eran de feliz agüero y se prestaban á interpretación favorable.

Soñó que, mientras su madre le enseñaba á leer en libros devotos, vinieron los genios del aire y se la llevaron volando para enseñarle más sabrosa lectura en el cifrado y sellado libro de naturaleza, cuyos sellos rompieron, abriéndole, á fin de que ella le descifrase y leyese.

Cuando despertó, el sol resplandecía, culminando en el éter. Sus ardientes rayos lo bañaban, lo regocijaban y lo doraban todo.

Ella se restregó los ojos y miró alrededor. Se encontró en honda cañada. Por todas partes, peñascos y breñas. Los picos de los cerros limitaban el horizonte. Aquel lugar debía de ser el riñón de la serranía. Silveria creyó casi imposible haber llegado hasta allí, sin rodar por un precipicio, sin destrozarse el cuerpo entre los espinos y las jaras, ó sin el auxilio de aquellos genios del aire con que había soñado.

¿Para qué detenerse en aquel desierto? Con nuevos bríos, aunque sin saber á dónde, prosiguió Silveria su camino.

Después de andar más de dos horas, encontró una estrecha senda, que le pareció algo trillada.

Formaba toldo á la senda la tupida frondosidad de gigantescos árboles. Apenas algunos sutiles rayos de sol se filtraban á través de las ramas.

Subiendo iba Silveria una cuestecilla, cuando oyó muy cerca los lamentables aullidos de un perro. Precipitó su marcha, llegó al viso, donde había un altozano, y vió por bajo un grupo de chozas.

Junto á las chozas, armadas de sendas estacas, cinco mujeres, desgreñadas y mugrientas, ó más bien cinco furias, rodeaban á un perro y le mataban á palos. Catorce ó quince chiquillos, cubiertos de harapos y de tizne, celebraban con descompuestos gritos de cruel alegría aquella ejecución desapiadada.

Á cierta distancia venía un pobre viejo, de blanca y luenga barba, con un puñal desnudo en la mano, corriendo hacia las mujeres para defender ó vengar al perro.

Llevaba un violín colgado á la espalda, y estaba ciego. Era un músico ambulante.

Las mujeres se retiraron hacia las chozas, viéndole venir. Los chiquillos, puestos en hilera, la emprendieron con él á pedradas. Uno de ellos se revolcaba por el suelo y chillaba como un energúmeno. El perro, acosado por todos, le había dado un pequeño mordisco, motivando así la ira de las mujeres y la canina tragedia.

El ciego llegó tarde. El perro había quedado muerto.

Derribándose sobre él el anciano, hizo tales lamentaciones y vertió llanto tan desconsolado, que algo mitigó la ferocidad de aquella gente. Los chiquillos dejaron de tirarle piedras; pero ellos y sus madres continuaron insultándole de palabra.

Le llamaban brujo, mendigo sin vergüenza y hechicero maldito. En esto llegó Silveria, imprevisto y raro personaje en medio de tal escena.

Por salvadora ventura pudo tenerse que los maridos y padres de aquella desharrapada y turbulenta grey, los cuales, bajo la traza de carboneros y leñadores, tal vez eran contrabandistas ó bandidos, hubiesen ido lejos, aquel día, á ejercer sus industrias ó á entregarse á sus merodeos. Si hubieran estado allí, el ciego y Silveria, que se puso á defenderle, muy animosa, hubieran corrido grave peligro, porque aquellos hombres habían de ser maleantes y desalmados.

Como quiera que fuese, Silveria, convirtiéndose en denodada amazona, se apoderó del arma, que el viejo no sabía esgrimir á causa de su debilidad y de su ceguera, y creyó y aseguró que tendría á raya á toda la chusma.

Lo prudente, sin embargo, era emprender una pronta retirada. El ciego lo pedía así, diciendo con voz temblorosa á Silveria.

—Vámonos, hija mía, me estoy muriendo; apenas puedo andar. Tú eres un ángel. Sírveme de guía y de apoyo. Yo te marcaré el camino que importa seguir, y tú le verás, le distinguirás con tus ojos, que han de ser muy hermosos, y me llevarás por él hasta llegar á un sitio donde aguarde yo con reposo mi muerte, ya cercana.

El viejo, en efecto, tenía el semblante de un moribundo. Violentas pasiones y continuos padecimientos, físicos y morales, habían gastado su vida.

—Sin el perro—dijo—no podía yo irme, si tú, hija mía, no hubieses venido en mi socorro. Ayúdame á llegar á la casa, donde tengo albergue y refugio. No dista mucho de aquí, y, con todo, no sé si llegaré con vida; las fuerzas me faltan.

Silveria, llena de caridad, sostuvo al viejo, y éste, apoyado en su báculo y en el brazo de Siveria, á quien indicaba la vía, fué andando en compañía de la gallarda joven.

Durante el viaje, le hizo el viejo pasmosas confidencias.

—Apenas me hablaste—le dijo—te reconocí por la voz. Pensé que oía á tu madre, cuando, hace veinte años, ella misma, engañándose, me persuadía con dulces palabras de que me quería bien, y me halagaba con la esperanza de ser mi esposa. Pero, en mal hora para mí, vino al lugar el Indiano. Tu madre se prendó de él perdidamente. Yo

la perdono. Comprendo que no tuvo ella la culpa de mi infortunio, sino la influencia invencible de nuestro sino. Entonces mi alma era más fervorosa y enérgica. Mi alma era injusta, y no la perdonaba. No pocas veces proyecté robarla ó matarla, y me disuadía y me arredraba luego mi honradez... ó mi cobardía. Como demente, vagaba yo en torno de vuestra alquería. Me ocultaba en el castillo. Atormentaba á tu madre como un vivo remordimiento; la asustaba haciéndole creer que el Hechicero era yo. Dios, sin duda, quiso castigarme, y me dejó ciego. En adelante, no rondé más en torno de vuestra alquería. Mi vida fué cada vez más desastrosa. Viví errando por montes y valles, tocando mi violín y pordioseando.

Las revelaciones del viejo, su sórdida miseria y las mismas enfermedades, que se estaba notando que le abrumaban bajo su peso, infundían á Silveria repulsión poderosa; pero, en su noble espíritu, podían más la compasión, y la excitaba á no abandonar al desvalido hasta que le dejase en salvo.

Silveria, además, no acertó á resistir á las insistentes preguntas del mendigo, y le contó su vida, su fuga y su empeño de hallar al Hechicero para sanar y consolar al poeta.

Entre tanto, la peregrinación continuaba, con trabajosa lentitud, por sitios cada vez más escabrosos. Se habían internado en un estrecho y hondo

desfiladero. Por ambos lados se erguían montañas inaccesibles, tajados peñascos, por donde no lograrían trepar ni las cabras monteses. La fértil vegetación espontánea revestía todo aquello de bravía hermosura, que causaba á la vez susto y deleitoso pasmo.

Á menudo el viejo se paraba fatigadísimo; se echaba por tierra y reposaba.

En uno de estos momentos de reposo sacó de su zurrón algunos mendrugos de pan bazo y varias rajas de queso, y, al borde de una fuentecilla, compartió con la joven su poco apetitosa y rústica merienda. En otros momentos, Silveria se rindió al sueño y se recobró de su cansancio.

La noche llegó al cabo, con aterradora lobreguez.

—Todavía nos queda bastante que andar - dijo el viejo.

Y sacando del zurrón una linternilla, y de la faltriquera eslabón, pedernal, yesca y pajuela, encendió un cabo de vela que dentro de la linternilla estaba colocado. Después entregó á Silveria la linternilla y otros cabos de vela, de que venía provisto, para cuando el que estaba ardiendo se consumiera.

De esta suerte, siguieron caminando.

Sería ya cerca de media noche, cuando oyó Silveria ruído de aguas abundantes, que corrían con rapidez, despeñándose entre las rocas.

—Ya estamos á pocos pasos de mi casa—dijo el ciego.—Yo vivo con mi hermana, que es más vieja que yo. Su carácter es violento y avinagrado. Odiaba á tu madre. No quiero que te vea. Podría reconocerte y hacerte daño. Sus hijos, además, son dos foragidos, y de ellos debo recelar lo peor. No bien lleguemos á la orilla del río, es necesario que me dejes. Yo, siguiendo la corriente, me iré sin dificultad á la casa, que dista de allí poquísimo. Tú, ya sola, seguirás andando con valor contra el curso del agua, y procurando no encontrar á ningún ser humano. La linternilla te alumbrará. Al fin llegarás al nacimiento del río, que brota entre las peñas. Á poca distancia del gran manantial, si buscas bien, verás la entrada de la caverna. Entra denodadamente; llega hasta el fondo, y yo te aseguro y anuncio que encontrarás al Hechicero, según lo deseas.

Pronto llegaron, en efecto, á la misma margen de aquel riachuelo apresurado. Allí se escabulló el viejo: se desvaneció en la obscuridad como soñada visión aérea. Silveria se quedó completamente sola.

Su peregrinación fué más penosa y más arriesgada que antes, por espacio de algunas horas. El casi borrado sendero por donde Silveria iba se levantaba, en no pocos puntos, sobre el nivel del agua, de la que le separaba un negro precipicio.

La garganta de las sierras, en que el río había abierto su cauce, se estrechaba cada vez más, y la cima de los montes parecía elevarse, dejando ver menos cielo y menos estrellas.

Amaneció, por último, y penetró en aquella hondonada la incierta luz de la aurora.

Todo se alegró y animó al ir disipándose la obscuridad. Despertaron las aves y saludaron con sus trinos el naciente día.

Silveria llegó entonces al manantial. Brotaba con ímpetu y en gran cantidad la cristalina masa de agua entre enormes y pelados peñascos. Por todas partes se alzaban como colosales paredes los escarpados cerros. La joven se creía sumida en un grande hoyo, porque las revueltas del camino le encubrían el lugar de su ingreso.

Buscó ella con ansia la gruta; y apartando ramas y zarzas, que la celaban algo, vino al fin á dar con la entrada.

Sin vacilar un instante, y con heroica valentía penetró en el subterráneo, espantando á los buhos y murciélagos que allí anidaban, y que oseados huyeron.

Transcurridos ya más de veinte minutos de marchar en las sombras, un tanto iluminadas por la linternilla, y de seguir un camino tortuoso, viendo Silveria que no llegaba al término, se impacientó, recordó su evocación y gritó con coraje:

—¡Acude, acude, Hechicero, para sanar y consolar á mi poeta!

Nadie respondió á la evocación, que retumbó repercutiendo en aquellos huecos y recodos.

El último cabo de vela que en la linterna ardía chisporroteó y acabó de consumirse. La audaz peregrina quedó envuelta en las tinieblas más profundas.

Se adelantó á tientas: iba cuesta arriba; la cuesta era más empinada mientras más se elevaba. El techo de la gruta se hacía más bajo. Silveria tenía que andar agachadísima y tocando en el techo con las manos para no tocarle con la cabeza.

De pronto notó en el techo, en vez de piedra, madera. Palpó con cuidado, y advirtió que eran tablas trabadas con dos barras de hierro. Palpó con mayor detención, y descubrió que las tablas estaban asidas al techo de la gruta por cuatro fuertes goznes.

Subió entonces tres escalones en que terminaba la cuesta; aplicó la espalda al tablón y empujó con brío.

El tablón no tenía candado ni cerradura. No había llave que pudiese estar echada; pero el tablón se resistía al empuje de Silveria, que casi desesperó de levantarle.

Hizo, no obstante, un supremo esfuerzo, y el tablón se levantó, girando sobre los goznes, volcán-

dose de un lado y dejando entrar por la ancha abertura alguna tierra con ortigas, jaramagos y otras pequeñas plantas de que estaba cubierta. La hermosa luz del claro día bañó al mismo tiempo aquella extremidad de la gruta.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Silveria, y, saltando alborozada, se encontró en un abandonado é inculto jardincillo, cercado de muy altas murallas, sin ventana alguna.

Sólo divisó, junto á un ángulo de aquel cuadrado recinto, un pequeño arco ojival, y bajo el arco las primeras gradas de una angostísima escalera de caracol.

Á escape pasó ella bajo el arco y subió por la escalera hasta una puertecilla, cerrada con llave, en que la escalera terminaba.

Á pesar de las penalidades y emociones de la aventurada peregrinación, Silveria estaba preciosa de beldad, en su mismo desorden. La rubia cabellera, medio destrenzada y caída; las mejillas, rojas con la agitación; el pecho, levantándose con fuertes latidos, y los ojos, con más brillantez que de ordinario, por leve cerco morado con que la fatiga le había teñido los párpados, al borde de las largas y sedosas pestañas.

Impaciente y contrariada Silveria por el obstáculo que se le ofrecía, golpeó la puertecilla con furor, sacudiendo sobre ella, con la pequeña y linda ma-

no que parecía inverosímil que tamaña fuerza tuviera, los más desaforados y resonantes puñetazos.

Tardaron en abrir, y creció su impaciencia. Volvió á golpear. Luego recordó la evocación, y empezó á recitarla gritando:

—Acude, acude, Hechicero...

No tuvo tiempo para concluirla. La puertecilla se abrió de súbito, de par en par, y Silveria vió delante á su poeta, lleno del mismo júbilo que ella sentía.

Lanzó Silveria alrededor una rápida mirada, y reconoció la sala del castillo donde escribía Ricardo, y donde ella le había visitado tantas veces.

Quiso entonces, por gracia, repetir la evocación, y empezó á decir nuevamente:

—Acude, acude, Hechicero...

Pero tampoco pudo terminar.

Ricardo le selló la boca con un beso prolongadísimo y la ciñó apretadamente entre los brazos para que ya no se le escapase.

Ella le miró un instante con lánguida ternura, y cerró después los ojos como en un desmayo.

Los pájaros, las mariposas, las flores, las estrellas, las fuentes, el sol, la primavera con sus galas, todas las pompas, músicas, glorias y riquezas del mundo imaginó ella que se veían, que se oían y que se gozaban, doscientas mil veces mejor que en la realidad externa, en lo más íntimo y secreto de

su alma, sublimada y miríficamente ilustrada en aquella ocasión por la magia soberana del Hechicero.

Silveria le había encontrado, al fin, propicio y no contrario. Y él, como merecido premio de la alta empresa, tenaz y valerosamente lograda, hacía en favor de Silveria y de Ricardo, sus milagros más beatíficos y deseables.

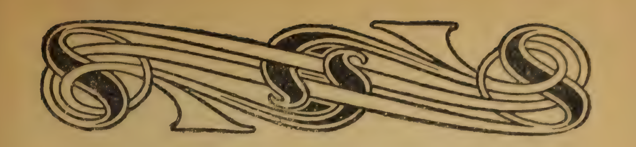
No nos maravillemos, pues (y hasta válganos lo expuesto para disculpar á Silveria y al poeta), de que no fuesen, sino tres horas más tarde, á ver al Indiano y á su mujer, y á sacarlos de la angustia en que vivían.

Indescriptibles fueron la satisfacción y el contento de ambos cuando volvieron á ver sana y salva á su hija, y asimismo se enteraron de que, sin necesidad de ir á la cercana aldea ni á ninguna otra población, como la madre pretendía, sino en el centro de aquellas esquivas soledades, Silveria había hallado novio muy guapo, según su corazón, conforme con su gusto, y con aptitud y capacidad, harto probadas, para toda poesía y aun para toda prosa.

Ojalá que cuantos busquen con inocencia y con buena fe al Hechicero, le hallen tan benigno como le hallaron Silveria y Ricardo, y le conserven la vida entera en su compañía, como le conservaron ellos.

Viena, 1894.

LA MUÑEQUITA



LA MUÑEQUITA

Hace ya siglos que en una gran ciudad, capital de un reino, cuyo nombre no importa saber, vivía una pobre y honrada viuda que tenía una hija de quince abriles, hermosa como un sol y cándida como una paloma.

La excelente madre se miraba en ella como en un espejo, y en su inocencia y beldad juzgaba poseer una joya riquísima que no hubiera trocado por todos los tesoros del mundo.

Muchos caballeros, jóvenes y libertinos, viendo á estas dos mujeres tan menesterosas, que apenas ganaban hilando para alimentarse, tuvieron la audacia de hacer interesadas é indignas proposiciones á la madre sobre su hermosa niña; pero ésta las rechazó siempre con aquella reposada entereza que convence y retrae mil veces más que una exagerada y vehemente indignación. Lo que es á la muchacha nadie se atrevía á decir los que suelen llamarse con razón atrevidos pensamientos. Su candor y su inocencia angelical tenían á raya á los

más insolentes y desalmados. La buena viuda además estaba siempre hecha un Argos, velando sobre ella.

Aconteció, pues, que la fama de las rarísimas y altas calidades de la muchacha llegó á oídos del Rey, el cual, como mozo y apasionado, quiso verla, y, habiéndola visto, se enamoró locamente.

Su Majestad se valió, según costumbre, de su primer *chambelán* ó *gentil-hombre,* persona muy discreta, sigilosa é insinuante, para que interviniese en este negocio y allanase obstáculos; pero toda la habilidad de aquel experimentado paraninfo y todo el mar de dinero en que prometía hacer nadar á la viuda y á su hija fueron á estrellarse contra la inaudita virtud de ambas, más firme que una roca. El *ultimatum* con que se terminaron tan importantes negociaciones estaba concebido y expresado en estos términos por la buena de la viuda: „Si S. M. quiere venir á mi casa con el cura, que venga cuando guste; mi hija tendrá á mucha honra ser la reina, su esposa; pero si S. M. piensa que ha de lograr algo de otra suerte, se equivoca muy mucho.“

En una época de severas virtudes, ó ya que no de virtudes severas, de sentimientos democráticos, aquella contestación hubiera sido aplaudida; mas entonces había tal corrupción en las costumbres y era tal el espíritu aristocrático y de subordinación

á las altas jerarquías sociales, que el rey, los cortesanos, las damas y pueblo todo, para no indignarse de los humos de la viuda y de su hija, determinaron reirse y declararlas tonti-locas, llamándolas *las cogotudas hambrientas, las reinas andrajosas, las pereciendo por su gusto* y otros dictados y títulos de escarnio. No podían las tristes tocar siquiera el ándito de la casa en que vivían sin verse poco menos que silbadas y abochornadas. Cuando iban á misa los domingos, decían las comadres al verlas pasar:

—Ahí va la reina; miren qué majestad y qué entono. ¿Cómo puede ir tan tiesa con el estómago vacío?

Con lo cual y con otras frases del mismo género apuraban y hacían llorar á la chica, que era más bendita que el pan, y que no sabía soltar la lengua y contestarles su merecido.

Ella y su madre tenían una paciencia y una dulzura á toda prueba y nunca se exacerbaban con los malos tratamientos, ni se cansaban de sufrir privaciones y miseria, ni se arrepentían de haber despreciado tan buena ocasión de hacerse ricas.

La muchacha, no contenta con ser sufrida y perdonar las injurias, era en extremo amorosa para con todos. Á los mismos seres inanimados ó al parecer inanimados se extendía su caridad. Amaba las flores, los árboles, las estrellas, las nubes y hasta

las chinitas del río. A nadie le hacía daño, antes procuraba hacer todo el bien posible. Mas esto no mejoraba, sino empeoraba su suerte. No teniendo ya quién le diese qué hilar para mantenerse, tuvo que ir á trabajar al campo en compañía de su madre, donde, ora cogiendo aceitunas, ora espigando, ora en otras más recias faenas, se tostaba su linda cara con los rayos del sol, se encallecían sus blancas y delicadas manos y se entristecía su alma, oyendo que de continuo la llamaban por mofa *la reina.*

Un día, esta infeliz, que estaba escardando en una haza, sacó de la tierra, al revolverla con el almocafre, una muñequita muy vieja, estropeada, sucia y desnuda; pero, en vez de despreciar á la muñequita y apartarla de sí con asco, la miró con la más tierna compasión, la tomó en sus brazos, la hizo mil cariños y se la llevó á su casa. Allí la lavó y la peinó con el mayor esmero, le cosió ó curó las roturas ó heridas que tenía en diferentes partes de su pequeño cuerpo y la dejó como nueva. Con los harapos más limpios y vistosos que pudo hallar á mano le hizo, por último, un vestido si no elegante, aseado y garbosito.

La muñeca casi estaba bonita con sus recientes adornos y se diría que sonreía agradecida á su señora, la cual seguía queriéndola mucho, abrazándola y hasta acostándola consigo en la misma cama.

Animada la muñeca con los repetidos y extraordinarios favores que le prodigaba su ama, acabó de perder la cortedad y, por las noches, con mucho recato y cuando la viuda estaba durmiendo (porque la viuda dormía en el mismo cuarto que su hija), rompía á hablar y tenía con la muchacha las más agradables é inocentes conversaciones.

La muñeca pedía á veces algo de comer y la muchacha buscaba para ella lo mejorcito que había en la casa.

Es innegable que todo esto tenía bastante de sobrenatural; mas para la candidez de la chica, única persona que lo sabía, lo natural y lo sobrenatural eran una misma cosa, que no despertaba en su espíritu ni sobresalto ni extrañeza.

Por dicha, la viuda, su madre, que sabía mucho más de las cosas del mundo, se quedó desvelada una noche, oyendo con asombro y admiración que hablaba la muñeca y, conjeturando que debía ser obra del diablo, determinó pegarla fuego en cuanto amaneciese.

La viuda hubiera indudablemente realizado tan cruel proyecto si su hija, con lágrimas y ruegos no la hubiese disuadido. La muchacha no consiguió, sin embargo, quedarse con la muñeca en casa. La viuda no la había perdonado del todo, sólo había conmutado la pena de muerte, que en un principio impuso, en la de destierro perpetuo.

La muñeca salió, pues, desterrada y fué á parar á casa de una primita de nuestra heroína, á quien ésta se la confió, rogándole que la cuidase mucho, que hablase con ella y que la diese de comer. La primita prometió hacerlo así, mas no por eso dejó de estar á la mira su verdadera dueña, que iba, de vez en cuando, á visitar á la muñeca y á llevarle regalos y golosinas. Aun no haría una semana que la muñeca estaba en la nueva casa, cuando tuvo lugar un suceso, si no del todo inesperado, un poco extraordinario.

Ya se sabía que la muñeca se alimentaba, lo cual no deja de ser singularísimo en una muñeca; pero no se sabían las consecuencias que pudieran derivarse de la mencionada premisa, cuando una noche, estando la muñequita acostada con la prima, pidió, con voz clara é inteligible, lo que no siempre piden los niños pequeñuelos y lo que tanto se agradece y celebra que tomen la costumbre de pedir. Hizo, en efecto, lo que pedía, donde á la prima le pareció más conveniente que lo hiciera, y ésta se quedó pasmada cuando advirtió que era oro purísimo en no muy menudos granos lo que la muñeca acababa de hacer.

Á la mañana siguiente supo la novedad la madre de la prima, vió el oro, se inflamó su codicia y determinó no decir á sus parientas nada de lo acontecido, aprovechándose de la excelente propie-

dad de la muñequita para hacerse poderosa. Con este propósito fué al mercado, compró de las mejores cosas que había de comer y atracó de lo lindo á su encantada huéspeda. Aquella noche no le dejó dormir con su hija, sino que la acostó consigo, adornando la cama con una rica colcha de damasco que ponía en el balcón los días de procesión y con sábanas finas de farfalaes bordados.

Á media noche pidió la muñequita lo que había pedido la noche anterior. La mujer, que esperaba el oro con impaciencia y que para verlo había dejado el candil encendido, le contestó: „hazlo ahí, mis amores“, y no bien lo dijo, la muñequita empezó á hacerlo en gran abundancia. Pero, ¿cuál no sería la ira de aquella avarienta mujer, cuando notó, vió y olió, en vez de la materia que esperaba, otra del todo diversa y desagradable al olfato? En su furor, agarró por una pierna á la muñequita y la dió de golpes contra las paredes. Abriendo, por último, la ventana de su alcoba, la tiró por ella con violencia tan prodigiosa, que la pobre muñequita anduvo por el aire más de tres ó cuatro minutos y fué al cabo á dar con su magullado cuerpo en el corral de palacio.

Llegó en esto la mañana y el rey que solía entregarse á los mayores excesos sin respeto á Dios ni á los hombres, se despertó harto mal de salud, y, como es natural, bajó al corral á desahogarse

un poco. Se ignora si fué casualidad ó providencia, pero es lo cierto que el rey se puso á hacer lo que era necesario justamente encima de la muñeca.

Allí fué ella. La muñequita, incomodada, le agarró un bocado feroz. S. M. creyó que era algún bicho y salió corriendo y gritando, porque le dolía lo que no es decible. Vinieron todos los cirujanos de cámara y no pudieron conseguir que la muñequita soltase su presa. El rey ponía el grito en el cielo y á cada momento se sentía peor. La reina madre estaba tan desconsolada que se la podía ahogar con un cabello. Todos empezaron á temer por la vida del rey.

Entonces no hubo más remedio que publicar un bando en el cual se decía que se darían los premios más exorbitantes al hombre que curase al rey y que éste, arrepentido ya de su mala vida, quería casarse, si Dios le sacaba con bien de aquella enfermedad, y prometía su mano de esposo, no *morganáticamente,* sino con todas las prerrogativas anejas, á cualquiera mujer que tuviese virtud bastante para libertarle de aquella odiosa muñequita, que no le dejaba tomar asiento en el trono y que le tenía postrado en la cama echando espumarajos por la boca, como hombre entregado á todos los diablos.

No hay que jurarlo para que todos lo crean. Era un diluvio de personas de ambos sexos, las que

incitadas de tan enormes recompensas, vinieron á curar al rey: pero fué en vano; ninguna lo consiguió. Al fin, nuestra pobre amiga, la escarnecida ama de la muñeca, más por caridad y singular afecto que al rey tenía, á pesar del delito de éste en quererla seducir y en burlarse de ella no habiéndolo logrado, que con intención de llegar á ser reina, vino á palacio como un ángel bienhechor, tocó á la muñequita, la habló cariñosamente y la muñequita soltó lo que tan apretado tenía.

Agradecido el rey á tanto favor, se casó con nuestra amiga. Así triunfó su virtud y su inocencia. Los que por burla la llamaban reina, tuvieron que llamarla reina de veras. A la excelente viuda la hicieron princesa de la sangre, con título de Alteza Serenísima. Al primer *chambelán* ó *gentilhombre* lo pasearon por la ciudad, caballero en un burro y emplumado. Y en cuanto á la muñequita sólo tenemos que añadir que, cumplida ya su *misión*, dejó de hablar, de morder y de hacer las demás operaciones impropias de una muñeca. La reina, sin embargo, la conservó cuidadosamente vestida con riquísimos trajes.

Aun en el día, después de tantos siglos como han pasado, la muñeca se custodia y muestra á los viajeros en el museo de antigüedades de la capital en que estas cosas acontecieron.

Viena 1894.

LA BUENA FAMA

Al Excmo. Sr. D. Segismundo Moret y Prendergast.

Mi querido amigo:

La bondadosa confianza con que V. me ha tratado todo el tiempo que como ministro ha sido jefe mío mueve de tal suerte mi gratitud, que deseo darle muestra de ella; y no teniendo á mi alcance otra más rica, me atrevo á dársela dedicándole el cuentecillo que sigue, fruto, si no sabroso, cultivado por mí con amoroso esmero, en algunos ratos de ocio diplomático.

El asunto del cuentecillo, harto desfigurado por el vulgo de Andalucía, resultaba extravagante é inverosímil; pero yo me lisonjeo de haberle restaurado en la dignidad, el decoro y la verosimilitud que hubo de tener en su origen. Á este fin le interpreto y expongo, con el auxilio de ciertas luminosas doctrinas, que, venidas á Europa en tiempos novísimos desde el remoto Oriente, nos ponen en la boca el ajonjolí para visitar, y en la mano la llave para abrir el misterioso laboratorio donde el espíritu hace de la naturaleza cuanto quiere.

Aunque yo apenas estoy iniciado en dichas doctrinas, ya entreveo la claridad que vierten sobre muchas cosas obscuras antes, y ya considero posible, y aun histórico, no poco de aquello que mi escéptica malicia, cuando no estaba yo ilustrado por la iniciación, me inducía á calificar de fábula ó patraña.

Tan audaz y ofensiva calificación no puede hoy apli-

carse juiciosamente á casi nada. Lo posible carece de límites, y sólo Dios sabe hasta dónde ha de llegar el linaje humano en su progreso. Si de un modo exterior, valiéndonos de los groseros sentidos corporales, y estudiando algo el mundo visible de las apariencias ó fenómenos, hemos venido á comprender las leyes que dirigen las potencias ciegas é inconscientes y á someter á nuestro imperio el aire, el agua, el fuego, la luz y la electricidad, imagine V. lo que seremos capaces de hacer cuando descubramos y veamos en nuestro espíritu, gracias al método intro-inspectivo, las leyes del espíritu que todo lo penetra y que todo lo vivifica.

Esta ciencia oriental, casi nueva en el Occidente, tiene asimismo la ventaja de presuponer la virtud más austera como requisito indispensable. En las otras ciencias, la virtud importa poco. Cualquier tunante, si se aplica, puede ser astrónomo, físico, químico ó mecánico; mas para ser buen mago es menester desechar todos los ruines apetitos de la parte animal de nuestro ser, á fin de que resplandezca en toda su pureza lo inmortal y divino de la naturaleza humana. Entonces es cuando nos levantamos sobre lo vulgar y ordinario de dicha naturaleza, y adquirimos la condición extraordinaria que de sobrenatural y de sobrehumana puede preciarse.

Como no ha sido más que para dar una broma útil y ligera á cierto rey excelente, aunque algo travieso, yo no me he valido sino de un sabio oriental con poder mediano. Criyasacti, según su nombre lo indica y según verá quien me lea, sugestionaba los objetos materiales y los obligaba á cumplir indefectiblemente sus mandatos; pero después, y acaso antes, ha habido sabios más

profundos con nombre y título de poderes superiores. Así, por ejemplo, Ichasacti, que reina en los espíritus de los elementos y en las inteligencias que guían los astros en su curso; Cundalinisacti, cuyo poder es tal que sólo le comprende quien le tiene, y que no se puede definir ni expresar en ninguno de los idiomas hasta ahora conocidos; y Mantricasacti, que es el poder del verbo y del tono, de la música y de la palabra, por cuya virtud todo se esclarece y llega á ser concepto nuestro: la incomprensibilidad y la inefabilidad pasmosa de Cundalinisacti inclusive.

Como todo este saber es reciente para nosotros y viene de muy lejos, bien puede V. decir *de luengas vías luengas mentiras,* ponerle en cuarentena, y no darle crédito por lo pronto; pero quizá le halle V. divertido y á propósito para *máquina* de estos poemitas en prosa que llamamos cuentos. Si fuere así, yo me alegraré en el alma, y más aún de que V. guste del mío, animándome á escribir otros. En todo caso, yo espero que mire usted con benigna indulgencia el ya compuesto y á usted dedicado, y me crea siempre su afectísimo amigo,

JUAN VALERA.

Viena 15 de Diciembre de 1894.



LA BUENA FAMA

I.

Nada recuerdo yo con tanto gusto como las temporadas que he pasado en Villabermeja y los coloquios que allí he tenido con D. Juan Fresco, mi querido tocayo. No había asunto sobre el que no hablásemos, dilucidándole hasta donde nuestro saber y nuestra inteligencia alcanzaban. Y cuando no estábamos de acuerdo, nos alegrábamos en vez de sentirlo, porque entonces nuestra conversación, con el apacible discutir, tomaba dulce y acalorada viveza.

Á veces lamentaba yo que escritores extranjeros se nos hubiesen adelantado en coleccionar y en poner por escrito con primoroso adorno los cuentos que corren en boca del vulgo. Los mejores, á mi ver, eran los mismos, con raras variantes, en Alemania y en Francia que en España, de suerte que nos habían robado lo más hermoso y rico de aquella materia épica difusa, sin que pudiésemos

ya darle forma original en nuestra lengua castellana.

Mi tocayo sostenía la contraria opinión, y afirmaba que había aún mil cuentos vulgares entre nosotros, sin que nadie los hubiese recogido, y que no pocos de ellos eran deliciosos, y hasta contenían veladas enseñanzas y misteriosas filosofías de subidísimo precio. Él solía escudriñarlas y sacarlas á relucir, interpretando y comentando los tales cuentos como ciertos sabios neo-platónicos las antiguas fábulas griegas.

Varios de estos cuentos me refirió mi tocayo excitándome á que yo tomase la pluma y los escribiese; pero he de confesar que me parecieron casi todos tan absurdos que nunca me atreví á ceder á su súplica. Uno, sin embargo, el de *La Buena Fama,* me bulle hace muchos años en la cabeza y pugna por escaparse de allí y derramarse en el papel, trascendiendo de la tradición oral á la escritura. El cuento es, sin duda, extraño, nada semejante á los demás de su género y amenísimamente tragi-cómico, si el narrador acierta á contarle como merece. Y no cabe la menor censura, sino estrepitosa alabanza, en lo que toca á la moralidad, ya que la de este cuento es ejemplar y severa. Sólo me han retraído de escribirle y me han hecho vacilar hasta hoy ciertos lances que hay en él, que no ofenden, sino que provocan la risa de la candoro-

sa gente rústica cuando los relata ó los oye, pero que acaso enojen á las damas melindrosas y á los pulcros cortesanos. Á pesar de tan enorme dificultad, resuelto yo al fin á escribir el cuento, procuraré envolver lo substancial de los mencionados lances, algo escabrosos, en estuche de filigrana y entre perfumadás pleguerías, aunque el estilo tenga entonces que perder bastante de la sencillez y naturalidad que el argumento requiere.

Y dicho esto, para descargo y tranquilidad de mi conciencia, allá va la historia, según mi fresco tocayo me la contaba.

II.

En la populosa capital de un reino, que me sería difícil señalar hoy en el mapa, vivía, hará ya lo menos seis ó siete siglos, una honrada viuda, tan hidalga como pobre, y agobiadísima, si no por lo avanzado de su edad, por desengaños, enfermedades y otras desventuras. Su difunto esposo había sido caballero tan cabal que los de su época pudieron mirarse en él como en limpio espejo y tomarle por norma, dechado y cifra de las caballerescas excelencias, ya que, sobre ser gentil, elegante, discreto y ágil, descollaba en bizarrías y arrestos. Había recorrido muchas tierras remotas buscando aventuras entre pueblos de diverso sentir y pensar de los que el suyo tenía. Y en sus altas em-

presas militares, con frecuencia felices, había alcanzado envidiable gloria y garbeado además no cortos provechos.

Deslució, no obstante, tan buenas condiciones y prendas tan raras la inclinación irresistible de este caballero al lujo, á los banquetes, á las daifas y bagazas, y, lo que es peor, á los dados y á otros juegos de azar y envite.

Dió esto lamentable ocasión á su prematura y desastrada muerte, á los dos años de su boda, consumida su hacienda y derrochado el dote de su mujer, á quien dejó en cinta y en la mayor miseria y abandono.

Fué el caso que unos tahures, á quienes llamó fulleros, sin que ellos cara á cara se atreviesen á vengar la afrenta, le armaron celada en los obscuros pasadizos de un garito, y allí, á puñaladas, le atravesaron el corazón y los hígados.

Imaginemos ahora la desolación de la señora Doña Eduvigis. Así llamaremos á la viuda, supliendo la falta que por lo común se advierte en las historias tradicionales en que el pueblo olvida los nombres propios, aunque no olvide ni el más diminuto ápice de los sucesos.

Ella, Doña Eduvigis, á pesar de los despilfarros, infidelidades y travesuras de su esposo, le amaba con fervor, y le lloró durante algunos meses, al cabo de los cuales hubo de mitigarse el dolor de

la viudez, ó, mejor dicho, hubo de eclipsarse por los del parto, el cual vino en sazón y derecho, y dió por resultado á una hermosa niña, ojinegra y morena, á quien, por expresa voluntad del difunto, que mil veces había pronosticado su hermosura, pusieron el inaudito nombre de Calitea.

El tiempo vuela y pasa con tan endemoniada rapidez, que nadie habrá de pasmarse de que, al empezar de lleno nuestra narración, Calitea haya crecido y espigado, tenga ya veinte años cumplidos, resplandezca con todos los hechizos de la salud y de la mocedad virgínea, y posea diversas habilidades y artes, como son las de la costura y el bordado, con las cuales se ganaba la vida y sustentaba modestamente á su madre, quien, según hemos indicado ya, estaba hecha una plepa, y casi no valía para nada sino para aturdir y marear, dando disposiciones y echando regaños, ya á la única antigua criada que cuidaba de la cocina y del arreglo y orden de la casa, ya á la propia Calitea con motivo de los novios vitandos ó deseables.

III.

Salía de diario un río de elocuencia de la boca de Doña Eduvigis. Imitemos á su hija, y, como ésta siempre, oigámosla nosotros con paciencia una vez siquiera.

En el cuarto menos malo del chiribitil en que vivían, cuarto que era á la vez estrado, comedor y sala de estudio y trabajo, bordaba Calitea en el bastidor, sentada cerca de la ventana, por donde penetraban oblicuamente los alegres y gratos rayos del sol matutino, en un despejado y sereno día de invierno.

La madre, en medio de la estancia, sentada también, no diré junto, sino casi encima de un braserillo de azófar, tenía los pies sobre la tarima, y con la badila en la diestra, ya accionaba al hablar, como si fuese la badila férula ó signo de su magisterio, ya echaba firmas en la ceniza, haciendo brillar el rescoldo. Ella había extendido alrededor la falda de su vestido, y como el calor iba subiendo y recogiéndose en el amplio hueco, donde enrarecía el aire, Doña Eduvigis, más seca y ligera que una paja, sentía el prurito, el conato y hasta el comienzo de una de las más extáticas maravillosas elevaciones. Sentía además, á semejanza de la Pitonisa en Delfos, que le infundía inspiración aquel vaho.

—Niña, niña—decía, pues, con tono de inspirada—cuán neciamente estás dejando pasar la edad florida y malgastando el tiempo propicio que no volverá nunca. ¿De qué te vale todo lo que has estudiado, cavilado y alambicado, si no sabes vivir? Tú coses y bordas como las hadas; zurces con ta-

maña sutileza, que haces invisibles las huellas del rasgón más feo; tus dobladillos, calados, pespuntes y vainicas pasman á la costurera más hábil; y sobre ricos paños bordas en oro, seda y plata figuras prodigiosas de hombres, de animales y de seres imaginarios, que tú misma inventas y dibujas; pero, créeme, nadie pagará jamás tus puntadas sino con ruín tacañería. En cambio, ¿por qué no te percatas mejor, justipreciándolas y utilizándolas, de la sal y la pimienta con que el cielo te ha rociado? Eso sí que podría servirte en el mundo, poniéndote en andas y bajo palio y abriendo para tí el porvenir más halagüeño. Mira, hija mía, que te hablo, no con intenciones bellacas, porque yo he sido y soy rígida en mis costumbres, y, aunque me esté mal el decirlo, raro modelo de esposas, sino para que, sin el menor deterioro de tu honestidad y sin el más somero quebranto de la ley de Dios, aproveches la hermosura, la gracia y el garabato que tienes y los conviertas en anzuelo para pescar buen marido. No lo digo por mí. Ningún interés egoísta me mueve. Lo digo por tu bien. Discurro como madre previsora. El día menos pensado caerá por tierra el ruinoso edificio de mi cuerpo y te quedarás huérfana, desvalida y sin arrimo, en medio de esta gran ciudad donde habrá mil peligros que te rodeen, como preciada navecilla, sin piloto y con poco lastre, que audaz se engolfa en mar borrasco-

so, lleno de escollos é infestado siempre de codiciosos piratas. Es menester, por consiguiente, que te cases pronto y bien, tanto para salir de los ahogos y estrechezas en que vivimos, si vivir así es vivir, cuanto para que logres el marido que tu condición requiere, como enriscada alcazaba que, por inexpugnable que sea, requiere quien la mantenga y custodie. Este marido ha de ser respetado á fin de que te haga que te respeten, y vigile por tu honra y la acreciente con la suya; y ha de ser rico, á fin de que tu vivas con el regalo, la elegancia y el decoro que mereces, y á los que no me negarás que eres harto aficionada.

Había heredado Calitea los ímpetus y el desenfado de su padre, y así, sin poderse contener y atropellando un poco el respeto debido, interrumpió de este modo el bello discurso materno.

—Querida mamá, no te canses ni me canses. Ya te lo he dicho mil veces y te lo repito ahora. Yo no me casaré nunca para que me mantengan. Me casaré con el que me enamore, aunque sea pobre. Lo que es respetado, de fijo que lo será, que no he de poner yo mis ojos ni mi alma en un sujeto vil. Mas no necesitaré que me defienda ni que me vigile. Eso se yo hacerlo, sin auxilio de nadie. Ni quiero tampoco que su honra aumente la mía, pues me considero tan honrada que no cabe más. Y en punto á la elegancia y al regalo de que me dices que

amo, y yo no te lo niego, sábete que el mayor regalo y la mayor elegancia para mí estriban en cumplir con mi regalado gusto, y mi gusto no se verá cumplido mientras no halle novio que me hechice por su discreción, valor y gallardía, robándome el corazón y cautivándome los sentidos y las potencias. Si no hallare yo, y si no se me ofreciere esta joya, me quedaré para vestir santos y me iré con palma á la sepultura.

—Pero ¡hija de mis entrañas!—interrumpió la madre.—¿A qué viene ese caramillo que estás armando? De sobra sé que no se hizo la miel para la boca del asno, y de sobra sé que tú eres miel. ¿Cómo había yo de pensar en casarte por codicia con ningún mostrenco? Lo que me lleva á hablarte así es la certidumbre que tengo de que hay alguien que te quiere, que aspira á tu mano, que posee todas esas perfecciones de que hablas, y que además es rico como un Creso. Algunos más años cuenta de los que convendría que contase para que la unión fuese proporcionada; pero, ¿cómo no perdonar esta desproporción á quien puede endulzarla con muchísimos millones de ducados? Vamos, es una bendición del cielo, una fortuna colosal la que se nos entra por las puertas de casa, ó nos cae encima como llovida. Delirio sería desdeñarla. Y todo ¿por qué? Porque el fruto, aunque jugoso y exquisito, está algo maduro.

—Pues ¿te parece poco mamá? Lo maduro se resiste á mi paladar. Ó nada, ó fruto verde, aunque rejelee. Y dime, ya que, si bien lo sospecho, me agrada que me adulen el oído, ¿quién es ese gato relleno de oro, que en forma de pretendiente me envía la misericordia del cielo?

—Pues ¿quién ha de ser sino D. Hermodoro?—contestó la madre.

—Ya me lo presumía yo—replicó Calitea.—Siempre que le llevo telas bordadas y paga mi trabajo, me mira con ojos picaruelos y encandilados y hasta se atreve á echarme piropos.

—No lo dudes, niña, el hombre está que se derrite, y, si no te muestras muy esquiva, con poco que hagas, le conquistas del todo y se casa contigo.

—Pues no se casará, porque yo no pienso hacer ni haré nada para acabar de conquistarle.

—Eres muy ingrata—repuso la madre.—¡Si supieras cuánto te admira y te elogia! ¡Con qué entusiasmo me habló de tí, pocos días há, que vino á visitarme! Casi estuvo á punto de pedirte. Puso por las nubes tu bordado de la última casulla, y dijo que, así por su mérito artístico, como por las bellísimas y delicadas manos que le hicieron, le pagaba el doble de lo que suele pagar.

—Por el mérito artístico de mi bordado cobré yo lo que cobré, y me pareció poco. Nada tiene ese necio que pagar ni nada que cobrarle yo por mis

bellísimas manos, que sólo de balde han de servir para tirarle de las barbas y hartarle de pescozones si sigue desmandándose.

Justo es observar aquí, á fin de que nadie tilde á Calitea de señorita desaforada y de rompe y rasga, que ella vivió hace setecientos años lo menos, en época más ruda; y que sin tener dueña, ni escudero que la escoltase, como las señoritas de Madrid que llevan ahora cuando van de paseo, una acompañanta á quien llaman *la carabina*, Calitea por estar su madre enferma casi siempre, iba sola á sus negocios de costura, y entraba en almacenes y tiendas, y atravesaba calles, plazas y callejuelas, donde no había municipales, ni polizontes, ni alumbrado eléctrico. Era, pues, indispensable que, si quería defenderse, acudiese ella misma á la propia defensa, con algo de marcial, de arrogante y tremendo, como una Doña María la Brava.

IV.

Á pesar de la costumbre que había adquirido de oir con resignación los desatinos y las altiveces de Calitea, su madre quedó consternada después del último diálogo. Poca esperanza le quedaba ya, conociendo la terquedad de su hija.

D. Hermodoro era el mercader de más crédito en la ciudad; viudo, sin hijos, ansioso de casarse

para tener quien heredase su caudal, y prendado de Calitea hasta más no poder. Despreciar todo esto, desde tan humilde y menesterosa posición, era el último extremo de la locura; pero Calitea había llegado á ese extremo, y harto comprendía su desdichada madre que era dificilísimo, casi imposible, hacerla retroceder.

—¡Dios mío!—exclamaba Doña Eduvigis, cuyas meditaciones y soliloquios tomaban á menudo forma de plegaria.—¡Dios mío! ¿Está loca mi hija? Todavía comprendería yo, por más que lo deplorase, que la muchacha desairara tan brillante partido, si estuviese enamorada de algún mozuelo barbilindo, de los muchos que la han pretendido; pero, si ella los ha despedido á todos, ¿qué es lo que quiere? ¿Sueña con algún duque? Hasta ahora á todos los novios los ha hallado vulgares, ordinarios, ignorantes y feos. ¿Será menester que de encargo le fabriquen uno bonito, joven, noble, elegante y valeroso: Adonis y Marte en una sola pieza?

En esto atinaba Doña Eduvigis. Así era el novio con quien Calitea soñaba. El sueño, con todo, no se trocaba en realidad.

Sólo D. Hermodoro, cada vez más fino, no atreviéndose á declararse directamente á la hija, hizo su declaración en regla por medio de la madre. El desdén se renovó por estilo más solemne; pero don

Hermodoro no quiso desengañarse y retirarse, y siguió en su inútil porfía.

Pasaron meses y llegó la alegre primavera.

Calitea, que era bondadosa, aficionada á reir y á burlar, y divertidísima en su conversación salpicada de chistes sin malicia, tenía por amigas á bastantes muchachas honradas y de buena familia, las cuales se desvivían por convidarla á sus jiras y meriendas campestres, en los sotos y prados de las cercanías, que eran un encanto por su fertilidad y que entonces estaban floridos y llenos de lozana verdura.

Á pesar de su vida laboriosa y de que el tiempo no le sobraba, Calitea aceptaba á veces los convites. Su madre, aunque por estar sana del estómago y de los pulmones comía con apetito, y en la lluvia de sus discursos no solía descampar, mientras no se rendía al sueño, como se encontraba cada día más torpe de la vista y de las piernas, no podía ir á estas expediciones; pero, á fin de que todo apareciese correcto, y no porque la niña necesitase custodia y vigilancia, confiaba á Calitea á la más autorizada y venerable de las madres de sus compañeras.

De esta suerte asistió nuestra heroína á varias jiras y meriendas. Todos los que en ellas tomaban parte, reían y celebraban la graciosa desenvoltura de Calitea: los mozos admiraban su beldad: algu-

nos, que eran guapos y no despreciables partidos para su clase, la pretendieron con el mejor fin; pero ella los desahuciaba siempre, aunque por arte tan suave y con tan buena crianza, que ninguno le guardaba rencor, sino que persistían todos en ser sus amigos, reconociendo que jamás había ella atraído ni provocado á nadie para desdeñarle después, y que sabía agradecer sin amar, cada vez que inspiraba amor á pesar suyo.

Tales recreos, por más que agradasen á Calitea y lisonjeasen su amor propio, eran, sin embargo, poco frecuentes. Las faenas continuas á que ella tenía que entregarse para ganar el sustento no se avenían con mayor disipación, y casí podía afirmarse que su vida era retirada y austera.

Largas horas del día se pasaba en casa cosiendo ó bordando, y oyendo las disertaciones de su madre y sus alegatos en favor de D. Hermodoro.

Sólo cuando la linda costurera y bordadora terminaba alguna tarea, solía salir para entregar el fruto de ella á quien se la había encomendado.

Nunca dejaba entonces de entrar en la hermosa catedral bizantina, que estaba muy cerca de su casa; y allí, hincada de rodillas, en lo más sombrío y solitario del sagrado recinto, rezaba fervorosamente.

El sitio en que de ordinario se arrodillaba para sus rezos era delante de una capilla cerrada por

bien labrada verja de bronce, y sobre cuyo altar, en el misterioso camarín de un retablo de roble dorado y de rica y prolija talla, se parecía la efigie de San Miguel, con el fulmíneo acero en la diestra y en la otra mano una cadena de hierro á la cual estaba atado Lucifer en persona. De su boca espantable, llena de espumarajos y muy abierta, se diría que brotaban mil blasfemas maldiciones, pero el Arcángel tenía bajo sus pies á nuestro común enemigo, y todas sus maldiciones y reniegos eran en balde.

Si hemos de confesar la verdad, en aquel tiempo la escultura florecía poquísimo, y el San Miguel no era nada hermoso; pero en la obscuridad del camarín y contemplado con los ojos de la fe y desde lejos, podía dar ocasión, y la daba, á que se le imaginase y representase Calitea como un portento de juvenil y angelical hermosura. Era, pues, devotísima de aquel paladín del empíreo, y no dejaba de dirigirle muchas de sus oraciones.

V.

Tan embebecida estaba en ellas, al anochecer de cierto día, que no advirtió entre las sombras que se extendían ya por el interior del templo, que alguien la observaba con persistencia y fijeza, admirando sin duda su rostro y toda su persona, sobre

los cuales caían de soslayo los últimos fulgores del moribundo día que penetraban por una ventana poco distante.

Levantóse Calitea y se encaminó hacia la puerta. Su admirador la siguió, recatándose un poco y aun sin ser por ella advertido.

La iglesia estaba desierta.

Cerca ya de la pila del agua bendita, Calitea reparó en alguien que se adelantaba, pero en quien sólo podía descubrir un bulto negro. Amplia capa de dicho color le caía desde los hombros casi hasta los pies.

No fué pequeña, ni desagradable tampoco, la sorpresa de nuestra heroína cuando, al ir á tomar agua en la pila para ponérsela en la frente, haciendo la cruz, se interpuso el desconocido, que acababa de mojar sus dedos, y le ofreció el agua con notable cortesía.

La muchacha, á pesar de su altivez y recato, no acertó á rechazar tan santo obsequio, ofrecido del modo más respetuoso. Tomó, pues, el agua, tocando con sus dedos los dedos húmedos de quien se la ofrecía, cuya mano, según ella notó al mirarla y tocarla, era blanca, suave, muy cuidada y muy bonita, y tan pequeña, que no era mayor que la suya, aunque ella no las tenía, por cierto, ni feas ni grandes.

Miró también Calitea á todo el sujeto de la

mano, y vió que era un mozuelo, al parecer de menos edad que ella, casi un niño, pero vestido muy á lo guerrero, y tan gentil y gracioso, que hubiera podido tomarse por el propio Arcángel, á quien ella acababa de rezar, y que se había descolgado del camarín para venir á saludarla. Las calzas ceñidas, de paño verde obscuro, dejaban ver la forma de las piernas, firmes, enjutas y bien torneadas; sobre el jubón ó coletín de gamuza relucía la malla de acero bruñido, y del cinturón, de adobado becerro montaraz, pendía en medio la escarcela; al lado derecho una daga, y al otro lado la espada. Sobre el puño apoyaba el galancete la mano izquierda, calzado el guante y sosteniendo donosísima caperuza, cuyo copete era una gran pluma de águila.

Su cabeza, bien plantada y descubierta entonces, aparecía coronada por los bucles de oro de la abundante y larga cabellera; eran sus ojos azules como el cielo; la frente despejada; ligero bozo apenas sombreaba, ó más bien doraba, el labio superior con una sospecha de bigote; y la nariz recta, la barba firme y la boca desdeñosa é imperativa se contraponían chistosamente á lo adamado del resto de la persona.

Todo lo dicho agradó en extremo á Calitea, la cual sintió que, como en fortaleza que asalta el enemigo cuando más segura y descuidada se halla

se le entraba en el pecho y le alborotaba el corazón un tropel de sentimientos sobrado tiernos y hasta aquel instante jamás por ella experimentados. Pero lo que más la hechizó, moviéndola á desechar toda cautela, desvaneciendo recelos, y disuadiéndola de reparar su descuido y de precaverse para en adelante, fué la turbación que advirtió en el mozo que le ofreció el agua bendita y el encendido rubor que le arreboló la cara, aumentando su amabilidad inocente.

Al llegar á este punto hacía notar D. Juan Fresco, y yo debo imitarle, que en el país y en la época en que ocurrieron estos sucesos, ni se necesitaban aún previas presentaciones para que se hablasen las gentes, ni éstas, cuando se consideraban iguales, se daban tratamiento, sino que, si bien las más ceremoniosas empezaban por hablarse en tercera persona, lo usual era tutearse de buenas á primeras. Así, pues, no ha de parecer á nadie falto de la conveniente circunspección y decoro el diálogo que sigue, entablado por Calitea, después de dar las gracias por el agua ofrecida y aceptada.

—Y dígame—preguntó ella—¿es por ventura el señor soldado forastero en esta ciudad?

—Lo soy—contestó el mancebo.—Ayer llegué del lugar en que me crié y donde vive retirado mi padre, hidalgo de poquísimos bienes de fortuna. Á fin de que yo me la busque, de lo que estoy im-

paciente, mi padre me dió su bendición y armas y caballo, y me dejó venir por aquí.

—¿Y cómo consintió tu padre en que vinieras sólo, al verte tan niño como eres?

—No soy tan niño—dijo él algo picado.—Veintidós años he cumplido ya.

—No lo creería si no me lo dijeses. Eres más viejo que yo, tienes dos años más. Perdona, hombre, que te haya tratado como á un rapazuelo, sin los miramientos y atenciones que se deben á personas de mayor edad.

—De tí no quiero yo más miramientos sino que me mires con muy amistosa simpatía.

—Pues eso estoy por afirmar que lo has logrado; y de fijo que lo conservarás y aumentarás, si eres tan bien criado y juicioso como tu buena presencia promete.

—Lo que es bien criado, ¿cómo no serlo contigo hasta el más rendido acatamiento? En punto á juicio, difícil será que le conserve si tú me le robas.

El joven pronunció la última frase siguiendo á Calitea, que había salido ya de la iglesia é iba andando hacia su casa.

Volvió ella el rostro, y dijo sonriendo:

—Déjate de lisonjas. No gusto de ellas nada. Si sigues así, no llegarás á verme otra vez, para que ni en broma me acuses de que por mí te vuelves loco.

—No te enojes. Yo me quedaré cuerdo, pero consiente que te acompañe hasta tu casa.

—No; vete ya.

—Me iré, si lo mandas.

—Lo mando.

—Bien está; pero prométeme que vendrás mañana por aquí á la misma hora.

—¿Y para qué?

—Para que yo tenga la dicha de verte y de hablarte.

—Pero, desventurado, ¿no ves que perderías así el tiempo? ¿Buscas fortuna? Pues mal modo de hallarla es andar en conversaciones ociosas.

—No serán ociosas. Tú eres, lo conozco, tan discreta como prudente, y deseo pedirte consejo.

—Eso ya es distinto. Aunque no presumo de buena consejera, la conciencia me remordería de negarte el consejo que pides. Me queda, con todo, un escrúpulo. Es sacrilegio citarnos en la iglesia para tratar asuntos profanos.

—Pues dime dónde vives, é iré á tu casa.

—¡Imposible! ¿Qué diría mi madre?

—Entonces, sal ya tarde á la reja, cuando tu madre se acueste.

—¡Jesús! ¿Qué estás diciendo, muchacho? ¿Qué pensarías de mí si yo tal hiciese? Apenas te conozco. No sé siquiera tu nombre.

—No quede por eso, hija mía. ¿Conque no me

viste rezar con devoción junto á la capilla del Arcángel, donde, aun no sé si para mi desgracia ó para mi ventura, te ví y te admiré? Fuí allí, porque el Arcángel es mi santo. Me llamo Miguel.

—Bien está, Miguel. Márchate ahora, déjame en paz y no quieras convertirte en diablo.

—¡Cruel! La diablura es que me despidas. ¿Y por qué?

—Ya es de noche; pero mis vecinas están atisbando siempre y tienen ojos de lince. ¿Qué no murmurarán si me ven con mancebo... tan cubierto de armas? Supondrán que me llevas presa.

—El preso y el enredado soy yo en la mágica red que tienden cuando miran tus ojos divinos.

—Ya te he dicho que detesto los requiebros—exclamó Calitea, negando con la complacida expresión de su sonrisa, con su dulce mirar y con lo trémulo de su voz, las palabras que pronunciaban sus labios.

El ansia de amar, el torrente de afectos, contenido y represado hacía cuatro años, desde que Calitea era mujer, había roto los diques y brotaba con tal ímpetu de su alma, que no lograban atajarle la reflexión y la prudencia.

En abono de la joven, y á fin de que nadie la tilde de liviana, fácil y antojadiza, debemos observar que no era personaje ordinario, sino prodigioso por todos estilos, quien de tal suerte la trastor-

naba, grabándose, cual sello en blanda cera, en la dureza diamantina de su corazón hasta entonces desamorado y arisco.

Harto bien reconocía ella el inevitable vencimiento de su voluntad. Oía voces en lo interior de su alma que le cantaban cada vez que miraba á Miguel:

—¡Qué monada de muchacho! ¡Es un primor! ¡Es un brinquillo! ¡Es un dije!

Dominada por tan poderosos, íntimos ensalmos, no es de maravillar que Calitea, sin caer en lo que hacía, en vez de volver á su casa por el camino más corto, rodease bastante, prolongando la conversación.

—Vete, vete ya—dijo para terminarla.—Déjame, por Dios. No quiero que me vean contigo.

Y añadió, para que él supiese también el nombre de ella:

—Calitea te lo suplica.

—Yo te obedeceré, porque soy tu esclavo; pero no seas tirana, dulcísima Calitea, y no me hagas víctima de la más negra desesperación. Necesito hablarte con más reposo. ¡Sal esta noche á la ventana!

—¡Qué locura cielos santos! ¡Qué locura!

—Apiádate de mí. ¡Sal á hablar con quien te adora!

—Me avergüenzo de mí misma. ¡Cuán ruín con-

cepto vas á formar de mí!... Ya estamos junto á mi casa. ¡Vete, vete!... ¿La ves? Es allí. Ven esta noche, á las doce.

Dijo esto, poniéndose colorada como la grana. Redobló el paso, casi echó á correr, y entró en su casa con precipitación, dejando al galán en medio de la calle.

VI.

Bien se comprenden la puntualidad y el contento con que el galán acudiría á la cita, á la que tampoco faltó Calitea.

La cita se repitió muchas noches, y en cada una crecían el entusiasmo de los dos enamorados, el alborozo que sentían al verse y la pura llama de aquellos dulces amores.

Calitea, sobre los planes y propósitos que Miguel le había confiado, levantaba en su imaginación un monte, un cúmulo gigantesco de futuras y brillantes prosperidades y triunfos.

Se casaría con Miguel cuando él conquistase una posición desahogada. Acaso sería menester aguardar cinco ó seis años; pero ella y él eran muy mozos, y ella tenía constancia, calma y brío para aguardar. Entre tanto, se enorgullecía del papel que le tocaba hacer. Ella había descubierto todo el talento, todas las aptitudes de Miguel, y era ya y seguiría siendo luz más clara que revelase á él su

propio valer, estrella que le sirviese de guía, y estímulo poderoso que despertase más su noble ambición y le moviese á emprender y llevar á cabo actos de virtud y obras de ingenio.

Soñaba Calitea que, como jardinera hábil que cultiva con esmero una planta generosa, la cual da al cabo sazonadísimo fruto, iba ella con influjo magistral á sacar de su amigo un héroe, un sabio, un político eminente, por donde, desde la obscuridad y pobreza en que vivían, acabarían ambos por alzarse unidos á las más luminosas y sublimes esferas sociales.

Y no soñaba así Calitea porque fuese ambiciosa. Ella se contentaba con la posición más humilde. Todo lo anhelaba por él y para él; y para que en mucha parte se lo debiese á ella, á la inspiración, al aliento, á la confianza y á la fe que en él tenía y que se lisonjeaba de comunicarle, llenando su corazón de egregias esperanzas.

Tenía Calitea un gusto acendrado, y lejos de hablar de tales cosas con persistente seriedad, procuraba que la conversación fuese alegre, burlando riendo y tratando de su cariño. Y hasta donde su limpia honestidad lo consentía, y con infantil candor, solía hacer á su amigo muy regalados favores. Tal vez le tomaba la mano, y, poniéndola palma con palma sobre la suya, celebraba lo bonita y lo pequeña que era. Tal vez se atrevía á tocar su

bigotillo, que hallaba suave como seda. Y tal vez enredaba entre sus dedos, y alisaba y acariciaba después, con delectación artística, los dorados rizos del muchacho.

Como éste distaba infinito de ser de piedra, no dejaba de alborotarse, y deseaba y pedía; pero la dignidad natural y la no fingida inocencia de la joven, más aún que la interposición de la reja, le tenían muy á raya. El más señalado favor que consiguió, en una ocasión sola, fué que ella acercara la frente para que él la besase; pero el beso fué fugitivo y tan somero, que apenas se posaron en aquella fresca tez los labios sedientos.

Aunque tan deliciosas entrevistas se celebraban con extraordinario sigilo, nada bastó á evitar que alguna vecina, de las que llamaba Calitea, con sobrada razón, atisbadoras, se enterase perfectamente de todo, y fuese al punto á referir el chisme á la persona á quien imaginó que más podía doler: al propio D. Hermodoro. Éste, mortificado y lleno de celos y de envidia, acudió á quejarse y á lamentarse con Doña Eduvigis, contándole lo que ocurría, con mil malignos rasgos y perfiles que lo tornaban reprensible y aun pecaminoso.

¿Quién acertará á describir el furor que se apoderó de Doña Eduvigis al saber sucesos tan graves? Las filípicas que echaba á Calitea eran elocuentes y feroces.

—Tú me vas á matar á disgustos.—exclamaba.—¡Ay, ay! Si viviese tu padre no estarías tú tan emancipada. De él harías caso, ya que de mí no le haces. Al saber tu conducta se pondría hecho un tigre: te daría una soba y te metería de patitas en un convento. Mira en lo que han venido á parar tus arrogancias: en rendir tu voluntad realenga á un rapazuelo vulgar; en enamorarte como una loca de un pelafustán, gandul, sin oficio ni beneficio, que, según me aseguran, no tiene sobre qué caerse muerto ni para mandar rezar á un ciego. Y... ¡si fuese capaz de ganárselo con sus puños! Pero... nada... ¿qué ha de ser capaz? Todos están de acuerdo en que es un chiquilicuatro, un mequetrefe, un alfeñique, un soldadete de caramelo ó de alcorza. ¡Lindo avío estamos haciendo! Medrada andará tu reputación en boca de los maldicientes. Te sacarán el pellejo á túrdigas. Á mí me va á dar un soponcio, y me voy á quedar en él si no despides á tu almibarado mozalbete. Es necesario que le despidas, que le mandes muy enhoramala y cuanto antes.

Con pocas variaciones, pero con muchas amplificaciones, pronunciaba Doña Eduvigis este discurso seis ó siete veces cada día. Á Calitea le entraba por un oído y la salía por el otro; mas aunque estaba hecha á las voces como los pájaros del ruedo, trataba de calmar á su madre, haciéndole caricias, diciéndole chistes hasta que la excitaba á

reir, y asegurándole que Miguel era el mejor novio posible, y, sobre todo, que ella le quería; que jamás tendría otro novio; que estaba decidida á esperar años hasta que él tuviese medios para vivir con cierta holgura y casarse; y, por último, que si esto no se lograba, ella se quedaría soltera. Calitea, además, ponderaba los méritos de su novio y cuánto había que confiar en su porvenir por poco que la suerte le favoreciera.

La madre se aquietaba al fin, y toda su energía se gastaba en palabras, sin que hiciese, ni pudiese hacer cosa alguna en contra de la resuelta y firme determinación de su hija.

D. Hermodoro, entre tanto, estaba picadísimo de que un descamisadillo obscuro le hubiese vencido y se hubiese hecho dueño de la joya que él codiciaba tanto; y como no podía desahogarse, reprendiendo á Calitea, la cólera reconcentrada le atenaceaba el corazón y le estimulaba y le pinchaba de continuo para que se vengase. Horrible era la pelea que habían trabado dentro de su alma las contrapuestas pasiones. Los celos no se andaban con chiquitas y pedían la muerte de aquel odioso rival; pero D. Hermodoro era un señor grueso, sano, colorado y floreciente, que estimaba no poco la vida de los otros y mucho más la suya. Su caridad era tan inmensa, que si bien irradiaba sobre el linaje humano, le amparaba y le fomentaba á él

más que á nadie, como su centro ó su foco. De aquí que D. Hermodoro fuese caritativo con su propio ser y con los demás seres, hasta el punto de procurar desentenderse, para que no se le indigestasen, de que los cerdos, las perdices y los pollos que le servían, habían recibido violenta muerte á fin de que él se los comiera.

Con tal condición y disposición de espíritu, su sed de venganza era atroz; pero no sabía cómo dejarla satisfecha. Lo suponía todo con previsión admirable, y descubría colosales inconvenientes. Daba ya por hecho que ciertos jaques, pagados por él, iban á espantar, nada más que á espantar al mozuelo, y á hacerle huir de la ventana y aun de la calle; pero, ¿y si el mozuelo tenía valor y se resistía? Entonces, las cuchilladas y las estocadas eran inevitables; y en su mente se presentaba ya muerto el rival, cuyo espectro ensangrentado venía por la noche á tirarle de los piés y á sacarle arrastrando de la cama. Otras veces se figuraba que se entablaba proceso judicial por la muerte de Miguelito; que se descubría que él había pagado á los asesinos, y que (no había más remedio) á él, á D. Hermodoro, le llevaban á la horca. Era tal la excitación de sus nervios, que en sueños, y aun durante la vigilia, sentía el áspero roce de la soga que empezaba apretarle el pescuezo.

La fuerza de estos remordimientos anticipados

no hubiera consentido jamás que se proyectase nada contra Miguelito, si el pacífico mercader no hubiese tenido un secretario muy pícaro y muy adulador, que privaba con él, que le dominaba, y á quien él confiaba todas sus penas y planes, pidiéndole consejo. El secretario presumía de valiente, y el medio que más empleaba para ganarse la estimación y la amistad de su amo, era referirle sus aventuras, atrevimientos, proezas y peligros.

La ocasión se ofrecía pintiparada para lucirse y prestar un gran servicio al mercader. Aseguróle el secretario que él se encargaba de ahuyentar al mozuelo sin hacerle apenas daño. Y D. Hermodoro, diciendo que no, sin comprometerse, explicando siempre su intención de que no pasase el caso de lo que pudiera calificarse de *bronça* incruenta, consintió en lo que el secretario tramaba, y éste quedó comprometido á dar cima á un acto que, si bien algo violento, no podía tener consecuencias muy serias, por ser contra débil enemigo.

VII.

Sin recelar desaguisado, Calitea y Miguel estaban, como de costumbre, hablando, una noche, á la reja. La calle era estrecha y tortuosa, pero en el cielo sin nubes relucían millares de estrellas. La

luna creciente bañaba la amplitud del espacio en resplandor apacible y tenue. Las casas, que entonces no tenían más de un piso, no impedían que la luz penetrase en la calle, y en ésta no reinaba la obscuridad, sino grata penumbra.

El silencio y el reposo eran completos.

Calitea, refrenando, con no estudiada ni aprendida maña, toda exigencia audaz y todo arrojo de su novio, sabía entretenerle con su charla y hacer que las horas volasen como por encanto.

Eran ya las dos de la madrugada.

Una sola cosa enojaba, á veces, al galán y le ponía enfurruñado. Calitea, sin saber y sin querer acaso disimularlo, le trataba con tono protector y con un afecto que tenía algo de maternal; como la hermana mayor, aunque ella no lo era, trata al hermanito menor mimado. Él se resentía tal vez, sin declarar su resentimiento porque le hubiera humillado, de que ella jugase con él como con un niño; pero pronto conjuraba ella la pasajera nube, haciéndole comprender que si gustaba de él como de precioso juguete, también le tomaba por lo serio, le estimaba como joya y le consideraba como á un hombre de quien podían esperarse los más nobles hechos.

Aquella noche había habido una de estas pasajeras nubes, y Calitea, á fin de disiparla, dilató la conversación, adrede y más que de costumbre.

Había hablado con gravedad de sus proyectos; de todo cuanto él debía ambicionar y era capaz de conseguir.

Volviendo luego á las risas y á los juegos, porque la formalidad muy continuada la aburría y le infundía temor de aburrir, Calitea ponderó la pequeñez del pie de su novio y se empeñó en demostrar que no le tenía mayor que el de ella. Para esta demostración, después de obtener de Miguel, bajo palabra de honor, la promesa de que le devolvería un objeto que iba á darle prestado, se quitó un chapín para alargársele á través de los hierros y ver si se le calzaba.

Iba él á tomarle ya, cuando notó (lo que hasta entonces no había notado, ni Calitea tampoco por lo distraídos que ambos estaban) que dos hombres se le venían encima y se hallaban á cuatro ó cinco pasos de distancia.

Miguel echó mano á la espada; pero, aun antes de sacarla, dijo tranquilamente:

—Atrás, amigos. Y si quieren pasar, pasen pronto por la otra acera. Yo no les atajo el paso.

—Quien se va á largar eres tú—contestó entonces con voz destemplada y ronca uno de aquellos espantajos.—¡Ea... pies en polvorosa, si no quieres que te zurre la badana!

La réplica de Miguel fué sacar la espada y caer sobre el desconocido, el cual no era torpe, y, en-

contrando imprevista resistencia, trataba de herir de todos modos, menudeando las estocadas con incansable fuerza de brazo y con alguna destreza. Por dicha era mucho mayor la destreza de Miguel, y paraba siempre con calma y primor inverosímiles en mozo tan de corta edad y de tan dulce aspecto.

Todo fué rápido: obra de tres ó cuatro minutos. Las estocadas que dió el jaque, si no se hubieran quedado en el aire, hubieran podido poblar un gran cementerio. Miguel, por lo pronto, se limitaba á parar y no respondía. Al fin, el jaque se echó á fondo con tan descompuesta furia, que se descubrió sin atinar á reponerse. Miguel paró bien, y con cierto desdén de gran maestro y para terminar el lance con poca tragedia, atravesó al jaque el brazo, del cual, mal herido, se le cayó la espada.

El jaque fué entonces quien echó á correr, abandonando el campo y dejando en él un reguero de sangre.

El otro desconocido, que era, según se supo después, el secretario de D. Hermodoro, aunque estaba con la espada desnuda, ó porque no tuvo tiempo, ó de pura longanimidad, no la había esgrimido: y, apenas vió que huía su valeroso compañero, cuando consideró que no era vergüenza el huir, y trató de imitarle. Con turbación no pequeña anduvo algo lento y vacilante, y Miguel tuvo

tiempo de llegar hasta él y de sacudirle de plano con la espada dos ó tres azotes, diciéndole: „¡Arre, arre!“, como si fuese una acémila.

Despejada ya la calle, Miguel recogió la espada caída y se la trajo á Calitea, quien había presenciado el suceso, harto sobresaltada al principio y después maravillada y complacida hasta lo sumo.

—Guarda esa arma—dijo el galán—y cuélgala en tu cuarto como trofeo.

Recibió Calitea la espada entre risa y lágrimas, y con ímpetu irresistible sacó ambos brazos á través de la reja, cogió entre sus manos la cabeza del mozo, se la acercó cuanto pudo, y cubrió de precipitados besos su frente, sus mejillas, sus párpados y sus bucles de oro.

—¡Viva! ¡Viva! ¡Hermoso mío! ¡Señor y rey de mi alma! Pero... vaya... es necedad... es delirio... no, no quiero que expongas tu vida... sin razón y sin gloria. Esta calle es medrosa y solitaria á altas horas de la noche. No volveré á salir á la reja. Ven á casa de día. Mi madre te aguantará; no te pondrá mala cara: acabará por quererte como yo te quiero. Las vecinas, ¿qué importa que te vean? ¿Es pecado tener novio?

Hablaba Calitea tan á escape, que Miguel no podía interponer palabra.

De repente lanzó Calitea un grito de terror.

—Mira, mira, es un tropel de rufianes, de asesi-

nos, que vienen contra tí. En efecto; eran seis los jaques que en silencio y en buen orden de batalla avanzaban entonces.

El secretario, á retaguardia, los seguía, anhelando vengarse de los azotes.

Había tenido de reserva á toda aquella gente en una taberna cercana y había venido nada más que con uno la primera vez, creyendo la empresa fácil y á fin de recoger solo los laureles. Ahora acudía con todas sus fuerzas, menos el que en la taberna quedaba herido.

–No te asustes, Calitea–dijo Miguel–ya te probé que no soy manco. Ahora te probaré que tampoco soy tonto. ¿Para qué aventurarme contra media docena de matones?

–Huye–exclamó ella.

—Eso no: pues no faltaba más–repuso Miguel, y tocó un silbato, que sonó agudamente en el silencio de la noche.

–Lejos para no estorbar y cerca para acudir en sazón, me guardan las espaldas las dos mejores espadas de este reino–añadió sin quedar ocioso mientras hablaba; porque se lió la capa al brazo izquierdo, desenvainó la espada, se puso en guardia y aguardó la acometida, amparando la espalda contra la reja misma, detrás de la cual se agitaba Calitea como furiosa y enjaulada leona. Hubiera salido á la calle, á gritar, á pedir socorro, á defen-

der á su amigo sin saber de qué suerte, si no guardase la llave de la puerta su madre, que dormía encerrada, y que solía acostarse del lado no sordo, y no despertaba aunque el universo se hundiese.

Calitea apelaba al único recurso que se le ofrecía; y, como si su voz tuviese poder de aterrar, gritaba á los jaques:

—¡Atrás, infames! ¡Atrás, cobardes asesinos!

Luego, con más altos gritos, clamaba:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que me le van á matar!

No porque la hubiesen oído, sino porque oyeron el silbato, dos hombres aparecieron por la dirección opuesta á la que los jaques habían traído.

Estos cercaban ya á Miguel. Algunos llevaban broqueles: otros esgrimían espada y daga.

Toda la agilidad portentosa de Miguel hubiera sido inútil si no acude tan pronto la gente que llamó en su auxilio.

—Hola,—dijo cuando los vió:—á mí, Leoncio; á mi Tristán: y sacudid recio.

Brava pelea se trabó entonces.

La imprevista llegada de aquellos dos hombres aturdió y descompuso la banda de los que cercaban á Miguel.

El secretario, que se había quedado detrás para exponerse menos, fué el primero sobre quien cayó uno de los recién llegados; pero el secretario, en vez de defenderse, se puso en fuga, y, como si le

brotasen alas en los pies, desapareció volando de aquella, en su ya trocado sentir, horrorosa escena. Nadie le persiguió, porque había que acudir á mayor peligro y vencer á contrarios de más alientos.

Pronto se repusieron los jaques del desorden ocasionado por la sorpresa. También ellos tenían su negra honrilla, y eran seis contra tres. Bien notaron en seguida que eran estos tres tan diestros como valientes; pero en la retirada, á más de la vergüenza, había acaso, con tan obstinados contrarios, no menor peligro que en resistir.

La continuación de la batalla se hizo, pues, inevitable, si bien tomó aspecto muy otro del que al empezar presentaba.

Sin más pérdida que la leve herida de uno de ellos, los jaques se replegaron hacia la acera opuesta, haciendo cara á los tres que ahora en fila los atacaban.

Grandes desgracias y muertes hubiera habido allí, ya que nadie acudía á separar á los combatientes, á pesar del estruendo que metían con el choque y el ludir de las espadas, con el crujir y restallar de los golpes en los broqueles, y con sus muchos reniegos y maldiciones, si el tabernero, que era avisado y piadoso, al ver al herido que le dejaban en casa, y al notar que los otros jaques iban resueltos á proseguir la riña para tomar el

desquite, no hubiera salido á escape y dado cuenta de todo al señor Corregidor, el cual, por extraordinario, andaba rondando la ciudad con gente de armas de á pie y de á caballo. La misma asistencia del señor Corregidor en la ronda hacía presumir al tabernero, que todo lo olía y todo lo calculaba, que pudiera recelarse algo grave.

En efecto, el Corregidor acudió al lugar de la batalla con la mayor diligencia. La calle se puso de bote en bote, rebosando de corchetes y de alguaciles.

Ambas huestes beligerantes depusieron las armas y se rindieron á la autoridad.

El Corregidor, personaje de muchas campanillas, como que había sido nada menos que ayo del rey, se apeó del caballo que montaba y se dió á buscar á alguien, como si buscase al peor de los alborotadores. Miguel, recatándose, se había refugiado al pie de la ventana de Calitea.

El Corregidor llegó allí, se dirigió á Miguel, é hizo ademán de ir á agarrarle por una oreja.

Miguel le dió un empellón, y le dijo riendo:

—¡Estate quieto, viejo chocho!

Entonces el Corregidor, en vez de agarrarle la oreja, le tomó la mano y se la besó, lleno de profundo respeto.

Sorprendida oyó Calitea, aunque pronunciado en voz baja, el diálogo siguiente:

—¿Y cómo no he de estar chocho, señor, cuan-

do, ni tu augusta madre, ni las señoras infantas, tus hermanas, me dejan en paz un instante, desde hace algunos días? Saben que todas las noches te escapas de palacio, y no vuelves hasta las dos ó más tarde; ignoran dónde vas, y se afligen con el temor de que ocurra el mayor de los infortunios. Por tu culpa ando yo de ronda á mis años. Ganas me dan de ser insolente contigo, y de llamarte el príncipe de menos juicio que hay sobre la tierra.

—¡Bueno! Échame un sermón ahora, como cuando me tomabas la lección y yo no la sabía; pero déjate de averiguaciones y castigos. Á esos galopines que han peleado contra mí, que se los lleven á dormir á la cárcel, pero que los traten bien y que les den de cenar y libertad mañana. Así lo quiero y lo ordeno. Que no sepan de fijo, aunque lo sospechen, que han cruzado conmigo las espadas.

—Y gracias á Dios que llegué á tiempo.

—¡Gracias á Dios! Pero también sin tí hubiéramos salido airosos. Vete ya con tu gente y déjame.

—Pero, señor, ¿por qué no te vuelves á palacio? ¿Por qué eres tan poco prudente?

—Vete, te digo.

—¿Y á quién dejo por aquí?

—Á nadie. Me basta y me sobra con Tristán y Leoncio.

—Señor, ¿te recogerás pronto? ¿Escarmentarás?

—No escarmentaré; pero me recogeré antes de media hora, si me dejas. Vete; ya sabes que te quiero mucho; pero déjame en paz. Mi madre y mis hermanas se irán acostumbrando á mis vuelos y los tomarán con más calma en lo sucesivo.

Á poco de terminar esta conversación, la calle se veía otra vez sin gente y muy tranquila. El rey estaba solo á la reja de Calitea.

VIII.

Mucho me alegraría yo de poder evitarlo ó remediarlo, pero no parece sino que el mismo diablo lo hace á fin de que me caiga encima, con algún fundamento, la censura de varios críticos que acusan á mis heroínas de que discretean demasiado. Sólo diré, y válgame por disculpa, que yo no he inventado esta historia: que esta historia es verdaderamente popular y tradicional; y que no es sólo á D. Juan Fresco á quien se la he oído, sino también á gañanes y á mujeres del pueblo. Todos, con más ó menos arte, prestaban á Calitea los sentimientos y pensamientos que voy á expresar aquí.

Sobre ser ella discretísima, era decidida, imperiosa, y en el hablar no menos expedita que doña

Eduvigis, aunque mil veces más oportuna. Hablaba asimismo tan briosa y rápidamente, si alguna pasión la agitaba, que no había medio de interrumpirla ni de contradecirla. Era menester oirla hasta el fin sin desplegar los labios.

No se extrañe, pues, que Miguel, en quien hemos descubierto tan egregia persona, escuchase á Calitea en silencio, aunque impaciente, y que ella, con acento conmovido, pero con entereza, se expresase así:

—Mi señor y rey: no califiques, por Dios, de desacato la noble libertad de mis palabras. No te ofendas aunque te lo diga: tú me has engañado taimadamente; pero no me quejo: te lo perdono: es más, te lo agradezco con toda mi alma. No hubieran nacido en ella sin tu engaño tan risueñas esperanzas. Sin tu engaño jamás la hubieran hechizado tan celestiales ensueños. Muy triste es el despertar y el volver á la realidad de la vida; pero yo tendré valor para sufrirlo todo. Quiero suponer que, enamorada de tí, fuese yo capaz de perder el pudor y la vergüenza; de echar á rodar mi reputación y mi recato; de desafiar la ira del cielo; de faltar á todos los mandamientos divinos. No hablaré, pues, ni de religión, ni de moral, ni de honra. No me jactaré de mi virtud, ni de mi honestidad, ni de mi soberbia siquiera. Todo voy á darlo en este momento como perdido por causa tuya. Aun hay algo que

es imposible dar por perdido. No: yo no me resignaré jamás á transformar la peregrina historia que me había forjado, en el más vil, ordinario y rastrero de los sucesos. No puedo ser ya, primero tu guía, casi tu iniciadora, ni el estímulo de tu ambición, ni la causa de tu elevación, y tu mujer legítima luego: pero no me allanaré ni me humillaré nunca hasta ser tu manceba. No me vuelvas á ver. No me busques. No turbes la paz de mi pecho. Sea un sueño para tí lo que entre nosotros ha pasado. Mi resolución es firme é inquebrantable. Yo pensaré en tí, y te recordaré y amaré tu recuerdo, como algo que no es real ni de esta esfera y mundo en que vivimos, sino de otros mundos inasequibles y de regiones remotas y aéreas, donde los duendes y las hadas habitan. Pero en este mundo real, bien puedes darme por muerta para tí, porque yo, señor, por muerto, por desvanecido y por hundido te tengo. ¡Adiós para siempre!

Así dijo; y, sin aguardar contestación, se retiró Calitea de la ventana y cerró las puertas de madera.

El rey se quedó en la calle atortolado y confuso.

IX.

Á diversas personas he oído yo la historia que trato de fijar para siempre en estas páginas, dándole forma adecuada. En lo esencial la historia es

siempre la misma: sólo varía por tal ó cual menudencia, y más aún por ciertas explicaciones y aclaraciones, que ni la vieja aldeana, ni el mozo de mulas saben dar, y que D. Juan Fresco, hombre ilustrado y muy filósofo, pone en abundancia.

Yo entiendo que conviene adoptar un término medio; y así, aunque no me limitaré, con el modo escueto y por el estilo mondo y lirondo que los rústicos usan, á referir los lances extraños que luego sobrevienen, sin tener al lector algo prevenido, todavía, en obsequio de la brevedad, he de suprimir aquí las dos terceras partes de las filosofías, moralidades y razonamientos que mi tocayo prodiga.

Ya dije que el rey se quedó turulato al oir el discurso de Calitea. En esto convienen todos. El caso no era para menos.

Había sido educado este joven príncipe hábil y severamente por su señora madre, dechado de reinas viudas. El refrán escolástico, sin embargo, tiene razón que le sobra: *Quod natura non dat Salamanca non prestat.* El esmero de la madre hubiera valido poquísimo sin las nobles prendas de carácter, inteligencia é ingenio, que naturalmente adornaban al rey. Como el labrador en terreno fértil, bien podían exclamar y exclamaban los maestros, con arrogancia y con júbilo, que no trabajaban en balde y que era su *azadonar para ga-*

nar. El rey aprendía todo lo que le enseñaban y adivinaba el resto. Á los diez y ocho años, cuando verdaderamente tomó las riendas y empezó su reinado, ya sabía cuanto entonces había que saber del *trivio* y del *quadrivio*, y poseía además extraordinarios conocimientos en historia, leyes y otras ciencias políticas. Los cortesanos, entusiasmados, veían en él á un Salomón flamante.

Y no se crea que, por el afán de cultivar el espíritu, se había desatendido la educación del cuerpo. Aprendiendo la danza, arte que enlaza la música con la gimnástica, y es como el guión entre lo que debe aprender el alma y los corporales ejercicios, el rey había adquirido soltura fina, ó sea agilidad y gracia en sus movimientos y ademanes, lo cual realzaba su gallardía y su belleza. Era capaz de luchar como el oso, á pesar de la esbeltez aristocrática de su persona. Corría como el galgo, brincaba como la ardilla, nadaba como la trucha y montaba á caballo con firmeza y primor, domando los potros más bravos y cerriles.

En lo tocante al manejo de las armas, ya hemos visto lo que sabía hacer cuando las circunstancias lo requerían.

Engolfadísimo en sus estudios, prestando seria atención y empleando horas y horas en el gobierno de la monarquía, que estaba floreciente con su desvelo y su tino, y solazándose en la caza, á la

que tenía mucha afición, y en la que robustecía sus miembros, y aun los fatigaba para hacer luego más grato y profundo el reposo y el alimento más apetecible y más sano, nuestro joven príncipe, ¡oh insólito prodigio!, cuando conoció á Calitea, la primera vez que se escapó de palacio, de noche, y á hurtadillas de su madre, acababa de cumplir veintidos años, y hasta entonces no se había acordado para nada de que había mujeres. Sus dulces é inocentes amores con Calitea fueron el estreno práctico, la doctrina inicial que recibió sobre este punto.

Importa que se sepa que el clero secular y regular, los consejeros y magistrados, algunos palaciegos vetustos y bastantes señoronas devotas, rígidas y principales, ponían por las nubes la honestidad y pureza del rey, á quien, sobre declararle doctor y celebrarle como á valiente y diestro en las armas, preconizaban por santo. Pero, en cambio, y eso que no era entonces *fin de siglo,* había no pocas damas guapas, elegantes y alegres, harto mal avenidas y aun picadas de aquel retraimiento del monarca. Las más prudentes le llamaban hurón, y la mayoría de ellas, que era levantisca y desaforada, prescindía del comedimiento que se debe á los sujetos augustos; inventaba mil patrañas para desacreditar al rey; se reía de su austeridad, y hasta llegó á calificarle de papandujo.

Fácil es inferir de lo expuesto cuánto se alborotaría aquel cotarro, y la sorpresa, el asombro y la envidia que se apoderarían de todo él, apenas vino á traslucirse, si bien de un modo vago, merced á lo circunspecto y sigiloso que era el Corregidor, que el egregio niño, de quien se burlaban por suponerle cosido á las faldas de su madre, sin buscar otras faldas á que coserse ó hilvanarse, había sacado los pies del plato, se había ido, muchas noches, á correr aventuras por las calles de la ciudad, y hasta había tenido citas amorosas y andado á cuchilladas.

Reconociendo ya aquellas damas que en el rey había elementos para todo, cantaron la palinodia sobre lo más agrio de las censuras, y se limitaron á murmurar del mal gusto de su majestad, dando por averiguado que galanteaba á alguna mozuela zafia y plebeya. Á fin de ennoblecer las regias aficiones, enseñando estética, ciencia cuyo nombre no se había inventado aún, pero que ya existía, las damas, que eran ó que presumían de ser más bellas, redoblaron su afán en adobarse y emperejilarse cuando se mostraban en fiestas y reuniones, y aun enviaron por elíxires, aguas de olor, sahumerios y nuevas galas, á Milán, á Florencia y al propio París, que ya empezaba, en aquella edad remota, á ser el laboratorio de las mudas y de los afeites, y el taller y el foco de las elegancias femeniles.

X.

El rey, á quien, fuese el que fuese su verdadero nombre, seguiremos llamando Miguel, ó más bien D. Miguel, para no ser irrespetuosos, no dejaba, entre tanto, de pensar en Calitea, cuya beldad, evocada por el recuerdo, eclipsaba la de todas las damas que eran el ornato y el orgullo de la corte.

Él, al pronto, se había enojado bastante de la repentina brusquedad con que la joven le había despedido.

„¿Qué culpa, decía para sus adentros, tengo yo de haber nacido rey? Y por lo demás, por el disimulo ó el engaño con que oculté que lo era, ella misma confiesa que estuvo muy en su lugar; que hubiera sido yo tonto de capirote si le digo en seguida, mira que soy el rey; que me perdona el no habérselo dicho, y que de tan leve falta, si lo fué, nació la ventura de que, durante algunos días, hemos gozado. Ahora bien; ¿á qué tanto desvío á los pocos minutos de haberme mostrado el más entrañable afecto? Es evidente que yo no puedo ni debo hacer de Calitea mi reina, pero...

Y aquí tomaban las regias cavilaciones un giro tan enmarañado y nebuloso, que yo no atino á trazarle con palabras. Luego sus pensamientos volvían á aclararse y se resumían en estas cláusulas:

„No; yo no la creo ladina, ni fríamente astuta y

calculadora. No me despidió para prenderme mejor en sus redes, haciéndome formar un concepto elevadísimo de su virtud. Pero, ¿quién sabe?... Sus propósitos eran leales... de buena fe... Y, sin embargo, ¿por qué ha de persistir en ellos? ¿Por qué no ha de quebrantarlos y rendirse si me obstino en obsequiarla y en pretenderla?"

Después de discurrir así, nuestro D. Miguel fué no pocas tardes, entre dos luces, á la catedral, y se estuvo horas de plantón, junto á la capilla de su santo patrono. Calitea no pareció nunca. Le paseó la calle á ver si ella salía á la reja ó volvía para entrar en su casa. Tampoco tuvieron buen éxito estas tentativas.

El rey se dió á sospechar que estaba haciendo un papel ridículo. Si las damas y los caballeros de su corte llegaban á descubrir que él suspiraba por una costurerilla que no le hacía caso, aunque le rondaba la calle, las burlas iban á ser crueles y á darle inmortal reputación de memo. Cesó, pues, en sus rondas, pero no desistió de la empresa.

Como era celosísimo de su dignidad y muy avisado, no cayó nunca en la tentación de escribir cartas á la muchacha, quejándose, en verso ó en prosa, de sus ingratitudes. *Verba volant, scripta manent.* Omnímoda confianza le infundía Calitea; pero, á pesar de ella, podía caer cualquiera de las cartas que él escribiese entre las manos de algún

curioso, y, si bien entonces aun no había periódicos, circular en copia, y al cabo ser insertada en las Crónicas y en los Anales, á fin de que, hasta en los venideros siglos, se enterase todo el mundo de su sandez.

El rey, pues, no escribió carta ninguna. Halló mejor y menos comprometido recurso.

Leoncio, el principal de sus escuderos, era un hidalgo de edad provecta, que había servido al rey su padre; tenía facha tan grave y señoril que inspiraba veneración, y su mente, á par que abismo insondable para esconder problemas, era oficina muy apta para resolverlos. D. Miguel había averiguado, porque era difícil que nada se le ocultase, que su augusto padre había tenido bastantes devaneos, y que Leoncio había terciado en ellos como cauteloso y eficaz paraninfo.

El rey confió á Leoncio todos sus pesares y le encomendó que le buscase el conveniente remedio.

Calitea, en aquella confusión de la noche de la pendencia, no había visto sino el bulto de Leoncio, de modo que éste pudo sin dificultad introducirse en casa de la joven, bajo el plausible pretexto de encargarle que bordase un magnífico terno que para cumplir cierto voto debía él regalar á la iglesia de los monjes benedictinos.

Mientras examinaba muestras y dibujos, en re-

petidas visitas y sin acabar de decidirse, no tardó Leoncio, con su venerable aspecto y sus finísimos modales, en ganar la confianza de Calitea, y cuando creyó llegada la sazón oportuna, con toda la habilidad y pericia del hombre más experto y curtido en las artes *proxenéticas,* descubrió quién era, los mensajes melifluos que traía y los fervorosos anhelos y atrevidos pensamientos de su majestad.

Terrible fué el desengaño. Calitea, sin descomponerse ni alterarse, zapeó muy de firme á Leoncio, y hasta hubo de afear, con bonitos circunloquios que doraban la píldora, que en aquel oficio ruín se emplease persona tan encopetada, tan entrada en años y al parecer de tanto respeto.

Ello es que Leoncio volvió al rey con las orejas gachas y harto afligido del mal éxito y del peor recado.

Aun no desistió el rey, que era tenaz y estaba prendadísimo de Calitea. Ocurriósele que tal vez un rico presente la ablandaría. *Dádivas quebrantan peñas*, pensó, y sin más reflexiones, envió á Leoncio tres ó cuatro días después con un rico presente.

Nadie hubiera podido desempeñar esta comisión con mayor delicadeza que la desempeñó Leoncio. Pidió á Calitea perdón de su audacia, se disculpó del oficio que había ejercido por la fidelidad y gratitud que debía á quien le enviaba, y

dando á entender que el rey reconocía y respetaba la entereza y la virtud, y que, si bien seguía enamorado, sufriría en silencio y no volvería ya á perseguir á la esquiva señora de su alma, aseguró que le enviaba, como final despedida, aquel recuerdo, y le suplicaba humildemente que le aceptase.

Dicho esto, sin dar tiempo á contestación alguna, Leoncio se despidió y se fué, dejando sobre la mesa de la costurera un sencillísimo estuche donde se encerraba un costoso aderezo de perlas y diamantes. Pasaron tres días sin que Calitea se diese por entendida de haber recibido las joyas.

El confidente decía al rey:

–Señor, el triunfo es ya seguro. El pez tragó el anzuelo. Tu espléndido venablo atravesó, al fin, el empedernido corazón de aquella leona; pero debes refrenar tu impaciencia. Parecería en esta ocasión muy poco magnánimo apremiar para el pago, ir al punto á cobrar la res que va herida.

Al día siguiente de pronunciado este lacónico discurso, el rey, previa concesión de audiencia, tuvo que recibir á un pobre sacerdote muy conocido por sus virtudes y vida ejemplar, y que se llamaba D. Prudencio.

El sacerdote no hizo más que entregar silenciosamente al rey un pliego cerrado y sellado.

Creyó el rey que sería un memorial y que el clérigo pediría que le hiciesen canónigo.

No sabemos qué despertó, no obstante, su curiosidad, y abrió pronto el pliego y se enteró de su contenido.

Su sorpresa fué grande y mayor su despecho. Aunque sabía reprimirse, se mordió los labios de rabia, y aun hay historiadores que afirman que, á pesar de su moderación y buen tono, se le escaparon cuatro reniegos.

El pliego contenía tres hojas, y decía la principal:

„¡Señor! Á tamaña generosidad no debe Calitea responder con groserías. Acepta, pues, el presente y le agradece con toda su alma; pero no acierta á darle más digno empleo que el que declaran los documentos adjuntos.“

Uno de estos documentos era la tasación de las joyas y la declaración del joyero más acreditado de la capital de haberlas comprado, pagando diez y ocho mil ducados por ellas.

El otro era un testimonio fehaciente, donde con todos los requisitos, fórmulas y reglas que entonces se empleaban, el tesorero del Hospital general afirmaba, para la exactitud de las cuentas y resguardos de D. Prudencio, aunque bajo sigilo, á fin de no ofender la modestia de su majestad, que había recibido, por orden y mandato de dicha augusta persona, y hecho ingresar en caja, la suma de diez y ocho mil ducados.

Después de esto, el rey se dió por vencido, por burlado y por desahuciado; procuró borrar la imágen de Calitea de su corazón y de su memoria, y se esforzó, aunque en vano, por figurársela, más que entera y honradísima, engreída, soberbia y loca.

Leoncio era quien no quería cejar. Lamentando lo deslucido que iba á salir del primer empeño en que por acreditado zurcidor de voluñtades le había puesto el rey, y emperrándose en que hubiese función de desagravios, se atrevió á insinuar el rapto de Calitea.

El rey, que tenía muy buena pasta, no se incomodó, pero rechazó la insinuación con risa. Aunque apenas había cursado el arte de amar, salvo en los prolegómenos y parte especulativa, daba él por cierto que en tan deleitosa asignatura no debía entrar la violencia para nada, sino ser todo armonía, alegre cordialidad y mutuo consentimiento y abandono. Nada de lágrimas. Nada de quejas. Por eso sostenía él que Tarquino, Apio Claudio y otros tiranos por el estilo, habían sido unos solemnes majaderos; ó bien, adelantándose en escepticismo histórico á Masdeu y á Niebuhr, dudaba de cuanto se dice que les ocurrió con Lucrecia, con Virginia ó con otras doncellas ó matronas cogotudas, suponiéndolo invención, calumnia de los republicanos y demócratas; lo que ahora llamamos una *filfa.*

De aquí que el rey sólo aceptase como juicioso el consejo implícitamente encerrado en cierta coplilla vulgar que entonces se oía en boca de las cocineras al compás del almirez en que manejaban los aliños para sus guisos. La coplilla responde con toda exactitud á ésta, no menos famosa en nuestro idioma:

Me han dicho que no me quieres,
No me da pena maldita
Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita.

En el fondo el rey, á pesar de su despecho, no quería ni podía persuadirse de que hubiese Calitea dejado de amarle. Tampoco se le ocultaba que la esquivez sublime de aquella mujer le dolía de veras en lo íntimo del corazón y le daba *pena maldita*; pero era joven, nada quejumbroso y menos inclinado á melancolías, por donde, sin aprobar las premisas de la copla aprobó la consecuencia y se echó á buscar *moras verdes.*

Poco trabajo le costó hallarlas. En su corte casi sobraba verdura, y pronto notó su majestad que estaba en intrincado bosque de zarzas y de moreras.

Leoncio, cargado de laureles, olvidó por completo su primer descalabro, y muy orondo con las victorias que se alcanzaban de continuo, formó lis-

ta de ellas, no menos larga que la que saca hoy Leporello en la ópera *Don Juan*.

Se diría que el rey trataba de recobrar el tiempo perdido. En grande tomaba el desquite. Bien podían llamarle tardío, pero cierto.

Como era natural, los prelados, los sacerdotes, las beatas, y otras muchas personas formales y la reina misma, se afligieron y se escandalizaron de todo esto; pero como pasaron tres años, y no hubo enmienda, tuvieron al fin que resignarse y acostumbrarse.

D. Miguel, por dicha, no se dejaba dominar por ninguna señora: no tuvo en aquel tiempo *camarillas*, y sus amoríos y deportes no le impidieron seguir gobernando con acierto, gloria y fortuna. El reino todo, en paz y en orden, prosperaba por su industria y comercio.

En un país vecino había un pueblo bárbaro, muy belicoso, entregado á la rapiña, y dado aún á supersticiones gentílicas.

Hubo que hacer la guerra á dicho pueblo para acabar con sus depredaciones, y el triunfo de don Miguel fué rápido y brillante. Sometió á toda aquella gente feroz, se enseñoreó de su territorio, y redujo territorio y gente á buen régimen político y á vivir culto y decoroso.

Mucho le valieron en tan alta ocasión los frailes de Santo Domingo y de San Francisco, que em-

pezaban ya á figurar en el mundo, compitiendo por mostrarse blandos y amorosos con los amigos de la fe cristiana, y avinagrados y crudos con los que no la reconocían ó renegaban de ella. Aquellos benditos Padres acudieron al país recién conquistado, como gorriones á la parva que desmenuzó el trillo, y en un periquete catequizaron miles y miles de semisalvajes y edificaron iglesias y monasterios suntuosos.

Por este y por otros indicios, que se irán notando más adelante, D. Juan Fresco rastrea la época de esta historia y la coloca en los primeros veinte ó treinta años del siglo XIII.

Á par de los frailes, si bien por más profanos medios, concurrió á la civilización de las tribus conquistadas un ilustre duque, sabio en todas las artes de la paz y de la guerra, y á quien D. Miguel, después de la conquista, en que le ayudó como general, puso allí por gobernador y virrey.

La duquesa se quedó en la corte, y como era la señora más licurga, graciosa y linda que en ella había, logró detener los caprichosos revoloteos de su majestad no de otra suerte que la rosa, emperatriz de las flores, consigue que se pose, se quede como dormida entre sus frescos pétalos, y se embriague con su miel y su aroma la más inconstante y alborotada mariposilla.

El rey veneraba al duque y le comparaba con

Marco Aurelio, el cual, á pesar de ser tan sabio, nunca cayó en la cuenta de los extravíos de Faustina.

En alabanza de la conducta del duque en el virreinato, su majestad le escribía cartas cariñosas y lisonjeras, siendo los párrafos más dulces los que inspiraba ó dictaba la duquesa misma, mejor sabedora que nadie de lo que halagaba y enorgullecía á su marido.

Entiéndase, sin embargo, que el rey, si bien tenía por la duquesa constante predilección, distaba mucho de concederle un afecto exclusivo. Á la duquesa no le faltaban rivales, y descollaba entre todas cierta alegre cantarina que había venido al Norte desde Sicilia, en pos de la resplandeciente y trovadoresca comitiva de un soberano que, según D. Juan Fresco, no pudo ser otro que Federico II de Suabia, emperador de Alemania.

En resolución, el rey se divertía á más no poder; pero como era amable, generoso, claro espejo de valentía y llano y alegre en su trato con los humildes, el pueblo le idolatraba, y lejos de condenar, aplaudía y reía sus travesuras. Los sujetos timoratos, aunque no podían hacer la vista gorda, porque su majestad procedía con harto poco disimulo, tenían que disculparle y pensaban con esta intención en Carlo Magno, en el Santo rey David y en otros grandes monarcas, que habían pecado como

él, con la diferencia de que él, en vez de matar á los Urías, los colmaba de atenciones y de beneficios.

En medio de esta vida algo escandalosa, D. Miguel no lograba olvidar á Calitea. Aquellos primeros castos amores le parecían más bellos que cuantos después había tenido. La iniciación había superado para él todo el ulterior y pleno conocimiento de los misterios. La casi divina ventura, que la iniciación prometía, jamás se había realizado.

D. Miguel, no obstante (menester es confesarlo aunque nos sea muy simpático), empleaba, tal vez involuntariamente, las sutilezas más refinadas del egoísmo para evaporar el amor de Calitea en la alquitara de su pensamiento y reducirle á vago sueño deleitable. La superioridad con que brillaba Calitea en su memoria dependía, según él, de la luz de la aurora de la vida que en su memoria la iluminaba. Tal superioridad no debía existir en el mundo visible. Y así, para no tocar el desengaño y para que su grato sueño no se disipara, D. Miguel, por amor al recuerdo de Calitea, procuraba no saber de ella, ni oirla mentar, ni volver á verla nunca. Hasta le entraba miedo á veces de que, el día menos pensado, después de transcurrir mucho tiempo, volviese él á encontrarla, por casualidad, ajada, jamona, mal vestida, casada con algún pobre diablo, y rodeada de seis ó siete chiquillos, poco

limpios, y más feos y ordinarios que su padre. ¡Cómo se desvanecerían entonces todas las ilusiones! No: lo mejor era que, en la realidad, y para él, Calitea hubiese dejado ya de existir.

XI.

Á pesar de tan cómodas imaginaciones y de aquellos vagos y pérfidos deseos de D. Miguel, que soñaba con la desaparición real de Calitea, á fin de conservar mejor su recuerdo poético, pasaron tres años, y Calitea siguió existiendo. Calitea llegó á estar más hermosa que nunca.

La expresión de su semblante era más noble por la pasión que en él se reflejaba, y realzaban el hechizo de toda su persona la santa resignación con que sufría un amor sin esperanza, y ese mismo amor, tan firme y constante como su orgullo y no menos arraigado en el alma que el propósito de no ceder á él rebajándose.

La más viva y profunda fe religiosa era el consuelo de Calitea. Abandonar el cuidado y el aseo de su gallardo cuerpo y dejar que su espíritu se hundiese en ociosa melancolía ó se consumiese en estériles quejas, hubiera sido para ella el mayor de los pecados: ingratitud para con Dios, menosprecio de los dones que de Dios había recibido, desdeñarlos y arrojarlos de sí con satánica rebeldía.

Así es que ella siguió cultivando su espíritu, como si nada la atormentase, y no dejó de mirar ni un día siquiera, por la salud, agilidad, limpieza y hermosura de su cuerpo, como si fuese la víspera de su boda, como si no tuviese pleno convencimiento de que ningún mortal había de poseer aquellos tesoros. El cielo se los había confiado, y hubiera sido ofender al cielo echarlos á la basura. Si un poderoso magnate entrega á su mayordomo, para que los custodie, dijes riquísimos, un vaso de oro con esmalte ú otro objeto por el estilo, ¿estará bien que el zopenco del mayordomo tire al muladar todas estas cosas para hacer gala de magnánimo y de desprendido?

Al llegar á este punto, D. Juan Fresco declamaba mucho contra Luis Veuillot y contra los santurrones sucios y las beatas hidrófobas; pero yo prescindo de sus declamaciones y paso adelante.

Calitea, aunque acicalada y lindísima, esquivaba ya las fiestas y reuniones. Cesaron de perseguirla los mancebos. Sus antiguas amigas la abandonaron. Su aislamiento no podía ser mayor. Apenas salía de su casa sino de madrugada para ir á la iglesia y siempre con su madre.

Su crédito de bordadora subió como la espuma. Aunque trabajaba y velaba, no daba abasto á tantos pedidos. La vieja criada llevaba á su destino las obras que Calitea iba terminando. Y de esta

suerte ella y doña Eduvigis vivían, si bien humildemente, con bastante desahogo.

La casa de Calitea, aunque pequeña, era alegre, bien ventilada, sana y propia: única finca que de los derroches de su padre había podido salvarse. Nada había que no estuviese ordenado y limpio en aquella casa, situada en la parte más alta de la ciudad, que, como todas ó casi todas las ciudades famosas, es claro que había sido fundada sobre siete colinas.

La susodicha vieja criada era una fiera para el trabajo: condimentaba y sazonaba platos tan sabrosos que despertaban el apetito de la persona más desganada y más romántica; y aun le sobraba tiempo para emplearse en el manejo de la aljofifa, de la escoba, de los zorros y del estropajo, por manera que las cacerolas y los peroles relucían como el oro, suspendidos en la pared de la cocina; en los muebles de las alcobas y del estrado se podía cualquiera ver la cara; era una delicia contemplar sábanas, manteles, toallas y demás ropa blanca, puesto todo en dos enormes arcas, y lavado, planchado y sahumado con alhucema; y los suelos estaban tan fregados y tan bruñidos, que daban ganas de comer en ellos natillas.

Á espaldas de la casa había un corralón, no menos atendido que el resto. Elevadas tapias erizadas de bardas y con honores de muros, le guarecían

hasta de las miradas escrutadoras de cualquier vecino. Y allí Calitea, en libre abandono, en horas de solaz y recreo, y compitiendo por su actividad con la sirvienta, lo convertía todo en ameno y diminuto jardín, salvo un rincón hacia el lado opuesto á la casa, donde en recinto capaz, que un encañizado formaba, se veían gallinero y palomar encima, y no pocos palomos, gallinas y pollos.

Podían regarse las plantas y las flores de aquel jardín con el agua dulce de un pozo que en su centro se parecía. En lo hondo del pozo, que era en verdad muy hondo, sonaba de continuo el agua. Era un arroyo caudaloso, era casi un riachuelo que bajaba por allí despeñado, y cuya corriente cobraba mayor caudal, rapidez y frescura en el estío, por el tributo del hielo que se derretía en muy cercanas y encumbradas montañas.

Como se ve, el retiro de Calitea no era penitente, ni había necesidad de ello. La penitencia en Calitea hubiera sido curarse en salud, y lo contrario de miel sobre hojuelas. Hartas penas tenía ella en el alma.

Su vida era solitaria y triste, aunque muy apacible.

Ni D. Hermodoro, el más terco de sus perseguidores, acudía ya á visitarla. Con la sospecha de haber incurrido en un conato frustrado de crimen de lesa majestad, andaba D. Hermodoro aterrado y

huído, y nada quería ya saber, ver ni oir de Calitea. Al tuno del secretario, que fué su seductor y su cómplice, le había enviado de comisionista á países remotos, á fin de quitarle de su presencia, sin hacer de él un enemigo.

Doña Eduvigis y D. Prudencio habían intervenido en el asunto del aderezo de perlas y diamantes, y se admiraban y enorgullecían del desinterés y de la virtud de Calitea; pero callaban todo lo ocurrido, porque ella así lo exigía á su madre por cuanto hay de más sagrado en el mundo, y por el sigilo de confesión al presbítero.

No bastó tanto misterio á evitar que se entreviesen un poco y cundiesen por el barrio ciertos asomos del sublime desdén de Calitea, lo cual y la conducta ejemplarísima que observó ella desde la noche del alboroto, le conquistaron la consideración y el respeto de las gentes, aunque apenas de vista la conocían, pues no se trataba con nadie.

Sólo D. Prudencio, confesor de ella y de su madre, les hacía frecuentes visitas. Era este señor un carcamal de cortos alcances, tan lleno de preocupaciones como de virtudes. Doña Eduvigis le escuchaba y le obedecía como á infalible oráculo; pero Calitea confiaba poco en su saber y no atendía sus consejos, aunque le veneraba.

La rígida soberbia, tomando por disfraz la humildad y armándose de las virtudes mismas que

en D. Prudencio brillaban, hacía odioso á D. Prudencio, porque le despojaba de todo indulgente amor al prójimo, cuyos pecados y vicios se complacía él en exagerar y en fustigar ásperamente.

A menudo decía:

—No hay que enojarse; voy á hablar con libertad cristiana.

Y todo el que oía este preámbulo tenía que precaverse, como se precavían, no hace muchos años, los que oían decir en una ventana—¡agua va!—al pasar por las calles de varias ciudades en que no había aún alcantarillas.

Con la mejor intención, con el fin recto y sano de corregir á los pecadores y de mejorar las costumbres, D. Prudencio lanzaba por aquella boca sapos y culebras, mil suciedades y mil venenos.

Harto sabía él que Calitea amaba é idolatraba al rey; pero no discurrió nada tan á propósito para curarla de aquella pasión sin ventura como referir escandalizado todos los lances amorosos de su majestad, hiriendo y martirizando el pobre corazón de la muchacha con el aguijón de los celos.

Otras veces, en aquellos íntimos coloquios, prevalido de lo que él llamaba libertad cristiana, en la que se atrevía Calitea á sospechar que entrase por algo la mala educación, D. Prudencio denigraba las travesuras juveniles del rey, abominaba de su relajación y desenfreno, y le calificaba de pi-

llete y de casquivano, pronosticando que todos sus súbditos acabarían por odiarle ó por despreciarle, en apoyo de lo cual citaba en latín sentencias de la Escritura, como por ejemplo: *Simia in tecto rex stultus in solio suo:* un rey necio en su trono es una mona en un tejado.

Calitea perdía entonces la paciencia y se revolvía furiosa contra el detractor de su ídolo. ¡Cuán bella estaba en aquellos momentos! Parecía de mayor estatura al erguir la cabeza, y puesta de pie: el rubor encendía la tersa tez de su rostro; sus grandes y negros ojos centelleaban; se le veían mejor, al hablar, la nacarada blancura de los dientes y la fresca lozanía y gracioso movimiento de los labios; y la emoción entusiasta agitaba las airosas curvas de su firme pecho. Su voz temblorosa, pero vibrante y argentina, resonaba elocuentemente en defensa y alabanza de su dulce amigo. Ella refería sus hazañas; hablaba de su prudencia y valor en los combates, y de su bondadosa templanza en la victoria; contaba los asilos y las escuelas que había fundado, los caminos que había abierto y los templos y monumentos que había erigido; describía las naciones bárbaras que había domado y la mudanza dichosa que obró en ellas la cultura; y encarecía, por último, la sencillez, la llaneza y la inagotable generosidad con que el rey socorría á los menesterosos sin humillarlos, y la esplendidez con

que enriquecía y honraba á los sabios, á los trovadores y á los artistas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamaba aquí don Juan Fresco, interrumpiendo la narración. —¿Quién no se alegraría de ser rey, y sobre todo de ser buen rey, para ser celebrado y adorado así por una súbdita tan guapa? ¡Ah, nunca, nunca —añadía luego citando á uno de nuestros mejores poetas —

Tan sublime modelo
de estro feliz, de inspiración divina,
mostró Casandra en los dardanios muros
ni en las lides olímpicas Corina!

XII.

Las moralidades feroces en que D. Prudencio solía desatarse contra el padre de Calitea, causaban á su hija mayor enojo aún, porque veneraba y amaba la memoria de su padre, aunque no le había conocido; porque era harto más difícil defenderle, y porque doña Eduvigis, acaso por admiración condescendiente hacia el clérigo se convertía en eco de cuanto el clérigo afirmaba. Á pesar del acendrado amor al marido, por quien suspiraba al cabo de los veinte y pico de años de haberle enterrado, y á quien llamaba á todas horas mi queridísimo Adolfo, la bendita señora, sin

poderse refrenar, acompañaba siempre á D. Prudencio y entonaba con él á dúo un piadoso responso de vituperios y anatemas contra el difunto.

Menester es confesar que, si en esto, prescindiendo de la fe ciega en el director espiritual, cabe alguna disculpa, doña Eduvigis la tenía. Su queridísimo Adolfo le había hecho poco caso, le había sido infiel con frecuencia; se había casado con ella por casarse; jamás le había confiado sus pesares, sus planes, ni sus secretos, si los tuvo; jamás había realizado con ella la santa comunicación y la estrechísima unión de las almas, que hacen verdaderamente sacramental el matrimonio; y, por último, había consumido en vicios y en extravagancias casi todo el dote que aportó ella y los bienes que él tenía.

D. Adolfo, no obstante, á quien hablando en castellano, me parece que debemos llamar Don, era la bondad misma; cautivaba las voluntades con su afabilidad y dulzura; y competía por lo valiente con el Cid, por lo leal con un perro y por lo generoso con el Magno Alejandro. Sus defectos no eran defectos, sino sobras: sobra de alegría, sobra de afición inteligente hacia todo lo hermoso y deleitable, y sobra de confianza en la misericordia del cielo. De todo lo cual resultaba un sujeto extraviado y manirroto: lo que llaman vulgarmente un perdido, pero de gran ser y sumamente sim-

pático. Varias veces había adquirido mucho dinero, mas en seguida le gastaba, con rumbo de gran señor, en conquistas, en limosnas, en obsequiar á sus amigos y conocidos, y en divertirse y holgarse. Su situación crónica y ordinaria era, pues, estar á la cuarta pregunta.

En aquella edad, ya por alguna hazaña memorable, ya por la empresa que se ponía en el escudo, ya por calidad ó virtud en que sobresaliesen, los caballeros tomaban apellido ó título significativo y sonoro. Y así como hubo el caballero del Cisne, el del Lago, el del Águila rapante, el del Penacho de oro, el de la Ardiente espada y el del Brazo de hierro, á D. Adolfo le llamaron el caballero de la Bolsa vacía: título que él aceptó como justo y gracioso, aunque ya le tenía un trovador contemporáneo suyo: pero ¿en qué siglo y en qué reino ó república, no ha habido caballeros y trovadores que le merezcan?

Para la mejor comprensión de esta historia, aunque verdadera algo confusa y desfigurada por el indocto vulgo, conviene poner aquí en resumen, si bien con las aclaraciones é interpretaciones de D. Juan Fresco, algo de lo que Calitea pudo sacar en claro de la vida de su padre, oyendo lo que decían D.ª Eduvigis y D. Prudencio.

Según parece, en aquella misma sangrienta batalla en que el famoso Saladino venció é hizo prisio-

nero á Guy de Lusignan, se vió tan cercado de infieles el Caballero de la Bolsa vacía, que, después de pelear como acosado león, cayó mal herido y tuvo que rendirse.

Cautivo ya, le llevaron á Damasco; y como el mal olor de la pobreza penetra y ofende las narices más tabicadas, los muslimes que le habían cautivado olieron pronto que nadie daría un ardite por su rescate, y le vendieron á un mercader parsi ó güebro, devotísimo de Zoroastro, y que comerciaba en sedas, perfumes, especierías y piedras preciosas. D. Adolfo, que, según hemos dicho, poseía el don de gentes, se ganó á escape el aprecio y el cariño del mercader, tuvo vara alta en su casa, y le acompañó en sus viajes. Ambos, embarcándose en una nave que zarpó de Ormuz, traspusieron á la India oriental y visitaron sus más antiguas y magníficas ciudades.

No es del caso referir aquí los inauditos sucesos, los lances de amor y fortuna y las interesantes impresiones de D. Adolfo en aquellas regiones del aurora, casi dominadas entonces por los Guridas, que habían suplantado á los indignos y débiles sucesores de Mahamud de Gasna.

Bástenos saber que D. Adolfo se hizo por allí grande amigo de un sujeto muy importante que era ya amigo de su amo. Su buen humor, su despejo y sus chistes cayeron tan en gracia á aquel

señor indio, que continuamente quería tener á D. Adolfo en su compañía; y como ya era anciano y sin hijos, se dió á querer á D. Adolfo como se quiere un padre.

Y fué lo más singular que este señor no era un cualquiera, sino uno de los más prodigiosos sabios y magnos que ha habido en Oriente. Gustaba mucho de los cristianos, cifrando su mayor gloria en descender del más ilustre de los tres reyes magos que vinieron al portal de Belén. Él se jactaba de ser el cuadragésimo nieto del que nosotros llamamos Melchor, aunque en la India tenía otro nombre. Lo que es yo ni afirmo ni niego esta descendencia, pero no me explico por qué se enfurecía tanto D. Prudencio cuando de ella se hablaba. Los reyes magos fueron personas de carne y hueso; y como no consta que hiciesen voto de castidad, bien pudieron dejar sucesión que hasta el siglo XIII se perpetuase.

Como quiera que ello sea, este sabio sobresalía de tal suerte en su ciencia intuitiva, tan superior á las groseras ciencias experimentales de que hoy en Europa nos envanecemos, y era tan hábil en las artes taumatúrgicas que las dos profetisas Elena Blavatsky y Ana Besant, el coronel Olcott, el doctor Francisco Hartmann y otros teósofos, han puesto últimamente en moda por acá y en América, que nadie le daba otro nombre que el altamente hono-

rífico y repleto de significado de Criyasacti, ó, como si dijéramos, el poder creador por quien los conceptos más atrevidos que nacen en lo profundo del espíritu, salen fuera de él y aparecen en el mundo visible, con figura, consistencia, movimiento y vida.

Á fin de hacerse cargo de lo que es este poder y calcular su extensión, es indispensable entender que, en grado infinitamente superior, y con acción no lenta y metódica, sino casi instantánea, se parece algo al poder que ejerce un hombre docto en química, mecánica y otras ciencias europeas, cuando somete á su voluntad, aunque de un modo burdo y trabajoso, algunas energías de la naturaleza. Pero ¿qué valen sus potingues, aparatos y maquinarias, en comparación de lo que estos magos de Oriente inventan y producen? Más adecuado símil será decir que tales invenciones y producciones ó creaciones son como las del poeta y las del artista, si bien con la notabilísima diferencia de que las del mago tienen realidad y verdad, y las poéticas y artísticas sólo son remedo de la verdad: verosímiles, ó digamos de mentirijilla.

Para llegar á saber y á hacer lo que sabía y hacía Criyasacti, había sido indispensable abismarse en la profundidad de los más recónditos estudios y tener una vida inmaculada y austera; pero no se oponía esto á que Criyasacti, en vez de ser tieso y

adusto, fuese facilitón y campechano, muy aficionado á reir y más alegre que unas sonajas. Nada le agradaba tanto como las chuscadas y las burlas, con tal de que pudiese sacarse de ellas alguna provechosa enseñanza y no redundasen en perjuicio de tercero.

Y no hay que extrañar esta inclinación de Cryyasacti, ya que hasta los santos han sido á menudo alegres y chistosos. ¿Y por qué han de estar en oposición la santidad y la alegría? ¿Por qué no ha de tener gracia quien está en gracia de Dios? Quédese la tristeza para el delincuente, para el envidioso y para el tramposo; y el que no tiene remordimientos, ni envidias, ni ambiciones, ni deudas, sea todo regocijo. ¡Cuán lindamente expone todo esto el Padre Boneta, en el sabroso libro que dió á la estampa sobre la virtud de la eutrapelia y las sales, chistes y agudezas de los santos!

En fin, Criyasacti era chusco, pero benéfico; era un encantador de buena índole y muy regocijado.

Merced á este regocijo, á la serenidad de espíritu que los filósofos llaman *ataraxia*, á una vida casta y muy ordenada y á la dieta ó alimentación de sólo vegetales, huevos y leche, Criyasacti, en vez de malograrse, alcanzó la avanzadísima edad de ciento veinte años y algunos meses. Pero, como en este mundo no hay nadie á quien no le llegue su hora, llegó al cabo la del último vástago de la

dinastía mediatizada de los Melchores, y sin dejar sucesión, expiró tan suavemente como había vivido, entre los brazos de su amigo D. Adolfo, á quien instituyó universal heredero de sus bienes, salvo los libros, que D. Adolfo no hubiera podido entender, y las baratijas y chirimbolos de magia, que no hubiera sabido manejar, todo lo cual fué recogido por la congregación de magos, de la que era Criyasacti gloria y orgullo.

Viéndose D. Adolfo huérfano y rico, se hartó de estar en la India y se volvió á Damasco con el mercader güebro, de quien no era ya esclavo, sino socio. En Damasco tuvo grandísimo deseo de volver á tierra de cristianos; arregló sus asuntos de aparcería con su socio el mercader, se despidió de él con lágrimas y muy cariñosos abrazos, y se vino á Europa.

Primero en la gran ciudad de Constantino, y después en Sicilia y en Italia, ora en Mesina, ora en Palermo, ora en Nápoles y ora en Roma, Florencia, Milán y Venecia, vivió D. Adolfo con tanto boato y tan á lo príncipe, que pronto devoró casi toda la hacienda que Criyasacti le había dejado y volvió á ser el Caballero de la Bolsa vacía.

Entonces fué cuando, algo compungido, buscó refugio en su patria; se propuso recogerse á buen vivir, aunque no lo cumplió, como ya sabemos, y se casó con doña Eduvigis.

Tales, en compendio, son las noticias que Calitea pudo recoger de su madre y de D. Prudencio. Para ello tuvo que descartar no pocas fábulas calumniosas que D. Prudencio forjaba sin querer, arrastrado por sus preocupaciones y por el odio que profesaba á Criyasacti sin haberle visto.

En vez de suponerle nieto cuadragésimo del rey mago Melchor, sostenía que era, como Merlín, hijo del diablo.

—¿Quién sabe—decía á veces—si no descendería Criyasacti del propio Merlín, el cual me consta que estuvo en la India perfeccionándose, ó, mejor diré, endemoniándose más en sus artes y fabricando aquel gigante monstruoso, llamado Gargantúa? Merlín era más enamorado que un mico, como se ve de sus amores con Viviana, quien, á despecho del infernal poder del encantador, le tuvo encerrado en la Floresta de Brocelianda, donde el caballero Galbán le halló hecho un gurrumino. Lo probable, es, pues, que Merlín dejase bastardos en la India, en el mucho tiempo que allí estuvo.

Contra estas atrevidas suposiciones, fundadas en historias ó consejas disparatadísimas que corrían entonces por toda Europa, nada replicaba Calitea: pero se apesadumbraba en extremo del constante empeño del clérigo en injuriar la memoria del amigo y espléndido bienhechor de su pa-

dre, y en ocasiones, contradecía á D. Prudencio para defender al mago indio.

Así, por ejemplo, cuando D. Prudencio aseguraba, como si lo viese, que Criyasacti estaba ardiendo en vivas llamas, allá en los quintos infiernos, Calitea sostenía que Dios no podía haber condenado á una persona tan buena, la cual, si bien ella no creía que estuviese en el cielo, no era temerario, sino piadoso entender que se encontraba en unos á modo de Campos Elíseos, no lejos de la mansión de los precitos, pero donde la vida de ultratumba se pasa muy á gusto y con bastante regalo, en compañía de Aristóteles, Platón, Virgilio, Averroes, el propio Saladino y otros varones preclaros y virtuosos, que, por más que no conociesen ó no aceptasen la ley de Moisés, ni la ley de Gracia, vivieron con honestidad y decencia, según la ley de la revelación primitiva y según los preceptos y orden de Melquisedec.

Sosteniendo además que había *Magia blanca*, Calitea defendía á Criyasacti de las tremebundas acusaciones de D. Prudencio, quien afirmaba que no había sino *magia negra*, obra del diablo; de suerte que, en lo único en que aprobaba la conducta de D. Adolfo, era en no haberse dejado seducir y en no haber aprendido palotada de aquella ciencia maldita, sin duda por no querer untarse, ni volar al aquelarre, ni comer niño crudo, ni

firmar con su sangre un execrable pacto con Lucifer.

XIII.

Por fortuna, vivía, á la sazón, en aquella ciudad cierto personaje, que, á pesar de la oposición de D. Prudencio y de D.ª Eduvigis, visitaba con frecuencia á Calitea, y le daba más favorables informes y mejores noticias de su padre y de los amigos de su padre.

Era este personaje un anciano médico y filósofo griego, llamado el doctor Teódulo, que había venido á establecerse allí, emigrando de Constantinopla, cuando los latinos se apoderaron de aquella ciudad y destronaron al emperador Ducas Murzuflo.

Don Adolfo, por recomendación de Criyasacti, que había estado en correspondencia científica con el doctor Teódulo, conoció y trató á este sabio, é intimó con él desde que estuvo en Constantinopla, de vuelta de Damasco.

Ya en la ciudad donde se realizan los casos que relatamos, habiendo hallado D. Adolfo á su antiguo amigo, la amistad de ambos se hizo más íntima.

Duró la amistad hasta la muerte violenta que dieron á D. Adolfo aquellos desalmados fulleros; pero antes había él confiado al doctor cuanto podía

confiarle. Criyasacti le había vaticinado que tendría una hija hermosísima, y él no dudó nunca de que la tendría; y como recelase, según la mala vida que llevaba, que podría acabar en mala muerte, encomendó al doctor Teódulo que si él moría, entregase á su hija cierto presente, que al efecto puso en su poder, y que, según las instrucciones de Criyasacti, no había de recibir la niña hasta el día mismo en que cumpliese veintitrés años.

Llegó al fin dicho día, que era el del solsticio de estío, y el doctor Teódulo, que había solicitado y obtenido de Calitea cita para una larga conferencia á solas, acudió á visitarla cuando estaba el sol en el meridiano, que fué el momento en que ella nació, y antes de enseñarle y de entregarle lo que traía para ella en una cajita, que vendría á tener una tercia de largo, le echó el discurso que procuraremos con toda fidelidad reproducir aquí:

—En esta ocasión solemne—dijo el doctor—en que vas, ¡oh gentil Calitea!, á recibir y á guardar un objeto que, por medio de tu padre, el propio Criyasacti te regala, es menester que yo te diga algo de Criyasacti y disipe los escrúpulos que las habladurías de D. Prudencio pueden haberte inspirado. Criyasacti fué un mago profundísimo, el más profundo y portentoso que durante muchos siglos se ha conocido; pero fué mago blanco y natural, y jamás tuvo trato con el diablo. No es de

extrañar que se haya lanzado tan ridícula calumnia contra él, que al fin era pagano, cuando entre católicos han sido acusados de lo mismo varones tan católicos y piadosos como Gerbert, que fué Papa bajo el nombre de Silvestre II, y cuando hoy acusan á un frailecito de San Francisco, inglés de nación, al hermano Rogerio, que empieza á aturdir á todas las gentes con lo mucho que sabe, averigua y descubre. Prescindamos de esto; y con la intención de que penetres el verdadero sentido de las cosas, sin gastar yo saliva y tiempo en dibujos, y fiándome, como me fío, en la rapidez de tus entendederas, que todo lo cogen al vuelo, te explicaré concisamente lo que es magia legítima, y la distinguiré de lo que el vulgo confunde con ella, y que nosotros debemos llamar, ora magia falsa y heterodoxa, ora magia soez y villana. Esta última es la sola diabólica: las otras dos merecen calificarse, la una de divina y la otra de pseudo divina.

Hablaré primero de la magia diabólica ó dígase brujería.

La brujería es de tres clases. La más vil, aunque también la más disculpable, si cupiese en ello disculpa, es la que nace de la ignorancia, de la miseria y de los padecimientos de la plebe. La asiduidad y dureza del trabajo, la falta de abrigo contra el rigor y las inclemencias de las estaciones, el hambre, la abyección y los malos tratamientos,

suelen engendrar nefandos odios contra el Creador y contra sus obras, y mover á muchas personas á que por desesperación se den al diablo. Estas personas constituyen la mayoría de los brujos y de las brujas; y ya con realidad, que no he de discutir aquí, ya por extravío delirante, ya en visiones y sueños producidos por infames linimentos y bebedizos, ven y hablan al diablo, acuden á sus saraos y tertulias, bailan con él, oyen sus misas, entonan sus letanías, celebran ritos asquerosos para adularle, y le consultan las bellaquerías, delitos y liviandades que quieren cometer y que cometen.

—Espero que el Sr. D. Prudencio me hará el favor de creer que Criyasacti no era brujo de esta clase.

Calitea sonrió moviendo la cabeza, y el doctor Teódulo prosiguió:

Brujo de otra clase, y los peores, en mi sentir, son los que, valiéndose de la destreza, de la fuerza, de los secretos científicos ó de las artimañas que poseen, encantan y seducen á los tontos, mienten, estafan, medran y triunfan á costa de ellos, y aun á costa de los avisados, y sólo miran al provecho propio. Éstos ayudan á Satanás y Satanás los ayuda; aunque no le ven jamás, están obsesos por él; y aunque no le hayan firmado pacto alguno, tienen con él pacto implícito. No seré yo, por último, quien niegue que ha habido, hay

y habrá letrados y doctores de voluntad débil, perversa ó inclinada al pecado, que, á impulsos de la codicia, de la ambición, de la sed de deleites ó del deseo de ser amados de alguna mujer, firman un contrato con el demonio y le venden el alma. Después que estos tales se divierten y consiguen cuanto se les antoja, suelen arrepentirse y encomendarse á Dios ó á algunos santos, y acaban por salvarse, á pesar del contrato, dejando al diablo, que les ha servido de paje, espolique y tercero, burlado y con un palmo de narices. El célebre Teófilo, cuya historia está escrita en todos los idiomas, y sobre el cual compuso una comedia cierta monja alemana, es hasta hoy el más notable ejemplo de esta travesura: ejemplo que yo considero nocivo, porque es feo faltar á lo pactado, aunque se pacte con el demonio, y porque envalentona á los pícaros á pactar con él, para engañarle y chasquearle, cuando pueden ser ellos los que se lleven chasco.

Abandonemos ya estas impurezas y hablemos de la magia blanca, limpia y legítima.

—Hay una beldad soberana que lo hermosea todo, una luz que todo lo ilumina, una voluntad que todo lo mueve, y una esencia inteligente que todo lo llena, que todo lo penetra y que todo lo ordena y dirige. No hay hombre que, por mucho que estudie y sepa, atine á comprender sino muy vagamente á este Ser infinito. Debemos contentar-

nos con formar de Él el incompletísimo concepto que cabe en nuestras almas, dando á este concepto cuantas buenas cualidades podemos concebir en nosotros elevándolas luego á la infinita potencia. Nuestras almas, no obstante, son nobilísimas, como hechas á imagen y semejanza de Dios, y allí, en el abismo de ellas, si penetramos bien con el pensamiento, abstraído en todas las cosas exteriores, está Dios tan cerca de nosotros, que llegamos inmediatamente á Él. Estáme atenta, hija mía, porque lo difícil de entender estriba en esto; y yo no quisiera inducirte en error.

—Te escucho con la mayor atención—dijo Calitea.

Y prosiguió el doctor Teódulo.

—Ya comprenderás que para lograr la ventura, durante nuestra vida mortal, de columbrar á Dios en el abismo del alma, y aun de unirse con Él de un modo inefable, no bastan nuestras pobres facultades humanas. Es menester el auxilio del Todopoderoso, su gracia, y, por nuestra parte, la fe y la caridad más puras. Tan alta unión se alcanza sólo por milagro. La ciencia que trata de esto se llama la mística, y en nuestra edad ha enviado el cielo á la tierra un pasmoso y seráfico doctor, que lleva el nombre simbólico de Buenaventura, y que entiende y lee en esa ciencia como nadie. Para llegar á Dios así, no se llega por el saber sino por el

amor: no es natural, sino sobrenatural el camino. Criyasacti jamás tuvo la arrogancia impía y abominable de confundir su magia con la mística. Su magia nada tuvo de sobrenatural. Fué natural toda ella. Con una vida virtuosa y recogida, con la introinspección y estudio del alma propia, y con el posible conocimiento de sí mismo, ahondó hasta donde humanamente puede ahondar nuestro entendimiento limitado, y vió en aquella luz, que está en el ápice de la mente y que ilumina á todo hombre que se esfuerza por verla, no sólo los primeros principios, los axiomas y ciertas verdades absolutas, que la razón universal ó el entendimiento agente pone como prólogo de su libro divino, sino también muchos capítulos de ese libro, cerrado y sellado con siete sellos para la generalidad de los hombres, que se emplean en intereses y deleites vulgares ó que viven en la admiración somera de lo material y visible. Con este saber, incomparamente superior al de los empíricos que hubo y que habrá en lo venidero, Criyasacti vió la conformidad de cuanto en los seres exteriores perciben los sentidos con lo que son ellos en sí, y aunque nunca entendió lo que es la substancia de ellos, no la convirtió en Dios, ni la convirtió en ilusión y fantasmagoría, sino que descubrió varias de las cualidades y muchas de las leyes que ordenan y enderezan estos seres al fin y al propósito bendito con

que Dios los crió. No se infiere de esto que tuviese Criyasacti el don de profecía; pero sí tuvo previsión racional de multitud de sucesos, con no menor claridad y certidumbre que aquellas con que un buen astrólogo pronostica los eclipses ó la aparente situación que tendrán las estrellas del cielo, dentro de unos cuantos siglos, en tal día y á tal hora. No por eso se ensoberbecía Criyasacti, ni incurrió jamás en la espantosa locura de negar á Dios ó de negarle la conciencia para adjudicarse él lo divino y consciente, ni de hacer del Universo un sueño vano para que el todo sea el Único, y venga el Único á parecerse á la nada. Jamás aceptó mi excelente amigo esos absurdos sistemas de otros sabios de la India, que tuvieron tanto éxito en Alejandría, con Anmonio Sacas, Plotino, Jámblico y Proclo, y que, según él preveía, habrán de ponerse muy de moda entre los pueblos cristianos y europeos, allá hacia el siglo XX de nuestra era.

En suma y para no cansarnos más, el doctor Teódulo demostró á Calitea, que le oía con recogimiento y que le entendía muy bien, que Criyasacti había sido un mago natural, juicioso, creyente en Dios, aunque pagano, y enemigo del diablo, á quien echaba la zancadilla en punto á saber y hasta á producir cosas que tenían traza de prodigio, por lo ingeniosas y nada de comunes que eran.

Después de esto abrió la cajita, sacó lo que había dentro y se lo enseñó á Calitea.

Era una pequeña estatua, figura de mujer ó muñequita, al parecer de barro pintado, y de una tercia de altura. Su cara era bastante linda y su traje oriental y rozagante. En la mano derecha tenía una trompetilla de metal, y en torno de las sienes unas ínfulas, también metálicas. En la trompetilla había un letrero, en letras indias, que decía, según el doctor tradujo, *La Buena Fama;* y en las ínfulas, otros dos letreros más largos, que, interpretados por el doctor, rezaban: *Quien me tiene, aunque me pierda me tiene*, y *quien me pierde no me tiene aunque me tenga.*

—Ya te harás cargo—dijo el doctor—que á tu padre, que no tenía buena fama á causa de sus calaveradas y á pesar de lo bueno que era, de nada podía valerle esta muñequita, que estaba destinada para tí.

—Es muy mona—dijo Calitea;—pero, ¿sabes tú de qué puede valerme?

—Yo lo ignoro, y tu padre también lo ignoraba. Es un secreto que nunca quiso revelar Criyasacti y que sólo vendrá á saberse el día en que su plan se realice.

—Luego hay un plan ligado con la existencia de esta muñequita.

—Sin duda que le hay, por más que nadie atine

á adivinar cüál sea. Ello dirá, andando el tiempo. Refrenemos nuestra curiosidad por ahora.

—¿Y qué tiene por ahora de extraordinario esta muñequita?—preguntó Calitea.

—Á la simple vista—respondió el doctor—es como todas las otras; pero yo sé que hay en ella varias propiedades singularísimas. Esta muñequita, hija mía, no se puede romper, ni quemar, ni abollar, ni destruir hasta que su misión se cumpla. El encanto que puso en ella Criyasacti, con la fuerza de su voluntad, es superior á todas las fuerzas mecánicas, físicas y químicas de que puede disponer el hombre, en nuestros días. El mandato imperativo que ha legado en ella Criyasacti, la hace inquebrantable, invulnerable, incontundible, incombustible é indestructible. Contra la póstuma sugestión *criyasáctica* nada pueden puñales, martillos, prensas, líquidos corrosivos, hogueras y fraguas con soplete. La muñequita está sugestionada, y mientras no haga lo que la sugestión le prescribe, ni el diablo mismo puede acabar con ella.

XIV.

Por ser recuerdo de su padre y regalo de la persona tan distinguida que le favoreció y protegió, y asímismo porque la muñequita era primorosa en comparación de las que entonces se fabri-

caban, Calitea le tomó mucho cariño, y la colocó sobre el bufetillo que tenía en su alcoba. En los ratos de ocio se deleitaba en contemplarla, esperando tal vez que de pronto descubriese alguna habilidad ó hiciese alguna gracia. Pero en balde: la muñequita no tenía cuerda, ni mecanismo interior; era inerte y muda, y no sabía cerrar y abrir los ojos, ni decía *papá* y *mamá,* como las muñecas de ahora. Calitea no dejaba de reconocer esta sosería, pero estaba prendadísima de la muñeca.

Su extraño aspecto y el venir de las manos del doctor Teódulo dieron muy mala espina á doña Eduvigis, no bien se informó de todo. Viendo además lo que gustaba Calitea de la tal muñeca y lo mucho que la miraba, doña Eduvigis se alarmó doblemente, y no tardó en contar cuanto sabía sobre el caso á su confesor D. Prudencio.

Este se puso las manos en la cabeza lleno de terror.

—Es lástima—decía—que una niña tan santita, tan honrada y tan virtuosa, se exponga á perder su alma por tratarse con herejes, con brujos y con griegos, que casi es peor. Los griegos son embusteros y traidores. *Timeo danaos et dona ferentes,* lo cual significa que nadie debe fiarse de los griegos ni aceptar sus regalos. Ese doctor Teódulo debe de ser tan pérfido como Sinón; y, no lo dudes, así como en el caballo de Troya estaban ence-

rrados Pirro, Ulises y otros crueles guerreros que causaron el incendio y la ruina de aquella famosa ciudad, en esa muñequita hay encerrada una legión de demonios.

—¡Ave María purísima!—dijo doña Eduvigis, santiguándose y muy asustada.

—No te asustes, noble amiga—repuso D. Prudencio.—Yo exorcisaré la muñequita endemoniada y le sacaré del cuerpo los malos.

Después se puso á reflexionar: se dió una palmada en la frente, é hizo esta pregunta:

—Pero ¿no me dijiste que la muñequita es obra del mago Criyasacti?

—Sí que lo dije.

—Pues entonces mis exorcismos no bastan. La muñequita no es sólo hormiguero de diablos, sino amasijo de abominaciones y quinta esencia de los siete pecados mortales. *¡Delenda est Carthago!* ¡Anatema! ¡Anatema! Es indispensable destruir la muñequita, romperla, arrojarla al fuego, achicharrarla y aniquilarla.

Poco tardó doña Eduvigis en convencerse de necesidad tan clara y tan urgente.

—Seamos—decía á D. Prudencio—los destructores de este ídolo, de esta imagen de una falsa divinidad indiana que se nos ha metido en casa de rondón. Pero importa hacerlo sin que se entere Calitea, que no lo consentiría.

—Llámame—dijo él—cuando Caliiea esté dormida. Yo vivo muy cerca; vendré volando, y exterminaremos la muñeca.

Aquello fué una muy sigilosa conspiración, en la que fácilmente pudo conseguirse que la cocinera también entrase.

Concertado todo, ocurrió, á los dos ó tres días, que la pobre Calitea se quedase velando hasta el amanecer para acabar de bordar una magnífica dalmática que le habían encomendado con mucha priesa.

Como cayó en la cama rendida de cansancio, su dormir era profundísimo y prometía durar hasta las diez ó las once de la mañana.

Á las siete acudió D. Prudencio, llamado por la cocinera.

Sin pérdida de tiempo; provista doña Eduvigis de una vela encendida para ver sin abrir la ventana; armada la cocinera de las tenazas y el clérigo escudado por el Breviario, los tres conspiradores entraron en silencio y de puntillas en la alcoba de Calitea. Alumbró doña Eduvigis el lugar del bufetillo en que estaba la muñeca; la cocinera cogió la muñeca con las tenazas, desplegando la agilidad y prontitud que tenía para coger ratones; y, hecho esto, se salieron todos de la alcoba, sin despertar á la joven, cerrando la puerta sin ruido, y llevándose la muñeca á la cocina.

Allí, la cocinera, que era robusta, empuñó la maja del almirez y descargó sobre la muñeca golpes furibundos; pero, ¡oh maravilla!, la muñeca no se quebró, ni se deformó, ni se abolló siquiera.

–¡El cuchillo! ¡Emplea el cuchillo! – gritó don Prudencio, que se había quedado lejos, por lo que pudiera ocurrir, y diciendo para su capote: *quî amat periculum in illo perit.*

Tomó la cocinera el cuchillo, asestó con todas sus fuerzas una puñalada al corazón de la muñeca, y la hoja de acero saltó como vidrio, quedando incólume aquel enorme *átomo*, creación estupenda de Criyasacti.

–¡El hacha! ¡El hacha de cortar leña! – exclamó Doña Eduvigis, dominada ya por el furor de tan descomunal combate.

La cocinera, no menos furiosa, agarró el hacha con ambas manos y sacudió un diluvio de hachazos sobre la muñequita, que yacía por el suelo, inerte, sufrida y callada. Lo único que se logró fué que el filo del hacha se mellase y que el mango se hiciese astillas.

Aquella pasiva y estoica resistencia, aquella virtud conservadora, depositada allí por la prepotente voluntad de Criyasacti, infundió mayor asombro en los que anhelaban destruir la muñeca que si hubiera salido de su seno una tempestad de truenos y de relámpagos.

Á la cocinera, que aun tenía el cabello negro como la endrina, empezaron de súbito á salirle canas; las pocas que alrededor de la calva le quedaban á D. Prudencio, se le pusieron tan tiesas que parecían las púas de un erizo; y doña Eduvigis daba diente con diente, tiritaba con el frío de la calentura, y temblaba como si viniese de las minas del azogue. La cocinera, sin embargo, tenía mucho denuedo y estaba ansiosa de vencer.

Trajo, pues, un trozo gordo de encina, multitud de palitroques y un manojo grande de secos sarmientos, los echó en la chimenea, y avivó y fomentó el fuego. La leña chisporroteaba y crujía, levantando llamas como colosales serpientes.

Volvió entonces aquella heroína á coger la muñeca con las tenazas y la plantó en el centro de las llamas.

Pocos minutos después, las llamas expelieron la muñeca, lejos y con violencia tamaña que la hicieron caer sobre la cabeza de D. Prudencio, quien se desmayó pusilánime. Por dicha, la cocinera, que no perdió la sangre fría, acordándose de que había nacido en Viernes Santo, y de la virtud terapéutica, que, según creencia popular inveterada, tiene toda mujer que nace dicho día en el zapato del pie izquierdo, se quitó el suyo y le aplicó en las narices al paciente. Apenas éste le olió cuando se recobró del síncope.

La muñeca no le había hecho más daño que un chichón muy pequeño. La muñeca continuaba inofensiva; pero había salido del fuego entera y sana como antes. En lugar de tener tizne, relucía con mayor limpieza.

Pasado este breve incidente, los tres conspiradores, inspirados por idéntica idea, dijeron á la vez:

—¡Echémosla al pozo!

—No era riachuelo el que corría entonces por su fondo; era impetuoso torrente, formado por las nieves que en las próximas montañas se derretían.

La intrépida cocinera llevó, pues, al pozo la muñeca, y sin compasión la arrojó en él.

Doña Eduvigis y D. Prudencio, reanimados ya, inclinándose sobre el ancho brocal, y con los espejuelos calados, fueron testigos oculares y pudieron dar fe de que la muñeca cayó en el agua, y fué arrebatada por la rapidísima corriente.

Doña Eduvigis dijo:

—De seguro que no para ya hasta la mar.

—Hasta el Averno, has de decir—enmendó don Prudencio—porque de allí ha salido, y porque (según sentencia, no tengo bien ahora en mi perturbada memoria si del profano ó del Apóstol) *facilis est descensus Averni.*

XV.

La pérdida de la muñequita dió ocasión á Calitea para acreditarse más que nunca de prudente, discreta y sufrida. Conoció que toda la culpa era suya, por no haber puesto á buen recaudo á la muñequita, encerrándola bajo llave, y no se quejó ni se enojó contra persona alguna. Doña Eduvigis y D. Prudencio trataron de hacerle creer que como la muñequita era cosa de hechicería ó de magia, el diablo había venido por ella y se la había llevado. Calitea aparentó creerlo para no disputar; pero harto comprendió que los raptores habían sido el clérigo y su madre. La sana intención con que ambos habían procedido, era, sin embargo, tan evidente, que Calitea, en el fondo de su alma, los perdonaba; y considerando el negocio desde el punto de vista de ellos, les daba la razón.

No impedía esto que doliese mucho á Calitea haber perdido aquel precioso juguete, legado y recuerdo de su padre, y presente y obra de sabio tan eminente y benéfico como Criyasacti.

La muñeca la había tenido embelesadísima, pero nunca esperó nada de la muñeca. El chiste, que en ella estaba oculto y comprimido, y que, según el doctor Teódulo, había de estallar en el momento más oportuno é inesperado, podría divertir un

rato su tristeza, pero jamás arrancarla de su pecho y darle felicidad, haciendo bien logrando su amor, de cuyo objeto la separaba un abismo.

En suma, Calitea sentía la desaparición de la muñeca, no por interés, no porque esperase de ella favor y ventura, sino por cariño á su padre, por gratitud al mago indio, y algo también por cierta curiosidad, que ya no podría satisfacer, de ver la explosión del chiste.

El doctor Teódulo le había explicado que, si bien Criyasacti no trabajó nunca para divertir á nadie, ni empleó su raro saber como medio de granjería, á veces, en ratos de buen humor, había fabricado (encajando siempre al fin una severa lección moral) ciertos artificios que, cuando menos se pensaba, largaban un chiste. Á tales artificios llamaba él en su lengua india, que era el sanscrito, ó, como dicen otros, el sánscrito, *cápsulas chistosas*. La mejor de estas cápsulas hubiera sido la muñequita, si no se hubiese perdido.

Oigamos ahora lo que dijo el doctor Teódulo, cuando visitó á Calitea y Calitea le dió noticia de tamaña desgracia.

Es materia muy substancial, y conviene que se oiga ó se lea con atención y paciencia.

El doctor Teódulo dijo:

—Lo ocurrido me aflige extraordinariamente. Aunque me conste que nadie pudo romper, que-

mar ó destruir la muñequita, doy por seguro que D. Prudencio la ha sepultado en las entrañas de la tierra ó la ha echado en el pozo, desde donde la corriente se la habrá llevado al fondo del mar. Criyasacti preveía y calculaba mucho; pero, ¿calculó y previó tu inmenso descuido y la inverosímil y atrevida simpleza de D. Prudencio? Si no contó con estos datos; si, como yo me inclino á sospechar, dejó este cabo suelto, toda su previsión será inútil; su artificio maravilloso no nos servirá de nada. Acaso, por no poder cumplir el mandato imperativo de su autor, se quede la muñeca en los recónditos lugares donde ha ido á parar, sin que se desbarate ni afloje la invencible y apretada trabazón de sus moléculas, hasta la consumación de los siglos. Acaso el mandato de Criyasacti y la cohesión, su efecto, tengan por término el de tu vida, y la muñequita, permaneciendo inerte y sin gracia, se deshaga y muera, ¡oh Calitea!, sólo cuando tú te mueras. Acaso, por útimo, la muñequita dispare, un día, su chiste, sin resultado ni lucimiento, como saeta que no toca en el blanco á causa del imprevisto empujón que algún tonto ó algún mal intencionado da en el brazo al hábil flechero que está haciendo la puntería. Pero, ¿qué sabemos? La ciencia de intro-inspección posee recursos que nosotros, profanos ó aprendices, no alcanzamos á concebir. El que es docto en esta ciencia, allá en lo

hondo de su mente, ve el mundo de las ideas, del que es remedio el mundo visible, y le ve tan claro y tan sin limitación de lugar y de tiempo, que lo mismo nota lo que está en fanal cristalino que lo emparedado en espeso muro ó embutido en otro cuerpo opaco; lo mismo contempla lo que se pierde ó apenas se columbra en lo más remoto de los cielos, que lo que se pone encima de las narices, y lo mismo que lo presente descubre lo venidero con todas sus menudencias, porque la marcha tortuosa de los casos está señalada en su espíritu como en el mejor mapa el sesgo curso de los ríos. Al discurrir así renace mi esperanza. Nada tiene de imposible ni de sobrenatural que Criyasacti lo previese todo, incluso la tontería de D. Prudencio, haciéndola entrar en sus planes.

—Pero ¿qué planes serían esos?—preguntaba Calitea.

El doctor contestaba siempre que los ignoraba.

Otras veces, Calitea, dejándose influir por lo que oía á D. Prudencio, recelaba que fuesen diabólicos el saber y el poder de Criyasacti, ó dudaba de la grandeza de tal poder y de tal saber, si eran meramente naturales y humanos.

El doctor Teódulo entonces insistía en las razones que ya había aducido ó empleaba otras nuevas.

—No lo dudes, hija—exclamaba;—la intro-inspección es el mejor método, la vía recta, la trocha

y el atajo para llegar á la ciencia. El que se reconcentra en sí mismo, aquieta ó mata sus pasiones y se abstrae del mundo exterior, lo ve todo en sí ó lo ve casi todo, y hace luego cuanto se le antoja. Por eso aquel célebre filósofo de mi tierra, llamado Demócrito, á fin de verse en lo interior con fructuoso recogimiento, cuentan, aunque algo puede haber en ello de ponderación simbólica, que se sacó los ojos. Quiso perder la vista material y grosera para adquirir la *segunda vista* y ser zahorí y adivino. Y por lo que toca al poder que la intro-inspección otorga, los sabios de la gentilidad greco-romana le han reconocido, é igualmente le reconocen y acatan varios sabios cristianos, de estos que se apellidan escolásticos, adelantándose á todos Alberto Magno, que hoy vive. He de confesar, no obstante, que de la ciencia de intro-inspección apenas hay hasta ahora algunos atisbos en Europa y en el Occidente de Asia. En Europa acaso empiece á florecer dentro de siete siglos. Donde florece hoy es en la India, desenvolviendo en quien la estudia lo que llaman *fuerza psíquica,* que todo lo puede. Te citaré lo que acerca de esta fuerza dice el médico árabe Avicena, que estuvo en la India, á lo que yo creo. Tal vez exagere un poco; pero asegura que el alma santificada y limpia de pecado adquiere tales bríos, merced á las intro-inspectivas meditaciones, que, sin chispa de milagro, sino natura-

lísimamente, alborota los elementos, atrae á torrentes la lluvia, amansa ó desencadena los vientos y promueve tempestades que truenan y que fulminan. No sostiene, á la verdad, haber presenciado todo esto; pero, en prueba de lo que puede la *fuerza psíquica,* aun ejercida desde lejos, da testimonio de la caída de un camello, que un hombre, dotado de dicha fuerza, derribó á cien pasos de distancia, sólo con decir quiero derribarle. En confirmación de lo cual, habla el ya mencionado Alberto Magno de dos muchachos, conocidos suyos, contra quienes no valían candados, ni cerrojos, ni llaves, porque con la voluntad y sin toque corpóreo abrían de par en par las puertas más sólidas y mejor cerradas. Se explica este poder del alma en la materia, sobre todo si el alma es la de un sabio, porque, no bien forma ésta algún propósito, cuando produce, en lo más sutil y puro de la sangre del cuerpo que anima, ciertos espíritus alambicados, ó, más bien, ciertos globulillos tenues, etéreos é incoercibles, que se mueven con más velocidad que la luz y se cuelan por todas partes. El sabio envía luego estos efluvios á donde mejor le parece, les manda que allí se instalen y no cesen de operar, sin perder energía, hasta que se cumpla su voluntad, que fermenta y se agita, incorporada en ellos. Así, pues, si en la muñequita, y yo no lo dudo, hay efluvios de Criyasacti, aun

es posible que dé la muñequita razón de quién es, cuando más descuidados estemos.

Calitea oía estas cosas con la atención que merecen, y se enteraba bien de ellas, porque era muy lista; pero ya dudaba de todo, ya creía algo, ya no creía nada. Lo cierto es que no tenía grande afición ni á las ciencias ocultas ni á las paladinas.

El arte era su refugio, su deleite, y su único amor bien pagado.

Ya no era ella la modesta costurerilla de años atrás, sino una artista de primer orden y de excelsa nombradía: la más admirable bordadora de su siglo.

XVI.

D. Hermodoro, después de su trastada, andaba huído, como se dijo, y no quería, de puro miedo, ver á Calitea; pero seguía prosperando con su comercio, y tenía lo que llaman en los países del Norte de Europa tienda abierta de *galanterías*.

No se escame ni se escandalice el pío lector, porque no es nada malo. En los indicados países, donde yo resido al presente, así como del que vende especias, confites, roscos, pastelillos, y hasta salchichas, se dice que vende *delicadezas,* del que vende ricas telas, figuritas y vasos de porcelana y de bronce, y demás pequeños objetos de

arte para adorno de los salones, se dice que comercia en *galanterías*. La mejor tienda de esta clase que, por ejemplo, hay ahora en Viena es la de Weidmann, y la mejor tienda que de lo mismo había entonces en la ciudad teatro de mi historia, era la de D. Hermodoro. Allí se veían lujosos cofrecillos, esmaltes de Limoges, pebeteros y puñales de Damasco, tapices de Esmirna y de Persia, guadamacíes y otros cueros labrados en Córdoba y en Tafilete, jarrones y copas de ataujía toledana, cristalería de Venecia, mosaicos de Bizancio, bandejas repujadas, y quién sabe cuántas monerías y caprichos. No había artículo de alta novedad que allí no se encontrase. Las principales señoras acudían, pues, engolosinadas á verlos y comprarlos. La parroquiana más asidua era la duquesa, que ya conocemos, mujer del virrey y amiga del rey, la cual no se cansaba de comprar primores para hermosear cada vez más el gabinetito ó *boudoir* en que tenía con su majestad *egerianos* coloquios.

D. Hermodoro, que era muy experto, conociendo la merecida reputación de Calitea, se entendía con ella, sin dar la cara, por medio de sus agentes y corredores, y hacía más de un año que le había encargado bordar dos reposteros en los que echase el resto, luciendo toda su habilidad. En ellos había de haber algo alegórico que redundase en

alabanza del rey, pero la traza ó dibujo del bordado quedaba al arbitrio de la artista.

Inspirada ésta, se puso á bordar, y bordó dos verdaderos prodigios. Amplia cenefa, formando cuadro, lo contenía todo. Sendos festones oblícuos cortaban los ángulos. Cenefas y festones eran en un repostero de verdes hojas de laurel y de robusta encina con bellotitas de oro, y en el otro guirnaldas de mirto y rosas. En los centros había medallones ovalados. Calitea quiso figurar en el primer repostero la grandeza militar y política de la monarquía, y su prosperidad económica en el segundo. Así es que llenó respectivamente los espacios cerrados por los festones con las imágenes de las virtudes cardinales y de los genios de la agricultura, de la industria, del comercio y de las artes. Servía de sostén á un medallón el águila bicípite, con las alas extendidas y un manojo de rayos en cada garra, y le coronaba la Fe. El sostén del otro medallón era un toro, y la corona dos cuernos de abundancia, que derramaban un diluvio de racimos de uvas y de otras frutas. Este diluvio comestible caía por fuera del óvalo. En el otro repostero había estrellas y luceritos en lugar de uvas. En fin, en uno de los medallones del centro figuró Calitea á San Miguel con el Diablo encadenado, como estaba en la catedral, y un letrero que decía: *Gracias al Arcángel su patrono;* y en el otro me-

dallón representó á la Fama é inscribió por letrero: *Gloria al Rey.* Lo último que bordó Calitea fué la figura de la Fama, y era tal la impresión que había producido en su mente la muñequita, que hizo su retrato con asombroso parecido.

D. Hermodoro pagó con esplendidez aquel trabajo magistral, pero le vendió en seguida en triple precio. La duquesa le vió; al verle, se quedó bizca de admiración; dió sin regatear lo que don Hermodoro tuvo á bien pedirle por él, y mandó que se le llevasen sin tardanza á su casa-palacio.

El Rey, que iba entonces casi diariamente á visitar á la duquesa, pudo admirar y admiró aquel mismo día los dos reposteros colgados ya en el *boudoir.*

Preguntó quién era el artífice autor de tan bella obra, y la duquesa contestó que una tal Calitea.

Al oir aquel nombre necesitó D. Miguel de todo su disimulo y presencia de espíritu para ocultar su turbación y hasta las mal reprimidas lágrimas, que llegaron á humedecer sus párpados. Su conversación con la gran dama fué más breve y menos cariñosa que de costumbre, y pronto se volvió á palacio bastante preocupado.

Aquella noche no pudo pegar los ojos hasta tarde. Mil memorias é ideas agridulces le tuvieron desvelado.

Pensó en el talento, en la hermosura, en la ho-

nestidad y en la constancia de Calitea, y se avergonzó de la vida que llevaba él hacía más de tres años.

Al fin se durmió; pero le molestó, en su intranquilo dormir, aflictiva serie de extravagantes ensueños. Ya era él, y no Lucifer, el sujeto á quien el San Miguel de uno de los reposteros tenía encadenado á sus plantas. Ya se animaba la buena Fama representada en el otro repostero, y le miraba con ojos amenazadores.

Tan nervioso é inquieto despertó el rey por la mañana, que sintió deseos de hacer ejercicio para calmarse. Salió, pues, muy temprano á caballo, acompañado solamente de Leoncio.

Al pie del regio alcázar, edificado en una altura, se extendía el magnífico parque. Fuerza es confesar, aunque pese á nuestro patriotismo, que su arbolado era más frondoso y rico que el de la Casa de Campo de Madrid. Nada tenía que envidiar al de los bosques de Lacambre y Boulogne en Bruselas y París, ni al del jardín inglés de Munich, ni al del Prater de Viena.

Aquel parque no estaba abierto para el público sino en los días festivos. En los demás días todo era en él soledad y silencio.

Leoncio se quedó muy atrás. El rey pudo, mientras cabalgaba por los sitios más umbríos y agrestes, dar rienda suelta á sus cavilaciones.

Éstas, merced á una moral laxa, algo acomodaticia y muy bien aplicada, tuvieron un resultado tranquilizador y satisfactorio.

„Calitea – pensaba y decía el rey para sí – hubiera sido, si por casualidad no llega á conocerme, una mujer honradísima, pero ni más ni menos que otras muchas mujeres honradas. Sin duda se hubiera casado con algún hortera ó con algún sastre. Yo la levanté de cascos. El amor que me inspiró y que tuve la dicha de inspirarle, ennobleció y elevó su espíritu y la hizo capaz de ser un modelo de virtud y una artista gloriosa. Luego, bien mirado, no hay que compadecer á Calitea, ni declararme yo con culpa, ni en falta. Ella es quien debe estarme agradecida. Cuando la divina Providencia nos puso en tan apartadas esferas sociales, es evidente que quiso que fuesen pasajeras nuestras relaciones. Además, ¿qué he de hacer yo para reanudarlas? La moza es tan arisca, que mostrarle de nuevo mi ternura sería exponerme á mayores desaires y sofiones. Con Calitea estoy de sobra cumplido. De lo que me culpo es de no imitar su ejemplo. Mi poder santificante, purificador y sublimador se ha ejercido en ella... ¿Por qué no ha de ejercerse también en mí mismo? Vamos... está visto. Es menester que yo me enmiende. Lo primero que voy á hacer es señalar una buena pensión á la cantarina siciliana, y enviarla con la música á otra

parte. Es tan desvergonzada la tal cantarina, que es un foco de inmoralidad que lo inficiona todo. En cuanto á la duquesa, ya es harina de otro costal. ¡Qué dignidad en medio de todo! ¡Lo que sabe! ¡Cuán atinados consejos los suyos! Nada... no es posible que yo me prive por completo de su útil y dulce conversación y de su afable trato. Pero es una crueldad que el pobre virrey, que está ya viejo y achacoso, viva sólo en su virreinato, sin mujer que le consuele, le cuide y le mime. Haré que la duquesa se vaya largas temporadas á acompañar y á cuidar á su marido, sin perjuicio de que venga por aquí de vez en cuando á charlar conmigo y á prestarme el auxilio de sus luces. Yo, entre tanto, debo corregirme: cambiar de vida. Mi madre, mis consejeros más fieles y los próceres del reino me excitan á que me case. Cederé á la razón de Estado. Me casaré. El rey Erico de Suecia está deseando que le pida yo la mano de su hija mayor, princesa rubia, fina y estimable como el oro. Mi madre lo tiene ya todo concertado, y yo lo he ido retardando hasta hoy. No lo retardaré más. Enviaré á escape á mis embajadores para que celebren la boda por poderes y me traigan á la futura.“

Así lo arregló todo D. Miguel, y su espíritu se quedó muy sereno; pero como era á mediados del mes de Agosto, hacía calor, y aquella meditación había sido al trote y al galope de un fogoso caba-

llo, el rey estaba sofocadísimo y con ganas de bañarse.

En lo más esquivo y retirado del bosque había un pequeño y bonito lago. Sus aguas eran frescas y cristalinas. La profundidad grande. Los árboles que en la orilla crecían le daban grata sombra.

Allí decidió el rey bañarse: envió á Leoncio por ropas al alcázar, que estaba cerca, y confiando su caballo á un guarda, se desnudó en la casita donde el guarda moraba, y se echó al agua, nadando con deleite.

Dejémosle que nade. Ni él ni nadie hubiera podido prever que aquella natación iba á ser el momento más solemne y decisivo de toda su existencia.

XVII.

Al día siguiente, y al toque de ánimas, cuando el doctor Teódulo cenaba descuidado en su casa, llamaron con precipitación á la puerta. Abrieron, y entró á hablar al doctor un gentilhombre de su majestad que le traía un recado urgente. Según lo que dijo, el rey estaba en cama, enfermo de algún cuidado. El día anterior le habían traído de bañarse en el parque, tendido en una camilla. Los médicos más hábiles habían estado á visitarle. Todos se reconocieron incapaces, no sólo de curar, sino de clasificar y explicar su enfermedad, inau-

dita y nunca observada antes. Sobre sus síntomas y circunstancias se callaban los doctores. El rey les había ordenado que guardasen secreto. Sólo dejaban entrever que en el mal había hechizo; y así, en una consulta que acababan de celebrar, habían declarado unánimes, que el único que podría curar al rey era el doctor Teódulo, famoso en toda la ciudad por sus curas, hasta el extremo de que le apellidasen el octavo sabio de Grecia, y que además tenía sus puntas y collar de hechicero.

El gentilhombre venía, pues, en busca del doctor Teódulo.

De parte del rey le pidió que sin dilación le acompañase.

Breves instantes después el doctor estaba en palacio, y en la misma estancia donde yacía el rey en su lecho.

Allí hicieron entrar al doctor sólo y con cierto recato.

Hechos los saludos y reverencias que entonces se estilaban, el doctor contempló la hermosa cara del rey, y vió resplandecer en ella toda la saludable lozanía de la más robusta juventud; le miró la lengua, y la halló limpia; le tomó el pulso, y notó que le tenía fuerte, regular y pausado.

—¡Majestad!—preguntó luego el doctor,—¿Tienes buen apetito?

—Devoro—contestó el rey.

—¿Te duele algo?—volvió á preguntar

Y replicó el rey:

—No me duele absolutamente nada.

—Entonces—dijo el doctor, con la franqueza que le era propia,—tú no tienes mal ninguno; estás mil veces más sano que yo y que todos.

—¡Ay, ay!—exclamó el rey, exhalando dos ó tres amargos suspiros.—Lo que yo tengo no me duele mientras no intentan quitármelo; pero me estorba si no me lo quitan. Está en molestísimo sitio, y no me suelta ni se desprende. Es una máquina infernal que me han disparado. Es un monstruo, submarino ó acuático, que me mordió ayer en el baño. No me deja andar ni montar á caballo, ni estar sentado, ni vestirme, como no me ponga un balandrán ó una bata muy ancha. Los más terribles instrumentos punzantes, cortantes, perforantes y triturantes, no han valido contra este fenómeno; no han podido descascararle siquiera. Y lo peor es que mis vasallos se van á burlar de mí, si lo saben, y me van á llamar el rey con apéndice. ¡Mírale, mírale!

Y el rey se volvió y dejó ver al doctor la pícara muñequita, creación pasmosa de Criyasacti.

—*¡Eureka, Eureka!*—gritó el doctor, repitiendo la ovante y jubilosa palabra de su compatriota Arquímedes.—La previsión de Criyasacti ha sido

completa. ¡Todo ha entrado en sus sapientísimos planes!

Entonces explicó al rey, en breves frases, cuanto había ocurrido con la muñeca; la sugestión que había puesto en ella el sabio indio, ignorada por él y por todos hasta aquel momento; y como el presbítero y doña Eduvigis habían arrojado la muñequita al pozo, desde donde ella se vino al lago. Consoló, por último, al rey; le dijo que no se apurase, y le prometió que, á la mañana siguiente, á las ocho en punto, traería él á palacio el indefectible y pronto remedio de aquella incómoda molestia.

Bien sabía el doctor Teódulo lo que se pescaba. Conocidos ya el giro y cariz que tomaba el asunto y la conducta que iba observando la muñeca, lo demás se caía de su peso. El doctor percibía con claridad el designio de Ćriyasacti. Sólo Calitea tenía poder para deshacer aquel hechizo, y él no dudaba de que Calitea no se haría de pencas, seguiría sus instrucciones y socorrería á su dulce amigo en cuita tan ominosa.

En efecto, al otro día, y con la mayor puntualidad, á la misma hora que el doctor había anunciado, se abrió con suavidad la puerta de la alcoba del rey, volviendo á cerrarse en seguida; pero dejando entrar un bulto negro, que con pasos vacilantes se dirigió hacia la cama.

El lector habrá adivinado que el bulto era Calitea. El rey, que no era más tonto que el lector, o adivinó también. Calitea no intentaba disfrazarse ni hacer el bú, sino que de puro pudorosa quiso venir de tapadillo y muy rebozada en su manto.

No pronunció palabra. Tampoco chistó D. Miguel, si avergonzado de la situación en que se hallaba, satisfecho y alegre de la caritativa visita.

Adoctrinada é industriada Calitea por el doctor Teódulo, se acercó al lecho, hizo un esfuerzo de voluntad para vencer su virginal timidez, introdujo la diestra por entre las sábanas, buscó y halló la muñeca, la cogió por la peana, y dió un tironcito.

No fué menester más. *La Buena Fama*, dócil y obediente, soltó la presa, sin lastimar ni mortificar.

Calitea la sacó con prontitud y la puso en un velador que había en el centro de la grande y regia alcoba; pero D. Miguel había asido á Calitea por un pico del manto, de suerte que, al apartarse, el manto se le cayó, y quedó ella en cuerpo gentil, en mitad de la estancia. D. Miguel pensó que se abría el cielo y que veía algo de lo más hermoso que hay por allí. Calitea estaba floreciente, luminosa, divina. El puro rosicler de la vergüenza encendía su rostro, y nada valían, comparadas con ella, todas las cantarinas y todas las mujeres galantes del mundo.

Al mismo tiempo, ¡oh nuevo milagro de Criya-

sacti! ¡Oh fonógrafo anterior y superior al de Edison! La muñeca se puso á tocar la trompetilla. Era menor que un pito y sonaba más que un órgano. ¡Y qué admirable sonata triunfal y amorosa! Vencía por su dulzura al duetto de Mozart entre don Juan y Zerlina, y se levantaba, por el entusiasmo y la riqueza de pasión y de conceptos, sobre el himno sinfónico de Wagner, cuando, en *La Walquiria,* vuelve la primavera, vence y reina Amor, y Siglinda y Sigmundo se abrazan. La sonata de la trompetilla sólo podía compararse á la música celestial que oía Pitágoras en sus arrobos; á la armonía de las esferas, que, atraídas por el primer móvil, se agitan en arrebatada consonancia.

Calitea y D. Miguel se quedaron también arrobados oyendo aquella música.

No bien la música cesó, Calitea, como si volviese de un sueño, sintió lo difícil, arriesgado y poco decoroso de su permanencia allí y huyó despavorida.

En la antecámara la estaba aguardando el doctor Teódulo, y con él se volvió á su casa.

XVIII.

Don Miguel saltó de la cama, saludable, gallardo y apuesto, como si no hubiera habido apéndice ni mordedura. Se lavó y se vistió con el mayor esmero, pero á escape y sin dar barzones.

Su actividad era extraordinaria, como la de quien tiene un proyecto importantísimo que anhela realizar cuanto antes.

Convidó al arzobispo y al notario mayor del Reino para que viniesen á almorzar con él: citó para las tres de la tarde á muchos personajes y damas, y dió otras mil disposiciones.

Pronto cundió por todo palacio que el rey estaba ya restablecido y preparándose como para una fiesta. La reina y las infantas acudieron á verle, muy satisfechas y gozosas.

Cuando el rey vió á toda la familia real reunida en su cuarto, sin poder contenerse, porque era vehementísimo, dijo todo lo que sentía y deseaba: que su gratitud y su amor eran invencibles: que sólo Calitea merecía ser reina; que estaba arrepentido y contrito de su mal proceder con ella; y que iba á enmendarlo todo.

—Madre—añadió—hoy mismo me caso.

La reina y las infantas se enteraron al punto de que la novia era una costurera, y tuvieron á don Miguel por loco de atar.

Las infantas se callaron por el mucho temor y respeto que al hermano tenían; pero la reina madre habló con entereza, oponiéndose á tan extravagante disparate, que enojaría y agraviaría á la princesa sueca, y que avillanaría al rey y le haría el ludibrio de los otros soberanos, de la nobleza y de

la misma plebe, que gusta de que la sangre de sus príncipes se conserve pura.

La contestación que dió D. Miguel á los argumentos maternales fué la perorata más bella que es posible concebir. Yo no me atrevo á reproducirla. Para hacerlo digna y fielmente necesitaría yo de la facundia, de la imaginación poderosa y de los bríos oratorios de mis amigos Emilio Castelar y Alejandro Pidal, gloria de la tribuna española. Don Miguel era elocuente como ellos, y como ellos se movía, se exaltaba y manoteaba. ¡Con qué abundancia de citas históricas ilustró su razonamiento! Cuando el rey Asuero, por ejemplo, se casó con Ester, que era una muchacha cualquiera de un pueblo vencido, humillado y esclavizado; cuando el emperador Justiniano, tan ilustre por sus Códigos y sus conquistas, se dejó conquistar por la comedianta Teodora, que hacía en público teatro tales horrores que tienen que quedarse en griego y nadie se atreve á traducirlos de Procopio, ¿por qué no había de casarse D. Miguel con una niña modesta, castísima y pura?

En suma, D. Miguel habló tan bien, que, si no dejó convencidas á su madre y á sus hermanas de que convenía que él se casase con Calitea, las dejó convencidas de que era maravilloso orador, y de que tenían ellas que aguantarse y que aceptar á Calitea por nuera y por cuñada.

Por dicha, al ir á terminar su discurso, en toda la fuga y calor de la improvisación, D. Miguel, que iba de un lado para otro y accionaba vigorosamente, acertó á ponerse cerca del velador, donde estaba silenciosa é inmóvil la muñequita, y le dió tan feroz manotada, que la muñequita cayó rodando por el suelo.

La sugestión de Criyasacti había tenido enganchadas y trabadas todas las partecillas de materia prima de que constaba la muñeca; pero, cumplida ya la sugestión, la *fuerza psíquica* de Criyasacti carecía de objeto, y hubo de desvanecerse. La muñeca quedó, pues, como muñeca ordinaria, fabricada de barro poroso y quebradizo, idéntico al de las alcarrazas de la Rambla ó Andújar. Nada más lógico, por consiguiente, que la transformación de la muñequita, al caer por tierra, en multitud de tiestos.

Pero Criyasacti no hacía las cosas á medias. La muñeca, que había sido arma, era también alcancía y archivo, porque encerraba un tesoro, no de moneda, sino de documentos inéditos. De su hueco y roto vientre salieron, desparramándose, dos ó tres docenas de pergaminos manuscritos.

El notario mayor del reino había venido ya á almorzar, y de real orden se puso inmediatamente á estudiarlos. Lo que resultó de su estudio es de tal importancia, que merece, pide y exige capítulo

aparte, donde empecemos por poner al lector en autos de ciertos antecedentes históricos.

XIX.

El bisabuelo de D. Miguel fué uno de los más prudentes y astutos monarcas de su época, y se dió tan buena maña, que consiguió anexionarse un reino vecino casi tan grande como el que él había heredado. Así se redondeó y formó una poderosa y doble monarquía. Pero, según dice muy bien el reverendo Padre Isla, al hablar de un suceso semejante, en su Compendio de Historia de España en verso:

Trozos son de los padres ó pedazos
Los hijos, cuando no son embarazos.

Este rey de que hablamos tuvo dos hijos gemelos, á quienes amaba tan por igual que no pudo decidirse á desheredar al uno para que reinase sólo el otro. Deshizo, pues, la obra de toda su vida, volvió á dividir los reinos, y dejó, á su muerte, á cada uno de sus hijos sentado en un trono.

Pronto el abuelo de D. Miguel, que era el más ambicioso de los dos reyes, prescindió de los afectos de familia, y movió guerra y destronó á su hermano, el cual murió peleando denodadamente en una sangrienta y reñida batalla. La reina viuda,

que estaba recién parida, murió de sobreparto con ocasión de tantos infortunios, precisamente cuando entraba en triunfo en la capital su descastado hermano político.

Éste se apoderó del reyecito, huérfano de padre y madre y destronado á poco de nacer, y, deseoso, sin que le comparasen á Herodes, de evitar para lo futuro rebeldías y pronunciamientos, mandó que á aquel niño le educasen en un convento, con el propósito de que, en vez de la púrpura, vistiese la cogulla. Pero el hombre propone y Dios dispone. El niño salió más mundano y travieso que reposado y devoto. Era, como vulgarmente se dice, de la piel de Barrabás. Inútil fué la vigilancia de que le rodeaban. El regio novicio ahorcó los hábitos y logró escaparse del convento antes de cumplir diez y ocho años. En balde fueron investigaciones y pesquisas. Nadie volvió á saber jamás de su paradero.

Ahora bien; los pergaminos examinados por el notario mayor, probaban con evidencia que el regio novicio huído había tomado el nombre de don Adolfo, había militado en reinos extraños, y singularmente en Tierra Santa, y, por último, había estado en la India.

Jamás le faltaron ganas y arrojo para vengar á su padre y recuperar la corona; pero siempre le faltaron dineros. Nadie quería prestarlos al caba-

llero de la Bolsa vacía. Sin recursos, pues, le fué imposible levantar parciales en su país natal, donde la mayoría del pueblo era adicta á la rama reinante, que gobernaba con tino y ventura.

Cuando Criyasacti leyó á D. Adolfo su testamento, dejándole por universal heredero, D. Adolfo formó el plan de acudir como pretendiente y de mover guerra en su patria; pero Criyasacti abominaba, en general, de la efusión de sangre, y, muy singularmente de las guerras civiles, é hizo jurar á su protegido, so pena de desheredarle, que había de seguir ocultando su origen y su condición hasta á su mujer propia, cuando se casase, y que no habia de aspirar al trono. D. Adolfo, en la mísera esclavitud en que se hallaba, no tuvo más remedio que prestar aquel juramento. Entregó, además, á Criyasacti, que así lo exigió, todos los pergaminos que probaban su personalidad y su derecho.

El sabio indio, en premio de la docilidad de su protegido y por lo bien que le quería, le prometió, sin decirle de qué suerte, recompensa é indemnización satisfactoria. Entonces fué cuando construyó la muñequita que, como prenda, señal y máquina de la promesa, había él de entregar ó legar á una hija hermosísima que tendría, llamada Calitea, en el punto en que esta hija cumpliese veintitrés años.

Tal es el resumen de lo que rezaban y demostraban los pergaminos.

La reina madre se regocijó al saberlo. Las infantas brincaron de júbilo. La futura del rey no era ya una costurerilla plebeya, sino su prima y reina legítima por la gracia de Dios y sin debérselo á nadie. Iba á ser un providencial acontecimiento la fusión dichosa de ambas ramas de la dinastía.

Las infantas y la reina madre lo chillaban, lo aplaudían y lo celebraban tanto, que el rey les suplicó y aun les ordenó que se callasen.

—No quiero—dijo—que se divulgue que Calitea es mi prima hasta después que nos casemos. Yo me iba á casar con ella, creyéndola humilde costurerilla y aunque ya sé que no lo es, hallo más bonito que, por lo pronto, el público no lo sepa. Además, el que lo supiese el público y, sobre todo, el que lo supiese Calitea, me fastidiaría de lo lindo. La muchacha es tan puesta en sus puntos, tan formalista y tan enemiga de toda inversión ó supresión de trámites, que no consentiría en la boda hasta que viniese la dispensa del Padre Santo. Y mientras se ponen en regla todos los documentos, se envían las preces á Roma, informa la Sagrada Congregación de Ritos, y viene la dispensa despachada, pasará cerca de un mes. Yo me moriría de impaciencia si tuviese que aguardar. Con que nada,

mamá, que no sepa lo del parentesco, ni Calitea, ni nadie, ni el señor Arzobispo, para que no ponga dificultades.

—Hermanitas, punto en boca—dijo luego, dirigiéndose á las infantas.

El rey estaba tan impetuoso y tan imperioso que, infantas, reina madre y notario mayor, se cosieron las bocas, por más que les remordiese la conciencia de que se hacían cómplices de un pecado.

XX.

D. Prudencio, Calitea y su madre, estaban de conversación en el saloncito de la casa, cuando, poco después de las tres de la tarde, oyeron son estrepitoso de timbales y clarines, vivas, aplausos relinchos y ruido de herraduras en las piedras, como de gran tropel de caballos. Apenas tuvieron tiempo de asomarse á la ventana y de ver la multitud que llenaba la calle. El rey había subido la escalera, saltando de dos en dos los escalones, y sin que la cocinera, que le había abierto, tuviese tiempo de anunciarle, entró en la sala, y dirigiéndose á doña Eduvigis, que estaba con la boca abierta, lo mismo que D. Prudencio, dijo:

—Señora, quiero ser tu yerno, te pido la mano de tu hija; espero que me la concedas.

Doña Eduvigis, cortadísima, nada contestó.

Don Miguel se llegó entonces á Calitea, hincó uno rodilla en tierra y exclamó:

— Dueño mío, vente con tu rendido siervo. El arzobispo espera en la capilla de palacio para echarnos las bendiciones.

— ¡Qué locura es la tuya, señor!—respondió la juiciosa Calitea. — Pasado el entusiasmo, pronto te arrepentirías si yo accediese. Las murmuraciones y el descontento de tus vasallos te serían insufribles. No: tú no debes casarte con una humilde costurera.

Calitea se resistía tanto, que el rey tuvo en la punta de la lengua la revelación de todo el secreto, diciéndole que era su primo; pero se acordaba de la dispensa, se asustaba de las dilaciones y se callaba.

El doctor Teódulo estaba en la comitiva, llamado por el rey, quien le había informado, como única excepción, de lo que se acababa de averiguar, y sin revelárselo á Calitea, le dió tales razones para que cediese, que ella, que no deseaba otra cosa, cedió al cabo.

Desapareció por unos cuantos minutos y volvió vestida de gala, con un traje bellísimo, elegante y de exquisito gusto, que ella misma se había hecho. Parecía un sol de hermosura. En la mano traía la espada del jaque que el rey le había dado como trofeo la última noche que hablaron por la reja.

Don Miguel, lleno de gozo y movido por la admiración y el amor, besó por vez primera las frescas mejillas de su prima, que se pusieron rojas como la grana.

Calitea, aunque iba á poseer todas las joyas de la corona, no llevaba entonces joya alguna, pero su majestad había tenido una excelente idea y la había realizado.

Había hecho buscar y comprar de nuevo el aderezo que hacía más de tres años había enviado en balde.

Leoncio era también, esta vez, quien le traía.

El rey le sacó del estuche y adornó con aquellas joyas á su futura.

En fin, los novios bajaron la escalera. En el zaguán había una hermosa y blanca hacanea que un paje tenía de la brida. La gualdrapa ó paramento, con las armas reales. Sobre la gualdrapa, doradas jamugas. Tomó D. Miguel en sus brazos á Calitea y, como si fuese más ligera que una pluma, aunque distaba de serlo, la levantó á pulso y la sentó sobre la hacanea, muy gallardamente.

La lucida cabalgata se puso en movimiento, camino de palacio. Abrían la marcha seis heraldos con ricas vestiduras y estandartes vistosos, y después treinta trompeteros y cuarenta músicos que tocaban instrumentos distintos.

Salvo las omisiones en que me haga incurrir el

amor á la brevedad, la demás gente de la comitiva guardaba el orden que aquí se expresa.

El gran maestro de ceremonias, sin abandonar, por ir á caballo, la áurea pértiga, signo de su autoridad. Los otros altos empleados de la real casa: mayordomos, coperos, gentiles hombres y caballerizos. El montero mayor, seguido de ojeadores y halconeros con los halcones presos por la pihuela y posados en el puño. Catorce damiselas ó meninas, de la servidumbre de la reina madre y de las infantas, condesas todas de la más ilustre prosapia y con diez y seis cuarteles de nobleza la que menos. Las damiselas iban con espléndidos atavíos y en palafrenes briosos. En pos de ellas, igual número de donceles y muchos escuderos y pajes. El corregidor, los secretarios, los capellanes, algunos consejeros y los ayudantes de campo rodeaban al rey, y éste oprimía los lomos de un magnífico caballo árabe, que, inquieto y fogoso, piafaba y hacía corvetas. Calitea cabalgaba al lado derecho del rey. Á respetable distancia, cuatro robustos lacayos, muy compuestos y pomposos, llevaban en dos sillas de manos á D.ª Eduvigis y á D. Prudencio. El doctor Teódulo caminaba en su mula, como de costumbre. La procesión terminaba con una brillante escolta de lanceros y flecheros de caballería.

Como era tan popular D. Miguel y Calitea era

tan guapa, el alegre gentío los vitoreaba y aclamaba, aglomerándose y empujándose para verlos pasar. Las campanas, echadas á vuelo, no paraban en su repique. En los balcones había colgaduras de brocatel, de damasco y de otros tejidos de seda, oro y plata. Y las muchas damas y los galanes que estaban en los balcones, terrados y azoteas, echaban trigo á puñados y una olorosa lluvia de flores.

En palacio fué recibida Calitea con entrañable cariño. La reina madre y las infantas la hallaron tan bella, tan señora, tan sin el menor perfil ni tilde de *cursería*, y tan amable y simpática, que se la querían comer á besos.

El arzobispo casó al rey y á Calitea: les leyó la epístola de San Pablo á los de Corinto, y la comentó con acierto y elegancia.

Toda la función fué regocijada y suntuosa. No entremos en pormenores.

Dejo de contar la suprema ventura de los recién casados para no despertar en nadie la envidia ni otras malas pasiones.

Al día siguiente de la boda, en la expansión de sus sentimientos y en la total entrega que hizo á Calitea de su alma, D. Miguel no supo callar que era su primo y se lo contó todo.

No fué pequeña la desazón de Calitea. Sus escrúpulos fueron mayores. Para quitárselos, se empeñó en que, hasta que llegase la dispensa de Ro-

ma, ella y D. Miguel imitasen la vida de la reina Edita y de San Eduardo.

Don Miguel no gustaba nada de semejante imitación, y acudió al arzobispo, pidiéndole socorro con tal ahinco, que el arzobispo, no sé si extralimitándose un poco de sus facultades, le concedió indulgencia plenaria y venia provisional, en un escrito, que el rey, quizá erróneamente porque había estudiado poco derecho canónico ó le había olvidado, llamaba buleto *ad referendum*.

Así no se eclipsó ni se interrumpió la luna de miel.

Cuando supo el Padre Santo todo lo que había pasado, se alegró lo que no es decible, é hizo cantar el *Te Deum* en San Juan de Letrán y en las demás iglesias. La dispensa la despachó á escape, porque D. Miguel era su ojito derecho, y como Su Santidad se desvelaba por conservar la paz y la concordia entre los príncipes, reinos, repúblicas y pueblos cristianos, tuvo por fausta la fusión de las dos ramas de aquella dinastía.

Trajo la dispensa un joven monseñorete, fino, atildado y de agraciada figura, á quien acompañaban dos guardias nobles, asistentes al solio pontificio. Y trajo, con la dispensa, el birrete de cardenal para el arzobispo, y para Calitea varios regalos de boda, como, por ejemplo, tres frascos de agua del Jordán, diez rosarios, media docena de escapu-

larios, varias reliquias y una cruz, con incrustaciones de nácar, hecha de madera de olivo del Monte Olivete. Algunos autores quieren sostener que el monseñorete trajo también *la rosa de oro*; pero yo no me atrevo á asegurarlo, no sea que incurramos en algún error cronológico.

Para terminar, diré que el rey cambió por completo de vida y costumbres desde que se casó. Envió á la duquesa á que cuidase de su marido en el virreinato, y á la cantarina á que cantase en la mano en otras regiones; y él siguió los consejos de Calitea, la amó como ella merecía y le fué constantemente fiel. Su corte pudo considerarse como la más alegre y divertida, á par que como la más morigerada y virtuosa de toda la Edad Media.

—

Apenas escrito el cuento que antecede, me acometieron serios temores de ser censurado si llegaba yo á publicarle. Alguien podrá decir que soy un vejestorio, casi con un pie en la sepultura, y que debiera ponerme bien con Dios y emplear mis cortas facultades mentales en tratar asuntos graves y piadosos, sin desperdiciarlas en fruslerías que, salvando los límites de lo cómico, tocan en lo bufo.

Acosado por estas aprensiones, he consultado á mi cómplice y tocayo D. Juan Fresco, quien me contesta con una extensa carta. De ella, por si algo

valen para mi apología, entresacaré ó extractaré varios párrafos y razones.

Según mi tocayo, el cuento no puede ser más moral. En él triunfa la virtud como debe y suele triunfar: por medios poco frecuentes y comunes. No se encuentra un Criyasacti al revolver de cada esquina. Y esto es lo que conviene, porque si triunfase la virtud de ordinario, ya no sería virtud, sino cálculo egoísta el ser virtuoso. Además, que el verdadero triunfo de la virtud no consiste en medrar ni en encumbrarse. Calitea no soñaba con ser reina. Por eso es tan de admirar Calitea. La más leve esperanza que hubiese tenido hubiera rebajado su mérito.

Por otra parte, mi tocayo sabe de buenatinta que Calitea, cuando estaba sola, se dolía de no deber su triunfo al amor que inspiró al rey, sino á las chuscadas del mago. Entonces lloraba amargamente, pero enjugaba y ocultaba sus lágrimas, porque amaba al rey y no quería afligirle. Otras veces la llevaba aún más lejos el vuelo de su triste imaginación meditabunda. Echaba de menos su antigua vida de costurera. Todo le parecía que había sido entonces más poético en ella y para ella. Don Miguel, visto desde abajo y desde lejos, era adorable y sublime. Visto de cerca y al mismo nivel, no lo era tanto. Calitea pugnaba por lanzar lejos de sí estos pensamientos, llenos de arrogancia y de or-

gullo: este sibaratismo espiritual. Se hincaba de rodillas y rezaba para que el cielo la perdonase, acusándose de infiel y de perjura por amor á alguien que no era su marido, sino un ser fantástico é imposible. Y Calitea no lograba serenarse hasta que su corazón generoso y enamorado, su fe religiosa y su profundo sentimiento del deber volvían á circundar al D. Miguel real de la aureola de luz y de gloria que ella había puesto en el D. Miguel soñado.

– En resolución – añadía mi tocayo – la historia me parece tan ejemplar que, si yo fuera censor y tuviera que dar permiso para que se imprimiese, copiaría, *mutatis mutandis,* lo que puso el Padre Maestro Fray José de Valdivielso al frente de las novelas de Doña María de Zayas y Sotomayor, y lo pondría al frente de *La Buena Fama,* diciendo:

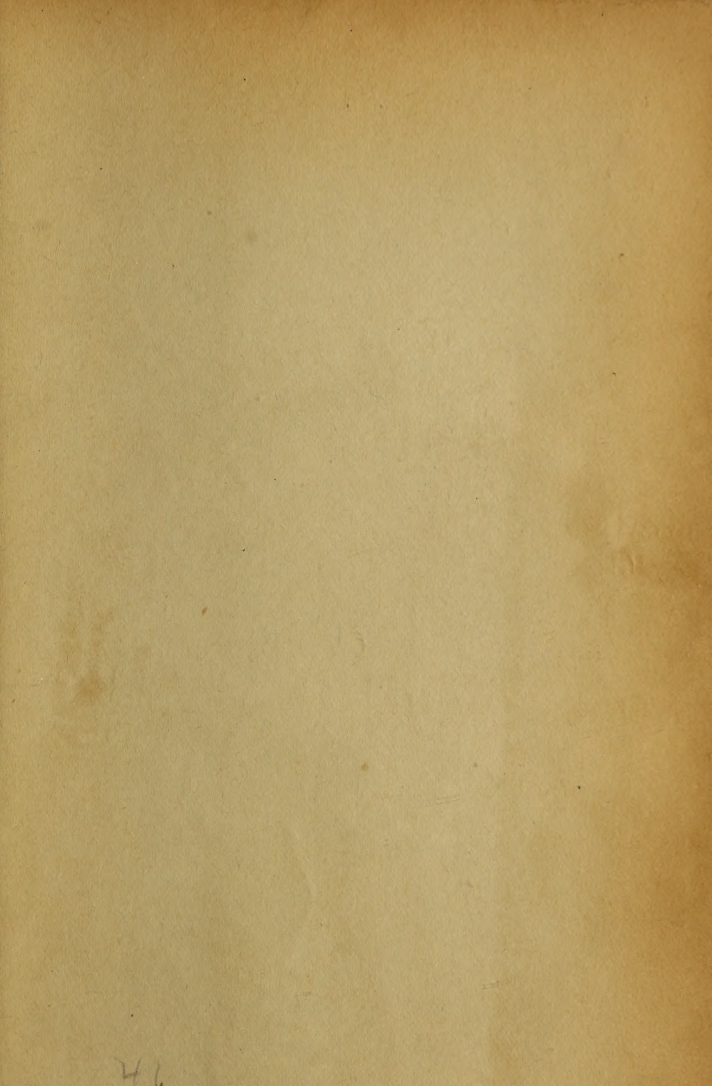
„En este honesto y entretenido libro no hallo cosa que se oponga á la verdad católica ni á la moral cristiana. Y aunque, por ilustre emulación de Zola y otros naturalistas, no debiera darse al autor la licencia que pide, por ser el autor andaluz, me parece que no se le puede negar, sobre todo cuando escribe una historia que refiere candorosamente el vulgo de Andalucía: la cual historia, si no se escribiese, pudiera caer en olvido, con menoscabo y detrimento del *folk-lore,* hoy tan en moda en todos los países.“

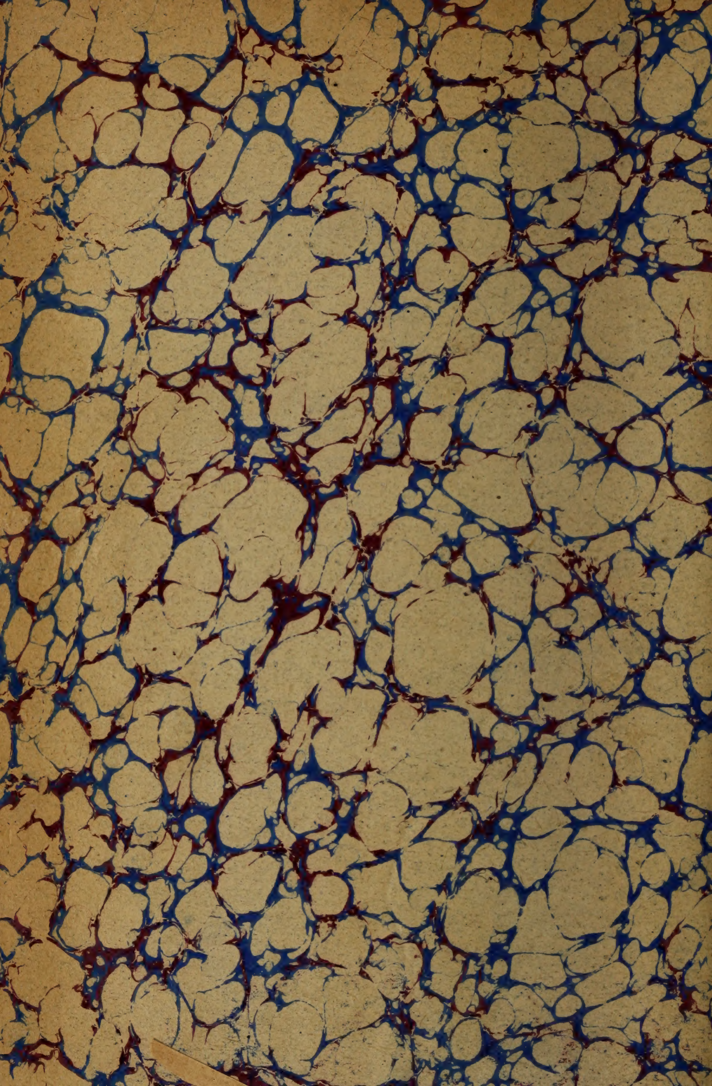
Viena, 1894.

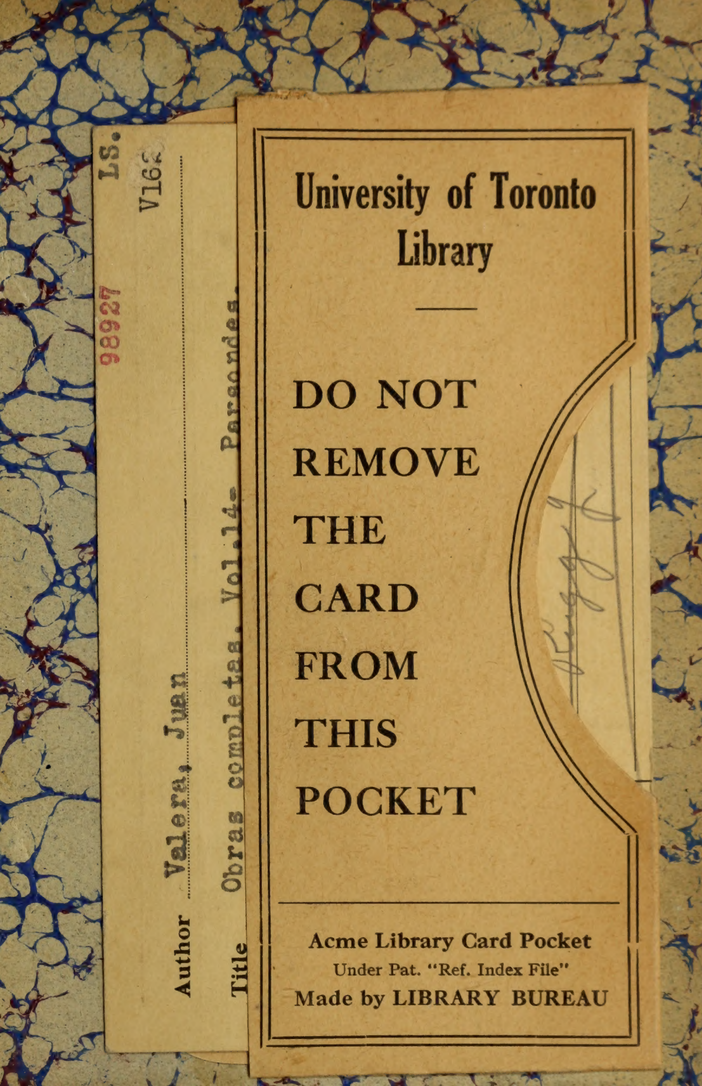
ÍNDICE

Acabóse de imprimir este libro
en la Imprenta Alemana
en Madrid á XXX días
de Noviembre de
MCMVII años








LS.
V162
98927
Author Valera, Juan
Title Obras completas. Vol.14- Parsondes
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

